

1809: La campaña del Tajo

Lecciones todavía vigentes

José Luis Calvo Albero



1809: La campaña del Tajo

Lecciones todavía vigentes

José Luis Calvo Albero



Primera edición: Septiembre de 2014 © José Luis Calvo Albero, 2014

Edita: Biblioteca GESI Grupo de Estudios en Seguridad Internacional (GESI) Departamento de Ciencia Política y de la Administración. Universidad de Granada (España)

E-mail: gesi@ugr.es

http://www.seguridadinternacional.es/

ÍNDICE

Introducción. Por qué estudiar la Campaña del Tajoiii
La guerra en la Península en 18091
Los ejércitos y sus comandantes25
Las operaciones preliminares y la preparación de la campaña49
El inicio de la ofensiva y la batalla de Talavera95
El avance de Soult y el final de la campaña163
Epílogo221
Conclusiones223
Bibliografía249
Notas255

Introducción

POR QUÉ ESTUDIAR LA CAMPAÑA DEL TAJO

a primera impresión que recibe quien se aproxima a los acontecimientos de la campaña del Tajo en 1809 es de confusión e incertidumbre. No se trata de algo extraordinario en una campaña militar, pero en ésta que nos ocupa una serie de circunstancias elevaron el nivel de incertidumbre y confusión muy por encima de lo habitual, incluso en una guerra de por sí tan confusa como la librada en la Península Ibérica entre 1808 y 1814.

Los jefes militares envueltos en la campaña del Tajo sufrían las consecuencias de una información muy incompleta y deficiente sobre lo que ocurría en el bando enemigo, y a veces aún más incompleta y deficiente sobre la situación y actitud de sus propias fuerzas, o de los ejércitos aliados. Las carencias logísticas de todos ellos eran de tal magnitud que paralizaban las operaciones por semanas o meses, y representaban un problema solo comparable a la desastrosa situación financiera que agobiaba a todos por igual. Igualmente, todos mantenían una relación cuando menos difícil con sus respectivos niveles políticos y, con la posible excepción del general Cuesta, todos compartían además la sensación de no ser más que un actor secundario en un teatro de segunda fila.

Para hacer la situación más compleja, entre los comandantes de la campaña podemos encontrar a algunos de los caracteres más difíciles de la historia militar reciente: Sir Arthur Wellesley, futuro primer Duque de Wellington, tan genial como antipático y arrogante; Don Gregorio García de la Cuesta, auténtico arquetipo del militar duro, obstinado y agresivo hasta la temeridad, celoso y brutal a veces, y a veces valiente sin paliativos; Soult y Victor, típicos mariscales de Napoleón, obsesionados por su propia imagen, y por su prestigio ante el Emperador; formidables máquinas de guerra cuando estaban bajo su mando, y fuente inagotable de problemas cuando él no se encontraba presente. Con ellos contrasta la figura del rey José I, hombre bienintencionado, aunque débil de carácter hasta rozar la mezquindad, aplastado por la agobiante sombra de su hermano, y prácticamente abandonado a su suerte en un país asolado y hostil. Y no ofrece un

contraste menor su jefe de estado mayor, el mariscal Jourdan, acabado física y profesionalmente, despreciado por sus camaradas y por el propio Emperador, y que pese a ello, o quizás por ello, era a veces capaz de aportar una visión enormemente lúcida de las operaciones.

La campaña se desarrolló sobre un escenario de increíble complejidad, que desconcertó en su día a sus protagonistas. Una España atrasada, y empobrecida por décadas de pésima gestión política y económica, devastada por la guerra y la ocupación francesa, y recorrida por una insurrección que era, a la vez, la llama que mantenía viva la resistencia y la causa de la mayor anarquía. Para cualquier ejército de mediano tamaño, moverse por la difícil geografía española, utilizando comunicaciones primitivas, y a través de comarcas que apenas producían lo suficiente para alimentar a sus propios habitantes, era una experiencia muy poco satisfactoria. Para las fuerzas francesas, que debían hacerlo además en medio de una población hostil, era sencillamente una pesadilla.

Pero la incertidumbre y la confusión de la campaña aún se acentúan más por la fluidez de las operaciones. Aunque la fase de preparación fue realmente lenta y trabajosa, una vez que los ejércitos comenzaron a moverse, el ritmo se tornó frenético. En apenas veinticinco días se sucedieron avances, retiradas, concentraciones y dispersiones, cambios de frente, contraataques y dos batallas de entidad, aparte de muchos combates menores. Como es habitual, los planes preparados previamente dejaron de ser útiles a los pocos días de comenzar las operaciones, y los comandantes se vieron obligados a tomar nuevas decisiones para adaptarse al constante cambio de la situación. Decisiones normalmente fundamentadas en informaciones incompletas y atrasadas; a veces contradictorias, y a veces sencillamente erróneas.

Todo este marco hace que la campaña del Tajo resulte muy atractiva para quién desee investigar sobre el proceso de toma de decisiones en una campaña militar. En ella debieron tomarse numerosas decisiones, muchas de ellas especialmente difíciles. Y resulta complicado encontrar una campaña en la que sus protagonistas se encontrasen en peores condiciones para tomarlas, sumergidos en una "niebla de la guerra" casi perfecta de puro espesa.

Una segunda razón para estudiar en profundidad esta campaña es que sirve muy bien para mostrar el comportamiento de diferentes sistemas militares en un ambiente fluido e incierto, y comprobar cuál de ellos afronta mejor esa situación, y aprovecha mejor las lecciones aprendidas, sean éstas positivas o negativas. Pese a la visión común de solidez, un

ejército en campaña es un sistema enormemente inestable, que solo puede operar satisfactoriamente cuando un gran número de factores llegan a encajar en una estructura coherente y sincronizada.

Recursos materiales y humanos, moral, adiestramiento, líneas de comunicaciones, apoyo político, claridad de objetivos, opinión pública, población local o eficacia del proceso de toma de decisiones son algunas de esas variables que deben encajar en la construcción de un sistema. Y deben hacerlo de tal forma que las carencias en algunas de ellas deben compensarse con la excelencia en otras. Construir un sistema eficiente requiere un exigente ejercicio de realismo, que no resulta nada fácil de abordar para un gran número de dirigentes políticos y militares.

En 1809, cada uno de los tres ejércitos participantes en la campaña, francés, británico y español, había construido su propio sistema, y todos ellos presentaban puntos fuertes y débiles. Pero, finalmente, solo el ejército británico pudo construir un sistema perfectamente adaptado a sus fortalezas y debilidades, así como a las peculiaridades de la guerra en la Península. Y mucho influyeron en ello las experiencias de la campaña del Tajo.

Pero lo que hizo realmente digno de estudio el sistema operativo de sir Arthur Wellesley en la Península fue que se orientó totalmente a contracorriente de las tendencias militares de la época. Tanto fue así que muchos de los tratadistas militares posteriores dedicaron sus esfuerzos a buscar justificaciones para explicar cómo fue posible que un jefe militar tan prudente y poco dinámico, hasta el punto de resultar exasperante incluso para su propio gobierno, pudo humillar al magnífico ejército imperial.

Una tercera razón para el estudio es el aspecto curiosamente moderno que presentan la situación y los acontecimientos que rodearon la campaña del Tajo. Ejércitos que deben moverse en un país sacudido por la insurrección, aliados cuyas operaciones combinadas se resienten por divergencias estratégicas, jefes militares de diferentes nacionalidades con dificultades para comunicarse, gobiernos que ceden a la tentación de intervenir directamente en las operaciones militares sobre el terreno, celos profesionales y personales que terminan por influir en las operaciones... todo ello puede aplicarse a muchos de los conflictos que hoy en día sacuden todavía el mundo. Pues si bien el aspecto externo de los conflictos armados ha cambiado espectacularmente en los últimos doscientos años, los mecanismos que rigen la dinámica de la guerra, una vez que ésta se desata, siguen siendo más o menos los mismos. Por

eso las lecciones de la campaña del Tajo, siguen en gran medida siendo valiosas para los jefes militares de nuestros días.

Por último, para un español resulta inevitable intentar contribuir a la corrección de una injusticia histórica, cometida como consecuencia del mal resultado de las operaciones combinadas entre los ejércitos británico y español. Las turbulentas circunstancias en las que finalizó esa colaboración llevaron a ejecutar una auténtica campaña de propaganda contra los mandos y soldados españoles participantes, con el objetivo de justificar tanto los decepcionantes resultados de las operaciones, como la decisión tomada por sir Arthur Wellesley de abandonar la cooperación con el ejército español.

Algunos mandos, especialmente el general García de la Cuesta, fueron vituperados hasta convertir su imagen en una grotesca caricatura. Y el enorme peso internacional de los historiadores británicos en las investigaciones sobre aquel conflicto ha mantenido en cierto modo esa imagen, aunque con matizaciones progresivamente más ajustadas a lo que debió ser la realidad. Algunos historiadores españoles han intentado también rebatir los argumentos británicos, y este modesto trabajo se propone contribuir a ello en la medida de lo posible, no desde la crítica a la actuación de las tropas británicas, o de su general en jefe, sino desde el estudio objetivo de una situación muy difícil, en la que todos los bandos presentaban enormes carencias, e incurrieron tanto en errores de bulto como en aciertos que, paradójicamente, eran siempre muy difíciles de justificar ante sus dirigentes políticos.

El autor se ha basado en lo posible en fuentes directas, procedentes de los actores principales en la campaña, para construir el esquema básico de la narración. Las fuentes secundarias se han utilizado para aquellos aspectos que las primeras no cubren con claridad, o lo hacen con versiones contradictorias. Las obras de apoyo, entre las que se incluye la bibliografía moderna sobre la campaña del Tajo y la Guerra de la Independencia en general se utilizan normalmente como fuente de informaciones generales, experiencias personales de testigos en los hechos narrados, o detalles muy específicos; así como para presentar diferentes interpretaciones de los acontecimientos.

Los fragmentos originalmente redactados en inglés o francés y reproducidos en la obra han sido traducidos del original por el autor. Se ha conservado la ortografía original de los textos españoles reproducidos en la obra.

Hay que señalar que, pese a que la campaña del Tajo tuvo una señalada importancia durante la Guerra de la Independencia, y la Batalla de Talavera fue el mayor enfrentamiento de la guerra hasta la batalla de Vitoria en 1813, los estudios monográficos sobre ambas no abundan precisamente. Incluso en la historiografía británica, con un enorme volumen de obras publicadas sobre la Guerra Peninsular, las obras monográficas dedicadas a esta parte del conflicto son muy escasas. El autor ha podido encontrar *Talavera*. *Wellington's Early Peninsula Victories* de Edgard Peters, Marlborough, 2005, un trabajo que cubre las primeras batallas de Arthur Wellesley en la Península desde Roliça a Talavera, y se basa esencialmente en los textos de Oman y Fortescue. También se ha publicado recientemente una obra en la conocida serie de campañas militares de la editorial Osprey: *Talavera 1809, Wellington's lightning strike into Spain* de René Chartrand, Osprey 2013

Afortunadamente en España se dispone de la obra La Crisis de una Alianza. La Campaña del Tajo de 1809 de Juan Sañudo y Leopoldo Stampa, que cubre en profundidad la campaña, aportando numerosas fuentes, y prestando una especial atención a los aspectos diplomáticos de la alianza entre España y Gran Bretaña. Existe una interesante monografía escrita en 1979 por el Coronel Miranda Calvo La campaña de 1809 sobre la provincia de Toledo durante la Guerra de Independencia, editada por la Caja de Ahorros de Toledo. También se ha publicado recientemente Talavera. Primera Victoria Aliada de José María Rodríguez una obra reducida, centrada en la batalla del mismo nombre, y que aporta información principalmente sobre aspectos tácticos, de armamento y uniformidad, siguiendo en general la obra de Sañudo y Stampa. El mismo autor mantiene una página web dedicada en uno de sus apartados a la batalla, www.eborense.es, donde puede encontrase información similar a la del libro citado.

Aún más difícil resulta encontrar obras específicas sobre la campaña del Tajo en Francia, donde los estudios sobre la Guerra en España y Portugal son más bien escasos.

Así pues, la escasez de bibliografía específica ha obligado a la utilización de obras más generales, tanto británicas como españolas y francesas, que narran la Guerra de la Independencia, o Peninsular en su conjunto, o incluso las Guerras Napoleónicas en general. Pese a ello todos los autores clásicos que se han ocupado de este conflicto han dedicado una especial atención a la campaña del Tajo, por lo que resulta posible disponer de varias versiones razonablemente detalladas de los acontecimientos

En la categoría de fuentes primarias se incluyen tanto los documentos emitidos como las obras escritas por los principales protagonistas de la campaña. Afortunadamente existe un gran volumen de información, especialmente en lo que se refiere a la participación británica. La correspondencia oficial de Lord Arthur Wellesley, Primer Duque de Wellington está en su mayor parte publicada en los *Dispatches*, recopilados por el Teniente Coronel Gurwood, y revisados por el propio Duque. Desafortunadamente no todos los despachos están allí, y algunos de ellos fueron censurados por Wellington, especialmente en lo que se refiere a nombres de personas que el Duque consideraba podían quedar comprometidas por las referencias que a ellas se hacían. Un útil complemento, que ya no pudo ser sometido a la censura de Lord Arthur, fueron los Supplementary Despatches, publicados a su muerte por su hijo, el segundo Duque de Wellington. Aunque de extensión reducida respecto a los *Dispatches* incluye documentos no publicados en los primeros, cartas y escritos de los corresponsales del Duque, y algunas Ordenes Generales. Precisamente estas últimas órdenes generales fueron también publicadas poco después de las operaciones, y están disponibles en General Orders of Field Marshall the Duke of Wellington

Este amplio volumen de información permite reconstruir con bastante fidelidad el curso de los acontecimientos desde el punto de vista británico. La censura, aunque fácilmente identificable, no parece que fuera de gran entidad, pues en estos documentos resulta todavía posible encontrar frases y hechos en cierta manera comprometedores para el Duque, y que no hubieran superado la criba de un censor demasiado minucioso o estricto.

En lo que se refiere a las operaciones españolas, tenemos la suerte de contar con relatos de los dos principales jefes militares involucrados en la campaña: el general Gregorio García de la Cuesta que escribió su *Manifiesto que presenta a la Europa.....*, y el general Xavier Venegas que hizo lo propio con su *Vindicación a los agravios...*, precisamente como airada respuesta a las acusaciones que Cuesta vertía contra él en su obra antes mencionada. En ambos casos se trata de textos cortos, y su carácter reivindicativo puede poner en alerta al investigador respecto a la probable parcialidad de parte de lo que allí se escribe. Pero se trata de obras redactadas directamente por los protagonistas de la campaña, poco tiempo después de los hechos, y que contienen además numerosos documentos complementarios como partes, cartas y despachos, muchos

de los cuales solo se conservan por su inclusión en estas pequeñas obras.

El bando francés se cubre con las *Mémoires et Correspondance* politique del rey José I, que incluyen tanto una narración de los acontecimientos como un resumen de la correspondencia que los acompañó. La obra incluye gran parte de los contenidos incluidos en las *Mémoires Militaires* del Mariscal Jourdan, una de las fuentes francesas más fiables de la época. Se completa esta fuente con la correspondencia de Napoleón I, editada en tiempos de su sobrino Napoleón III.

Entre las fuentes secundarias que podrían denominarse de primera generación se cuentan los textos cuyos autores fueron contemporáneos a los acontecimientos narrados, y a veces incluso participaron en algunos de ellos, aunque no como actores principales. La obra más representativa es la de William Patrick Napier History of the War in the Peninsula and in the South of France. 1807-1814. Napier participó en la campaña del Tajo, aunque no llegó a tiempo para la batalla de Talavera, y siguió las vicisitudes del ejército de sir Arthur Wellesley hasta 1814. Su obra es una referencia ineludible para cualquier estudioso de la Guerra de la Independencia, o Guerra Peninsular. Su lectura, sin embargo, puede resultar extremadamente irritante para el lector español, por la saña con la que critica cualquier personaje o comportamiento español de la época, hasta el punto de que a veces no se sabe muy bien contra quién luchó Napier en la Península. Esta parcialidad obliga a cierta precaución a la hora de utilizarlo como fuente, siendo conveniente el contraste de su obra con la de otros autores.

En España la fuente más equiparable a Napier es el Conde de Toreno y su *Historia del Levantamiento, Guerra y Revolución en España*. Toreno fue contemporáneo al conflicto, y en su condición de diputado por la Junta de Asturias tuvo trato directo con la mayoría de los protagonistas de la campaña. Aunque menos exhaustiva que la de Napier, la obra del Conde de Toreno está escrita con un espíritu mucho más equilibrado, aunque tampoco pueda evitar que se perciban sus simpatías liberales.

No hay una obra francesa contemporánea a Napier y Toreno que puedan compararse a las de estos. Pudo haberlo sido la del general Maximilien Foy, que participó en gran parte del conflicto, pero su prematura muerte en 1825 impidió que su obra "Historia de la Guerra de la Península bajo Napoleón" pasase del primer año de hostilidades en la Península.

Se han considerado como fuentes secundarias de segunda generación aquellas escritas por autores que no participaron en los hechos narrados, ni fueron contemporáneos a ellos, o lo fueron solo en su niñez como Thiers. Su trabajo se basa por tanto en la investigación documental más que en testimonios y experiencias directas. Estas fuentes incluyen una tríada de historiadores que en muchos aspectos resultan casi definitivos.

El primero de ellos es Adolphe Thiers con su obra *Histoire du Consulat et de l'Empire*. Thiers nació a tiempo para ser contemporáneo de muchos de los hechos que narraba, y también pudo conocer y tratar a los personajes supervivientes de las guerras napoleónicas, entre ellos a José Napoleón. La obra de Thiers cubre no solo la guerra en la Península sino todo el periodo entre 1799 y 1815. Por eso, y pese a la magnitud del trabajo (20 volúmenes) se trata de una obra que no cae en detalles excesivos cuando se trata de analizar acontecimientos concretos. Adolece además de una labor de investigación menos cuidadosa que la que aportarían cronistas posteriores. Thiers es radicalmente pro-francés pero su obra tiene precisamente el valor de presentar con claridad el punto de vista galo, escasamente representado en otras obras que tratan sobre la guerra en la Península.

Gómez de Arteche fue general del ejército español, y escribió su magna obra sobre la Guerra de la Independencia entre 1873 y 1903. El trabajo de Arteche sirve para reunir, organizar y sacar a la luz un gran número de fuentes españolas sobre el conflicto, que de otra forma se hubieran perdido. La obra de Arteche viene marcada por un estilo vigoroso, y de alguna forma servirá para contrarrestar la nefasta imagen de la actuación española que había dejado Napier en su obra.

Por último Charles Oman, que escribirá su *A History of the Peninsular War* a principios del siglo XX, parte con la ventaja de ser el último de los grandes historiadores clásicos del conflicto, y de haberse apoyado en los anteriores, especialmente en Arteche. Por eso su obra es quizás la más completa y contrastada, siendo además aceptablemente imparcial. El defecto de Oman es que se centra excesivamente en las operaciones militares, y específicamente en los aspectos más tácticos, por lo que se echa en falta información sobre los aspectos políticos y sociales del conflicto. Otra fuente británica apreciable, muy relacionada con Oman, es sir John William Fortescue. Su obra *History of The British Army*, aunque muy amplia, aporta informaciones valiosas sobre la Guerra en la Península. Pero no puede evitar caer en el mismo defecto que Oman, centrándose excesivamente en los aspectos tácticos.

Entre las fuentes de apoyo se encuentran en primer lugar las obras recientes sobre el conflicto. Afortunadamente éste ha sido analizado en numerosas obras, tantas que resultan difícilmente abarcables. En este trabajo se han utilizado autores como Artola, Esdaile, Moliner o Fraser para los aspectos más políticos y sociales del conflicto. Se han utilizado también algunas obras especializadas para cuestiones relacionadas con las tácticas de la época, la evolución de los ejércitos, o la biografía de algunos de los generales y mariscales participantes. Entre ellas se encuentran desde clásicos como Guibert o Liddell Hart, hasta trabajos modernos como el estudio sobre el ejército de Wellington escrito por Reid.

CAPÍTULO I

La guerra en la Península en 1809

ras dos años de calma relativa, el año 1809 volvía a presentar una situación extremadamente compleja para el Imperio Francés. El principal problema era el progresivo alineamiento de Austria con las posiciones británicas, y su cada vez más decidida voluntad para emprender de nuevo la guerra contra Francia. Esa agresividad tenía múltiples explicaciones, y quizás la más evidente era la humillación sufrida en el Tratado de Pressburg, que siguió a las derrotas de Ulm y Austerlitz en 1805, y que significó el fin en la práctica del Sacro Imperio Romano Germánico. El Imperio Austriaco que surgió de dicho acuerdo había perdido una significativa parte de su territorio, y hasta un quinto de su población, y era lógico que los humillados dirigentes austriacos buscasen la revancha a la menor oportunidad.

A principios de 1809 pareció que esa oportunidad había llegado. Una profunda reorganización militar había dotado a Austria de un potente ejército con más de 340.000 efectivos bien equipados e instruidos. Gran Bretaña combinaba la presión diplomática para formar una nueva coalición con las promesas de ayuda económica, y la insurrección en España y Portugal mantenía bloqueados a más de 300.000 soldados franceses en la Península Ibérica.

También existían circunstancias desfavorables. Ni Rusia ni Prusia estaban dispuestas a aliarse con Austria en una nueva aventura contra Napoleón. De hecho la primera estaba formalmente en guerra con Gran Bretaña tras el Tratado de Tilsit aunque, aparte de la invasión de Suecia, la guerra nunca se materializó en un choque serio. Prusia, tras algunas dudas, decidió finalmente mantenerse al margen de las hostilidades. Así pues, solo Austria y Gran Bretaña, con el apoyo de unos reinos ibéricos sumidos en el caos, deberían hacer frente a la potencia militar imperial.

La situación para Gran Bretaña se había hecho muy difícil tras la sucesión de victorias francesas durante las guerras de la Tercera y Cuarta Coaliciones. Entre 1805 y 1807, Napoleón había batido a austriacos, prusianos y rusos con una contundencia apabullante. La extensión del dominio francés a casi toda Europa, que implicaba también la extensión del bloqueo comercial a Gran Bretaña,

estrangulaba cada vez más la economía de las islas. Con una Europa prácticamente en manos de Napoleón, los imperios español y otomano teóricamente aliados del francés y unos Estados Unidos de América, que no ocultaban sus simpatías hacia el régimen galo, la situación británica era cada vez más preocupante.

No obstante, quedaba todavía la riqueza de las colonias, especialmente la India. Y quedaban también algunas naciones europeas que se negaban a acatar el dominio francés. Un Estado especialmente importante era Portugal pues, aparte de ser un tradicional aliado británico, poseía un apreciable imperio colonial en el que destacaba Brasil, a la vez abastecedor y mercado para la economía británica. Gran Bretaña gozaba también de una casi absoluta superioridad naval, conseguida después de la destrucción de la armada combinada franco-española en Trafalgar en 1805. Eso le permitía perturbar enormemente las rutas comerciales de Francia y España, enviar suministros y fuerzas expedicionarias a cualquier lugar que se rebelase contra el emperador francés, y dominar una serie de territorios de gran importancia estratégica en el Mediterráneo desde Gibraltar hasta Cerdeña o Sicilia.

Pero las expediciones británicas habían obtenido muy malos resultados en los últimos años. Los intentos por promover la insurrección y controlar la América española no habían tenido éxito, y dos expediciones contra Buenos Aires habían terminado en desastre. La incursión en Egipto se había saldado con la humillante derrota frente a Muhammad Ali en Alejandría. Y la expedición contra Copenhague en 1807, con el propósito de evitar que Francia se hiciese con la flota danesa, había cumplido sus objetivos, pero la muerte de más de dos mil civiles en el bombardeo de la ciudad no contribuyó a aumentar las simpatías hacia Gran Bretaña en Europa.

En estas circunstancias cabe enmarcar la intervención francesa en la Península Ibérica en 1807 y 1808. La intención inicial de esta intervención fue la neutralización de Portugal como aliado británico, pero la deteriorada situación política en España terminó por convencer a Napoleón de que el país estaba preparado para un cambio de régimen, que lógicamente él podía convertir en un acontecimiento muy favorable para los intereses franceses. El aliado poco fiable que era España hasta ese momento podía ser convertido en una parte del Imperio, aportando sin trabas todas las ventajas de su situación estratégica y la riqueza de sus posesiones americanas.

Sin embargo, la intervención francesa en España dio origen a una serie de sucesos extraordinarios, que aún hoy sorprenden por su dinámica, y que resulta difícil encontrar en cualquier otro momento de la historia europea. La sorpresa y el desconcierto que esos sucesos causaron en la estrategia del Emperador, en Europa, e incluso en la propia España tendrán como consecuencia un conflicto enormemente caótico y confuso, en el que políticos y militares franceses, españoles, portugueses y británicos trataran de tomar decisiones en situaciones siempre inhabituales y a veces extremas. Las difíciles circunstancias y el clima general de incertidumbre y desconcierto en el que se libraran muchas de las campañas de la Guerra en la Península convertirán ésta en un campo propicio para las mitologías nacionales, con las que unos y otros intentarán justificar la inmensa cadena de descuidos y errores en la que incurrieron todos y cada uno de los participantes.

Resulta obvio afirmar que lo que se produjo en España en 1808 fue una revolución. El levantamiento contra la ocupación francesa tuvo el carácter de una explosión de furia popular larvada durante años, manifestada ya, aunque de forma limitada en los motines de marzo de 1808, y que fue canalizada por políticos de uno y otros signo hasta quedar en gran medida fuera de control. El malestar por la figura y las políticas del valido Godoy, y por las desastrosas aptitudes del rey Carlos IV para el cargo son el argumento habitual para justificar esta furia. Y también para explicar la casi fanática esperanza encarnada en Fernando, el sucesor a la Corona. Pero tales motivos se muestran insuficientes por sí solos para explicar la magnitud de tal explosión social.

La calidad de vida de la población española se había deteriorado espectacularmente en los años previos al conflicto. El precio medio del trigo, base de la alimentación para la mayor parte de la población, había aumentado en algunas provincias como Segovia casi un 70% en el periodo 1790-1808 respecto al periodo 1771-17891. La carestía era producto de las malas cosechas, y éstas se asociaron a sus habituales secuelas de hambre, epidemias y movimientos de población que convirtieron los años 1803 y 1804 en más mortíferos en algunas regiones que la posterior Guerra de la Independencia. En ambas Castillas, por ejemplo, el año con mayor tasa de mortalidad del periodo 1800-1815 fue 1804². Las causas de este desastroso panorama estaban también relacionadas con la guerra contra Gran Bretaña, que suponía un formidable obstáculo para las relaciones comerciales con los territorios americanos. A finales de 1804 la reanudación de la guerra tuvo consecuencias especialmente negativas para la industria textil catalana, que tenía sus mercados principales en las colonias.³ El

hundimiento del comercio con América contribuyó en gran medida a la ruina de la Hacienda estatal, incapaz de sufragar los gastos de las sucesivas guerras contra la Francia revolucionaria (1793-95), Portugal (1801-1802) e Inglaterra⁴.

Los sufrimientos derivados de la escasez, la carestía y el bloqueo comercial se asociaron con la evidente crisis de la monarquía, con las dudas sobre la legitimidad de la autoridad tradicional planteadas por la Revolución Francesa, y con noticias negativas como el desastre de Trafalgar, que además empeoraba todavía más las posibilidades de intercambio comercial con América.

Todo esto produjo un sentimiento extremadamente pasional entre el pueblo llano, y también alteró a las elites cultivadas, divididas ante la defensa del Antiguo Régimen o la introducción de cambios más o menos revolucionarios. El odio popular, como es sabido, se orientó hacia Godoy, y el favor hacia el Príncipe de Asturias. Y en marzo de 1808 el motín de Aranjuez y la abdicación de Carlos IV en su hijo Fernando, trama dirigida por los partidarios de éste último en la que las masas populares jugaron un papel secundario, cumplió aparentemente con las aspiraciones del pueblo llano. Pero el hecho de que una revuelta popular hubiera contribuido a forzar el relevo de un monarca era algo ya de por sí revolucionario. Y el hecho demostraba que las clases populares podían ser decisivas para el devenir de la nación.

La ira de una población soliviantada y crecida no se había apagado en absoluto, y fue sencillo encontrar nuevos objetivos en los que concentrarse. Las tropas de Napoleón, que penetraban por entonces en masa en el territorio español, se convirtieron en un excelente sustituto de Godoy.

Siempre se ha planteado la polémica acerca de si las insurrecciones contra la presencia francesa fueron espontáneas o bien organizadas por los partidarios de Fernando, después de que éste abandonase el territorio español y quedase retenido por Napoleón en Bayona. Es casi un axioma que detrás de toda insurrección popular existe siempre una elite que articula y orienta el movimiento para sus propios fines. La creación casi inmediata de juntas en todos los lugares en los que se produjo una sublevación avala esta hipótesis. Pero también es cierto que resulta muy difícil controlar a las masas una vez que se las incita a la rebelión. Y puede decirse que, en muchos casos, la gestión de las sublevaciones se les fue de las manos a los organizadores. Los movimientos populares fueron tan generalizados, violentos y

destructivos para la estructura del estado, que hacen pensar en el desencadenamiento de una furia que escapó a cualquier control.

El traslado de la Familia Real a Francia, creó un vacío de poder que las sublevaciones populares convirtieron en caos, en el cual todas las estructuras administrativas del Antiguo Régimen dejaron de existir, o se transformaron radicalmente⁵. De todos los capitanes generales solo el de Castilla la Vieja, Gregorio García de la Cuesta, conservó el cargo con sus poderes intactos, y cuatro de ellos perdieron la vida en los desórdenes⁶. Muchos miembros del ejército y la administración dudaron a la hora de unirse a los insurrectos, e incluso intentaron oponerse a ellos. Para la mentalidad de la época una ocupación extranjera aparecía como menos dañina que una insurrección popular, que podía subvertir totalmente los cimientos sociales.

Las instituciones tradicionales fueron sustituidas por un entramado de juntas locales, provinciales y regionales que organizaron ejércitos improvisados, activaron las milicias locales, encuadraron a las unidades supervivientes del ejército regular, o directamente repartieron armas entre la población. Evidentemente, como ocurre con todo movimiento popular, su eficacia militar fue muy relativa. Las pasiones estaban a flor de piel y sustituían al frío razonamiento que resulta apropiado para la conducción de operaciones militares. El entusiasmo podía dar inmediatamente paso al pánico, o a la sospecha de traición que provocaba en muchas ocasiones el linchamiento de los líderes militares y políticos. Las sublevaciones era a veces excusa para ejecutar venganzas, obtener provecho personal o emprender el camino de la delincuencia. Sin embargo, la generalización de los disturbios, y el terrible caos que provocaron, terminaron por saturar las capacidades de las fuerzas francesas en España, que ni habían podido prever, ni estaban preparadas, para lidiar con una situación semejante.

Los esfuerzos para construir una estructura estatal que reemplazase a la desarticulada durante el levantamiento fueron bastante infructuosos. En el verano de 1808 se combatió de forma aislada y totalmente anárquica, colaborando civiles con militares y unas juntas con otras sólo en función de la buena voluntad o la necesidad apremiante. Algunas juntas como las de Sevilla o la Coruña se hicieron con una mayor porción de poder, pues podían disponer de tropas regulares razonablemente encuadradas, o de arsenales con los que equipar nuevos ejércitos. Pero fue imposible articular una estrategia unificada de defensa. Pese a todo, el estado generalizado de insurrección en el país, y la victoria contra todo pronóstico en Bailén, en julio de 1808,

obligaron a las fuerzas francesas a replegarse al norte del Ebro en agosto de ese año.

El repliegue francés dejó aislado al mariscal Junot en Portugal, país que había invadido en 1807 con apoyo español, aunque sin conseguir capturar a la familia real, que fue evacuada por la Royal Navy hacia Brasil. En el verano de 1808 la sublevación española se había extendido al territorio luso, obligando a las tropas de Junot a concentrarse en un área en torno a la capital, posición en la que quedaron totalmente incomunicadas en agosto de 1808.

La situación brindaba una excelente oportunidad a Gran Bretaña para crear un nuevo frente a la Francia imperial en el Continente. Inicialmente se intentó apoyar la sublevación española, pero como resultaba imposible encontrar ninguna autoridad central, se establecieron contactos con algunas juntas de defensa, como la de Asturias y Galicia. Ambas presentaban excelentes condiciones para aprovechar la superioridad naval británica en su apoyo: largas costas, puertos adecuados y una orografía montañosa que las convertía en fortalezas naturales, difícilmente accesibles por tierra, y fáciles de ser abastecidas por mar.

Pero los británicos se encontraron con que las juntas podían aceptar ayudas en dinero y equipo militar, pero no estaban en absoluto interesadas en albergar ejércitos británicos en su territorio. Tratándose de Gran Bretaña, cuya armada suponía pocos meses antes la mayor amenaza para las costas atlánticas españolas, la negativa de las juntas resultaba lógica ante el riesgo de quedar anuladas por una ocupación británica de facto. Pero el gobierno de Londres no puso objeciones a la ayuda en fondos y equipos, y la expedición de fuerzas terrestres, puesta inicialmente bajo el mando de Sir Arthur Wellesley, terminó desembarcando en Portugal el 30 de julio. Las fuerzas de Junot que ya estaban bastante aisladas por entonces, lo estuvieron por completo pocas semanas después.

Wellesley derrotó a una avanzadilla de Junot en Roliça y al grueso de su cuerpo de ejército en Vimeiro. Pero por esas fechas el futuro Duque de Wellington era demasiado joven, y su prestigio no era todavía suficiente para asumir el mando de una fuerza británica como la desembarcada en Portugal. Así pues fue reemplazado en el mando primero por el general Burrard y después por Dalrymple.

Entre todos ellos negociaron con Junot consiguiendo uno de los tratados de rendición más favorables para el vencido de toda la historia militar, la denominada Convención de Sintra. Las tropas francesas del ejército de Portugal serían devueltas a Francia, transportadas además por la Royal Navy. Tal arreglo causó un lógico escándalo en Gran Bretaña, que estuvo a punto de acabar con la carrera del joven Arthur Wellesley, y puso fin de hecho a las de Burrard y Dalrymple. Pero lo cierto es que la implicación del primero fue limitada, y él mismo se encargó de dejarlo claro cuando los términos de la convención apenas comenzaban a ser expuestos.

Pese a que mi nombre está fijado a ese instrumento [se refiere al armisticio previo a la convención propiamente dicha] espero no creerá que yo lo negocié, que lo apruebo, o que tuve algo que ver en su redacción. Fue negociado por el propio general en mi presencia y la de Sir Harry Burrard. ⁸

Pero, pese a que Wellesley fue finalmente absuelto, tuvo que dar cuenta de sus actos en Gran Bretaña, lo que le mantuvo fuera de Portugal hasta el año siguiente. Mientras tanto se hizo cargo de las operaciones británicas en la Península John Moore, un general de prestigio, a quién le correspondió lidiar con la gran ofensiva que Napoleón lanzó a finales de 1808 sobre España. Moore recibió órdenes de desplazar el grueso del ejército británico a La Coruña, para reunirse allí con refuerzos llegados de Gran Bretaña, y apoyar a los ejércitos españoles que hacían frente a la embestida francesa. Pero en lugar de dirigirse directamente a La Coruña sin alejarse de la costa, se internó en territorio español, planeando llegar a la zona de León y Castilla de Vieja para desde allí prestar un apoyo más cercano a las fuerzas españolas que desplegaban en el Ebro. Las malas comunicaciones, las inclemencias del tiempo y el escaso conocimiento que tenían entonces los británicos de la Península retrasaron su marcha, y cuando pudo reorganizar sus fuerzas en León se encontró con una situación desastrosa.

Los ejércitos españoles habían sido barridos por el Emperador, y las tropas francesas avanzaban hacia Madrid. Confundido por los requerimientos del embajador británico en España, John Frere, que presentaba una situación de las fuerzas españolas mucho más favorable que la real, Moore incluso se atrevió a contraatacar a las vanguardias francesas, lo cual provocó que el esfuerzo principal del Emperador se orientase a dar caza al ejército británico.

Obligado a retroceder hacia la Coruña, la retirada pronto adquirió tintes de desastre. Aunque Moore consiguió finalmente salvar la mayor

parte del ejército y su artillería, lo hizo al precio de casi 6.000 bajas, y de su propia vida, que perdió en la batalla de Elviña, tratando de cubrir el embarque de su ejército en el puerto de La Coruña. La fracasada expedición de Moore tendría posteriormente una influencia muy negativa para las relaciones entre británicos y españoles.

Pero la maniobra de Moore sirvió al menos para desviar a algunas de las mejores tropas francesas hacia Galicia, aliviando la presión sobre las fuerzas españolas en el sur. Este hecho, unido a los desesperados esfuerzos españoles, terminó por frenar la ofensiva francesa, aunque a un coste terrible. Desde el otoño anterior se habían sucedido las derrotas de los ejércitos españoles, hasta el punto de que el ejército regular de 1808 podía darse prácticamente por extinguido. El caos que el año anterior había seguido al exilio de la Familia Real y las sublevaciones contra la presencia militar francesa solo se había mitigado en parte. Las juntas generales surgidas en las principales provincias y ciudades se habían erigido en los únicos órganos de gobierno efectivos. Sólo la constitución de una Junta Central en el otoño de 1808 había sentado las bases tanto para un gobierno más articulado como para un esfuerzo de guerra más coherente.

Sin embargo, los esfuerzos para conseguir esa coherencia eran muy difíciles. La gran ofensiva francesa liderada por el Emperador en persona había barrido a los ejércitos españoles en el invierno anterior, y borrado gran parte de los éxitos del verano. La reforzada presencia francesa en la Península, las malas comunicaciones, y el estado generalizado de sublevación hacían muy difícil el enlace entre las juntas y ejércitos que operaban en las distintas zonas del territorio español todavía no ocupado. A las dificultades del enemigo y la geografía se unían los desacuerdos entre los componentes de unos órganos de gobierno jóvenes y revolucionarios, y las rencillas entre altos mandos militares. Para remediar de alguna forma esta falta de comunicación resultó de gran ayuda el absoluto dominio del mar que disfrutaba la Royal Navy, y que permitía mantener la comunicación con regiones de otra forma inaccesibles, así como trasladar refuerzos y equipo.

Todos estos problemas tuvieron su lógica repercusión en la dirección de las operaciones militares que, en general fue bastante caótica durante los primeros meses de 1809. No obstante, y pese a un espíritu ofensivo muy poco meditado, que despreciaba recursos muy costosos de reemplazar, la Junta Central comenzó a elaborar una línea estratégica centrada en la recuperación de la capital, aprovechando el progresivo agotamiento de las operaciones ofensivas francesas. En enero de 1809,

la marcha del Emperador hacia París, alarmado por las informaciones sobre la preparación de Austria para la guerra supuso una oportunidad para retomar la iniciativa. Aún a costa de bajas notables, las operaciones españolas a principios de 1809 consiguieron desgastar y mantener ocupados a sus oponentes franceses, impidiendo que estos pudiesen concentrar un número suficiente de tropas para acometer la conquista de Portugal y la expulsión de los contingentes británicos allí desplegados.

A esto también contribuía la descoordinación general reinante en las filas francesas tras la marcha del Emperador, y el hecho de que éste hubiese dado prioridad al control de Madrid sobre las operaciones periféricas⁹.

La situación británica en Portugal tras la retirada de Moore era muy precaria. No existía un consenso parlamentario sobre la conveniencia de desplegar tropas británicas en la Península, la actitud de la Regencia portuguesa y de la población era ambigua, y podía tornarse rápidamente hostil a Gran Bretaña, y el estado del ejército y la milicia portuguesa era ciertamente desastroso.

El apoyo en fondos y equipo a la causa española había disminuido también considerablemente. Aún así el respaldo continuaba y, en enero de 1809 se firmaba un tratado de cooperación entre España y Gran Bretaña de términos muy vagos, pero que demostraba la voluntad de los aliados para profundizar en la cooperación. Por otro lado, la decisión austriaca de aliarse de nuevo con Gran Bretaña en contra de Napoleón revitalizaba el valor de la Península Ibérica como un segundo frente en el que empeñar parte de la potencia de combate del Imperio.

En febrero de 1809 los británicos intentaron el desembarco de una fuerza procedente de Lisboa, y al mando del general Mackenzie, en Cádiz. El control de Cádiz siempre había estado en la mente de los políticos y generales británicos, pues el puerto tenía buena capacidad para la flota y era fácil de defender desde tierra. Constituía así una excelente terminal logística marítima y un punto muy apropiado de repliegue, e incluso evacuación, de las eventuales fuerzas británicas en España. Sin la posesión de Cádiz resultaba muy arriesgado combatir en el corazón del territorio español, al igual que ocurría con Lisboa en el caso de Portugal. Y tras el desastre de la batalla de Uclés en enero, existían fundadas dudas en la capacidad española para defender Cádiz de las tropas francesas.

Pero la Junta Central no estaba tan convencida de compartir el control de Cádiz con su reciente aliado y tradicional enemigo. El gobierno

británico había puesto en marcha un plan con el solo respaldo de un agente en España, George Smith, que ni siquiera había informado al embajador ante la Junta Central, Frere. El caso es que éste último había presentado la propuesta de desembarco británico a la Junta, que lo había rechazado, y de repente se encontró con una fuerza dirigiéndose a Cádiz, lo que inevitablemente hizo pensar a la Junta que los británicos estaban aplicando una política de hechos consumados¹⁰.

La presencia británica coincidió además con una revuelta popular contra los representantes de la Junta Central en Cádiz. El general Mackenzie se encontró con que los revoltosos pedían el desembarco británico, mientras la Junta se lo negaba. Ante la evidencia de que cualquier intento de desembarco podía provocar un incidente de consecuencias imprevisibles, Mackenzie terminó por regresar con sus fuerzas a Lisboa.

Este episodio no contribuyó a mejorar la confianza mutua, pero como ambos aliados se necesitaban, las iniciativas para la cooperación continuaron, aunque con cierto recelo. No se había presentado todavía un plan para unir las fuerzas aliadas en un esfuerzo común, aunque Sir John Moore lo había intentado el año anterior, con funestas consecuencias. Esta mala experiencia provocaba cierta precaución a la hora de colaborar de nuevo militarmente. Pero quizás la razón más importante para esta precaución y desconfianza era la diferente visión estratégica de ambos aliados.

Para la Junta Central, el objetivo inequívoco era expulsar al invasor del territorio nacional y restaurar al Rey Fernando. Y uno de los pasos esenciales para ello era recuperar la capital. Paradójicamente esta visión coincidía en gran medida, con la del Emperador, y quizás por eso estaba condenada al fracaso. En cualquier caso se trataba de una línea estratégica que debía resolverse a corto plazo, pues nada hay más devastador que soportar una guerra en territorio propio; y el vacío de poder que había acompañado al conflicto desde su primer momento estaba produciendo unos daños terribles a la propia articulación del Estado y la sociedad española.

Cada momento que las tropas francesas permanecían en España era un paso más hacia la ruina. Así pues, se hacía necesario expulsar al invasor cuanto antes. Esta visión exigía una actitud muy agresiva, lo que explica el entusiasmo casi suicida con el que los ejércitos españoles se lanzaban a la ofensiva una y otra vez apenas recién organizados; normalmente con resultados desastrosos.

El enfoque del conflicto era totalmente diferente en Gran Bretaña. Se trataba de un episodio más en una larga lucha contra la Francia revolucionaria primero, e imperial después, que enlazaba con el tradicional enfrentamiento franco-británico del siglo anterior. El teatro peninsular proporcionaba a los británicos un escenario en el que mantener viva la llama del desafío al poder del Emperador, animando a otros Estados europeos a unirse a su causa, como había hecho Austria a principios de año, dando inicio a la Quinta Coalición contra el Imperio Francés.

La estrategia británica en la primera mitad de 1809 vendría de hecho determinada por los intentos para auxiliar a sus aliados austriacos, tratando de distraer el mayor número posible de fuerzas francesas de las operaciones principales en Europa Central. Para ello se diseñaron tres operaciones periféricas. La primera en la Península Ibérica, reanimando una campaña que parecía abocada al desastre tras la retirada de Sir John Moore. La segunda, de carácter menor, en el sur de Italia y la tercera, que no se iniciaría hasta el verano, con un desembarco en la isla holandesa de Walcheren encaminada a controlar el estuario del río Escalda¹¹.

España y Portugal presentaban unas condiciones excelentes para los intereses británicos. El estado de insurrección generalizada en ambos territorios, unido a la escasez de comunicaciones y la pobreza de gran parte del territorio, hacían muy difícil que las fuerzas imperiales pudiesen concentrarse debidamente. Y la gran longitud de las costas peninsulares permitía aprovechar al máximo la superioridad naval británica. Todo ello brindaba una prometedora oportunidad para mantener un conflicto largo, empeñando a una gran cantidad de fuerzas enemigas con un esfuerzo propio relativamente modesto. Y dentro de esta estrategia a largo plazo, la línea de acción más obvia era concentrar la presencia británica en Portugal, un aliado tradicional cuya situación obligaba a las fuerzas francesas a extender enormemente sus líneas de comunicaciones, a través de una España devastada y hostil, si querían acceder a su territorio.

La Regencia portuguesa, que había asumido las funciones de gobierno tras la marcha de la familia real a Brasil, había aceptado plenamente la presencia británica. No solo eso sino que había solicitado que el ejército portugués fuera puesto bajo el mando de un general británico, y encuadrado por oficiales de esa nacionalidad para convertirlo en un cuerpo eficiente, capaz de enfrentarse a las fuerzas imperiales. El

general designado fue William Carr Beresford, que comenzó su labor en febrero de 1809¹².

Así pues, la estrategia española, que buscaba recuperar el territorio nacional a corto plazo contrastaba enormemente con la británica, para la cual la resistencia española era útil dentro de una estrategia a largo plazo, en la que el punto principal era mantener la presencia británica en Portugal. No hay que pensar sin embargo, que la visión estratégica británica era aceptada por consenso. La oposición, e incluso algunos miembros del gobierno, pensaban que la estrategia dilatoria era poco decisiva, y podía terminar por desgastar más a Gran Bretaña que a Francia¹³. Y su postura se vio reforzada tras los negativos resultados de las operaciones dirigidas por Moore.

Pero las posturas agresivas en España, y dilatorias en Gran Bretaña, resultaban las más evidentes dadas los condicionantes en ambos países, y este desacuerdo estratégico entre los aliados, terminaría por tener consecuencias decisivas en el planeamiento y la ejecución de la campaña del Tajo.

En enero de 1809 la situación francesa distaba mucho de resultar ideal. En realidad solo controlaban la zona central del norte de la Península, y aún en ésta encontraban serias dificultades por la acción de las guerrillas, que pronto multiplicarían su fuerza gracias a los miles de soldados desperdigados tras las batallas de los últimos meses de 1808.

A este respecto, la Junta Central había emitido el 28 de diciembre de 1808 un reglamento para la organización de las guerrillas, con el propósito de intentar dar alguna coherencia a un movimiento que hasta entonces había sido totalmente espontáneo y descoordinado. Como era de esperar tal reglamento no pudo apenas ser aplicado, por lo que en abril de 1809 se aprobó otro más general, denominado del Corso Terrestre. Este documento tuvo el efecto de proporcionar un cierto marco legal a las operaciones de las guerrillas, y fue de hecho el medio por el que éstas comenzaron a recibir un apoyo material por parte de las autoridades españolas y británicas. También abrió la puerta a la organización de las guerrillas en fuerzas semirregulares, aunque los grupos que operaban en 1809 estaban todavía lejos de haber alcanzado esa situación¹⁴.

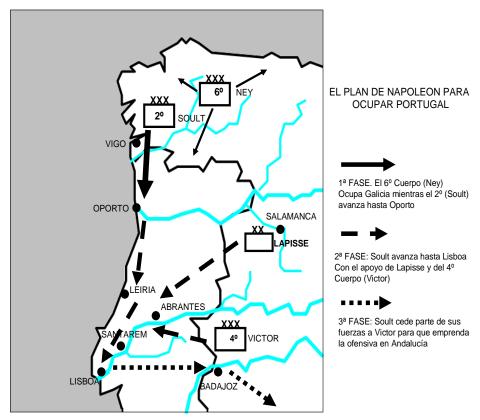
Una parte importante de las fuerzas francesas se encontraba en Galicia, a donde había llegado en persecución del ejército británico en retirada. En la zona se encontraba el 2º Cuerpo de Ejército del mariscal Soult y el 6º del Mariscal Ney. Aprovechando la circunstancia, Napoleón había delegado en su hermano la realización de un plan de

conquista de Portugal, que debía además abrir las puertas a la conquista de Andalucía.



SITUACION MARZO 1809

Para ello Soult, muy reforzado, había recibido la misión de penetrar en el norte de Portugal ocupando en primer lugar Oporto, mientras Ney se encargaba de asegurar su retaguardia en Galicia. A esta maniobra le serviría de apoyo la división del general Lapisse que, desde la zona de Salamanca, podía avanzar hacia Abrantes, en territorio portugués, una vez que Soult hubiese ocupado Oporto. Por último, el 4º Cuerpo del Mariscal Victor tenía por misión situarse en Extremadura al sur del Tajo. Desde allí su misión principal era avanzar hacia Sevilla y Andalucía, pero sólo después de coordinar con Soult cuando éste llegase a Oporto para lanzar un esfuerzo en su apoyo a través del Valle del Tajo¹5.



Sobre el papel se trataba de un plan flexible y bien concebido. Ney se encargaba de asegurar la base de operaciones de Soult en Galicia, y de reforzarle si era posible. Lapisse actuaría como fuerza móvil central, que podía distraer fuerzas, amagar la toma de las fortalezas fronterizas de Ciudad Rodrigo y Almeida, o tomarlas realmente si la guarnición flaqueaba y después unirse a Soult. Pero también podía unirse rápidamente a Victor en Extremadura y apoyar a éste bien en su avance hacia Sevilla, bien hacia Lisboa para unirse con Soult. En cualquier caso, la suma de las tres fuerzas encargadas de penetrar en Portugal, que llegaba inicialmente a los 80.000 efectivos¹⁶, debería ser suficiente para saturar la capacidad de reacción de las fuerzas británicas y portuguesas, a las que resultaría imposible atender a la penetración de semejante masa en tres direcciones coordinadas.

Sin embargo el plan se malogró en primer lugar porque Napoleón había valorado mal las dificultades para la movilidad que presentaba la Península. Los movimientos por las precarias vías de comunicación gallegas, en invierno y con el continuo hostigamiento de guerrillas, milicias y fuerzas regulares, se retrasaron enormemente¹⁷. Soult tuvo que atravesar la frontera portuguesa por los montañosos pasos del

interior ante la imposibilidad de cruzar el Miño por Tuy debido a la falta de barcazas, y a la inesperada resistencia de la milicia portuguesa. De hecho, no pudo penetrar en Portugal hasta principios de marzo, y llegó a Oporto a finales de ese mes.

El segundo problema estaba muy relacionado con el primero. La precariedad de las líneas de comunicaciones, y el hostigamiento constante impedían el enlace entre cuerpos que marchasen separados. De hecho, el rey José pronto perdió la comunicación con Ney y Soult, debido a un ataque del Marqués de la Romana, que operaba por entonces en territorio gallego. Esa situación se prolongó durante un mes, lo que exasperó sobremanera al Emperador¹8. En esas condiciones de falta de enlace era imposible ejecutar una maniobra por líneas exteriores, como la planeada por Napoleón, para la cual resulta imprescindible una minuciosa coordinación.

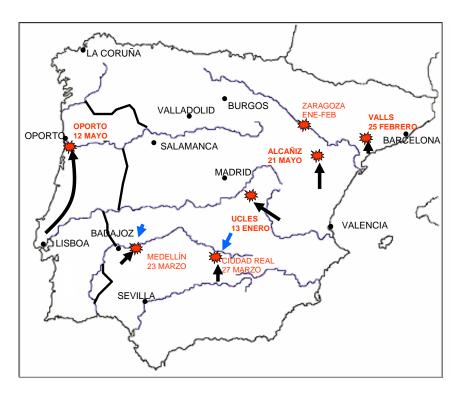
El caso es que, una vez en Oporto, Soult se encontró con poco más de 22.000 efectivos mal abastecidos¹9, y muchos de ellos enfermos. Sus líneas de comunicación se habían sobreextendido excesivamente, se había visto obligado a utilizar una parte importante de sus fuerzas para protegerlas, y aún así el contacto con Galicia era esporádico. En esas condiciones, sin saber nada de Lapisse y Victor, no podía arriesgarse a marchar hacia Lisboa, donde le esperaba un ejército anglo-portugués superior, y perfectamente aprovisionado por mar²o. Así pues, se detuvo a esperar que se aclarase la situación.

Mientras tanto Lapisse apenas había podido penetrar en territorio portugués. Por un lado porque cualquier avance desde el Duero hacia Portugal, solo podía emprenderse neutralizando las fortalezas fronterizas de Ciudad Rodrigo y Almeida, tarea que superaba las capacidades de las fuerzas de Lapisse. Y por otro lado porque el general Sir Robert Wilson, con una débil fuerza que incluía tropas portuguesas y españolas²¹, maniobró hábilmente aparentando una fuerza muy superior²².

En cuanto a Victor, que tampoco sabía nada de Soult, penetró en Extremadura en marzo, pero enseguida salió a su encuentro el ejército de Extremadura al mando del general Cuesta. El choque de ambas fuerzas se produjo en Medellín. Con su habitual agresividad, Cuesta se lanzó a la ofensiva, sorprendiendo a Victor en una posición poco favorable, con el Guadiana a su espalda. Pero el ataque español, pese a que colocó en apuros a las fuerzas enemigas, terminó en desastre cuando la caballería francesa puso en fuga a la española, y cayó después sobre la infantería. La implacable persecución causó 10.000 bajas en las

filas de Cuesta²³, aunque éste con su también habitual tenacidad, se replegó malherido con los restos de sus fuerzas a caballo del camino real de Sevilla²⁴.

Victor había ganado la batalla pero le era imposible ir más allá. Pese a que poco después su cuerpo de ejército fue reforzado por las fuerzas de Lapisse, incrementando su número de efectivos hasta casi 30.000, pronto encontró graves dificultades de abastecimiento en Extremadura. Sin noticias de Soult, no podía arriesgarse a penetrar en Portugal, y mucho menos con los restos del ejército de Extremadura al acecho en su retaguardia²⁵. Y si intentaba aplastar definitivamente a Cuesta y tomar Badajoz, sufriría una pérdida de efectivos y tiempo que también le imposibilitarían la entrada en Portugal. Así pues, a finales de marzo, Soult y Victor se encontraban a 300 kilómetros uno de otro, tan victoriosos como estançados.



ENFRENTAMIENTOS PRINICIPALES. PRIMERA MITAD 1809

Mientras Victor derrotaba a Cuesta en Medellín, el general francés Sebastiani al mando del 4º cuerpo de ejército, situado al sur de Madrid, salía al encuentro del ejército de La Mancha, que se había formado con la unión de los ejércitos del Centro y de Andalucía bajo el mando del Conde de Cartaojal. Los objetivos de Cartaojal eran limitados, y estaban orientados a empeñar el mayor número de tropas francesas mediante rápidas incursiones. Pero en una de ellas, las fuerzas españolas se demoraron en el repliegue, siendo sorprendidas en Ciudad Real por las tropas del general Sebastiani.

La denominada batalla de Ciudad Real fue en realidad una acción de retaguardia, pues el ejército de La Mancha se replegó hacía Despeñaperros pese a la presión francesa. Pero en los combates y en la posterior retirada, muy dificultada por lluvias torrenciales, Cartaojal perdió entre 3.000 y 4.000 efectivos, la mayoría dispersos. Aún así, Sebastiani carecía de fuerzas para aprovechar la retirada enemiga, y la situación en la Mancha regresó al estancamiento habitual.²⁶

En el extremo oriental de la Península las operaciones de las fuerzas francesas sufrieron problemas similares. Napoleón había previsto como primera prioridad la toma de Zaragoza, que debería abrir el camino tanto para eliminar la insurgencia de Aragón y el oeste de Cataluña, como para el avance sobre Valencia. Al mismo tiempo, la pacificación de Cataluña se encomendó al genera Saint Cyr, que con 40.000 efectivos debía penetrar en territorio español a través de Perpignan²⁷. El objetivo principal era evitar la caída de la ciudad de Barcelona, prácticamente asediada por las milicias locales. La conquista de la ciudad fortificada de Gerona, que resistía desde el año anterior, y de Tarragona, donde se había refugiado la Junta de Cataluña, serían los siguientes objetivos que, una vez cumplidos permitirían dirigir el esfuerzo sobre Valencia.

El asedio a la capital aragonesa se prolongó durante los meses de enero y febrero con los tonos épicos y brutales que se han hecho ya famosos. La lucha casa por casa, que costó más de 8.000 bajas a las fuerzas francesas, rompió la tradicional dinámica de las operaciones de asedio de la época, centradas en abrir una brecha practicable en las murallas, y anticipó el escenario de las grandes batallas urbanas del siglo XX como Stalingrado, Berlín o Grozny.

Mientras tanto St. Cyr había conseguido, a finales de 1808, enlazar con la guarnición de Barcelona derrotando a las fuerzas españolas en Cardadeu y Molins de Rey. No obstante, las rutas entre Perpignan y Barcelona eran especialmente problemáticas, amenazada la del interior por las fortificaciones de Gerona y los somatenes, y la de la costa por la Royal Navy, que cañoneaba cualquier convoy que intentase utilizarla²⁸. En consecuencia, se hizo necesaria una pausa en las operaciones, que

fue rápidamente aprovechada por las fuerzas españolas para adoptar su acostumbrada postura ofensiva. El intento español de cortar las comunicaciones francesas terminó con la también acostumbrada derrota, en este caso en la Batalla de Valls, que aparentemente abrió las puertas a la ocupación de Tarragona.

Sin embargo, St. Cyr se encontraba cada vez más aislado y falto de suministros por la acción de las guerrillas, y además el asedio de Barcelona se había reanudado. Así pues, y pese a que sus fuerzas, como las de Soult y Victor, habían resultado victoriosas en todos los enfrentamientos de importancia, St. Cyr tuvo que emprender en marzo la retirada ante Tarragona para auxiliar a la guarnición de Barcelona, confirmando con ello el estancamiento de las operaciones también en Cataluña²⁹.

La caída de Zaragoza había permitido extender las operaciones hasta el Pirineo aragonés, ocupándose Jaca en marzo. Pero los intentos por doblegar la resistencia en las zonas rurales de Lérida terminaron en el habitual desgaste y dispersión de las tropas francesas. Además, el 3º Cuerpo, que era responsable de las operaciones en Aragón, cambió dos veces de jefe en tres meses. Lannes fue sustituido en febrero por Junot, a quién sucedió Suchet en mayo. Todos estos contratiempos impidieron la formación de una fuerza suficiente para emprender la ofensiva hacia Valencia.

Y la situación todavía empeoró más cuando Suchet, apenas llegado a su nuevo mando tuvo que hacer frente a una nueva ofensiva española dirigida por Blake desde el Maestrazgo. Por una vez la acción tuvo éxito, y Suchet debió batirse en retirada tras sufrir un millar de bajas en la Batalla de Alcañiz. No obstante, el general español terminó por pecar de osado, continuando su ofensiva sobre Zaragoza solo para ser derrotado en María (15 junio) y Belchite (18 junio) por un Suchet que había logrado reorganizar sus fuerzas. Pero la concentración de tropas que tuvo que emprender Suchet para derrotar a Blake, dejó las guarniciones de Aragón debilitadas. Y las guerrillas aprovecharon la ocasión para aislar Jaca y Zaragoza, lo que obligó al general francés a volver grupas rápidamente para enfrentarse a la nueva amenaza³⁰.

Resulta fácil imaginar el agotamiento y la frustración que este circulo vicioso producía en las tropas francesas y sus mandos. Cualquier concentración para batir a un ejército adversario significaba un incremento de la actividad de las guerrillas, que llegaban a ocupar comarcas enteras aislando a las guarniciones. Una vez que se batía al adversario regular, los cansados soldados del Emperador se veían

obligados a acudir a toda prisa a apoyar a sus compañeros sitiados, sumergiéndose en el horror de la guerra de guerrillas. Y mientras estaban ocupados en esa tarea, las autoridades españolas tenían tiempo para reorganizar otro ejército, que volvía a lanzarse ciegamente hacia delante.

Como afirmó Oman:

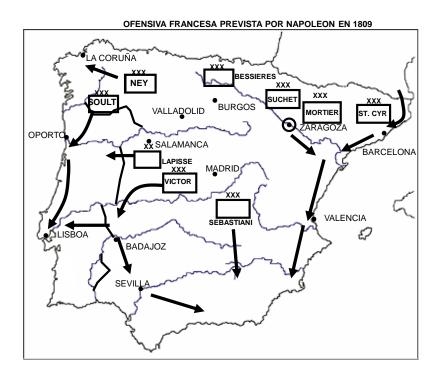
Al abandonar España en enero, Napoleón dejó tras de sí como legado para su hermano un completo plan para la conquista de toda la Península. Pero este plan era irrealizable desde el principio; y en cuanto falló la lucha en cada región del teatro de la guerra se convirtió en local y aislada³¹.

Sin duda contribuyó a ello la confusión en la estructura de mando francesa en la que tuvo mucho que ver el propio Emperador. Como no se fiaba en absoluto de su hermano, le dejó perfectamente definido lo que tenía que hacer, emitiendo además órdenes directas a sus mariscales subordinados. Con ello mató la posible iniciativa de José, que probablemente se hubiese desenvuelto de manera más prudente, y por tanto más realizable. Y al mismo tiempo socavó aún más su autoridad frente a sus teóricos subordinados.

En realidad el plan de Napoleón no era tan descabellado como sugiere Oman, y probablemente bajo su supervisión directa hubiera obtenido mejores resultados; aunque resulta bastante improbable que hubiera conseguido el efecto decisivo que el Emperador se había propuesto.

Para coordinar los múltiples cuerpos de ejército franceses actuando en la Península hubiera sido necesario el dinamismo y la agresividad imparable de los que siempre hacía gala su jefe supremo. Sucesos como el prolongado aislamiento de Soult y Ney difícilmente podían haber tenido lugar si él en persona hubiese dirigido las operaciones. Tampoco se hubiera dado la oportunidad para las habituales reyertas entre sus mariscales y generales, que su hermano se veía impotente para frenar. Y el movimiento de fuerzas disponibles de una zona de operaciones a otra se hubiera hecho sin duda con mayor maestría.

Pero el problema era que el Emperador no estaba en la Península, y sin embargo había dejado un plan que, por un lado, encajonaba totalmente a sus subordinados en operaciones ofensivas muy específicas, mientras que por otro mostraba tanta ambición sobre los objetivos como desdén hacia las dificultades. Un plan, en resumen, que solo él mismo podría haber ejecutado con alguna probabilidad de éxito.



Una estrategia más prudente, consolidando las ganancias obtenidas, y poniendo el acento en la pacificación de las zonas ocupadas hubiese sido más lógica; esperando a la resolución de la crisis austriaca para volver a concentrar fuerzas en la Península y recuperar la actitud ofensiva. Pero Napoleón no destacaba por su apego a las estrategias dilatorias, y su natural agresividad, combinada con su prisa por terminar con el problema español terminaron por arruinar las posibilidades de sus fuerzas en la Península.

En el lado español la detención de la ofensiva francesa solo puede atribuirse muy parcialmente a la Junta Central o a una estrategia que apenas existía más allá de la idea de recuperar la capital, y que dificilmente podía calificarse de brillante aparte de resultar muy costosa. El éxito se debió más bien a los errores de sus adversarios, y a la afortunada combinación de elementos que contribuían al caos en el que se había convertido España, desde las guerrillas hasta los generales que actuaban de forma semiautónoma, pasando por una población en estado de insurrección permanente, y no sólo contra el ocupante. A menudo sucede que resulta más fácil batir a un adversario bien organizado que a un caótico conglomerado de enemigos. Mientras el primero suele derrumbarse en cuanto lo hacen sus fuerzas militares,

batir al segundo implica con frecuencia derrotar a cada uno de sus componentes por separado. Los ejércitos imperiales estaban acostumbrados al primer modelo, y Napoleón diseñaba su estrategia en consecuencia. El Emperador siempre consideró la resistencia popular como un problema menor, y se concentró en destruir los ejércitos regulares enemigos, sin prever el difícil escenario que podía crear la combinación de guerrillas, civiles hostiles y fuerzas regulares.



La Junta disponía de una ventaja adicional: podía obtener recursos humanos en su propio territorio, mientras recibía dinero y equipos desde Gran Bretaña y las colonias americanas. Sin embargo, las fuerzas francesas apenas podían contar con ningún refuerzo en hombres ni equipo, y menos con dinero, pues todo el esfuerzo bélico del Imperio se orientaba en ese momento hacia Europa Central. Los intentos de José por crear unidades españolas, una medida clave para inclinar el conflicto a su favor, se saldaron casi siempre con el fracaso³². Y la recaudación en las devastadas provincias ocupadas por sus tropas, aparte de difícil por el hostigamiento de las guerrillas, no podía competir con los impuestos americanos y la financiación británica que podían recibir los rebeldes.

Así pues, para las fuerzas españolas era posible recuperarse de las pérdidas sufridas durante sus numerosas derrotas, algo que no podían hacer las francesas. Algo similar podía decirse de la todavía más caótica mezcla de milicias y fuerzas regulares que defendían Portugal, que gozaban además del apoyo directo del ejército británico. Los aliados hispano-británico-portugueses estaban ganando la batalla de los recursos.

Pero a casi nadie se le escapaba que esa ventaja era temporal, y finalizaría en el momento que el Emperador lograse batir a los austriacos, algo que parecía bastante probable. En ese momento las tropas, el dinero y posiblemente el propio genio de Napoleón regresarían a la Península.

Esta posibilidad producía una enorme preocupación tanto a británicos como a españoles y portugueses. Y también aquí se producía una divergencia estratégica que tendría resultados funestos ese mismo año. Mientras los británicos, y especialmente Wellesley, pensaban capear el posible temporal que supondría el retorno de la Grande Armée manteniendo la presencia aliada en unos pocos puntos clave, la Junta estimaba que era preciso dar un golpe decisivo al ocupante, antes de que este pudiera ser reforzado de nuevo. En estrategia militar las posturas audaces y agresivas, como la de la Junta Central, suelen gozar de mayor popularidad y prestigio, mientras se suele despreciar los modelos estratégicos denominados "fabianos" que era la intención de Wellesley.

Pero suele ocurrir que los modelos estratégicos audaces se enfrentan a enormes riesgos y terminan frecuentemente en desastre, especialmente cuando se dispone de fuerzas inadecuadas y se ejerce un liderazgo tan débil como el de la Junta Central en 1809. No obstante, resulta preciso justificar en alguna medida el deficiente enfoque estratégico de la Junta, pues la opción británica de replegarse sobre algunas ciudades clave, que pudieran ser fácilmente abastecidas desde el mar como Lisboa o Cádiz, condenando al resto de la Península a la ocupación, era inasumible. Y en el estado de revolución abierta en el que se encontraba gran parte del territorio español, tal estrategia podía ser considerada sencillamente como traición, poniendo abrupto fin a cualquier autoridad y legitimidad que la Junta hubiera podido ganar hasta entonces, y sumergiendo al país en un caos aún mayor.

Para el gobierno británico, la Península Ibérica era un enorme tablero de ajedrez en el que jugar su partida contra el Imperio Francés.

Cualquier medida, por dolorosa que resultase para los intereses locales, podía aplicarse siempre que resultase útil para el objetivo general de debilitar al enemigo. Abandonar el territorio, o incluso devastarlo para privar de suministros a las tropas francesas como hizo Wellesley en Portugal en 1810, eran acciones perfectamente asumibles, pese a que tuviesen como consecuencia la ruina de regiones enteras y un inmenso sufrimiento humano. Pero para españoles y portugueses resultaba imposible tal enfoque estratégico, pese a que se tratara del correcto. Sólo un gobierno con una sólida autoridad, prestigio y control de la situación podía haber exigido de sus propios ciudadanos el inmenso sacrificio que suponía la aplicación de la estrategia británica. Pero en las caóticas España y Portugal de 1809 tal gobierno sencillamente no existía.

CAPÍTULO II

LOS EJÉRCITOS Y SUS COMANDANTES

omenzaremos por el ejército británico. La historiografía inglesa sobre la Guerra Peninsular nos presenta habitualmente un ejército británico de calidad excepcional, especialmente la infantería, capaz de soportar impasible los riesgos y sufrimientos del combate sin perder la formación, y de causar el pánico entre sus adversarios por la cadencia y volumen de su fuego. Esta imagen servirá de base para la leyenda del "casaca roja" disciplinado e impasible, desarrollada durante el siglo XIX durante los largos conflictos coloniales.

Pero en 1809 dicha imagen no era en absoluto compartida por los ejércitos europeos de la época, para los que el ejército británico era una fuerza pequeña, mal mandada, incapaz de librar batallas de entidad en el Continente, y con una alarmante tendencia a la ebriedad más extrema¹. El comportamiento en campaña del ejército británico había sido muy irregular en los conflictos de la segunda mitad del siglo XVIII, cuando no decididamente malo. En gran medida esto era fruto de la mayor inversión en recursos humanos y económicos recibida por la Royal Navy. La superioridad naval era la esencia de la estrategia británica, y el ejército se consideraba como un simple complemento.

La mayor parte de las fuerzas terrestres británicas se encontraban de guarnición en las colonias, y el ejército de campaña, estacionado en Gran Bretaña, era pequeño, y de no muy buena calidad.² No obstante, era posible aumentar sus efectivos humanos echando mano de la Milicia Regular, un cuerpo de unos 200.000 hombres, con misiones iniciales de mera defensa territorial. Algunos de los miembros de la Milicia eran sencillamente inútiles para el servicio, pero otros podían reforzar los regimientos regulares, lo que fue de especial utilidad en el largo conflicto con la Francia revolucionaria. En 1809 16.000 efectivos de la Milicia se integraron en el ejército regular.³

Las reformas del Duque de York en los años 90 del siglo XVIII hicieron mucho por mejorar la eficacia en campaña del ejército británico. Se adoptaron algunos procedimientos nuevos, como el uso de tiradores ligeros, armados con rifles, de mayor alcance que los

mosquetes de las tropas de línea. También se instituyó el exigente sistema de adiestramiento de la infantería, que incluía frecuentes prácticas con munición real, algo que contribuyó a consolidar la mortífera eficacia del fuego por descargas británico.

Aparte de las tropas nacionales, el ejército encuadraba tropas extranjeras, y la más famosa era la *King´s German Legion* alemana. Se daba la circunstancia de que el rey de Inglaterra era a la vez el Elector de Hannover, por lo que era habitual que tropas hannoverianas sirviesen en las filas británicas. Cuando Napoleón ocupó gran parte de Alemania, muchos de los soldados y oficiales de Hannover se refugiaron en territorio británico, y fue posible crear una unidad militar de voluntarios. El rendimiento de las tropas de Hannover fue siempre bueno, especialmente el de su caballería⁴.

Pero, en general, los ejércitos de Gran Bretaña no habían sido capaces de adaptarse a la mayor parte de las novedades desarrolladas en las guerras contra la Francia revolucionaria primero, y contra Napoleón después. Las tropas británicas no conocían la organización en cuerpos de ejército, y apenas utilizaban las divisiones. El ejército marchaba normalmente reunido, lo que le impedía realizar la compleja combinación de maniobras convergentes en distintas direcciones en las que se habían especializado los ejércitos franceses. Los británicos eran también incapaces de lograr la elaborada cooperación interarmas entre artillería, caballería e infantería de la que hacían gala las tropas de Napoleón.

Pese a sus múltiples defectos el ejército británico no carecía de cualidades. Y quizás el mayor mérito de Wellesley fue adaptar sus procedimientos para obtener el mayor beneficio de estas últimas, tratando de ocultar al máximo los primeros.

Hay que destacar que, gracias en parte a su pequeño tamaño, el ejército británico estaba normalmente bien equipado. De hecho españoles, portugueses y franceses miraban con envidia el excelente ganado y material que llevaban consigo los ejércitos de Wellesley El soldado británico recibía una paga y una ración muy superiores a sus homólogos franceses o españoles, aunque en contrapartida no gozaba de la habilidad de estos para procurarse el sustento por su cuenta. El general Foy hizo una observación que se convirtió en famosa:

Veinte mil franceses vivirían sin coste donde diez mil ingleses morirían de hambre con dinero en los bolsillos⁵

Pero también es cierto que los franceses lograban esos resultados recurriendo al saqueo, algo que los británicos solo hacían ocasionalmente y siempre arriesgándose a un serio correctivo

La disciplina que imperaba en sus filas, aunque basada frecuentemente en un brutal castigo físico a la manera prusiana, resultaba muy eficaz para mantener un orden, uniformidad y limpieza muy superior al de la mayoría de los ejércitos de su época. Este sentido de la disciplina se extendía a las operaciones, en las cuales los soldados británicos mostraban una extraordinaria capacidad para mantenerse impasibles ante el fuego enemigo. Lamentablemente, tal cualidad tenía tendencia a perderse en cuanto se abandonaba la formación de combate, y especialmente cuando las tropas tenían acceso a grandes cantidades de alcohol, situación en la cual se convertían en ingobernables.

En cualquier caso, la infantería británica era excelente en el tipo de combate en línea que habían hecho famoso los prusianos durante el siglo XVIII. La esencia del combate en línea era la potencia de fuego, algo que no resultaba nada fácil de conseguir teniendo en cuenta las limitaciones del armamento de la época. El mosquete reglamentario británico, el famoso *Brown Bess*, tenía un alcance eficaz de apenas cien metros, y eso disparando en descargas contra una formación enemiga compacta. Y recargar un mosquete exigía realizar media docena de operaciones que rara vez podían completarse en menos de treinta segundos, incluso con soldados bien instruidos⁶.

Así pues se hacía fuego a muy corta distancia, en descargas colectivas que trataban de compensar la escasa precisión de las armas con el volumen de fuego. Y se recargaba con el enemigo a unas decenas de metros, mientras éste disparaba a su vez o se lanzaba a la carga a la bayoneta. Resulta fácil imaginar que en estas condiciones era necesario poseer nervios de acero para culminar con éxito la complicada carga de un mosquete. Y mucho más si se tienen en cuenta otros inconvenientes de las armas de la época como el terrible efecto de las nubes de pólvora negra, que asfixiaban y cegaban a los tiradores, irritando ojos y garganta. O la necesidad de romper los cartuchos de papel que contenían la pólvora y el proyectil con los dientes, lo que hacía que los fusileros tuviesen la boca manchada de pólvora a los pocos disparos, con la consecuencia de una sed terrible, así como mareos y malestar debidos a la ingestión de esa sustancia. Por último, era muy fácil que se produjesen fallos en los primitivos mecanismos de disparo de las armas, especialmente con tiempo húmedo⁷.

Sin embargo, cuando se disponía de tropas instruidas y disciplinadas, la ejecución de varias descargas sucesivas sobre el adversario tenía efectos devastadores. Las descargas colectivas colocaban en el aire nubes de pesados proyectiles de plomo, de 20 a 22 mm. de calibre que provocaban heridas terribles. Británicos y prusianos podían hacer tres disparos en un minuto, aunque la eficacia de la segunda y la tercera descarga disminuía sensiblemente porque muchas armas fallaban al haber sido cargadas apresuradamente. De hecho, era común disparar una sola descarga a corta distancia y aprovechar la confusión enemiga para lanzar un ataque a la bayoneta⁸.

La logística británica era bastante compleja, pues se utilizaba el sistema tradicional del siglo XVIII consistente en mantener a los ejércitos mediante un sistema de almacenes y convoyes, evitando en lo posible depender de los recursos locales. Todo lo contrario que los ejércitos de Napoleón, que se habían especializado en vivir sobre el terreno, obteniendo los suministros mediante compra, requisa o directamente por el saqueo. La dificultad se incrementaba porque los ejércitos británicos solían marchar reunidos, lo que obligaba a transportar una gran cantidad de abastecimientos a través de una sola línea de comunicación.

En consecuencia los trenes logísticos británicos solían ser voluminosos y vulnerables⁹. Pero, paradójicamente, este defecto se transformó en ventaja durante las operaciones en España y Portugal, ya que la pobreza y devastación del país era tal que resultaba imposible sobrevivir con los recursos encontrados sobre el terreno. Así pues, los voluminosos trenes logísticos británicos les proporcionaron una gran ventaja sobre sus enemigos franceses. No obstante, la campaña del Tajo supuso una experiencia extremadamente negativa en este aspecto, precisamente por la imposibilidad de mantener el sistema de almacenes y convoyes.

EL EJÉRCITO FRANCÉS

El ejército surgido de la Revolución Francesa había causado una enorme conmoción en toda Europa, principalmente porque se había construido rompiendo todas las normas tradicionales del siglo XVIII para la organización militar. La regla de ejércitos reducidos, profesionales, relativamente económicos de mantener y con poco impacto en la vida económica y social de la nación, se había abandonado a favor de un inmenso ejército de ciudadanos reclutados, y del empeño de todo el poder económico de Francia en el esfuerzo de guerra.

Abastecer estos enormes ejércitos a través de un sistema de depósitos era muy complejo, por lo que vivir sobre el terreno, si era posible sobre el territorio enemigo, se convirtió en una norma cada vez más habitual. Los reclutas franceses no estaban inicialmente muy bien instruidos, pero podían suplir esa carencia con su entusiasmo. Al no ser muy adecuados para entablar duelos de fusilería con los soldados profesionales británicos o prusianos, se puso el acento en la movilidad y la ofensiva, utilizándose cada vez más formaciones en columna, las más aptas para mantener la cohesión y la potencia de choque en un ataque.

eiércitos revolucionarios franceses heredaron innovaciones de toda una escuela táctica previa extraordinariamente brillante. Durante la primera mitad del siglo XVIII, Bourcet había desarrollado la maniobra de aproximación en varias direcciones, rompiendo la habitual rigidez del ejército reunido, y dividiéndolo en que marchaban por itinerarios separados, convergentes. Esto daba una enorme flexibilidad a la maniobra, y creaba una gran incertidumbre en el enemigo sobre cuál era la dirección real del ataque.

Poco después, el general De Broglie perfeccionaba el sistema organizando el ejército en divisiones, porciones semiautónomas que integraban un grueso de infantería con elementos de caballería y artillería, y que incluso podían aceptar combates independientemente del grueso. Pero el gran impulso a la táctica francesa vino de manos de Guibert, que poco antes de la Revolución puso el acento en la movilidad, la ofensiva, y la fluidez en el campo de batalla, saturando al adversario con unidades muy agresivas, que se movían constantemente maniobrando para concentrarse, dispersarse y buscar los puntos débiles del despliegue enemigo¹⁰.

Los descubrimientos tácticos fueron eficazmente apoyados por los científicos. Gribeauval consiguió aumentar el alcance eficaz de las piezas de campaña francesas hasta más allá de los 1.000 metros, perfeccionó su movilidad y unificó sus calibres¹¹. Y la cartografía se desarrolló espectacularmente en el siglo XVIII, facilitando sobremanera el planeamiento de las operaciones.

Napoleón heredó todos estos avances previos, y su mérito fue unificarlos en un sistema que demostró una eficacia abrumadora. Los enormes ejércitos franceses podían avanzar velozmente moviéndose en varias direcciones con escasa impedimenta logística, desconcertando y desequilibrando al enemigo. Con la misma velocidad podían concentrarse en el punto más favorable y presentar batalla; y en ella las

columnas francesas se lanzaban al ataque, cubiertas por cortinas de infantes ligeros, y aprovechando los huecos que causaban las precisas concentraciones de la artillería. El desequilibrio enemigo era culminado por una caballería extremadamente eficiente, con una temible capacidad de choque y maniobra. El genio de Napoleón añadía el punto decisivo a todo el conjunto.

Los ejércitos franceses que combatían en la Península no eran ya las fuerzas entusiastas de la Revolución, sino una mezcla de endurecidos profesionales y reclutas venidos de media Europa. Sus métodos se habían perfeccionado, y podían combatir tanto en defensiva como en ofensiva con igual eficacia. Pero las condiciones de la guerra en la Península habían trastornado seriamente sus procedimientos tácticos.

El movimiento por divisiones o cuerpos de ejército independientes era muy difícil, tanto por la precariedad de las carreteras y caminos, como por los problemas de coordinación que se producían cuando los correos eran sistemáticamente interceptados por las guerrillas¹². Sobrevivir sobre el terreno era algo casi imposible, incluso recurriendo al saqueo. Las tierras de España y Portugal eran en su mayoría pobres, y la población escondía y defendía sus escasas provisiones con una energía impensable en Europa Central. El teniente D´Illens narra como se abastecía el cuerpo de ejército del mariscal Soult en Portugal:

Desde el inicio de la campaña se vivía del saqueo. Como los pueblos situados sobre nuestra ruta, ya abandonados por los habitantes que se llevaban o destruían los comestibles, ofrecían pocos recursos, era necesario dejar los campamentos e ir más lejos en busca de víveres... y a veces, en estas ávidas excursiones, se olvidaba todo sentimiento de moderación y humanidad.¹³

Por añadidura las condiciones de salud en España eran muy malas, y las epidemias se cobraban múltiples bajas¹⁴. Además, cualquier soldado rezagado podía terminar muerto por los habitantes del país en una estremecedora variedad de formas, todas ellas crueles. Y la dificultad del terreno restaba con frecuencia valor a la acción de la caballería y la artillería.

Las difíciles condiciones para vivir y combatir fomentaban las deserciones, especialmente entre los contingentes extranjeros, sobre todo italianos y alemanes, que podían tener alguna esperanza de no ser masacrados por la población civil¹⁵. Pero los soldados franceses sabían

perfectamente que la deserción significaba una muerte casi inevitable y horrible a manos de las guerrillas o de la población local, y eso los hacía más cohesionados y feroces.

Pese a que, como Napoleón aseveraba, no hay maniobra de caballería en España¹⁶, la caballería francesa jugó frecuentemente un papel decisivo en las operaciones en la Península. Una gran parte de las derrotas españolas, y entre ellas la experimentada por Cuesta en Medellín, se debieron al terrible empuje de la caballería francesa, que la española difícilmente podía contrarrestar. Además, la caballería ligera, era muy indicada para ser utilizada como fuerza móvil, con la misión de obtener información y contrarrestar la acción de las guerrillas, actividades ambas vitales en España. Pero la caballería francesa se encontraba con dificultades para encontrar y mantener buenas monturas en la Península, donde la escasez de forraje suponía un problema considerable. Y en ocasiones, la necesidad de fuerzas de caballería para escoltar correos y convoyes dejaba a los cuerpos de ejército con muy pocas unidades disponibles para ser utilizados contra las fuerzas regulares enemigas.

En definitiva, a pesar de que en 1809 las mejores tropas estaban con el Emperador en Austria, y pese a que los soldados franceses en España y Portugal nunca estuvieron bien dirigidos, y tuvieron que combatir entre penalidades desmoralizantes, su comportamiento fue siempre el de un enemigo temible, en gran medida porque las difíciles condiciones del teatro de operaciones, y la hostilidad de los habitantes, aumentaban enormemente su cohesión y solidaridad.

EL EJÉRCITO ESPAÑOL

Al iniciarse las hostilidades contra Francia, el ejército español era una fuerza reducida, mal equipada y que además se encontraba fraccionada en diversos contingentes, algunos de las cuales cooperaban con las tropas francesas en Portugal o Dinamarca. Gómez de Arteche señala que sus efectivos a comienzos de 1808 eran de 87.201 infantes y 16.623 oficiales y soldados de caballería, además de unos 7.000 artilleros y 4.000 ingenieros. El ejército se complementaba con las milicias provinciales, con misiones de defensa territorial, que sumaban unos 32.000 efectivos¹⁷.

Pero, de todas estas fuerzas, unos 14.500 estaban destacados en la llamada División del Norte, desplegada en Hamburgo y Dinamarca bajo el mando del Marqués de la Romana¹⁸, mientras otros casi 25.000 se encontraban en Portugal, apoyando la invasión francesa¹⁹. Como es de

suponer, las tropas desplegadas en el exterior eran las mejores del ejército y, aunque la mayor parte de ellas se recuperaron posteriormente, su ausencia del territorio nacional en los primeros meses de la guerra dejó al ejército en muy mala situación. La ocupación francesa, el ambiente revolucionario y la descoordinación en las operaciones desarticularon casi totalmente al ejército regular en los primeros meses del conflicto.

Aparte de su pequeño tamaño, y de su desorganización tras el estallido de la guerra, el ejército español no era excesivamente eficiente. Su experiencia en combate se limitaba a la ya lejana guerra de los Pirineos, entre 1793 y 1795, en la que había mostrado graves defectos, y a la corta campaña de Portugal de 1801. Los años del reinado del Carlos IV, con la ruina de la Hacienda pública, habían sumido al ejército en una situación endémica de falta de equipos, personal y adiestramiento. Había excepciones, como era el caso de la artillería, que utilizaba los avances introducidos en Francia por Gribeauval, y disponía de buenos materiales y excelentes técnicos.

En los aspectos tácticos, el ejército estaba anticuado. Utilizaba algunos avances de la época, como la infantería ligera, pero no dominaba en absoluto la coordinación entre armas, ni era capaz de realizar maniobras complejas o de sostener campañas de larga duración. Además, al contrario que el británico, no intentaba compensar su falta de pericia combatiendo en defensiva en terrenos favorables, sino que se lanzaba a la ofensiva con un entusiasmo más típico de sus oponentes franceses, y unos resultados habitualmente desastrosos.

A lo largo de la contienda el ejército regular se fue ido diluyendo en nuevas formaciones creadas mediante el flujo de voluntarios y el recurso a las quintas, método de reclutamiento forzoso bastante impopular. Los resultados de la reorganización fueron muy dispares. En general la población prefería enrolarse en milicias locales y guerrillas, que permitían al enrolado combatir cerca de su lugar de residencia y atender a familias y cosechas²⁰. En el ejército regular se podía ser desplegado lejos del lugar de residencia, las condiciones de vida eran con frecuencia míseras, y las batallas contra las fuerzas francesas sangrientas y sin esperanza.

Las fuerzas regulares se resentían mucho de la tendencia de sus soldados a la dispersión, o incluso a la deserción. Para los soldados españoles, que en muchas ocasiones ni siquiera portaban uniforme,²¹ era sencillo desertar moviéndose en su propio país y dominando el idioma. Por eso resultaba frecuente que, ante la perspectiva de un revés

en la batalla, muchos soldados abandonasen sus puestos y desertasen, a veces en masa. Paradójicamente muchos de ellos volvían posteriormente a la lucha bien reintegrándose otra vez al ejército, bien pasando a formar parte de los numerosos grupos guerrilleros, que ofrecían mejores condiciones de vida y sustento.

En España existía un gran número de fortalezas, normalmente mal mantenidas y artilladas con piezas muy antiguas, pero aún útiles. La ocupación de un gran número de ellas por los sublevados contribuyó a empeñar un número considerable de efectivos franceses en operaciones de asedio. Y en algunos casos incluso llegó a permitir la existencia de zonas liberadas de la presencia francesa. El Duque del Parque, por ejemplo, pudo operar con facilidad en la zona de Salamanca estableciendo su base en la ciudad fortificada de Ciudad Rodrigo. Y la resistencia de la ciudadela de Gerona, limitó considerablemente las operaciones francesas en Cataluña hasta finales de 1809.

En definitiva, cuando comenzó la campaña del Tajo en el verano de 1809, el ejército español era una fuerza poco fiable, muy dispersa y falta de coordinación en sus acciones. Pero, pese a todos sus defectos, las fuerzas españolas continuaban combatiendo con tenacidad, y los ejércitos tenían una enorme capacidad para reorganizarse después de los desastres más aplastantes. Esto, unido a la actividad de las guerrillas, la guerra en Austria, el estado de insurrección de gran parte de la población civil y la precariedad de recursos e infraestructuras en el territorio español, había permitido paralizar prácticamente las operaciones francesas en la Península.

LOS JEFES MILITARES

SIR ARTHUR WELLESLEY

En 1809, Arthur Wellesley había demostrado ya su valía como líder militar, aunque aún estaba lejos del reconocimiento que alcanzó en años posteriores. Su historial se había forjado esencialmente en la India, donde había servido con eficacia. También había mandado las fuerzas terrestres durante la expedición a Dinamarca de 1807, aunque apenas se habían producido combates. Y había sorprendido derrotando al mariscal francés Junot el año anterior en Roliça y Vimeiro, ya en Portugal.

Parte de la gloria de estas victorias se había malogrado en la desafortunada Convención de Sintra por la que el ejército de Junot se rindió a cambio de ser transportado intacto a Francia en buques de la Royal Navy. Ciertamente Wellesley había sido un actor secundario en ese excesivamente generoso acuerdo, pues había sido sustituido en el mando por dos jefes sucesivos. Pero su figura quedó enredada en el escándalo que se desató en Gran Bretaña cuando se conocieron los términos de la convención.

Pese su ya impresionante historial, Wellesley era en realidad un teniente general joven y moderno, cuya brillante carrera se atribuía tanto a su valía como a sus excelentes contactos y recomendaciones. De hecho los Wellesley eran una reconocida familia de la nobleza británica residente en Irlanda. El hermano mayor de Arthur, Richard, por entonces conocido como Lord Mornington, y más tarde como Marqués de Wellesley, se había convertido en gobernador general de la India en 1798, poco después de que el regimiento de su hermano menor fuese destinado a la colonia. Evidentemente, al joven Arthur le fue asignado un destino muy superior al que su edad (por entonces 29 años) y su experiencia militar podían hacer suponer. En 1799, siendo todavía coronel, fue nombrado gobernador de la provincia de Seringapatam, lo que lógicamente causó ciertas suspicacias²².

En 1802 fue ascendido a general, y participó en la campaña contra la confederación Mahrata. En las operaciones el joven Wellesley se destacó en la Batalla de Assaie, en la que derrotó con apenas 8.000 efectivos una fuerza mahrata que sumaba quizás 50.000²³. La primera batalla de importancia en la carrera de Wellesley fue especialmente atípica, pues se lanzó al ataque contra una fuerza inmensamente superior, cuando posteriormente se haría famoso por luchar casi siempre en defensiva.

A su regreso a Gran Bretaña, Wellesley fue nombrado miembro del Parlamento, y en 1807 Secretario Jefe para Irlanda, con lo que unió una brillante carrera política a su ya destacable hoja de servicios militares. Lógicamente, tal cúmulo de nombramientos a edad tan temprana no podía por menos que levantar cierta hostilidad entre compañeros de armas y políticos de mayor edad. Y el hecho de tener que moverse en ese complejo mundo de intrigas políticas y militares, intentando evitar ser relegado por sus adversarios, y demostrar que era algo más que un advenedizo, sin duda influyó en el carácter del todavía joven Wellesley. Un carácter que puede calificarse como difícil; tanto que sus propios subordinados, aunque lo respetaban, estaban lejos de apreciarle. Como señaló el historiador británico Charles Oman "lo hizo todo para ganarse su confianza, pero poco que pudiera atraer su afecto"²⁴.

Parte de esta falta de atractivo residía en la frialdad de Wellesley, poco dado al trato cordial, y proclive a una actitud severa y distante que resultaba con frecuencia hiriente. Algunas de sus opiniones públicas sobre la calidad de sus tropas no ayudaron precisamente a que el futuro primer Duque de Wellington fuera un líder apreciado por éstas.

El sistema francés de conscripción aporta una aceptable muestra de todas las clases; el nuestro está compuesto por la escoria de la tierra, la auténtica escoria de la tierra. Resulta increíble que seamos capaces de sacar tanto de ellos después de todo. Los soldados ingleses son compadres que se han alistado todos para beber, este es el simple hecho, todos ellos se han alistado para beber gratis.²⁵

El trato con sus oficiales tampoco era demasiado amistoso. La visión habitual es la de un Wellesley extremadamente autoritario, que rara vez aprobaba la iniciativa en sus subordinados²⁶. De hecho, no esperaba de la mayoría de ellos más que una obediencia estricta, sin ningún matiz de autonomía propia. Pero también es cierto que con algunos oficiales podía hacer una excepción y permitirles actuar con bastante libertad, aunque eso no les libraba de sus iras ocasionales. Fue el caso de Robert Wilson en la campaña que nos ocupa, o de Robert Craufurd el año siguiente en la frontera portuguesa. Su natural desconfianza hacia todo lo que no fuesen sus propias decisiones se veía en ocasiones reforzada por los hechos, como cuando dejó el sitio de Badajoz en manos de Beresford, en 1811, y éste estuvo cerca del desastre en la Batalla de la Albuera. O cuando el propio Craufurd se salvó por poco de ser aniquilado junto con su División Ligera en la Batalla del río Coa en 1810²⁷.

La desconfianza hacia sus subordinados era sin duda fruto de un marcado sentido de la superioridad. Wellesley era un aristócrata puro²⁸, y además era un líder realmente brillante como estratega y táctico, algo de lo que era perfectamente consciente. Esta conjunción de circunstancias hacía que su trato pudiese llegar a ser extremadamente irritante para un subordinado. Y la convicción en su propia valía tendía a hacerlo desdeñoso hacia las cualidades de subordinados, aliados y enemigos. En sus conversaciones con Lord Stanhope, décadas después de la Guerra Penínsular, el Duque reconocía que no había encontrado un solo general español de valía, y ante su intrigado interlocutor, que

sacaba a relucir los nombres de Castaños, La Romana o Alburquerque, Wellington sacudía suavemente la cabeza²⁹.

En ocasiones ni siquiera los miembros del gobierno se salvaban de sus iras, aunque el general sabía hasta donde podía llegar. En su trato con políticos, Wellesley tenía la ventaja de que él era también un político, miembro del Parlamento y Primer Secretario para Irlanda. Conocía perfectamente a todos los miembros del gabinete, y por eso se permitía hirientes cartas de protesta, normalmente por cuestiones relacionadas con la falta de fondos o la mala calidad de las tropas³⁰, que causaban un malestar que solo era aplacado por sus resonantes éxitos en operaciones

En definitiva, Wellesley tenía un sentido de la superioridad difícil de soportar, era autoritario, y normalmente tan desconfiado hacia las capacidades de sus subordinados, como crítico con las decisiones de sus jefes. Pero podía permitir cierto grado de autonomía a aquellos que demostraban claramente que podían actuar sin su supervisión.

Pese a su difícil carácter, resulta inevitable reconocer que Sir Arthur Wellesley era un genio militar. Un genio sin duda diferente a Napoleón, pero no menos temible en un campo de batalla. Aunque el corso le superaba sin duda en carisma, rapidez de decisión y dinamismo, el británico podía contrarrestarlo con sentido práctico, una visión más realista de sus posibilidades, y una increíble capacidad para aprovecharse del terreno, como demostraría seis años más tarde en Waterloo. Wellesley pertenecía a esa categoría de estrategas prudentes, más preocupados por evitar derrotas que por obtener victorias, y que precisamente por eso terminan por agotar a adversarios más agresivos.



Sir Arthur Wellesley, por entonces Marqués de Wellington, tal y como lo retrató Goya en 1812, tras su victoria en la Batalla de los Arapiles (National Gallery, Londres)

Sin embargo, pese a su habitual prudencia, y a que parecía preferir el combate en defensiva, podía lanzarse decididamente a la ofensiva si veía la oportunidad. Ya se ha comentado su sorprendente ataque contra una fuerza muy superior en la batalla de Assaie. El mariscal Soult también tuvo ocasión de experimentar las cualidades ofensivas de Wellesley, en el rápido asalto de Oporto. Y años más tarde, el mariscal Marmont sufrió un escarmiento casi fatal en los Arapiles cuando, pensando que el británico se mantendría en defensiva, intento flanquear su posición, exponiendo a su vez el flanco propio a la línea británica. El fulminante ataque que lanzó el ya entonces Marques de

Wellington nada más comprobar el error francés, constituyó su mayor victoria hasta ese momento en la Guerra Penínsular³¹.

Y es que, pese a que efectivamente Wellesley era prudente, no era en absoluto indeciso. Tenía una enorme capacidad de comprensión de todo lo que ocurría en el campo de batalla, y sabía reconocer una oportunidad en cuanto la veía. Sin embargo, no gustaba de riesgos innecesarios, y menos contra un ejército francés al que consideraba superior en maniobrabilidad y capacidad de cooperación interarmas. Hay que añadir además que las fuerzas británicas puestas a su mando eran reducidas, y casi imposibles de reemplazar. Así pues, una derrota de cierta entidad podía resultar desastrosa hasta el punto de obligar al abandono de la Península Ibérica, lo que hubiera supuesto una grave desventaja estratégica³². Esta circunstancia convertía a Wellesley en un jefe doblemente prudente.

En resumidas cuentas Arthur Wellesley era un líder tan genial como exigente, y de difícil trato personal. Confiaba en muy pocos, a nadie mostraba especial afecto y a todos reprochaba no solo errores sino también iniciativas personales. Pero cualquiera bajo su mando se sentía arropado por la extraordinaria profesionalidad de su jefe.

Paradójicamente, pese al hosco trato y los hirientes comentarios de Wellesley sobre sus soldados, estos tenían muchas más posibilidades de sobrevivir bajo su mando que sus homólogos franceses. El general británico mostraba siempre una preocupación extremada por el correcto suministro de víveres y equipo a sus hombres, emitía constantes órdenes para mejorar las condiciones sanitarias y hacía lo posible por ahorrar vidas, desplegando a cubierto o en contrapendiente siempre que era posible, utilizando al máximo la potencia de fuego y evitando choques sangrientos. Solo en los asedios, y probablemente por falta de tiempo y medios adecuados, Wellesley tendía a lanzar asaltos prematuros que se convertían con frecuencia en carnicerías.

En cualquier caso, la actitud del británico contrastaba con la de sus enemigos franceses, incluyendo al Emperador, que con frecuencia condenaban a sus tropas a procurarse suministros sobre el terreno, las sometían a marchas brutales y utilizaban unas agresivas tácticas de choque que inevitablemente exigían un alto tributo en sangre. De cualquier modo, no conviene hacerse ilusiones sobre la filantropía del Duque de Wellington Probablemente esta preocupación por las vidas y la salud de sus tropas tenía más que ver con el sentido práctico que con la humanidad. A este respecto Oman hace la siguiente observación

Sus oficiales y soldados creían, y creían correctamente, que él los apreciaba como admirables instrumentos para la tarea que le había sido asignada, y hacía lo que mejor podía para mantener esos instrumentos intactos y en buen uso, pero que no sentía ningún profundo interés personal en su bienestar³³

Pero, sea cual fuere el motivo más probable, la habilidad del británico para proteger la vida de sus hombres, así como sus incuestionables dotes como estratega y táctico, equilibraron en gran medida sus limitaciones como líder carismático.

DON GREGORIO GARCÍA DE LA CUESTA

El general Gregorio García de la Cuesta ha merecido menos atención por parte de los historiadores, pese a que en su día fue uno de los jefes militares más notables del ejército español. Las noticias que nos han llegado sobre su carácter y valía han sido con frecuencia deformadas por la animosidad que su persona despertaba en políticos y militares de su época, pese a que también sobran las evidencias de su reconocido prestigio. El británico Napier describe lo que probablemente era solo una malintencionada caricatura del general español:

Obstinado, envidioso, afligido por los años...castigar con bárbara severidad y lanzarse de cabeza a la batalla constituían, para él, todas las funciones de un general³⁴.

Southey compensa de alguna forma sus defectos con las virtudes del coraje y el patriotismo; lo que se convertirá en la imagen más generalizada de Cuesta: intratable e incompetente, pero valiente y patriota.

obstinado, intratable e incapacitado para el mando, pero un hombre ciertamente honesto que, por sentido del deber y por coraje natural hubiera dado su vida por el servicio a España³⁵.

Un cronista español como el Conde de Toreno muestra una imagen similar:

Militar antiguo y respetable varón, pero de condición dura y caprichuda. Buen español, acongojábale la intrusión francesa,

más acostumbrado a la ciega subordinación, miraba con enojo que el pueblo se entrometiese a deliberar sobre materias que a su juicio no le competían³⁶.

En otras partes de su obra, Toreno dará una imagen aún más negativa del general, refiriéndose con frecuencia a los manejos y siniestras maquinaciones de Cuesta, a quién ve más preocupado por sus propios intereses que por el bien de la nación. ³⁷

En cualquier caso, el carácter de Cuesta parecía ser el de un jefe militar honesto, aunque un tanto primario; de aquellos que ponen la acometividad, la fortaleza de carácter y el valor por encima de cualquier otra cualidad militar. Resulta inevitable compararlo con su contemporáneo el mariscal Blücher a quien tampoco la avanzada edad privaba de vitalidad, energía y autoridad.

En la primavera de 1809, Cuesta era el general más antiguo, y también el de mayor edad, del ejército español. Tenía 68 años, y resulta inevitable la comparación con Sir Arthur Wellesley, que por aquel entonces apenas había cumplido los 40. Es muy probable que Cuesta viese a Wellesley como un estirado petimetre, mientras que para el británico debía ser inevitable contemplar al anciano general español como poco menos que un fósil. Y es que, aparte de su edad, Cuesta se encontraba entonces casi inmovilizado por las heridas sufridas en la Batalla de Medellín, en la que había sido descabalgado por su propia caballería en fuga, y después pisoteado por los jinetes franceses que no se apercibieron de su presencia³⁸.

Cuesta había alcanzado prestigio en la guerra de los Pirineos, durante la década anterior. Pero quizás la razón que más influyó en su popularidad fue su oposición a Godoy, que le había ocasionado la separación del servicio por siete años, entre 1801 y 1808³⁹. Sin embargo, tras la abdicación de Carlos IV y la caída en desgracia de Godoy, Cuesta fue rehabilitado, y nombrado Capitán General de Castilla la Vieja, estableciéndose en Valladolid, donde le había sorprendido la guerra. Allí, aunque intentó inicialmente oponerse a los partidarios de la sublevación, tuvo finalmente que ceder, proporcionar armas a la población, y organizar una fuerza, medio regular, medio miliciana. Con ella intentará oponerse a las fuerzas del general Lasalle en Cabezón de Pisuerga.



Imagen del General Gregorio García de la Cuesta en una época muy anterior a 1809

El improvisado ejército, denominado de Castilla, adoptó una posición increíblemente mala para proteger el paso sobre el río, desplegando principalmente sobre la orilla que daba al enemigo. Este hecho siempre ha provocado cierta sospecha, pues aunque Cuesta no era muy buen táctico, tampoco era tan incompetente. El hecho de que el capitán general fuese prácticamente obligado a presentar batalla por un populacho violento, que no dudó en amenazarle de muerte⁴⁰, hace pensar que quizás adoptó disposición tan errónea para que las turbas de exaltados fuesen aniquiladas por el enemigo. Pero, aunque tanto Toreno como Arteche apuntan a esa posible explicación del irracional despliegue en Cabezón, ambos lo descartan, y lo atribuyen más bien a que Cuesta no era gran estratega y además solía perder la cabeza por su ansia de batalla⁴¹

El improvisado ejército fue efectivamente superado en poco tiempo, y sus elementos civiles aniquilados. Cuesta se replegó con algunas de las unidades regulares, y en la derrota mostrará otro de sus rasgos esenciales: la tenacidad. En dos semanas había reconstituido el Ejército de Castilla refugiándose en la zona de León. A él se unió el Ejército de

Galicia bajo el mando del general Blake. Pero las diferencias entre juntas y jefes militares, que fueron norma en los primeros meses de la guerra, echaron a perder el esfuerzo. Blake, que estaba bajo las órdenes de la Junta de la Coruña, no quiso ponerse a las órdenes de Cuesta, que controlaba la Junta de León. En consecuencia ambas fuerzas actuaron en total descoordinación⁴², pese a lo cual, en una actitud que también se convertiría en típica de las fuerzas españolas en la contienda, partieron a presentar batalla con el adversario. Ésta tuvo lugar en Medina de Rioseco, y fue un nuevo desastre, pese a que las fuerzas españolas superaban ampliamente en número a las del mariscal Bessieres.

A pesar del descalabro, la Batalla de Medina de Rioseco tendrá pocas consecuencias, pues cinco días más tarde las fuerzas francesas de Dupont serían derrotadas en Bailén, lo que unido a la insurrección generalizada contra las fuerzas francesas obligará a éstas a retirarse hasta la línea del río Ebro. Cuesta había conseguido replegar parte de sus fuerzas hacia Salamanca, donde había emprendido de nuevo la tarea de organizar el tercer ejército de Castilla. Pero, una vez retiradas las fuerzas francesas, los enredos políticos que acompañaron a la formación de la Junta Central de Defensa causaron un serio perjuicio al prestigio del general.

Parte de la Junta de León se había refugiado en Galicia durante el avance francés, con lo que sus miembros habían quedado fuera de la influencia de Cuesta, y bajo el paraguas de la Junta de Galicia. Cuando se convocó a representantes de todas las juntas para la formación de una Junta Central, los miembros exiliados de la Junta de León, que habían constituido la denominada Junta de Lugo, a la que otorgaban la representación de Castilla y León, enviaron dos representantes a Madrid. Además, la Junta de Lugo, desde la seguridad que les proporcionaba la lejanía a Cuesta, había hecho lo posible por menguar el poder del capitán general. Éste último, a su vez, había nombrado otros dos representantes de la Junta de Castilla en Valladolid, y considerando a los representantes de Lugo fuera de la ley, decidió arrestarlos, encerrándolos en el Alcázar de Segovia⁴³.

Evidentemente, tal medida no mejoró la imagen de Cuesta ante los miembros de la entonces embrionaria Junta Central. En el fondo de esta controversia, estaba el hecho de que Cuesta defendía la supremacía de los capitanes generales sobre las juntas de defensa en tiempo de guerra. De hecho, la función que Cuesta veía para las juntas era meramente auxiliar respecto al capitán general, como el mismo expuso posteriormente en su Memoria⁴⁴. El hecho de que los diputados de la

Junta de Lugo pretendiesen la representación de León, e incluso de Castilla, fuera de la autoridad de su capitán general, a quién además se mostraban más bien hostiles, fue demasiado para el carácter sumamente autoritario de Cuesta.

Este mismo carácter, y su idea de la superioridad de la autoridad militar sobre la civil en tiempos de crisis, hacían a Cuesta antipático, y aún temible, a la clase política que integraba las juntas. Ello contribuyó a crear una imagen muy negativa del general que acabaría perjudicando enormemente las operaciones posteriores. Y también impidió que algunas ideas acertadas de Cuesta fueran siquiera consideradas. Reunido en Madrid con el resto de los generales propuso un mando único, lo cual era una propuesta lógica, pero como él era el general más antiguo, y por tanto el mejor situado para esa autoridad suprema sobre los ejércitos, su propuesta fue considerada como una desfachatez, motivada por el interés personal y su ansía de poder⁴⁵.

Cuesta se negó además a liberar a los compromisarios de la Junta de Lugo, pese a los ruegos del Conde de Floridablanca⁴⁶. Y el resultado de todos essos desencuentros fue que nada más constituida la Junta Central de Defensa en Aranjuez, una de sus primeras disposiciones fuese liberar a los detenidos y arrestar a Cuesta, aunque el arresto fue más bien liviano, orientado sobre todo a mantener bajo control al iracundo general. Pero el daño a la imagen de Cuesta ya estaba hecho, y éste se había convertido en la bestia negra de la Junta Central, con pocas esperanzas además de que las cualidades diplomáticas del general pudiesen remediar dicha visión negativa.

Pero Cuesta seguía siendo uno de los generales con mayor prestigio no solo en el ejército, sino también entre la población civil. Probablemente porque siempre había sido un enemigo declarado de Godoy, y partidario del rey Fernando VII, y también porque su carrera militar, combatiendo contra las fuerzas revolucionarias francesas en las Guerra del Rosellón durante la década anterior, había sido razonablemente brillante. Ello quedó de relieve en diciembre de 1808, cuando la Junta Central tuvo que abandonar Aranjuez tras el avance imparable de las fuerzas francesas hacia la capital.

A su paso por Extremadura, los miembros de la Junta, a quienes seguía el propio Cuesta, fueron testigos de las apasionadas manifestaciones de la población, que pedía que se otorgase a Cuesta el mando de las fuerzas en Extremadura. La petición era comprensible, si se tiene en cuenta que el ejército de Extremadura había sido diezmado en las batallas en el Ebro y frente a Madrid, y se suponía que, tras

ocupar la capital, las fuerzas invasoras continuarían su camino hacia Extremadura y Sevilla. La población y las autoridades locales, aterrorizadas, se aferraban a Cuesta como su posible salvador⁴⁷.

La Junta terminó por ceder, y puso al anciano general al mando del ejército de Extremadura. Para él se trató de una suerte de desquite, aunque hay que reconocer que su conducta fue bastante correcta, reuniendo las fuerzas que se replegaban en desorden y creando un nuevo ejército, que además, y muy en la línea de Cuesta, pronto tomó la ofensiva. Pero la relación con la Junta estaba irremediablemente echada a perder. Cuesta se sentía resentido por el trato recibido, y desconfiado de que se le intentase arrebatar el mando de nuevo. Y la Junta, ahora situada en Sevilla, no podía sentirse tranquila sabiendo que lo único que se interponía entre ella y las fuerzas francesas, era el ejército de un general hostil, intratable y, para colmo de males, terriblemente popular.

A finales de marzo, la penetración de Victor en Extremadura obligó a Cuesta a presentar batalla en Medellín. Allí libró un combate en cierto modo brillante pese a sus desastrosos resultados. De hecho sorprendió a Victor en una situación difícil, con el Guadiana a su espalda, y el ataque generalizado de la línea española estuvo a punto de desarticular el despliegue francés. Si la caballería hubiese resistido solo un poco más el empuje de los jinetes franceses, puede que la batalla hubiese finalizado de otra forma. Las críticas a Cuesta por no haber organizado una reserva que evitase el desastre tienen cierta justificación⁴⁸, pero la idea de lanzar un impetuoso ataque con todas las fuerzas disponibles como única posibilidad de derrotar a las superiores fuerzas francesas se basaba también en razones lógicas.

Cuando se le encomendó la cooperación con Wellesley para lanzar un ataque concéntrico sobre Madrid, el general no encontraba en su mejor momento. Casi inmovilizado por las heridas sufridas en Medellín, más convencido que nunca de que se intentaba arrebatarle el mando – sospecha en absoluto infundada como veremos más adelante— y no demasiado satisfecho de tener que colaborar con una fuerza extranjera para liberar la capital de España. Además, Wellesley era joven, sus éxitos le precedían, era tan autoritario e intratable como el propio Cuesta, y no ocultaba su pretensión de dirigir las operaciones de las fuerzas españolas. En esas condiciones la colaboración entre ambos jefes no se auguraba fluida.

JOSÉ BONAPARTE

Frente a Wellesley y Cuesta, el jefe teórico de las fuerzas francesas era el Rey José I, hermano mayor del propio Napoleón. Pero en la práctica su autoridad era sistemáticamente puesta en duda por los mariscales destinados en la Península, que actuaban con una independencia que a veces se convertía en abierta insubordinación. La culpa de este estado de cosas era en gran parte del propio Emperador, que poco fiado del talento militar de su hermano, no renunciaba a dirigir personalmente las operaciones desde la distancia. Y para ello no dudaba en ocasiones en saltarse la cadena de mando, enviando instrucciones directamente a los mariscales al servicio del rey José.



José Bonaparte retratado por Jean Baptiste Wicar en 1808

Lo cierto es que el rey carecía del talento, y sobre todo del carisma de su hermano. Pero era un hombre bienintencionado y ayudó con honestidad a Napoleón. Quizás la descripción que éste hizo de su hermano en Santa Helena sea la mejor sobre su carácter:

José apenas me ha ayudado, pero es muy buen hombre; su mujer la Reina Julia es la mejor criatura que haya existido. José y yo nos hemos querido siempre y siempre hemos estado de acuerdo; él me ha querido sinceramente: no dudo de que hubiera hecho cualquier cosa en el mundo por mí; pero todas sus cualidades se sostienen únicamente en el hombre privado; él es eminentemente dulce y bueno; tiene el espíritu y la educación, es amable. En las altas funciones que le he confiado, ha hecho lo que ha podido, sus intenciones eran buenas, y la principal falta no era suya, sino mía, al haberle arrojado fuera de su esfera. ⁴⁹

Pero, frente a los orgullosos y pendencieros mariscales formados en el campo de batalla por el Emperador, las posibilidades de que el amable José fuese tomado en consideración eran ciertamente escasas. La arrogancia y el carácter violento e impetuoso que convertía a estos hombres en perfectos instrumentos de combate cuando estaban bajo las órdenes de Napoleón, se tornaban cualidades extremadamente peligrosas cuando no se sentían controlados por su jefe natural. En España, bajo el mando nominal de un rey al que despreciaban, muchos de ellos se comportaron como auténticos adolescentes problemáticos, disputando constantemente entre ellos y con su jefe, o realizando actos de clara desobediencia a las órdenes de José, cuando no dedicándose directamente a aumentar su fortuna personal mediante la rapiña más descarada. A lo largo de todo el conflicto, este comportamiento supuso un enorme lastre para el esfuerzo de guerra francés en la Península

Pese a todos los desprecios, José estaba lejos de ser el analfabeto militar e inepto político que en ocasiones se presenta. Muy al contrario, bastantes de sus disposiciones estaban llenas de una lógica que sus curtidos mariscales tenían a veces problemas para comprender. Y en la crisis que se produjo en el verano de 1809, su actuación táctica no estuvo exenta de cierto talento.

En cuanto a su postura respecto a la necesidad de ganarse el favor de la población para terminar con la insurgencia, que era mirada con cierto desprecio por sus mariscales, resulta hoy rabiosamente moderna.

Solo soy rey de España por la fuerza de vuestras armas, podría serlo por el amor de los españoles; pero para eso es necesario que yo gobierne a mi manera ⁵⁰

Ese pensamiento no era ajeno a Napoleón, que sabía bien cómo ganarse a los pueblos a su causa. Pero por algún motivo nunca aplicó esa forma de pensar a España, en la que solo confiaba en el terror para imponer su gobierno.

Se os aplaudirá mientras mis ejércitos sean victoriosos, se os abandonará cuando sean vencidos 51

El miedo a las reacciones de su hermano llevará en ocasiones a José a comportamientos patéticos y hasta miserables. En la campaña del Tajo permitió que mariscales como Victor tomasen decisiones muy arriesgadas y costosas sencillamente por miedo a que pudieran acusarle ante su hermano de falta de decisión.

Un buen jefe de estado mayor podría haber compensado los defectos de José como líder militar, pero aunque el mariscal Jean Baptiste Jourdan era un buen táctico y hombre con amplia experiencia en combate, se encontraba en una situación de decadencia personal y pérdida de prestigio profesional que no le permitían poner orden entre los belicosos mariscales a las órdenes del rey. Jourdan había tenido la desgracia de oponerse con energía al golpe de estado de Napoleón del 18 Brumario, algo que nunca le fue perdonado por el Emperador.⁵²

Además, Jourdan, aunque brillante, había sido derrotado en varias ocasiones, lo que le proporcionó el sobrenombre de "el yunque", por la frecuencia con la que había sido golpeado. El mismo Emperador no se abstenía de desprestigiarlo públicamente, lo que hacía inevitable que los otros mariscales le perdieran el respeto. Para colmo de males, en 1809 el Emperador borró a Jourdan de la lista de mariscales franceses publicada en el "Almanaque" con la excusa de que al servir al rey de España, había dejado de estar al servicio del Emperador.⁵³

Era de esperar que la situación personal de Jourdan no le permitiese ejercer una labor eficaz, teniendo en cuenta además que su salud era delicada. Pero, quizás precisamente porque estaba ya fuera de toda ambición, su visión de las operaciones era en ocasiones sorprendentemente lúcida, y muy alejada de la simple obsesión por la ofensiva a ultranza que practicaban sus colegas.

Al menos José se llevaba bien con Jourdan, unidos ambos por el desprecio de muchos de sus subordinados. Y pese a todos los problemas con mariscales como Soult, Ney o Victor, José mantenía buenas relaciones con otros jefes que en 1809 eran solo generales como Sebastiani, Kellermann y Suchet, probablemente porque su grado inferior los hacía más humildes y disciplinados.

CAPÍTULO III

LAS OPERACIONES PRELIMINARES Y LA PREPARACIÓN DE LA CAMPAÑA

Sir Arthur Wellesley retomó el mando de las tropas británicas en la Península el 25 de abril. Durante los meses pasados en Gran Bretaña, mientras se aclaraban las responsabilidades de la Convención de Cintra, el general no había permanecido ocioso. En marzo de 1809 envió su famoso *Memorando sobre la Defensa de Portugal* al Secretario de Estado Lord Castlereagh. En él exponía sus recomendaciones estratégicas sobre el apoyo británico al país luso, y específicamente sobre la presencia de tropas británicas en su suelo.

La visión de Wellesley era radicalmente opuesta a la de su predecesor John Moore. Mientras éste último consideraba imposible la defensa de Portugal,¹ Wellesley opinaba que:

Siempre he sido de la opinión de que Portugal puede ser defendido, cualquiera que sea el resultado de la lucha en España².

Tal disparidad de opiniones en dos jefes británicos que habían ejercido el mando en el mismo teatro de operaciones con pocos meses de diferencia no deja de resultar curiosa. Sir Arthur la explicaba con su habitual tacto atribuyéndola a que Moore no sabía nada de Portugal³.

Pero considerando la actuación de ambos parece más lógico pensar que el enfoque estratégico de Wellesley era más completo que el de Moore. Éste último olvidaba totalmente las posibilidades que brindaba para Gran Bretaña un país como Portugal, con una costa extremadamente larga y un interior extremadamente pobre. Para él la defensa de Portugal debía efectuarse penetrando y combatiendo en España, pero esto significaba alejarse de la principal ventaja británica, es decir el dominio del mar, a la vez que se facilitaba la tarea a las fuerzas francesas, cuyo principal inconveniente para penetrar en Portugal era la dificultad para abastecer un ejército a través de las pobres comarcas interiores de España.

Wellesley no tenía ninguna intención de defender Portugal en sus fronteras, ni tampoco se mostró nunca demasiado entusiasmado por penetrar en el interior de España. Su estrategia se centraba más en garantizar la supervivencia de una fuerza británica y un gobierno legítimo en Portugal que en defenderse en la frontera. La guerra en España se consideraba importante para contribuir a la defensa del territorio portugués, pero no esencial. Y a su vez, la defensa de Portugal podía ser de enorme ayuda para los patriotas españoles⁴.

Para garantizar la defensa inmediata de Portugal, Wellesley consideraba imprescindible reorganizar el ejército y la milicia portuguesa, hasta convertirlos de nuevo en una fuerza efectiva, bajo el mando de oficiales británicos. En cuanto a las tropas estimaba en 20.000 las necesarias para la defensa del país, que deberían reforzarse hasta los 30.000, con ingenieros y un potente tren de artillería en el caso de que se decidiera apoyar las operaciones en España⁵.

Wellesley estaba pues en la Península para defender Portugal como primera prioridad. El territorio portugués permitía aprovechar cómodamente la superioridad naval, estaba en el extremo de las líneas de comunicaciones francesas y sus autoridades se mostraban más dóciles que las españolas a la dirección británica del conflicto. Y, además, la defensa de Portugal se definía claramente en las instrucciones proporcionadas por Lord Castlereagh como el primer objetivo de su misión⁶. No obstante, reconociendo la mutua dependencia de los conflictos en Portugal y España, las órdenes de Wellesley le concedían la potestad para cooperar con las fuerzas españolas cuando lo considerase oportuno, aunque siempre en beneficio de la defensa de Portugal.⁷

Al día siguiente de emitidas estas órdenes (2 de abril de 1809), Lord Castlereagh debió pensar que quizás había concedido una excesiva capacidad de decisión a su joven general. Y en consecuencia remitió un nuevo despacho dejando todavía más claro que la defensa de Portugal era el objetivo principal, y que cualquier operación en España debería contar con la autorización del gobierno. Castlereagh citaba expresamente la necesidad de evitar la situación que creó John Moore penetrando en España el invierno anterior sin órdenes para ello, ni acuerdo entre los gobiernos acerca de las modalidades de mando y dependencia de los ejércitos británico y español⁸. El Secretario de Guerra relacionaba también la conveniencia de emprender operaciones en España con la aceptación española de una

guarnición británica en Cádiz, algo que había sido ya rechazado, y que lo sería de nuevo⁹.

Así pues, no solo Wellesley estaba convencido de que la línea estratégica más adecuada en la Península era la defensa de Portugal, sino que las órdenes de su gobierno dejaban este punto meridianamente claro. Cualquier cooperación con España sería una operación auxiliar para garantizar mejor la consecución del objetivo principal, a menos que la situación sufriese cambios de entidad.

Al llegar a Lisboa, Wellesley se encontró con que la situación era razonablemente esperanzadora. Soult había ocupado Oporto, pero se encontraba fijado en sus posiciones, acosado por milicias portuguesas y tropas británicas, y con unas líneas de comunicaciones muy inseguras, cuando no inexistentes. Lapisse había cejado en sus intentos de penetración por Ciudad Rodrigo y Almeida y se había unido a Victor. Y éste último constituía la mayor incógnita de todas, en gran medida porque ninguna unidad británica o portuguesa mantenía contacto con él. Pese a su victoria en Medellín, permanecía inmóvil en Extremadura, y todo hacía suponer que mantendría esa actitud, sin intentar aventurarse bien hacia Lisboa, bien hacia Sevilla, hasta que tuviese noticias de la situación de Soult en Portugal¹o.

Las tropas aliadas en Portugal mantenían una razonable capacidad de combate. La mayor parte de los 20.000 efectivos británicos presentes no se habían empleado en operaciones, y el general Craddock mantenía el grueso concentrado en Leiria, orientado a oponerse a una posible penetración de Soult hacia Lisboa. En contacto con Soult estaba el Coronel Trant, con un cuerpo formado por milicias portuguesas, que desplegaba al sur de Oporto sobre el río Vouga. Y amenazando el flanco y las comunicaciones con Galicia de las tropas francesas se encontraba el general portugués Silveira, al mando de una abigarrada fuerza de milicias locales, que operaba en la zona de Tras O Montes.

Además, el general Beresford, al mando del ejército regular en proceso de reorganización, contaba con unos 15.000 efectivos¹¹ desplegados al sur del Duero. Y sir Robert Wilson desplegaba su Legión Lusitana¹² en la zona de Ciudad Rodrigo y Almeida, preparado para oponerse a cualquier penetración desde Salamanca. Por último, una fracción de las tropas británicas con refuerzos portugueses estaba desplegada cubriendo la posible penetración de Victor desde Extremadura,

Para Wellesley la estrategia a aplicar estaba bastante clara. Para asegurar la defensa de Portugal era preciso acabar con las dos amenazas que representaban las fuerzas de Soult y Victor. La duda estaba en a

quién atacar primero, y se trataba de una decisión clásica en una no menos clásica estrategia de líneas interiores.

Según las propias palabras del general británico, la opción de atacar a Victor primero era la preferida inicialmente. Probablemente la razón para esta preferencia era que Soult constituía una amenaza más o menos conocida, y relativamente controlada, mientras que Victor, reforzado por Lapisse, representaba un peligro más inquietante por incierto. La operación contra Victor permitiría además unir fuerzas con el ejército español de Extremadura, lo cual daría como resultado una considerable masa de maniobra de más de 50.000 combatientes.

Pero tal operación no estaba exenta de inconvenientes. El más evidente era que Soult se encontraba ya en Portugal, ocupando la segunda ciudad del país. Pero también había que pensar en que articular la cooperación con Cuesta podía llevar bastante tiempo.

No estoy suficientemente seguro, no obstante, de que no contribuiría más a la causa general uniendo esfuerzos con el general Cuesta en una operación contra Victor; y creo que preferiría esto último si Soult no estuviese en posesión de una parte de este país muy fértil en recursos y de la ciudad de Oporto, y si concertar las operaciones con el general Cuesta no tomase un tiempo que podría ser provechosamente empleado en operaciones contra Soult.¹³

Así pues Wellesley decidió lanzarse primero contra Soult, manteniéndose a la defensiva en la frontera del este ante una posible penetración de Victor. No obstante, estaba clara su intención de cambiar de actitud una vez Soult se hubiese replegado hacia Galicia¹⁴, reorientando su esfuerzo hacia el este, uniendo fuerzas con Cuesta y lanzándose sobre Victor. La ofensiva contra Soult era mucho más sencilla, y podía hacerse rápidamente, pues el grueso del ejército británico estaba ya orientado hacia Oporto, y algunas unidades angloportuguesas estaban ya en contacto con el enemigo. El tiempo necesario para realizar la operación y cambiar la dirección del esfuerzo podría ser a la vez empleado para iniciar los contactos con Cuesta y la Junta Central, y proceder a la preparación de una operación combinada contra Victor.

La toma de mando de Wellesley en Portugal no estuvo exenta de ciertas dificultades, en gran parte fruto de la confusión con la que se planeó el relevo entre el general saliente y el entrante. Craddock recibió el 30 de marzo la orden de su cese como jefe de las fuerzas británicas en Portugal y su nombramiento como jefe de la guarnición de Gibraltar. Se dejaba a su voluntad el esperar a sir Arthur Wellesley para hacer la transferencia de autoridad, o partir inmediatamente hacia Gibraltar¹⁵. El 2 de abril se comunicó a Wellesley su nombramiento y sus órdenes, pero el 14 del mismo mes éste se encontraba todavía en Southampton¹⁶, esperando que su transporte zarpase hacia Portugal, a donde no llegó hasta el día 22. Había pues un peligro cierto de vacío de mando entre la partida de Craddock y la llegada de Wellesley, especialmente agudo teniendo en cuenta lo fluido de la situación.

Pero Craddock se mantuvo al mando, lo que produjo un problema adicional a Sir Arthur, ya que podía darse la circunstancia de que, a su llegada a Portugal, encontrase a Craddock empeñado en operaciones decisivas, o incluso reembarcando sus tropas tras un revés frente a las fuerzas francesas, situaciones en las cuales el relevo de mando no parecía oportuno. En consecuencia escribió un memorando a Lord Castlereagh¹⁷ solicitando instrucciones sobre qué hacer en cualquiera de estos casos, y recibió una respuesta poco agradable a sus oídos: en caso de duda debía ponerse a las órdenes de Craddock, para lo cual se entregaron órdenes confidenciales¹⁸. **Probablemente** arrepintiéndose de su petición anterior, Wellesley replicó con otro despacho en el que exponía al Secretario de Estado la incomodidad que le producían las citadas órdenes confidenciales, y la conveniencia de dejar en sus manos la decisión de ponerse o no a las órdenes de Craddock19.

Finalmente el relevo se efectuó sin problemas ya que Craddock, probablemente bastante contrariado tras su destitución, no había hecho sino mantener posiciones y observar al enemigo, mientras los franceses no habían hecho nada en absoluto. Así pues, el 25 de abril Wellesley se convirtió en jefe de las fuerzas británicas en Portugal. En cuanto hubo tomado la decisión de atacar primero a Soult, sir Arthur emitió las órdenes necesarias para articular su maniobra. El grueso del ejército británico de Portugal, ya concentrado en Leiria y Alcobaza, sería utilizado para el ataque contra Oporto junto con 6.000 efectivos portugueses de las fuerzas de Beresford. El ataque se realizaría mediante dos esfuerzos: el principal sobre el grueso enemigo, acantonado en las proximidades de la ciudad, y uno secundario, con las fuerzas portuguesas de Beresford reforzadas por una brigada británica, orientado hacia Lamego, con el objeto de evitar

que el enemigo pudiera retirarse rápidamente hacia el interior del territorio español cruzando el Duero hacia el sur.²⁰

Para conjurar una posible penetración de Victor hacia Lisboa, mientras el grueso británico lanzaba su ataque sobre Oporto, Wellesley destacó una brigada de infantería, reforzada con dos batallones de infantería y dos regimientos de caballería británicos, y unos 7.000 efectivos del ejército regular portugués. Estas fuerzas, que ascendían a más de 10.000 hombres debían desplegar en los pasos del Tajo, entre Abrantes y Santarem bajo el mando del general Mackenzie²¹.

Pero, mientras planeaba cómo atacar a Soult, Wellesley no descuidaba el contacto con Cuesta. El 23 de abril el general español le había escrito ya una carta, a la que el británico respondió el 29 de abril. En esta última, Wellesley informaba a Cuesta a grandes rasgos sobre su plan, y le pedía que apoyase al cuerpo de Mackenzie, y que, sobre todo, contribuyese a la protección del puente de Alcántara, clave para la comunicación entre las dos orillas del Tajo, y para la penetración de Victor hacia Portugal. El británico sugería también a Cuesta que fuera paciente, incluso cediendo terreno, quizás porque ya conocía la fama de agresivo del general español.

En el presente estado de cosas todo lo que necesitaríamos es tiempo; y no perder nuestros hombres ni alguna de las posiciones valiosas que todavía poseemos. En breve plazo estaremos en condiciones de cooperar en un vigoroso ataque sobre el enemigo; y hasta que ese momento llegue, no es muy importante que éste ocupe un poco más de terreno abierto.²².

Para el ataque contra Oporto Wellesley contaba con el aislamiento de Soult y con el malestar entre sus mandos y tropas. Abandonados en un lugar inhóspito de la Península y rodeados de enemigos, algunos oficiales habían comenzado a conspirar, sobre todo cuando Soult realizó algunos gestos que indicaban su voluntad de proclamarse rey de Portugal.

Uno de los conspiradores, el capitán Argenton, llegó a entrevistarse con Wellesley en Lisboa tras cruzar las líneas. El general británico no quedó demasiado convencido de las propuestas de Argenton. La primera de ellas era que los británicos intentasen convencer a las autoridades portuguesas para que efectivamente nombrasen a Soult su rey²³, a cambio de desertar de la causa napoleónica. La segunda

propuesta, caso de fracasar la primera, era que se atacase repentinamente a las fuerzas francesas, cortando su vía de retirada, momento en el cual los conspiradores entrarían en acción para conseguir una fácil rendición. Aunque Wellesley no prestó mucho crédito a la conjura²⁴, lo cierto es que la visita de Argenton le resultó útil ya que le mostró la desmoralización enemiga, y le ratificó en su idea de que Soult desconocía lo que estaba haciendo Victor, por lo que cualquier coordinación entre ambos era imposible.

No obstante, Soult descubrió la conspiración, y pudo averiguar a su vez que Wellesley se disponía a atacarle, pese a las precauciones del británico para mantener el secreto. Inseguro ante la fiabilidad de sus propias fuerzas, y ante el riesgo de quedar totalmente rodeado, el mariscal inició los preparativos para la retirada²⁵.

Las intenciones de Wellesley no eran destruir la fuerza de Soult, tarea para la que estimaba que no disponía de las fuerzas suficientes, sino obligar al mariscal francés a replegarse hacia Galicia. El británico era consciente de que eso podía causar malestar en España. Pero sus argumentos eran que, aunque efectivamente Galicia debería soportar la ocupación por un tiempo, la posterior fase de las operaciones podría significar su liberación La colaboración de las tropas británicas con el ejército de Extremadura, creando una masa de casi 60.000 efectivos, obligaría al rey José a concentrar todas sus fuerzas para hacerle frente, lo cual supondría probablemente el abandono de un área tan periférica como Galicia²⁶.

Por otra parte, Wellesley temía que Soult pudiera replegarse hacia el interior de España, a través del curso del Duero. Eso situaría a su cuerpo de ejército más cercano a Victor, y en condiciones de intervenir en su apoyo cuando británicos y españoles se lanzasen posteriormente sobre él. La misión de orientar a Soult hacia Galicia, estaba asignada a Beresford y se contaba con el apovo de las fuerzas del general Silveira, habían presionado portuguesas que constantemente desde el este la penetración francesa. Sin embargo, el 3 de mayo se recibieron noticias de que Silveira había debido abandonar su posición en Amarante, y replegarse a Lamego, al sur del Duero, con apenas 4.000 efectivos²⁷.

Esas noticias acentuaron todavía más la actitud prudente de Wellesley, que dio claras instrucciones a Beresford de no arriesgarse en absoluto. Solo debía combatir con la cobertura que proporcionaba el río Duero, caso de que Soult intentase el cruce, o si las fuerzas enemigas eran claramente inferiores. Si el mariscal francés aparecía con toda su fuerza marchando hacia el este, Beresford no debía oponerse²⁸. Estas instrucciones confirman claramente la intención de Wellesley de remover a Soult de su posición en Portugal, pero no necesariamente destruirle, si eso suponía asumir riesgos de entidad.

Esta forma de actuar de Wellesley sería típica en todas sus campañas, y será también objeto de críticas posteriormente ya que el ejército bajo su mando nunca emprendió una enérgica persecución, ni destruyó totalmente a un ejército enemigo. Esa incapacidad para consumar la batalla con la destrucción del enemigo se debía a que Wellesley no se fiaba demasiado de su caballería, y también a que estaba siempre más atento a mantener el orden en su ejército que a aprovechar la desorganización del enemigo.

Consolidados los planes y desplegadas las fuerzas, la ofensiva se inició la noche del 9 al 10 de mayo, con las acciones preliminares orientadas a empujar hacia el norte la línea de cobertura que Soult tenía desplegada sobre el río Vouga. El día 12, tras una serie de acciones de retaguardia, todas las unidades francesas al sur del Duero habían cruzado el río hacia el norte, tras volar el puente de barcas de Oporto.

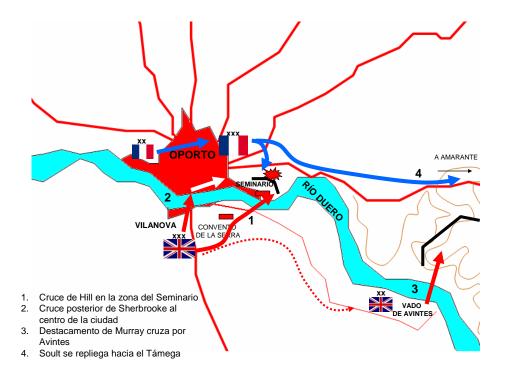
Soult mantenía el grueso de sus fuerzas concentradas en la ciudad, y suponía que Wellesley necesitaría algún tiempo para organizar el paso en fuerza del Duero. Así pues, aunque ya había tomado la decisión de retirarse, decidió esperar un poco más para poder reunir a todas sus unidades dispersas en la zona y enviar a retaguardia parte de los trenes logísticos²⁹. Soult se concentró en proteger su línea de repliegue hacia Amarante, y pensó que los británicos intentarían aprovechar su superioridad naval para cruzar el Duero en su desembocadura, como ya habían hecho en el río Vouga³⁰.

Pero Wellesley tuvo tiempo de descubrir algunos puntos débiles en las defensas de Soult sobre el río. En primer lugar uno de los vados permanecía utilizable en Avintes, a cuatro kilómetros río arriba de Oporto. En segundo lugar, sus exploradores descubrieron un tramo del río próximo a la ciudad que no estaba guarnecido. En ese tramo pudieron localizar cuatro barcazas, y Wellesley observó que, en la otra orilla, se encontraba un edificio muy sólido (el Seminario) con una fácil defensa, y cuyos accesos podían además ser batidos si se emplazaban piezas de artillería en las alturas sobre las que él se encontraba.

Con gran rapidez Wellesley diseñó un plan de cruce. Era consciente de que, con los medios disponibles, resultaría imposible cruzar una gran fuerza al otro lado del Duero. Pero conociendo que Soult estaba preparando su retirada, y los problemas de moral entre sus tropas, comprendió que quizás el mero hecho de que algunas tropas británicas pudieran cruzar el río y resistir en la otra orilla sería suficiente para provocar un repliegue francés acelerado y caótico.

Para ello envió al general Murray con un batallón de infantería, un par de piezas de artillería y dos escuadrones de húsares a Avintes. Allí debía buscar botes, aprovechar el ferry para cruzar y colocarse en una fuerte posición defensiva³¹. Sin embargo, como advierte Oman³², esta era una mera maniobra de decepción. El esfuerzo principal lo iba a realizar Wellesley en la zona del Seminario, haciendo cruzar inicialmente un batallón de infantería para que guarneciese el edificio, y situando cañones en la orilla propia para batir cualquier acceso.

El ataque sobre Oporto, cuya acción principal era un audaz golpe de mano parece desmentir la típica imagen de Wellesley como un estratega y táctico extremadamente prudente. Sin embargo, un estudio más minucioso demuestra que el general británico arriesgaba en realidad muy poco con esa maniobra. El cruce del río por Avintes y el Seminario era arriesgado y complejo. Pero aunque los resultados hubiesen sido rematadamente malos, las posibles pérdidas británicas no hubieran excedido de algunas compañías, y todo lo más un par de batallones, pues esa era la entidad de las tropas expuestas en la otra orilla. Además, era muy improbable que Soult hubiese aceptado perder hombres y tiempo en organizar una acción general contra las cabezas de puente. Así pues Wellesley podía permitirse el lujo de la audacia por una vez.



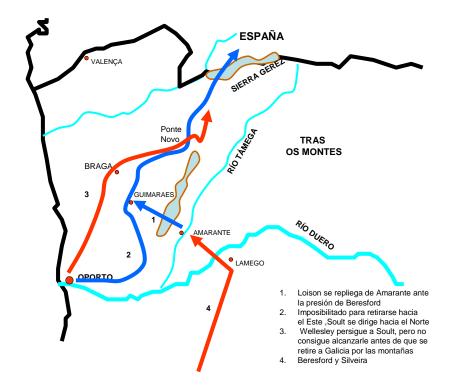
El asalto británico a Oporto

El caso es que la operación salió bastante bien. Un batallón británico pudo cruzar al otro lado del río en la zona del Seminario antes de ser descubierto. Soult montó un ataque con las unidades disponibles en la zona, pero los atacantes fueron barridos por los fusileros parapetados tras los muros del edificio y los cañones que disparaban desde la otra orilla³³. Viendo que resultaba inútil expulsar a los británicos de sus posiciones, el mariscal francés hizo exactamente lo que Wellesley esperaba, dio orden de retirada inmediata.

Como era previsible tal orden provocó momentos de caos. El repliegue francés de la línea de puestos avanzados en el Duero hizo que parte de la población civil se lanzase a cruzar el río hacia el sur, con barcas que habían permanecido ocultas a la requisa francesa. Esto permitió a las tropas del general Sherbrooke cruzar el río a su vez y avanzar por las calles de la ciudad presionando a los franceses en retirada³⁴. El desastre pudo haber sido aún mayor, pues la línea de retirada francesa pasaba exactamente por Avintes, donde ya había cruzado el río el general Murray, que lideraba la maniobra de decepción británica.

En un momento dado Murray pudo contemplar a todo el grueso de las fuerzas de Soult desfilando desordenadamente hacia el este. Sin embargo, teniendo bajo su mando poco más de un par de batallones, y con unas estrictas órdenes de Wellesley de asumir una postura defensiva sin correr riesgos, Murray decidió no intervenir, y no intentó hostigar a las columnas francesas, ni siquiera cuando la caballería británica lanzó una carga contra su retaguardia³⁵.

Beresford demostró más iniciativa que Murray, pese a sus estrictas órdenes de no asumir riesgos. Tras unirse con Silveira en Lamego, se encontró al frente de una fuerza con 11.000 efectivos, contra los quizás 6.500 del general francés Loison que se le enfrentaba³⁶. Decidió probar suerte y utilizó las fuerzas de Silveira para establecer una cabeza de puente sobre el Duero, cosa que logró, replegándose Loison hasta el río Támega, y siendo perseguido de cerca por Beresford.



La retirada de Soult de Portugal a Galicia tras la Batalla de Oporto

Llegados a Amarante, sobre el río Támega, cada ejército se atrincheró a un lado del río, pero finalmente Loison flaqueó, y se replegó por su cuenta hacia el norte. Con ello casi sentenció a Soult, que recibió consternado la noticia de que Loison ya no controlaba los pasos sobre el Támega y el Duero. Esto cortaba su ruta de escape hacia León y Zamora, y además le obligaba a cambiar su dirección de repliegue hacia Guimaraes y Braga, lo que debía hacer mediante un amplio rodeo³⁷.

Pero Soult era un soldado experimentado. Con las vanguardias de Wellesley pisándole los talones, destruyó la mayor parte de su tren de bagajes y artillería, y se internó en las montañas en dirección a Guimaraes. Con ello consiguió burlar tanto a Wellesley como a Beresford, y reunirse de nuevo con Loison. En Braga se salvó por poco de la persecución aliada internándose de nuevo en las montañas y destruyendo lo poco que le quedaba de equipo pesado, incluyendo los cofres con dinero en efectivo³⁸. Su ejército tuvo que abrirse paso por senderos vertiginosos, hostigado por las milicias locales portuguesas. Pero, finalmente, fue capaz de llegar a la frontera española y llevar su ejército hacia Orense, donde pudo establecer contacto con el 6º cuerpo de Ney. Su cuerpo de ejército estaba razonablemente entero (aunque había perdido 6.000 hombres desde que entró en Portugal tres meses antes), pero desprovisto de artillería, la mayor parte de las monturas y los trenes logísticos.³⁹

Lo cierto es que la persecución de Wellesley no había sido muy enérgica, como era habitual en él. Pero el efecto que buscaba se había conseguido. Soult estaba fuera de Portugal, con su ejército tan exhausto y falto de equipo que necesitaría meses para reponerse. Además no estaba en Castilla, donde podía suponer una amenaza para los futuros planes de Wellesley, sino en Galicia, aislado de las principales comunicaciones francesas y en mitad de una sublevación popular generalizada. Por otro lado, el ejército británico apenas había sufrido quinientas bajas en toda la ofensiva⁴⁰, y el grueso de sus tropas estaba listo para emprender la siguiente fase de las operaciones, orientadas ahora contra Victor.

No obstante, Wellesley era consciente de que haber dejado escapar el grueso del ejército de Soult no sería visto con buenos ojos en su país, y podía crearle cierta fama de general incapaz de concluir las campañas de forma decisiva, sobre todo teniendo en cuenta el negativo precedente de Sintra. Por eso hizo lo posible por justificar su conducta ante Castlereagh.

Espero que su Señoría me crea si digo que no omití ninguna medida para interceptar la retirada del enemigo⁴¹.

Pero, aún habiendo permitido la huida de Soult, la toma de Oporto supuso la confirmación de Sir Arthur Wellesley como el hombre apropiado para liderar el ejército anglo-portugués en España. De hecho, era el único que parecía capaz de derrotar a los ejércitos de Bonaparte en cada encuentro que mantenía con ellos. Oficialmente esto se tradujo en la aprobación de su proceder⁴² y en un refuerzo de tropas superior al que el propio Wellesley había solicitado.⁴³ Parecía pues que el británico se iba a encontrar en excelentes condiciones para cambiar su esfuerzo hacia el Tajo y batir ahora a Victor.

Es momento de regresar a Extremadura y a los avatares del ejército de Cuesta, mientras sir Arthur Wellesley preparaba y ejecutaba su movimiento contra Soult. Ya se ha comentado como, pese a la tremenda derrota que supuso la batalla de Medellín, el ejército de Extremadura se rehizo muy rápidamente, gracias en gran medida a que la Junta Central decidió apoyar a Cuesta en la adversidad. Resulta éste un punto curioso en el comportamiento de la Junta, pues el anciano general era una auténtica pesadilla para sus miembros, y hubiera parecido lógico aprovechar una derrota tan espectacular, y el propio hecho de que Cuesta resultase herido, para arrebatarle el mando y dárselo a alguien más adicto a la Junta.

Pero, pese a la enemistad con Cuesta, parece que fueron otros los argumentos que pusieron en la balanza los miembros de la Junta Central. Por un lado, la situación era muy grave, pues las fuertes pérdidas del ejército de Extremadura en Medellín, y del de La Mancha en Ciudad Real, abrían el camino de Andalucía, y concretamente de Sevilla, lo que podía poner en peligro la propia supervivencia del órgano político que entonces regía la España patriota.

Por otro lado, a pesar a la derrota, Cuesta no parecía haber perdido mucho de su popularidad y prestigio, pues había conseguido poner en serios aprietos a Victor en la primera parte de la batalla, y se había comportado con valor cuando sobrevino el desastre. Además, pese a sus 68 años, y múltiples heridas y magulladuras, parecía tan enérgico como siempre, y desde luego dispuesto a combatir de nuevo. Así pues, sustituir a un general en jefe que mantenía al menos prestigio y agresividad en aquel momento crítico no parecía una decisión

aconsejable. La combatividad que desplegó en Medellín contrastaba de hecho con la pasividad del Conde Cartaojal en Ciudad Real. 44

Cuesta no solo fue confirmado en su puesto, sino que se le otorgó de nuevo el título de Capitán General y, poco después, se puso también bajo su autoridad el ejército de la Mancha en el que la Junta había sustituido a Cartaojal por Venegas⁴⁵. Las nuevas disposiciones implicaron el trasvase de fuerzas del ejército de la Mancha al de Extremadura⁴⁶.

La Junta Central era una institución sometida a muchas críticas, y las derrotas de Medellín y Ciudad Real supusieron reveses que la debilitaron todavía más. La ocasión fue aprovechada por el rey José para tratar de dividir a sus miembros. Para ello envió al magistrado Sotelo desde Madrid con un mensaje en el que solicitaba conversaciones con algunos representantes de la Junta. Ordenó a la vez que se imprimiese y publicase de nuevo la Constitución de Bayona, para que la población comprendiese que "su más caro deseo era reinar sobre ellos como padre y no como soberano"⁴⁷

Al mismo tiempo, el general Sebastiani, jefe del cuerpo de ejército francés al sur de Madrid, y uno de los pocos mandos franceses que mantenía buenas relaciones con José, envió tres cartas dirigidas a Jovellanos, miembro de la Junta, al general Venegas, recién nombrado jefe del ejército de la Mancha y al ministro de Hacienda Francisco de Saavedra⁴⁸. En ellas se les proponía unirse al rey José, por el bienestar de la patria, y en vista de la inutilidad de la resistencia⁴⁹.

Tales propuestas fueron enérgica y públicamente rechazadas:

La Junta no puede faltar á la calidad de los poderes de que está revestida, ni á la voluntad nacional, que es de no escuchar pacto, ni admitir tregua, ni ajustar transacción que no sea establecida sobre aquellas bases de eterna necesidad y justicia⁵⁰

La Junta salvó su prestigio, aunque el crítico momento motivó que se enconaran los desacuerdos habituales entre conservadores y liberales. El 15 de abril, Lorenzo Calvo de Rozas presentó a la Junta una propuesta para convocar Cortes, tradicional aspiración liberal. El decreto se aprobó el 22 de mayo, aunque en términos un tanto dilatorios. No obstante, el debate político consecuencia de estos hechos no distrajo a la Junta del esfuerzo militar, y al final de la

primavera de 1809 los ejércitos españoles estaban en una situación bastante razonable, dadas las circunstancias⁵¹.

En primer lugar, el apoyo concedido al ejército de Extremadura permitió que éste se recuperara de forma espectacular. En una carta enviada a Wellesley el 23 de abril, Cuesta afirmaba disponer ya de 19.000 infantes y 1.500 jinetes⁵², es decir poco menos de sus efectivos antes de la Batalla de Medellín. Aún así, pese a la rápida recuperación, el ejército de Cuesta era todavía débil frente a Victor si se volvía a entablar una batalla en campo abierto.

Pero Victor se mostró bastante pasivo después de Medellín, aunque tenía sus razones. En primer lugar, a finales de marzo no disponía de más de 20.000 efectivos, y no tenía ninguna noticia de lo que pudiera estar ocurriendo con Soult. Si emprendía por su cuenta una penetración hacia Lisboa, el ejército de Cuesta estaría en condiciones de cortar sus comunicaciones, mientras él se enfrentaba a unas fuerzas anglo-portuguesas de las que desconocía la entidad. Si por el contrario intentaba acabar con Cuesta y despejar el camino de Sevilla, eso supondría tener que lidiar con la fortaleza de Badajoz, y sobre todo apartarse del esfuerzo general y de su misión primaria que era apoyar a Soult, arriesgándose además a que fuerzas anglo-portuguesas amenazasen sus comunicaciones con Madrid.

En esas circunstancias, Victor decidió reorganizar sus fuerzas y esperar la llegada de la división Lapisse, a la que José había dado ya orden de moverse desde Ciudad Rodrigo hasta las cercanías de Alcántara⁵³. Eso añadiría 9.000 efectivos a sus tropas, lo que le permitiría emprender operaciones sin abandonar la seguridad de sus comunicaciones. Sin embargo, el movimiento de Lapisse hacia Extremadura no se realizaría sin problemas. En primer lugar la medida no gustó en absoluto al Emperador, sobre todo porque en el momento en el que José daba la orden de marcha a Lapisse, el Marqués de la Romana consiguió zafarse de Ney y lanzar un ataque sobre Villafranca del Bierzo que cortó las comunicaciones francesas entre Madrid y Galicia⁵⁴. Situada en Ciudad Rodrigo, la división Lapisse hubiera sido una fuerza muy adecuada para el contraataque, pero en movimiento hacia el sur, fue demasiado tarde para emplearla.

Alarmado por el corte de comunicaciones, y por la ausencia de noticias de Soult, Napoleón ordenó concentrar el máximo esfuerzo en el norte, para destruir los restos del escurridizo ejército de La Romana y restablecer las comunicaciones con Ney⁵⁵ En los asuntos de España, el norte está por encima de cualquier otra cosa.⁵⁶ En la práctica eso

significó aparcar cualquier iniciativa de Victor hasta que se recibieran noticias de Soult.

Así pues, pese a que Lapisse se unió con Victor a mediados de abril⁵⁷, no sirvió de gran cosa. Avanzar hacia Sevilla hubiera significado desobedecer al Emperador, e intentarlo hacia Lisboa seguía siendo peligroso sin tener una idea clara de lo que ocurría en ese país. Por si fuera poco llegaban noticias de la rápida reorganización de Cuesta⁵⁸ y del posible refuerzo británico en Portugal⁵⁹.

Victor permaneció en sus posiciones, fortificando Mérida. En su camino hacia Extremadura, Lapisse había mantenido algunas escaramuzas con las tropas portuguesas de Robert Wilson, y en Alcántara se había enfrentado a una fuerza de civiles españoles y portugueses que trataron de impedir su paso por el puente sobre el Tajo. Lapisse no tuvo problema en aplastar a sus oponentes, y en represalia devastó la ciudad con brutalidad extrema⁶⁰. Pero el combate levantó aún más las sospechas francesas sobre la reorganización enemiga. En el despacho de Victor a Jourdan fechado el 25 de abril, al que ya se ha hecho referencia en la nota 58, el mariscal francés comunicaba también que la Junta de Sevilla, con el apoyo de agentes británicos y portugueses, estaba organizando un cuerpo de tropas regulares en Alcántara⁶¹.

En realidad Lapisse se había enfrentado apenas a grupos de paisanos armados, pero Victor comenzaba a sentirse amenazado tanto a su frente como en su flanco derecho. Y la consecuencia fue el repliegue de sus fuerzas del sur del Guadiana, manteniendo la vanguardia en Mérida, y sus divisiones desplegadas entre ese río y el Tajo.

Pese a todos estos contratiempos resulta difícil explicar la casi total inactividad de Victor durante el mes de abril. Ciertamente resultaba complicado emprender una acción de entidad tanto hacia Sevilla como hacia Lisboa, y el paso del tiempo no hacía sino aumentar las dificultades, pese al refuerzo que supuso Lapisse. Pero no se comprende muy bien cómo es que Victor no emprendió acciones limitadas de reconocimiento, orientadas a conocer la situación real de Cuesta o la posible entidad de fuerzas anglo-portuguesas que protegían el camino hacia Lisboa.

Las explicaciones para tal inactividad son varias, Napier lo atribuye al hecho de que Victor era contrario a apoyar a Soult, quizás por animadversión personal⁶², Stampa y Sañudo apuntan a que Victor podía mostrarse precavido ante la incierta suerte que podría correr si caía en manos españolas, después de la matanza que sus tropas

llevaron a cabo en Medellín⁶³. En cualquier caso se trata de teorías improbables. Ciertamente los mariscales franceses no se llevaban bien en ausencia de Napoleón, pero de ahí a sabotear el plan del Emperador mediaba un abismo. En cuanto al temor a ser capturado no parece que fuera algo que preocupase demasiado a Victor, cuya conducta brutal con los españoles era además algo habitual⁶⁴.

Más bien parece que las acciones de Victor se vieron afectadas por el desacuerdo estratégico entre Napoleón y su hermano. Para el primero, Portugal y Soult eran el esfuerzo principal, y a ellos se debía subordinar cualquier otra consideración. Para el segundo, la conquista de Andalucía era preferente, puesto que supondría su control sobre gran parte del territorio español y desarticularía la resistencia encarnada en la Junta Central.

José quería sin duda cumplir las órdenes de su hermano, pero no podía evitar concentrarse más en Victor que operaba en España, mantenía abiertas las comunicaciones y obtenía victorias, que en Soult, que operaba en un país vecino y del que no sabía nada. Consciente o inconscientemente prestó más atención a las operaciones orientadas a abrir la ruta de Andalucía que a las que se desarrollaban en Galicia y Portugal, y a eso se debió, probablemente, el que terminase orientando la división Lapisse hacia el sur. También cabe pensar que Victor encontraba más atractivo iniciar la conquista de Andalucía en la cual él sería el protagonista, que realizar un esfuerzo de apoyo a favor de Soult hacia Lisboa para que éste se llevase toda la gloria.

El caso es que Victor, que recibía órdenes de José, pero conocía los planes del Emperador se encontraba en un difícil dilema, enfrentado a propósitos contradictorios primero, y a una misión incierta y en cualquier caso poco gratificante después. Todo este cúmulo de contradicciones hizo que Victor, un hombre de genio fácil y reacciones a veces violentas e inesperadas, sencillamente adoptase una malhumorada inactividad esperando que alguien le diese órdenes claras.

Sin embargo, a principios de mayo, Victor se vio obligado a abandonar su letargo. Las tropas anglo-portuguesas de Mackenzie, que Wellesley había desplegado para prevenir una posible penetración hacia Lisboa, empezaban a hacer evidente acto de presencia en su flanco derecho, concretamente en Alcántara, cuyo puente Wellesley había ordenado ocupar, tras solicitar permiso y apoyo a las autoridades españolas.⁶⁵ La evidencia del movimiento

enemigo obligó a Victor a avanzar hacia Alcántara con parte de sus fuerzas en una acción de reconocimiento.

Pronto entró en contacto con la Legión Lusitana que le ofreció una resistencia bastante tenaz sobre el puente de Alcántara antes de replegarse sobre las alturas cercanas, no sin antes volar uno de los ojos del puente⁶⁶. Pero Victor no siguió avanzando. En su parte al rey José le informará que los dos objetivos de su acción habían sido cumplidos, habiendo obtenido información tanto del nuevo enemigo procedente de Portugal, como de la situación del Duque de Dalmacia (Soult)⁶⁷. Sin embargo en dicho despacho no hace mención de cuál era esa situación, aunque es muy posible que Victor averiguase por boca de algún prisionero que el Duque de Dalmacia estaba bloqueado en Oporto.

En esas circunstancias, con Soult todavía en Oporto, no parecía prudente aventurarse en el interior de Portugal, donde Victor ya había comprobado que le aguardaba una fuerte resistencia. Y por añadidura el ejército de Cuesta parecía mostrarse agresivo de nuevo, amenazando su retaguardia. Así pues, decidió abandonar cualquier intento de penetración en territorio portugués, y se replegó para hacer frente a Cuesta⁶⁸.

Por entonces el general español se encontraba en una posición mucho más favorable que el mes anterior. Con sus fuerzas reorganizadas, aprovechó el repliegue de Victor para avanzar hacia el Guadiana, hostigando al enemigo mediante acciones de guerrilla⁶⁹. A mediados de mayo, Cuesta se encontraba con su cuartel general en la Fuente del Maestre y en contacto con los puestos avanzados franceses en Mérida⁷⁰. Esta presión fue la que debió llevar a Victor a regresar apresuradamente de su incursión en Alcántara. Pero Cuesta no iba a emprender ninguna operación de importancia, pues así se lo había ordenado la Junta Central, y se había acordado con sir Arthur Wellesley, hasta que no se pudiese realizar la unión de ambos ejércitos contra Victor⁷¹. Así pues, como refiere el Conde de Toreno, Cuesta se mantuvo tranquilo en espera de Wellesley "aunque bien a su pesar"⁷².

Aunque el ejército de Extremadura se mantenía en espera de la llegada de los británicos, la población civil extremeña, especialmente en el Valle del Tajo, comenzó a barruntar la posibilidad de una liberación pronta, y se organizaron partidas guerrilleras que, apoyadas por la Junta de Extremadura, hostigaban continuamente a las fuerzas francesas⁷³. La situación estaba dando un vuelco radical en

apenas dos meses, y Victor se encontraba ya en una actitud totalmente defensiva, con fuerzas crecientes a su alrededor, hostigamientos en su retaguardia, y dificultades de abastecimiento, pues el valle del Tajo era mucho menos fértil que el del Guadiana, del que se había replegado casi totalmente.

Mientras tanto, en La Mancha, Venegas había conseguido también reorganizar sus fuerzas hasta el punto de inquietar al general Sebastiani⁷⁴, que se encontraba desplegado al sur de Madrid precisamente para bloquear cualquier penetración por territorio manchego. En realidad Venegas se encontraba refugiado en Sierra Morena, y Sebastiani controlaba gran parte de La Mancha. Pero el cuerpo de ejército del general francés contaba apenas con 17.000 hombres útiles, y resultaba inevitable inquietarse por un ejército que estaba adquiriendo dimensiones respetables. Venegas afirmaba que el 14 de junio disponía de 18.920 infantes, 3.035 caballos, 26 piezas de artillería y seis compañías de zapadores⁷⁵. Aunque gran parte de ellos eran reclutas recientes, su número superaba con holgura lo que Sebastiani tenía bajo su mando.

No obstante, Venegas se mantuvo tranquilo precisamente hasta el 14 de junio, cuando se puso en movimiento por orden de Cuesta. En cualquier caso, a finales de mayo, las amenazas en torno a Madrid se estaban tornando excesivas para las fuerzas francesas. En Aragón, Suchet se encontraba muy ocupado rechazando a Blake. El rey no tenía todavía ninguna noticia de Soult, y tanto Ney como Kellermann intentaban acabar de una vez por todas con La Romana invadiendo Asturias. Solo el cuerpo de ejército de Mortier, trasladado previamente desde Aragón hacia Castilla la Vieja, podía servir de refuerzo a Madrid.

El secreto del éxito, como Napoleón advirtió enseguida, se encontraba en formar una potente masa de maniobra en Castilla antes de que los aliados pudieran reunir toda su potencia de combate. Y con ella avanzar hacia la capital y buscar allí una batalla decisiva que terminase para siempre con los testarudos ejércitos españoles y con el impertinente general británico. Pero, aunque bien concebido, ese plan se iba a encontrar con dificultades bastante notables antes de poder ponerse en práctica

Mientras Wellesley desalojaba a Soult de Portugal, las fuerzas francesas en el noroeste de España estaban concentradas en acabar con los restos del ejército del Marqués de la Romana. Podemos recordar que Napoleón había dejado claro que restablecer la comunicación de Madrid con Ney y Soult era la primera prioridad, pero no había muchas tropas disponibles. Finalmente, José envió uno de los dos cuerpos que habían participado en el sitio de Zaragoza, el 5º bajo el mando de Mortier, a ocupar la zona de Castilla la Vieja y León. Con ello quedaban libres las fuerzas francesas de guarnición en esa zona, especialmente la potente división de dragones del general Kellerman. Con ella y con restos de otras unidades se organizó una expedición para enlazar en Galicia con Ney⁷⁶.

Las operaciones de éste último en Galicia no habían sido muy satisfactorias desde la marcha de Soult a Portugal. En la zona suroeste de la región, que presentaba excelentes condiciones para el apoyo de los buques británicos desde la costa, la insurrección se encontraba fuera de control, y las dos únicas guarniciones que mantenían los franceses allí, esenciales para mantener el contacto con Soult, se habían perdido meses atrás. Vigo se había rendido el 28 de marzo con 1.300 soldados franceses en su interior, y Tuy había tenido que ser evacuada el 16 de abril⁷⁷. Nev había escogido La Coruña como su centro de operaciones, lo cual provocó el reproche de Napoleón. Fiel a su preferencia por las posiciones centrales sobre las periféricas, el Emperador hubiese preferido una base de operaciones centrada, como Lugo, manteniendo simples posiciones avanzadas en La Coruña, o Ferrol⁷⁸. Pero el problema al que se enfrentaba Ney era que le resultaba sencillamente imposible controlar con 16.000 efectivos una región de abrupta orografía, densamente poblada y en furiosa insurrección.

Kellerman se abrió paso hasta Lugo donde pudo finalmente materializar el enlace con el 6º cuerpo de Ney. La Romana se escabulló entre las montañas próximas a Asturias, y esto llevó a Ney a planear una operación que podría conseguir dos objetivos a la vez: acabar con el molesto ejército del Marqués de la Romana y ocupar Asturias, una provincia que había permanecido fuera del dominio francés debido a sus difíciles accesos.

El plan de ataque sobre Asturias preveía la penetración por tres direcciones: desde Lugo siguiendo la costa hacia el este, desde León por el Puerto de Pajares, esfuerzo encargado a Kellerman, y desde Santander, donde Ney había coordinado con el general Bonnet para que éste atacase a las guarniciones españolas en el río Deva⁷⁹.

Mientras los franceses hacían sus planes, La Romana intentaba que la Junta de Asturias le apoyase en sus operaciones. No era fácil, pues la Junta había mantenido una feroz independencia desde el principio de la guerra. El aislamiento que le proporcionaban sus montañas había

llevado a los asturianos a concentrarse en la defensa de su territorio, ofreciendo muy poco apoyo a las operaciones en las provincias vecinas. Y La Romana estaba especialmente enojado por ello, ya que la Junta disponía de casi 20.000 combatientes que permanecían inactivos, y había recibido cuantiosas ayudas británicas al principio de la guerra⁸⁰.

El caso es que, al no conseguir ayuda eficaz, La Romana ejecutó un auténtico golpe de estado, deponiendo a la Junta asturiana y nombrando por sí mismo otros representantes. Pero el Marqués ignoraba que justo en ese momento se encontraba en marcha una ofensiva francesa contra la provincia, y su acción contribuyó a descoordinar aún más la defensa española⁸¹. Fue un ejemplo de lo difícil que resultaba realizar un esfuerzo común en la España de aquella época, entre particularismos y enemistades tanto políticas como personales que estaban a la orden del día, costumbre que desgraciadamente parece muy arraigada en la historia española.

Pese a la dificultad del terreno la ofensiva francesa, lanzada el 13 de mavo, penetró con facilidad en Asturias, pero una cosa era ocupar las ciudades y otra destruir los ejércitos españoles, que podían acogerse con poco esfuerzo al refugio en las montañas. El grueso del ejército de La Romana, que no había acompañado al Margués a Oviedo, permaneciendo en el valle de Navia, no tuvo dificultad en huir hacia el valle alto del Sil en Lugo. El general Ballesteros, que protegía los accesos desde Santander se refugió en la zona de Covadonga, y el general Worster se perdió igualmente en las montañas del oeste asturiano. Solo uno de los batallones que La Romana había llevado consigo a Oviedo, reforzado por un batallón asturiano, hizo frente a las fuerzas de Ney sobre el río Nora, y fue lógicamente aplastado, aunque no sin presentar una honrosa resistencia⁸². El Margués de la Romana tuvo que huir apresuradamente por mar desde Gijón, y los franceses procedieron al habitual saqueo y devastación de las ciudades de la provincia⁸³.

Pero la concentración de las tropas francesas en Asturias provocó inevitablemente el resurgir de la insurrección en Galicia. Los insurrectos, que se habían organizado militarmente en la denominada división del Miño, se lanzaron sobre Santiago de Compostela, que fue ocupada el 23 de mayo⁸⁴. Al mismo tiempo, el general español Mahy, al mando del grueso del ejército de La Romana, bajó de las montañas para lanzarse sobre Lugo, obligando a las tropas francesas a refugiarse tras las murallas. Evidentemente, Ney tenía que regresar de Asturias antes de que toda la presencia francesa en Galicia se derrumbase⁸⁵.

Vino en su ayuda la inesperada aparición de Soult, tras su retirada de Portugal. Su cuerpo de ejército estaba derrotado, agotado y falto de equipo, pero aún reunía a 19.000 hombres. Su aparición en las proximidades de Lugo el día 22 de mayo convenció a Mahy de la necesidad de levantar el asedio y replegarse de nuevo a las montañas⁸⁶.

Soult decidió quedarse un tiempo en Lugo para tratar de rehacer sus fuerzas, y esto dio oportunidad para acometer un plan que pusiera fin a la insurrección gallega utilizando la fuerza conjunta de ambos cuerpos de ejército.

Sin embargo, Soult no parecía demasiado atraído por esa posibilidad. La reunión de los dos mariscales y de sus estados mayores en Lugo fue tormentosa hasta el punto de que ambos quizás estuvieron a punto de enfrentarse con sus sables⁸⁷. Soult, humillado por la derrota, se encontraba más intratable que nunca, mientras Ney, obsesionado por el control de Galicia, no atendía a más razones que no fueran las operaciones en ese territorio. En tales condiciones, la probabilidad de un desastre parecía bastante evidente. Pero, paradójicamente, la desfachatez y falta de colaboración de Soult con Ney terminarían por resultar beneficiosas para la causa general francesa, y tendrían una influencia decisiva en la próxima campaña del Tajo.

Soult tenía todavía su atención centrada en Portugal y Wellesley. Por lo tanto planeaba sus futuras acciones pensando en cómo oponerse a las del británico; y en último extremo cómo destruirle y ganar una nueva oportunidad en Portugal. Evidentemente, perseguir escurridizos ejércitos y milicias españolas por las montañas de Galicia no entraba en sus planes, pues suponía una distracción intolerable en una zona periférica, mientras Wellesley podía estar ya pensando en penetrar en España. Su sitio no estaba en Galicia, sino en la Meseta Norte, listo para enfrentarse a la nueva embestida británica.

No cabe duda de que se trataba de una visión correcta. No obstante, cabría preguntarse cuanto había en ella de profunda reflexión estratégica, y cuanto de venganza personal. Tras su humillante regreso de Portugal, Soult debía encontrarse muy enojado. Y esto puede explicar lo violento de sus discusiones con Ney. La visión de éste último era radicalmente diferente, pues someter Galicia y Asturias era su exclusiva responsabilidad y, aunque las dificultades eran enormes, todavía se podía vislumbrar una esperanza de conseguirlo, sobre todo con la ayuda de las tropas de Soult. Al contrario que éste último, Ney no se preocupaba demasiado ni por Wellesley ni por Portugal, pues no eran asunto suyo.

Soult y Ney llegaron a un acuerdo con muchas dificultades. El primero avanzaría desde Orense hacia Vigo, mientras Ney lo hacía desde La Coruña hacia el sur. El objetivo era acorralar a La Romana y la División del Miño entre el mar, el río Miño y las zonas montañosas de la frontera. Pero, pese a que Ney le había proporcionado bastantes de sus abastecimientos para equipar a su maltrecho ejército, Soult nunca cumplió su parte del trato, y en el camino de Lugo hacia Orense se desvió hacia Zamora⁸⁸.

Ney se estrelló contra la división del Miño en el Puente Sampaio, confiando en que Soult aparecería por la retaguardia enemiga. Pero cuando comprobó que esto no iba a ser así, y que resultaba imposible forzar el paso del puente, dio por finalizada toda la operación evacuó las guarniciones gallegas y se replegó sobre Astorga, dando por perdida la región.

Para colmo de males la situación en Asturias era también desastrosa. Aprovechando que el general Bonnet había dejado Santander con una reducida guarnición, el general Ballesteros bajó de Covadonga y capturó la ciudad. Ello obligó a Bonnet a regresar a toda velocidad. Aunque Ballesteros fue lo suficientemente imprudente como para esperar su llegada, lo que ocasionó la destrucción de su ejército, las tropas Santander estuvieron demasiado francesas de ocupadas escarmentadas como para regresar a Asturias⁸⁹. Kellerman, que se veía hostigado por los insurgentes asturianos, decidió también retirarse del Principado cuando Mortier le reclamó las tropas con las que le había reforzado previamente.

Así pues, los desacuerdos entre mandos y la acción enemiga habían hecho que se abandonase Galicia y Asturias y que, a finales de junio, tres cuerpos de ejército franceses se encontrasen cercanos unos a otros en una posición que les permitía intervenir rápidamente en la Meseta.

Lo cierto es que el Emperador había visto clara la situación en cuanto recibió noticias de la retirada de Soult desde Oporto. El 12 de junio envió un despacho a España en el que se ordenaba juntar los cuerpos de ejército de Soult, Ney y Mortier, formando con ellos una masa de maniobra de 50.000 a 60.000 hombres. Esa fuerza debía lanzarse sobre el ejército británico de Wellesley y perseguirlo hasta su destrucción. El secreto estaba en utilizar la fuerza reunida, y no por fracciones. El mando recaería en Soult, como más antiguo de los tres mariscales. Eso implicaba el abandono de Galicia, y de cualquier otra posición no esencial, pues todas las fuerzas francesas en el noroeste de la Península tendrían como único objetivo enfrentarse a los británicos⁹⁰.

La orden de Napoleón llegó a Madrid el 1 de julio, pues en esa fecha José dio el acuse de recibo en uno de sus despachos⁹¹. Napoleón había tomado la precaución de enviar copia de la orden a los jefes de cuerpo interesados, por lo que estos la debieron recibir por esas fechas, o quizás más tarde dados los complejos movimientos de Ney y Soult⁹². Curiosamente, para entonces, y por las circunstancias antes reseñadas, las fuerzas francesas se habían adelantado a las órdenes de su Emperador. Galicia y Asturias habían sido abandonadas, y los tres cuerpos de ejército se encontraban en la Meseta.

Tal situación favorable no fue consecuencia de la iniciativa ni de la visión estratégica de los mariscales franceses, sino de una serie de acciones motivadas por sentimientos personales, visiones particularistas y errores estratégicos. Pero la paradoja es la esencia de la guerra, y una sucesión de errores y desastres, rematada por un acto de deslealtad, sentaron las bases para la acción decisiva de toda una campaña. Si no hubiese sido por el poco cortés desplante de Soult, ni él ni Ney hubieran podido ponerse en movimiento hacia la Meseta hasta bien entrado julio, y es probable que no hubiesen llegado a tiempo para tomar parte en la campaña del Tajo.

Mientras las fuerzas francesas experimentaban semejantes desventuras en Galicia y Asturias, Wellesley se preparaba para acometer la segunda parte de su plan. Con Soult fuera de Portugal, el objetivo era ahora neutralizar a Victor, lo que exigía penetrar en España y colaborar con el ejército de Extremadura. Pero eso significaba reorientar la mayor parte de sus fuerzas desde el Duero hacia el Tajo, dejando por otra parte una cobertura adecuada en el norte, por si Soult recibía refuerzos y decidía penetrar otra vez en Portugal desde Galicia o desde Zamora.



Antes de unir fuerzas con Cuesta en Extremadura, el general británico quería resolver tres cuestiones esenciales. La primera era meramente logística, y consistía en mover sus fuerzas desde el Duero hasta el Tajo, en Abrantes, e incorporar las nuevas unidades que todavía estaban llegando de Gran Bretaña. La segunda era recibir los refuerzos que Castlereagh le había prometido a finales de marzo, que Wellesley esperaba poder utilizar, al menos en las fases finales de la campaña. Y la tercera consistía en concertar un plan de acción conjunto con Cuesta, antes de ponerse en marcha para unirse a él.

El movimiento del ejército británico hasta Abrantes no fue demasiado sencillo. En primer lugar porque se produjo un periodo de mal tiempo que retrasó la marcha, y en segundo lugar por una serie de graves problemas logísticos. Uno de ellos era que las operaciones contra Soult, y las malas condiciones meteorológicas habían deshecho los zapatos de la tropa. No era una cuestión baladí en aquella época, y Wellesley solicitó que le fueran enviados 20.000 pares desde Lisboa a la zona de Abrantes- Coimbra⁹³ y otros 30.000 desde Gran Bretaña para disponer de reservas⁹⁴.

Otro problema fue el mal comportamiento de la tropa y el descuido de los oficiales. Se podía seguir el rastro de las columnas británicas por los numerosos rezagados prácticamente abandonados a su suerte. Centenares de bestias de tiro murieron o enfermaron por falta de cuidados. Y en el caos del movimiento los casos de pillajes y saqueos se multiplicaron⁹⁵.En esas condiciones es lógico que Wellesley quisiera hacer un alto en Abrantes para reorganizar sus maltrechas unidades.

Pero lo más importante era la falta de dinero. El ejército británico tenía todavía pendientes en Portugal deudas por valor de 200.000 libras, y la tropa no recibía su paga desde dos meses atrás lo que estaba provocando desórdenes⁹⁶. Lo más grave era que, sin dinero, resultaba imposible alquilar carros, mulas o barcazas para traer los suministros de los almacenes británicos desde Lisboa⁹⁷. Y resultaba totalmente imposible pensar en moverse hacia España sin capacidad para pagar los suministros que se necesitaban allí.

Wellesley estaba esperando un envío de 100.000 libras en dólares españoles desde Cádiz, donde se habían obtenido a cambio de 07098. Pero necesitaba mucho más por la cuantía de la deuda y porque las esperanzas de obtener dinero mediante pagarés o préstamos en Lisboa se demostraron irreales99. Así pues, solicitó al Secretario del Tesoro el envío de 300.000 libras 100, y pidió a Castlereagh la asignación de 01 de 1200.000 libras mensuales para el mantenimiento del ejército en la Península101.

Lógicamente la falta de paga, y la relativa inactividad provocaron un aumento generalizado de la indisciplina que enervaba al general británico. Sus escritos de esa época reflejaban su desesperación con la conducta de la tropa.

El ejército se comporta terriblemente mal. Son una chusma que no puede sobrellevar la victoria más que lo que el ejército de Sir John Moore pudo sobrellevar la derrota. Me estoy esforzando por amansarlos, pero si no tengo éxito, haré una queja oficial sobre ellos, y enviaré uno o dos cuerpos de vuelta con deshonor. Saquean en todas direcciones¹⁰².

Lo peor es que dicha conducta empezaba a tener repercusiones en el trato con la población civil.

Lamento enviarle un informe de otro soldado británico muerto por los habitantes del país en el término municipal de Santarem... lamento añadir que dos soldados del 7º Regimiento fueron heridos en este municipio hace unos días por dos habitantes del país; y que tengo razones para temer que otros, actualmente desaparecidos del campamento cercano a ese lugar, han sido asesinados por ellos¹⁰³.

Pese a los esfuerzos de Wellesley el dinero no llegó a sus manos hasta el 25 de junio¹⁰⁴. Lo cierto es que su inactividad durante un mes, unida a la renuncia a perseguir a Soult más allá de Portugal no le granjearon las simpatías de las autoridades españolas, que estaban ansiosas por ver aparecer al ejército británico en campaña. Tampoco contribuyó a su prestigio ante las autoridades británicas, que quizás vieron en Wellesley a un general excesivamente prudente. El británico expuso los motivos de su conducta en numerosas cartas a británicos y españoles haciendo referencia a los problemas logísticos¹⁰⁵, y quizás la carta más reveladora fuera la enviada a Lord Castlereagh el 22 de junio, en la que parece claro que Wellesley es consciente del malestar del gobierno británico.

Me temo que pensara que he retrasado innecesariamente mi marcha desde que llegue al Tajo. Pero era y es imposible moverme sin dinero¹⁰⁶.

No estaba en la naturaleza del futuro Duque de Wellington comenzar una operación sin considerarse preparado para ello, por muchas presiones que recibiera. Puede aventurarse, sin embargo, que el retraso se debió no solo a problemas logísticos y financieros, sino también a la esperanza de que llegasen los refuerzos prometidos, lo cual hubiera permitido aumentar sus fuerzas hasta una tranquilizadora cifra por encima de los 25.000 efectivos.

Pero los refuerzos no llegaban. No solo eso sino que era preciso enviar unidades de vuelta a Gran Bretaña, o a Gibraltar para efectuar el relevo de la guarnición. En mayo, un batallón de infantería fue enviado a Gibraltar, rogando Wellesley a Craddock, ahora gobernador de esa plaza fuerte, que le enviase los dos regimientos de relevo, aunque él solo aportase un batallón de momento, ya que los necesitaba con urgencia para la campaña¹o7. Por esas fechas tres escuadrones de caballería debieron ser enviados a Sicilia, para la campaña en el sur de Italia. Por el contrario, la prometida brigada ligera, que Wellesley había solicitado ya a su llegada a Portugal, sufría graves retrasos para su transporte¹o8, y no llegaría a Lisboa hasta principios de julio. De los batallones prometidos por el Secretario de Estado para Portugal solo tres alcanzaron Portugal a tiempo para la campaña del Tajo.

Para colmo de males el ejército británico estaba muy falto de animales de carga y tiro, especialmente de caballos de artillería. Trescientos de ellos que habían llegado a Lisboa lo habían hecho en muy malas condiciones, y además habían infectado los establos de la ciudad¹⁰⁹. La necesidad de mulas para el transporte logístico era también perentoria. Estas carencias, no resueltas en el momento de iniciarse la campaña del Tajo, tendrán posteriormente una gran influencia en las decisiones que se tomarán durante ella.

Lo cierto es que Wellesley tampoco se hacía demasiadas ilusiones sobre la llegada oportuna de los refuerzos¹¹⁰, pero la confirmación de que, efectivamente no llegarían a tiempo, unida a las dificultades logísticas, los casos de indisciplina y los desacuerdos con Cuesta que seguidamente comentaremos, contribuyeron a agriar aún más el ya habitualmente desabrido humor del general británico. Y en sus escritos a Londres comenzaba a apreciarse su indignación que, expresada en la manera altiva y mordaz que solía utilizar el británico, debía resultar bastante ofensiva para sus interlocutores.

El 17 de junio escribió una dura carta a Lord Castlereagh en la que advertía de que el estado de disciplina del ejército haría imposibles las operaciones, a no ser que se le otorgaran poderes extraordinarios a su comandante, tanto para administrar castigos como para repartir recompensas¹¹¹. El 30 de junio envió otra carta no menos crítica al mismo destinatario en la que reprochaba las exageradas cifras que se manejaban en Londres sobre los efectivos de su ejército.

Pero nada mas falaz que un estadillo como el que me ha enviado... De acuerdo con sus cuentas tengo 35.000 (efectivos), de acuerdo con las mías tengo solo 18.000; y el público no estará satisfecho ni conmigo ni con usted si no consigo todo lo que 35.000 hombres pueden consequir¹¹²

Las diferencias en los cálculos se debían a que Castlereagh contabilizaba las unidades que Wellesley había enviado a Sicilia o Gibraltar, o alguna de las que habían sido prometidas como refuerzo, pero todavía no habían llegado. Además, no tenía en cuenta el gran número de enfermos¹¹³.La carta seguía con reproches sobre la tardanza de los refuerzos, y sobre la escasez de los efectivos con los que Wellesley se veía obligado a penetrar en España.

Probablemente otros generales británicos hubieran sido más cuidadosos a la hora de emitir juicios tan críticos en escritos dirigidos al

Secretario de Guerra o al del Tesoro. Pero Wellesley jugaba en esto con ventaja. Pese a su juventud, había ejercido ya cargos políticos como miembro del Parlamento y Secretario Jefe para Irlanda. Pertenecía además a una familia de notable influencia política. Y le impresionaba muy poco el trato con los miembros del gobierno, algo a lo que estaba perfectamente habituado.

Su insolencia se le perdonaba también en parte por esos mismos motivos, aunque Wellesley conocía muy bien hasta donde podía llegar; y así como se mostraba implacable en reclamaciones en las que sabía estar asistido por la razón, procuraba protegerse, y se mostraba menos agresivo, cuando sabía que algo podía reprochársele.

Precisamente las relaciones con Cuesta pasaban por sus primeras dificultades. De momento la comunicación entre ambos se había hecho regular, y la existencia de oficiales de enlace en cada uno de los cuarteles generales permitió mantener una discusión fluida sobre los planes futuros desde finales de mayo. Wellesley había destacado al cuartel general del ejército de Extremadura a los Tenientes Coroneles Bourke y Cadogan¹¹⁴. A su vez, la Junta mantenía al Coronel Miguel de Alava en el cuartel general británico, puesto en el que permanecería durante toda la guerra.

Aparte de las diferencias estratégicas, y de la difícil personalidad de ambos generales, el elemento que más contribuyó desde un principio a envenenar la relación entre los dos fue sin duda el embajador británico Frere, y con él la propia Junta Central. El 3 de mayo, antes de que Wellesley iniciase su ataque sobre Oporto, Cuesta había enviado una carta al ministro de la guerra, Cornel, en la que expresaba su juicio sobre la actuación británica. Decía por ejemplo que los británicos se limitarían a defender Portugal, y su política sería exponer sus tropas lo mínimo posible. Dicha carta reservada cayó inexplicablemente en las manos de Frere, que rápidamente la remitió a Welleslev¹¹⁵. Lógicamente, que el británico se enterase de tales reparos confidenciales de su aliado no ayudó a la relación mutua. En su respuesta a Frere, Wellesley no pudo evitar hacer un comentario sobre las opiniones de Cuesta acerca de la costumbre de no exponer sus tropas:

Seguiré ese sistema siempre que no vea ninguna ventaja clara derivada de exponer las tropas.¹¹⁶

Por su parte Cuesta se encontraba receloso ante los indicios de que podría ser removido del mando a favor de un español más favorable a la colaboración con los británicos, o aún peor, directamente por el general británico en calidad de generalísimo de ambos ejércitos.

De nuevo encontramos a Frere en el origen de las maniobras para que un general británico asumiese el mando combinado en la Península. Algunos historiadores implican también a miembros de la Junta Central, pero su posición fue mucho más ambigua que la de Frere. En cualquier caso, el asunto de la relación de mando entre británicos y españoles había ya sido tratado durante la expedición de John Moore, y las instrucciones dadas por Lord Castlereagh en aquella ocasión era muy claras:

Siendo los británicos una fuerza auxiliar, deben estar necesariamente bajo el mando del Comandante español, si se nombra un Generalísimo. El general británico debe estar dispuesto en tal caso a recibir órdenes del estado mayor del general español, como si procediesen directamente del mismo; pero el ejército británico no recibirá órdenes más que de su propio general 117

Lógicamente, pese a que se aceptaba la idea del general británico subordinado a las órdenes de un generalísimo español, había muchas restricciones. Las unidades británicas no podían ser destacadas a otros cuerpos españoles, ni se les podían asignar tareas de guarnición. El ejército británico debía usarse como un todo, y se dejaba a juicio de su general expresar desacuerdo sobre alguna de las órdenes recibidas, bien a través del embajador británico, bien directamente al gobierno de ese país.

Así pues la idea era que las tropas británicas actuasen bajo mando español, y no al contrario. Esto no se materializó en la práctica, ya que cuando Moore entró en España no había ningún generalísimo español, y la relación con otros generales como La Romana y Blake se limitó a intentar coordinar sus operaciones. Pero en este periodo de la guerra en la Península, los británicos no parecían tan interesados en obtener el mando supremo sobre los ejércitos españoles, como en lograr que la Junta Central aceptase una guarnición británica en Cádiz¹¹⁸.

En realidad, este hecho se convirtió en una condición irrenunciable del gobierno británico para cualquier colaboración militar con España. Las repetidas negativas españolas al desembarco británico en Cádiz significaron en la práctica la ruptura de la cooperación militar, y la separación entre las operaciones británicas en Portugal y las españolas en su territorio nacional, y así quedaba claramente expresado en las instrucciones a Wellesley con motivo de su mando en Portugal¹¹⁹.

Ahora bien, dada la interconexión entre ambos teatros de operaciones, se autorizó a Wellesley a operar en España en combinación con los ejércitos españoles, autorización que fue ratificada el 25 de mayo por Castlereagh¹²⁰. Pero se expresaba claramente que esa colaboración era solo en beneficio de la defensa de Portugal, y no se hacía ninguna mención a la subordinación británica a un mando militar español, ni al caso contrario. El tono general de las instrucciones indicaba que la simple coordinación era el camino más adecuado a seguir.

No parece que ni el gobierno británico ni menos el propio Wellesley estuviesen muy interesados en ese momento en que un general británico asumiese el mando de las fuerzas españolas. De hecho, esto hubiera significado una fuente de responsabilidades difíciles de asumir para sir Arthur, a quien los problemas de sus propias fuerzas ya le quitaban bastante el sueño. Pero la idea de un mando británico de los ejércitos combinados anglo-españoles anidaba sin duda en la mente del embajador Frere, y con mayores dudas en la de algunos miembros de la Junta como su secretario Martín de Garay.

Sin embargo parece muy improbable que la Junta hubiese estado dispuesta a aceptar un mando británico, a no ser en una situación desesperada, como pudo ser el caso del ofrecimiento de Garay a John Moore el año anterior, cuando los ejércitos del Emperador arrasaban todo a su paso¹²¹. Otra cosa es que muchos de los miembros de la Junta fuesen desconfiados ante Cuesta, y quizás hubiesen preferido otro comandante al frente del ejército combinado de Extremadura y la Mancha, que era la fuerza más potente del ejército español en aquel momento. El hecho de que la mencionada carta de Cuesta a Cornel del 3 de mayo terminase en manos de Frere y Wellesley, da una indicación de que ciertamente había miembros de la Junta interesados en dejar a Cuesta en mal lugar frente a sus aliados.

La primera indicación de las maniobras de Frere es la carta que envió a Wellesley el 9 de junio en la que le comentaba que haber cercado y hecho prisionero a Soult en Oporto hubiera significado la oportunidad de que algunos miembros de la Junta, como Garay, ofreciesen el mando a Wellesley¹²².

La contestación del británico no se hizo esperar, y el 12 de junio respondió a la carta anterior de una forma tajante en la que se percibe el reproche a Frere:

Estoy muy halagado por la idea concebida por algunas de las personas con autoridad en Sevilla, de designarme para el mando de los ejércitos españoles. No he recibido instrucciones al respecto del gobierno, pero creo que se consideraba de gran importancia en Inglaterra que el Comandante en Jefe de las tropas británicas debería tener esa posición, pero que sería más probable obtenerla evitando presionar para ello, y dejando mejor que el gobierno español descubra por sí mismo la conveniencia de este arreglo antes que por ninguna propuesta de nuestra parte.¹²³

Pero la parte más dura de la carta es aquella en la que Wellesley cuestiona por qué Frere se implica en tales embrollos:

Pero, si no tiene conocimiento de los deseos del gobierno, no creo que sus insinuaciones sobre este asunto tengan probablemente ningún efecto, excepto desvelar el objetivo del gobierno y, si la opinión de los Ministros está bien fundamentada, será el orgullo del gobierno español el que impida la consecución de este objetivo. 124.

De momento esto zanjó la cuestión del mando supremo británico, al menos hasta agosto, cuando los decepcionantes resultados de la campaña provocaron que se retomara el asunto, en medio de un aluvión de críticas por ambas partes. Está claro que Frere apoyaba la idea, y también algunos miembros del gobierno británico, entre ellos probablemente Canning. Pero no parece que se hubiera dispuesto nada para materializar esta aspiración, y Wellesley no parecía muy interesado en forzar la situación. En cuanto a los miembros de la Junta, como Garay, no está claro si apoyaban realmente un mando británico o si esa era solo la imagen que se había forjado la calenturienta mente de Frere. Es posible que el embajador confundiese los recelos hacia Cuesta con el deseo de que Wellesley asumiera el mando.

Pero una maniobra con más posibilidades de éxito era sustituir a Cuesta por otro general español, o debilitar su mando de tal forma que otro general más afín a la Junta terminase al mando del núcleo de fuerzas que colaboraría más activamente con Wellesley. El hombre adecuado para ello parecía el Duque de Alburquerque, un joven general, entonces al mando de una división de caballería al mando de Cuesta, considerado anglófilo y más tratable que su jefe. La idea de debilitar a Cuesta promocionando a Alburquerque existió con certeza, y en ella participaron Frere y el propio Wellesley, como se expondrá en el próximo capítulo. Pero nuevamente resulta difícil pensar que había unanimidad entre los miembros de la Junta respecto a esta maniobra.

En este clima de recelos e intrigas palaciegas comenzó la preparación de la campaña del Tajo. Y aunque algunas de estas maniobras eran más proyectos difusos que realidades, no hay duda de que las noticias que de ellas se tenían contribuyeron a enturbiar un tanto las relaciones entre los generales aliados. Pero los primeros desacuerdos de importancia se produjeron a la hora de diseñar el plan de operaciones al que debían atenerse ambos ejércitos. Nuevamente hay que decir que, teniendo en cuenta la disparidad de intereses estratégicos y el carácter de ambos jefes, hubiese sido extraordinario que tales dificultades no se produjeran.

El 8 de junio Wellesley había recibido diferentes despachos de Bourke, su oficial de enlace con Cuesta, que incluían las diferentes líneas de acción propuestas por el general español. Parece que previamente Cuesta había enviado un documento con los planes a través del Coronel Álava, pero éste no había llegado todavía a manos del británico¹²⁵. Por la contestación de Wellesley a estos despachos el día 9 de junio, podemos deducir que existían tres líneas de acción diferentes¹²⁶

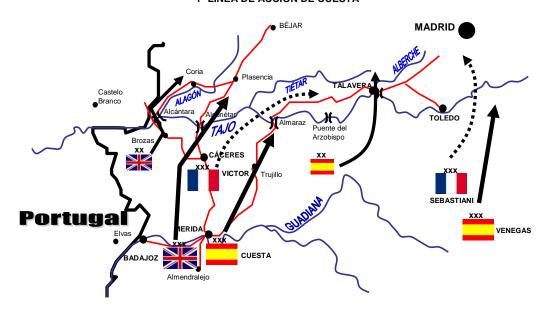
La segunda línea de acción preveía una maniobra por separado de los ejércitos británicos y español. El primero penetraría desde Portugal cruzando el Tajo por Alcántara, y avanzando después al sur del río en dirección este, cortando el repliegue de las fuerzas de Victor. Mientras tanto, Cuesta presionaría a Victor hacia el norte, virando hacia el este para apoyar su flanco en Venegas, que empujaría a Sebastiani hacia Madrid. La conjunción de los tres ejércitos provocaría como mínimo una retirada desordenada del mariscal francés para ponerse a salvo al norte del Tajo.

La tercera línea de acción también contemplaba una maniobra por separado. Pero esta vez los británicos no cruzarían al sur del Tajo, sino que avanzarían por la orilla norte del río hasta Plasencia, cortando el repliegue francés por los puentes de Almaraz y Arzobispo.

Esta era la línea de acción preferida por el británico, y así se lo hizo saber a Bourke¹²⁷. La primera opción tenía el inconveniente de que los

destacamentos de los flancos eran demasiado débiles (una o dos divisiones) y sus movimientos difíciles de coordinar con el grueso. Si Victor conseguía apoyar su defensa en el Tajo, no tendría dificultad en batirlos por separado con solo una parte de sus fuerzas, especialmente al destacamento de Talavera. Además, esta línea de acción implicaba concentrar el grueso de ambos ejércitos entre el Tajo y el Guadiana, territorio devastado por Victor durante meses, y con pocas posibilidades de brindar apoyo logístico adecuado. Lo máximo que, según el general británico podría conseguirse era que Victor se replegase ordenadamente al otro lado del Tajo, y eso a costa de poner en grave riesgo a las divisiones de los flancos.

1ª LINEA DE ACCIÓN DE CUESTA



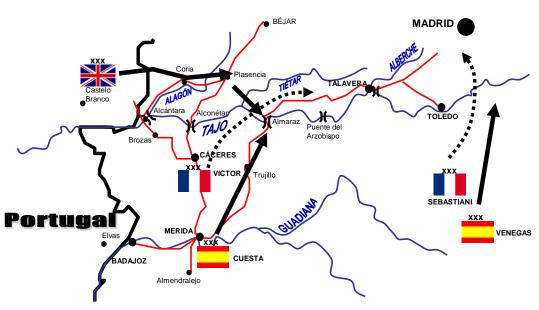
,

2ª LINEA DE ACCIÓN DE CUESTA



10

3ª LINEA DE ACCIÓN DE CUESTA



La segunda línea de acción presentaba el mismo inconveniente de no poder evitar el repliegue ordenado de las tropas francesas. Además, no existía un camino en condiciones paralelo al cauce del Tajo en su margen sur y, después de cruzar por Alcántara, Wellesley tendría que descender prácticamente hasta Cáceres antes de poder girar hacia el norte, lo que haría muy difícil estorbar la retirada francesa.

La tercera opción, por el contrario, hacía posible la destrucción de Victor, o al menos forzarle a una retirada apresurada similar a la de Soult en Oporto, perdiendo hombres y equipo, y dejando a su cuerpo de ejército fuera de combate por una temporada. No obstante, existía el peligro de que, al encontrarse ambos ejércitos aislados en las orillas opuestas del Tajo, Victor pudiese recurrir a una maniobra de líneas interiores, batiendo a cada ejército por separado.

Pero las posibilidades de que esto ocurriese eran remotas. Para Wellesley estaba claro que Victor no se arriesgaría a intentar aplastar a Cuesta, concentrando el grueso de sus fuerzas al sur del Tajo, con un ejército británico amenazando sus líneas de retirada al norte del río. Y si intentaba lo contrario, es decir mantener una fuerza de contención frente a Cuesta y presentar batalla a los británicos, su situación sería difícil. Las fuerzas de Wellesley eran casi iguales a las suyas, y necesitaría al menos un par de divisiones para contener a los 36.000 efectivos del general español al sur del Tajo. Esto le obligaría a combatir en inferioridad contra el británico, y daría la oportunidad a Wellesley de practicar su tipo de batalla favorita: en defensiva y contra un enemigo no solo inferior en número, sino además desesperado por obtener la victoria en un breve plazo de tiempo.

Wellesley aportó un par de líneas de acción adicionales, aunque con poco entusiasmo. Viendo que el estado mayor de Cuesta parecía inclinarse por ejercer el esfuerzo principal hacia el este, tratando de apoyarse en Venegas, y de amenazar el repliegue de Victor a la altura de Talavera, el británico propuso reforzar el ejército de la Mancha con tropas de Cuesta, de tal forma que, tras batir a Sebastiani, pudiese lanzarse sobre la retaguardia de Victor en Talavera. Otra opción era que el propio Cuesta realizase la acción sobre Talavera, mientras el ejército británico empujaba a Victor hacia el Tajo¹²⁸.

Pero, pese a proponer ambas opciones, el general británico no estaba nada convencido de realizar ese tipo de maniobra sobre el flanco izquierdo enemigo ya que eso implicaría siempre colocar una fuerza española entre Victor y Sebastiani. Y solo con una perfecta coordinación entre los movimientos británicos y de ambos ejércitos españoles, podía evitarse una súbita concentración de los franceses que exterminase a dicha fuerza. Wellesley deja claro en el despacho que su preferencia es la penetración del ejército británico hacia Plasencia, mientras Cuesta empujaba a Victor hacia el norte. Esa opción le permitiría además abastecerse en una zona apenas esquilmada hasta entonces por las tropas francesas. Y además volvía a recalcar que, con sus órdenes actuales, la colaboración con las fuerzas españolas sería limitada, y se concentraría en derrotar a Victor de forma que dejase de constituir una amenaza.

Me temo que no está en mi mano, con las instrucciones según las cuales actúo, construir ningún gran sistema de cooperación con los ejércitos españoles. Sin embargo, no puedo sino admitir que (pese a que las circunstancias no me permiten hacer todo lo que desearía) un gran e importante objetivo sería alcanzado al desalojar a Victor de la amenazante posición que ocupa¹²⁹

Tan seguro estaba Wellesley de que su propuesta de avanzar hacia Plasencia sería aceptada que escribió el mismo día 9 a Frere para que hiciese gestiones ante la Junta con el objetivo de facilitar el abastecimiento de sus tropas en la zona¹³⁰

El día 10 de junio llegó al fin el plan que Cuesta había enviado a través del Coronel Álava. En él se proponía la misma línea de acción que Wellesley había elegido con algunas pequeñas variaciones. Hay que tener en cuenta que la respuesta del general británico apenas había salido el día anterior, luego Cuesta proponía, a su propia iniciativa, prácticamente lo mismo que Wellesley había juzgado lo más correcto, esto es, que las fuerzas británicas penetrasen hacia Plasencia y cortasen la retirada francesa por Almaraz. En la propuesta del general español se solicitaba además que un destacamento británico hiciese una demostración sobre el Puente de Alcántara, probablemente para obligar a Victor a aumentar su cautela, y no concentrar el grueso de sus fuerzas en un ataque sobre el ejército de Extremadura. Wellesley rechazó destacar ningún contingente de su ejército, pero propuso que esa misma misión fuese llevada a cabo por tropas portuguesas¹³¹.

Así pues, el acuerdo en los planes parecía ser total. Sin contacto mutuo, ambos generales habían elegido prácticamente la misma línea de acción. Las cosas, sin embargo, pronto comenzaron a torcerse. El 13 de junio Wellesley recibió otro despacho de Bourke, en el que éste informaba que el general Cuesta era ahora partidario de que ambos

ejércitos se uniesen en la zona del Guadiana, para operar juntos contra Victor empujándolo hacia el norte¹³².

Las razones para el cambio de opinión de Cuesta pudieran buscarse en un suceso ocurrido el día 10 de junio. Una división francesa se aproximó al Puente de Alcántara, y en consecuencia de las órdenes recibidas, el oficial británico a cargo de la guarnición procedió a su voladura. Wellesley, en un despacho a Cuesta, manifiesta sus sospechas de que, probablemente, el ataque francés tenía por objeto provocar la destrucción del puente¹³³. Cuesta debió tener noticia de este suceso en el momento de redactar el escrito con su cambio de opinión, pues la fecha de éste era del día 11, un día después de la destrucción del puente.

Este hecho debió inquietar al general español, pues el Puente de Alcántara jugaba un papel importante en la línea de acción acordada con Wellesley. La aparición de un potente destacamento británico o portugués en Alcántara pondría en alerta a Victor acerca de la posibilidad de tener su flanco derecho amenazado, y esto le impediría concentrarse sobre Cuesta. Con el puente destruido, la maniobra perdía gran parte de su valor pues era imposible cruzar una gran fuerza con bagajes y artillería. El peligro de que Victor se lanzase en fuerza sobre Cuesta aumentaba pues considerablemente. Podía confiarse en que la maniobra de Wellesley sobre Plasencia pudiese tener el mismo efecto que la demostración sobre Alcántara, pero esa operación tendría lugar sobre una zona montañosa, y debería ser rápida y discreta para tener éxito. Así pues, podría ocurrir que Victor no la advirtiese a tiempo y se lanzase sobre Cuesta creyendo tener su flanco seguro. Si hacía esto, el resultado podía ser desastroso para el francés pues, aún batiendo a Cuesta, se encontraría con todo el ejército británico a su retaguardia. Pero esto era de poco consuelo para Cuesta, cuyo ejército podía ser vapuleado de nuevo en el entreacto.

Sin embargo, no se trataba de una mera cuestión de temor a ser derrotado, sino de una consecuencia de la visión estratégica española. Si el ejército de Cuesta quedaba fuera de combate el objetivo estratégico español, es decir la marcha sobre Madrid, se vería seriamente comprometido. Pero, desde el punto de vista de Wellesley, el que Cuesta fuese batido podía ser aceptable, siempre que eso garantizase el cumplimiento de su objetivo estratégico: la destrucción de Victor. Así pues, la diferencia en los planteamientos estratégicos comenzaba a hacerse sentir en la marcha de las operaciones.

El cambio de opinión de Cuesta provocó las iras de Wellesley. En su respuesta al general español fue comedido, aunque expresó sutilmente su desacuerdo.

Como compruebo que Su Excelencia prefiere que yo coopere con él en un ataque sobre el enemigo entre el Tajo y el Guadiana antes que un envolvimiento realizado por el ejército a mi mando para interceptar la retirada enemiga sobre el Tajo, mediante la marcha de este ejército a Plasencia, y de allí a Almaraz, cumpliré el deseo de Su Excelencia y orientaré mi marcha hacia Badajoz, en cuanto esté en condiciones de mover mis tropas¹³⁴

Wellesley, no obstante, no renunciaba al movimiento sobre Plasencia, que en este mismo despacho informaba que sería realizado por las tropas portuguesas de Beresford.

En los despachos a Bourke, Frere y Lord Castlereagh, Wellesley no se consideró obligado a ocultar su descontento:

Solo puedo decir que la obstinación de ese anciano caballero está dejando escapar de nuestras manos la mejor jugada que ningún ejército disfrutó jamás. 135

Él (Cuesta) no cambiaría su posición ni siquiera para asegurar la protección de su ejército, porque piensa que esa medida sería injuriosa para sí mismo, a pesar de que este cambio hubiera sido parte de una operación que hubiese terminado en la aniquilación del ejército de Victor, si hubiera permanecido esperando nuestro ataque. 136

Por los despachos que Wellesley escribió esos días puede deducirse que Cuesta alegaba que Victor se estaba concentrando para el ataque, lo que justificaba la petición de que el ejército británico se reuniese con él en el Guadiana. La réplica de Wellesley era que Cuesta debía proteger su ejército, y ponerse a cubierto hasta que él pudiese ponerse en marcha. Pero Cuesta debió responder que no era aceptable ni decoroso ceder posiciones en aquel momento. De cualquier modo, la situación de Cuesta, que mantenía presión constante sobre Victor, debió preocupar al británico, al parecer por comentarios recibidos de Bourke¹³⁷. Si Cuesta era derrotado antes de que él pudiera moverse toda la maniobra

se echaría a perder. En los despachos de esos días a Cuesta, Wellesley no cesará de pedirle que se acoja a una posición segura¹³⁸.

Finalmente, la solución a la disputa la iba a proporcionar el propio Victor. A partir del día 12 de junio comenzó a abandonar sus posiciones sobre el Guadiana y a replegarse hacia el Tajo. El 16 de junio Mackenzie informó a Welllesley que potentes destacamentos estaban cruzando el Tajo hacia el norte¹³⁹. Y ese mismo día, Bourke informó que el general Cuesta aceptaba retomar el plan inicial, y Wellesley debería pues avanzar hacia Plasencia¹⁴⁰.

Evidentemente el repliegue de Victor hizo que Cuesta desechase los temores a ser atacado antes de la llegada de Wellesley, por lo que ya no era necesario que el británico se reuniese con él en el Guadiana. Para Wellesley, sin embargo, la noticia no era tan buena. Ciertamente podía llevar a cabo su maniobra preferida, pero ésta ya no tendría el pretendido efecto devastador sobre el flanco de Victor. Con todo su ejército al norte del Tajo, éste no tendría problema en retirarse hacia Madrid.

Pero ¿qué había inducido a Victor a replegarse? La verdad es que su posición a finales del mes de mayo no había sido muy halagüeña. Sabiendo que los británicos se concentraban a su flanco, y Cuesta se había reforzado considerablemente, no podía sentirse seguro con el Tajo a su espalda. Pero lo peor era la falta de abastecimientos. La prolongada estancia de su ejército en la zona entre el Guadiana y el Tajo pronto agotó los escasos recursos de la zona.

Excelencia, he advertido al Señor Mariscal Jourdan de la imposibilidad en la que me encuentro para hacer vivir más tiempo las tropas que mando en el país que ocupan actualmente. Además, la logística ha afrontado todas las penalidades imaginables para reunir los pocos recursos que quedan aquí, pero el resultado de sus esfuerzos está lejos de responder a nuestras necesidades.¹⁴¹

El mariscal expresaba una desesperación un tanto teatral ante José, pues aseguraba que, o se solucionaban los problemas logísticos, o se vería obligado a lanzarse hacia delante para combatir contra el enemigo, y tratar así de obtener recursos. Lo cierto es que había escasez sin duda, y también enfermedad, quizás fiebre amarilla o malaria, en algunas zonas del Guadiana, como comprobaría a su pesar Wellesley en el otoño siguiente¹⁴². Pero resulta muy probable que Victor exagerase las

dificultades para evitar cumplir la orden de avanzar por Alcántara hacia Portugal (no se conocía aún la suerte de Soult).

El 29 de mayo, en una nueva misiva a Jourdan, Victor repite que está haciendo todo lo posible para realizar el avance en apoyo de Soult (hay que recordar que Soult estaba por entonces ya en Lugo), pero que le resulta imposible ante la escasez de recursos en la zona próxima a Alcántara. Además, la maniobra debió ser suspendida ante un ataque de Cuesta sobre la fortaleza de Mérida¹⁴³. El mariscal francés estima en 10.000 el número de españoles que atravesaron el Tajo con artillería para atacar la citada fortaleza. Algo que parece difícil de creer. Es cierto que Cuesta hace referencia en su relato de los hechos a la presión mantenida sobre el conventual de Mérida, pero la considera una acción menor:

En este estado de cosas se pasó el último tercio de mayo, y la mitad de junio, sin ocurrir otras dignas de referencia, más que la resistencia del conventual, no estrechado de intento por nosotros, porque aun después de reducido no se podía sostener a Mérida, manteniéndose todavía invadeable el río Guadiana que la baña¹⁴⁴.

Probablemente se trata de nuevo de una exageración del mariscal francés para reafirmar lo difícil de su posición.

Jourdan respondió a Victor anunciando el envío de 300.000 raciones de bizcocho desde la capital, y la evacuación de sus heridos y enfermos hasta los hospitales de Toledo y Madrid. Pero recalcó de nuevo la importancia de realizar una demostración en la dirección de Alcántara para apoyar a Soult. En esta carta Jourdan apunta la que sería una grave limitación logística en la zona para ambos bandos: resulta extremadamente difícil encontrar medios de transporte¹⁴⁵

Lo que ocurre a continuación resulta un tanto confuso. Victor, en una carta del 8 de junio, anuncia que el proyectado movimiento en el Guadiana no se ha podido realizar, ya que Cuesta se ha replegado de nuevo hasta Monasterio, arrasándolo todo en su retirada¹⁴⁶. Lo cierto es que no había ninguna orden sobre este movimiento en el Guadiana en el despacho de Jourdan del día 1 de junio. Las únicas instrucciones eran que intentase incrementar la solidez de la fortaleza de Mérida, antes de lanzarse sobre Alcántara, o que la abandonase, si consideraba que no podía garantizarse su resistencia ante Cuesta. Pero Jourdan remarcaba

la necesidad de emprender el movimiento sobre Alcántara, no sobre el Guadiana.

Tampoco hay ninguna constancia de que Cuesta hubiese emprendido el movimiento retrógrado del que Victor informa. Por el contrario, por esas fechas (principios de junio) es cuando Bourke avisaba en sus despachos a Wellesley de que la posición de Cuesta era insegura por avanzada. Todo parece una invención de Victor, o al menos una exagerada interpretación de la información que recibía de sus unidades de reconocimiento.

Por si fuera poco, en el despacho del día 8, Victor anunciaba la destrucción del Puente de Alcántara, que no tendría lugar hasta el día 10. El anuncio anticipado lleva a pensar que Wellesley estaba acertado en sus sospechas de que los franceses habían atacado el puente con la intención de que la guarnición lo volase, lo cual hacía imposible para Victor cualquier intento de penetración hacia Portugal, y le liberaba definitivamente de unas órdenes que no quería cumplir.

En el mismo despacho, el mariscal francés volvía a lamentarse dramáticamente de su desesperada situación y daba a José un auténtico ultimátum.

Es mi deber, y es un deber penoso, advertir a Su Majestad que si, de aquí a seis o siete días, no recibo instrucciones de su parte suficientemente positivas para salvar el 1º cuerpo de ejército de la disolución de la cual está amenazado, me veré obligado a emplearlo a la desesperada, para protegerlo de esa ruina, y a nuestra armas de esa vergüenza, 147

Junta a este histriónico ultimátum, Victor dejaba ver sutilmente la solución: la zona de Plasencia y Coria, al norte del Tajo, estaba todavía poco esquilmada y podía satisfacer las necesidades del ejército si éste se replegaba hacia allí. Así pues parece que Victor manipuló sistemáticamente la información que enviaba a Jourdan y José, e incluso provocó la voladura del Puente de Alcántara, para zafarse de la misión de apoyar a Soult, y justificar su retirada, sin que por ello pudiera ponerse en duda su valor y decisión personal.

Lo cierto es que, pese a su retorcido proceder, Victor tenía razón desde el punto de vista de las operaciones. Su posición sobre el Guadiana era insostenible logísticamente, y tenía cada vez más el aspecto de una trampa, con dos potentes ejércitos concentrándose a su frente y su flanco. La opción del repliegue hacia el Tajo era totalmente razonable, y

le permitía disminuir la penuria logística y disminuir el riesgo de envolvimiento de su flanco derecho. En condiciones normales, una exposición honrada de esas dificultades hubiera llevado a Jourdan a aconsejar al rey que autorizase el repliegue. El problema era que nadie quería ser acusado de haber arruinado definitivamente el plan de Emperador.

El 10 de junio José decidía por fin autorizar el repliegue de Victor, después de recibir noticias de Soult¹⁴⁸. Dado que éste se había retirado hacia Galicia tenía ya poco sentido empeñarse en la ofensiva del I cuerpo hacia Lisboa. Así pues, el día 12 de junio Victor comienza a replegar sus posiciones en el Guadiana. El repliegue de Victor provoca automáticamente el avance de Cuesta, y esto a su vez deja totalmente al descubierto el flanco derecho de Sebastiani, que se encontraba desplegado en la Mancha, y se ve obligado a retirarse igualmente hacia el Tajo. Como consecuencia, llega la oportunidad del ejército de Venegas, que comienza a moverse el 14 de junio en dirección a Madrid¹⁴⁹.

Pese a que la retirada general francesa pudo resultar muy alarmante para José, lo cierto es que frustró en gran medida los planes aliados. Como Wellesley estaba todavía detenido en Abrantes por los problemas logísticos, los ejércitos españoles no podían iniciar una ofensiva general. Y las tropas de Victor y Sebastiani pudieron replegarse intactas, sin apenas presión enemiga, a una nueva posición sobre el Tajo mucho más segura.

El ejército de La Mancha era menor que el de Extremadura, como ya se ha apuntado anteriormente, y su jefe no tenía excesiva confianza en sus tropas aunque, al igual que Cuesta, había disfrutado de unos meses de relativa tranquilidad para encuadrarlas e instruirlas.

Una tercera parte de estas fuerzas eran reclutas, recibidos después de mi mando, y otra gran parte se componía de soldados vueltos de los hospitales, y generalmente el total constaba de tropas nuevas... mas a pesar de aquellas circunstancias, creo poderme lisonjear de que será difícil se hayan presentado tropas más formadas en tan corto periodo de tiempo¹⁵⁰

Pero, pese a la bisoñez de los soldados de Venegas, su avance causará alarma en José, que primero ordenará replegarse a Sebastiani sobre Madridejos¹⁵¹, y después solicitará a Victor el envío de dos divisiones de

refuerzo a lo que éste, en plena retirada, dio la callada por respuesta¹⁵². Irritado, José utilizó su propia guardia y dos regimientos estacionados en Madrid y avanzó personalmente hacia Madridejos en socorro de su general. En la carta que envío a su hermano informando de la situación el día 23 de junio realizó una loa a las cualidades de Sebastiani, detallando su peligrosa situación. A la vez resaltó la insubordinación de Victor y aprovechó para realizar la curiosa acusación de que en Extremadura había rebaños de ovejas merinas pastoreados por soldados franceses del 1º cuerpo, para beneficio de sus generales¹⁵³.

La predilección de José por Sebastiani se hizo evidente a lo largo de la campaña, y resulta lógico que así fuera, pues era un hombre colaborador, muy diferente al hosco e intratable Victor. El cuerpo de ejército de Sebastiani era también menor, e integraba numerosos alemanes y polacos. José se mostraría siempre preocupado porque esa fuerza pudiese ser arrollada o flanqueada por Venegas¹⁵⁴.

Pero en este caso la alarma parecía exagerada. Venegas no quería empeñarse en combate (hubiera sido un error hacerlo sin que Cuesta y Wellesley hubieran iniciado todavía la ofensiva). Cuando se hizo evidente que el cuerpo de Sebastiani estaba siendo reforzado por los 6.000 efectivos llevados desde Madrid por José¹⁵⁵, Venegas se replegó de nuevo hacia Sierra Morena¹⁵⁶. Las dos divisiones de Victor llegaron finalmente, formándose una potente fuerza de más de 25.000 efectivos. Pero viendo que era imposible batir a Venegas, las fuerzas francesas se replegaron, situándose el rey en Toledo y Sebastiani en Madridejos¹⁵⁷.

Tras el repliegue de Victor al norte del Tajo, Cuesta adelantó su cuartel general a las Casas del Puerto, donde se instaló el día 20 de junio. Según Cuesta fue allí donde comenzó a fraguarse el plan para atacar Madrid, pues los objetivos originales, es decir obligar a Victor a replegarse, cesando en su amenaza tanto sobre Sevilla como sobre Portugal, ya se había conseguido. Así pues, Cuesta sugirió al Teniente Coronel Bourke, el oficial de enlace de Wellesley en su cuartel general, que sería conveniente diseñar nuevos planes más ambiciosos pues ahora entraba dentro de lo posible que una acción combinada de los ejércitos aliados enviase otra vez al ejército francés al norte del Ebro. 158

Aparentemente Wellesley se mostró receptivo a esta propuesta, aunque dejó bien claro que, caso de repliegue francés hacia el Ebro, su intención era no separarse excesivamente de la frontera portuguesa. No obstante, en la lista de peticiones de información que envío a Bourke había preguntas relacionadas con las características del Ebro y sus puntos de paso. Además, aconsejaba, bien que con cierta prevención

debida a sus anteriores experiencias con Cuesta¹⁵⁹, que los ejércitos aliados debían dejar Madrid a su derecha, cortando las comunicaciones entre los dos núcleos principales franceses en la península: el situado en la capital y el del Noroeste¹⁶⁰.

De nuevo quedan en evidencia la diferencia en las expectativas estratégicas de ambos aliados. Los objetivos españoles, ocupar Madrid y arrojar a los franceses al norte del Ebro, contrastan con los británicos, proteger Portugal y destruir o debilitar el cuerpo de ejército de Victor.

A finales de junio las líneas francesas habían retrocedido en casi toda la Península, y lo peor para el rey José era que resultaba imposible recibir ningún refuerzo de Francia, pues los principales recursos del Imperio estaban empeñados en la guerra contra Austria. Por añadidura, esa guerra no marchaba excesivamente bien, después de la derrota del propio Emperador en Aspern- Essling el 22 de mayo.

Las fuerzas aliadas que se concentraban en torno a Madrid, con efectivos cercanos a los 90.000 hombres, eran muy superiores a los apenas 50.000 que José podía reunir entre todos los cuerpos próximos a la capital. No era posible retirar fuerzas de Aragón, pues el cuerpo de Suchet estaba totalmente concentrado en la vigilancia del ejército de Blake y la lucha contra las guerrillas. Toda la esperanza estaba en la reunión ordenada por el Emperador de los cuerpos de ejército de Soul, Ney y Mortier. Pero, a finales de junio, ni se había recibido todavía la orden del Emperador, ni existía una idea clara de dónde y en qué estado podrían encontrarse los cuerpos de Soult y Ney.

Pero quizás lo que más oprimía el corazón del rey José era que no existía ninguna garantía de que sus órdenes fuesen obedecidas, y de que una acción coordinada para salvar la capital fuese posible. Victor actuaba a su antojo, por no hablar de Soult. Éste último y Ney se odiaban hasta el punto de que apenas resultaba concebible la cooperación entre ambos. Y todos despreciaban tanto al jefe de estado mayor, Jourdan¹⁶¹, como al propio rey. El único que podía imponer orden en tan pendenciero y desabrido grupo de jefes militares era el propio Napoleón, que se encontraba ahora a 2.000 kilómetros de distancia, muy ocupado en el intento de dar caza al Archiduque Carlos de Austria.

Así pues, no era precisamente el entusiasmo lo que reinaba en la cúpula del ejército francés en la Península. Por el contrario, los aliados tenían motivos para sentirse satisfechos, aunque Wellesley seguía preguntándose qué podía estar haciendo Soult, y probablemente veía el repliegue de Victor hasta el Tajo como una oportunidad perdida para

destruir su cuerpo de ejército. Pero el entusiasmo reinaba entre los españoles, que veían Madrid al alcance de la mano. Y, como ocurre tantas veces en la guerra, el entusiasmo excesivo puede ser un peligroso atajo hacia el fracaso.

CAPÍTULO IV

EL INICIO DE LA OFENSIVA Y LA BATALLA DE TALAVERA

l 27 de junio de 1809 el ejército británico se puso en marcha desde Abrantes. Las condiciones en las que partía no eran las que Wellesley hubiera deseado. La mayor parte de los refuerzos prometidos no habían llegado todavía, el dinero disponible era solo el indispensable para garantizar el suministro en España durante unas semanas, y se sufrían deficiencias logísticas.

En las semanas pasadas en Abrantes, Wellesley había reorganizado sus fuerzas. La medida más visible fue el encuadramiento de su ejército en divisiones. Aunque esta era una unidad habitual en el ejército francés, y también en el español, se trataba de un concepto bastante novedoso para el ejército británico¹. En la campaña del Duero la mayor unidad utilizada había sido la brigada, pero para el combate contra fuerzas francesas en una batalla abierta, los británicos necesitaban una organización de mando intermedia, que evitase que su cuartel general quedase saturado intentando manejar una multitud de brigadas.²

El 18 de junio, una orden general ordenaba la creación de cuatro divisiones de infantería³. Los regimientos de caballería fueron organizados en una quinta división. Para el mando de las divisiones se nombró a tres tenientes generales (Hill, Sherbrooke y Payne la de caballería) y dos mayores generales (Mackenzie y Campbell)⁴.

Para la campaña en ciernes Wellesley decidió no utilizar tropas portuguesas, salvo la reducida legión lusitana de Sir Robert Wilson. Lógicamente existían reticencias políticas en Lisboa a utilizar el ejército portugués en operaciones que no fueran directamente encaminadas a la defensa del país⁵.

No obstante, el ejército portugués también debería jugar un papel en la campaña del Tajo. Wellesley no estaba todavía seguro de que Soult, quizás reforzado por Ney, no intentaría penetrar de nuevo en Portugal, bien desde Galicia, bien a través de Zamora y Salamanca. Por ello ordenó a Beresford situarse cercano a la frontera sobre el Duero, mientras atendía a la mejora en el equipamiento y adiestramiento de sus tropas.

Debe tener en cuenta que su propósito es doble; en primer lugar, organizar y disciplinar sus tropas, después, observar las actividades enemigas y cubrir y asegurar mediante su apariencia, su número y su reputación los accesos a Portugal, que puedan ser actualmente amenazados por el enemigo.⁶

En esa situación estaría listo para reaccionar ante cualquier nuevo intento de penetración francesa. No obstante, le previno de intervenir en fuerza para apoyar a La Romana en Galicia, pues opinaba que esto contribuiría a disolver aún más la disciplina de las tropas portuguesas, y terminaría por crear tensiones entre Portugal y España⁷. La posición de las tropas portuguesas permitiría también cubrir el flanco norte del ejército británico, caso de que las tropas francesas intentasen penetrar hacia el Valle del Tajo a través de los puertos de Baños y Perales.

Por otro lado la Legión Lusitana realizaría una acción de flanqueo sobre el grueso del ejército británico, cubriendo en todo momento el flanco norte ante cualquier intento francés de penetrar en el Valle del Tajo. Pero, pese a la innegable habilidad de Sir Robert Wilson para este tipo de misiones, lo reducido de sus fuerzas (apenas 1.500 hombres) hacía muy difícil que pudiera actuar como flanqueo con éxito. Así pues, la necesidad de reforzar el flanco sin extraer tropas británicas del grueso sería pronto motivo de controversia entre Wellesley y Cuesta como se verá más adelante.

El periodo de la marcha desde Abrantes hasta Plasencia, diez días en total, no estuvo exento de problemas para Wellesley. El dinero seguía siendo su preocupación principal, pues disponía de muy poco para atender a las necesidades de la marcha y a las operaciones en España⁸. Apenas iniciado el movimiento, el 30 de junio, recibió al menos una buena noticia: 225.000 libras en diversos tipos de monedas habían sido enviadas desde Inglaterra. Esto le permitía saldar gran parte de sus deudas en Portugal (130.000 libras), destinar otras 60.000 libras a sus gastos en España, y dejar una reserva de 35.000 libras en Lisboa⁹.

Pero disponer del dinero no iba a ser tan fácil, las 60.000 libras para las operaciones en España fueron encomendadas al General Craufurd, que en ese momento estaba desembarcando su Brigada Ligera en Lisboa¹o, y no llegaría a alcanzar a Wellesley hasta finales de julio. Además, la posibilidad de recibir envíos posteriores de dinero desde Inglaterra eran remotas, por lo que fue necesario dar instrucciones al Comisario General, Murray, para que hiciese el máximo esfuerzo por obtener dinero en efectivo en los mercados de Cádiz, Lisboa y Portugal

mediante pagarés contra el Tesoro británico¹¹. Pero, lo que más enfureció a Wellesley, fueron los problemas para trasladar el escaso dinero que tenía a mano para sus gastos en España. El segundo Comisario, general Boys, debía seguir al grueso del ejército transportando 60.000 libras en dólares españoles. Sin embargo, las dificultades para encontrar carruajes retrasaron su marcha hasta el día 5 de julio, y aún así solo encontró vehículos para transportar 23.000 libras¹², de las cuales 5 ó 6.000 debían ser empleadas en pagar las deudas de las unidades británicas desplegadas para vigilar a Victor en la frontera desde mayo. Esto hacía que la disponibilidad inmediata de dinero para el británico, después de entrar en España, fuese de apenas 17.000 libras, y a varias jornadas de marcha por detrás del grueso de su ejército¹³.

La falta de dinero era bastante grave, pues Wellesley se había comprometido con las autoridades españolas a efectuar pagos inmediatos en efectivo por los suministros¹⁴. Además, probablemente sospechaba que la fama de malos pagadores de los británicos se había extendido desde Portugal hasta las fronteras españolas, y eso podía significar un grave inconveniente para obtener allí un suministro regular de víveres y recursos.

A este respecto el británico había sido bastante previsor para garantizarse el suministro en la zona de Plasencia. El 9 de junio encargó a Frere que llevase a cabo gestiones ante la Junta Central para que se diesen órdenes a las autoridades de Plasencia sobre el suministro de las tropas británicas. En el despacho se cita expresamente el suministro de provisiones, forraje, carros y mulas.¹⁵ El 17 de junio, tras recibir la confirmación de que Cuesta aceptaba definitivamente que el ejército británico debía avanzar hacia Plasencia, fue el propio Wellesley quien, respondiendo a dos cartas previas de la Junta de Badajoz, solicitó provisiones en Plasencia para 30.000 hombres y 6.000 caballos.¹⁶

Aparte de la escasez de dinero en efectivo y de medios de transporte, la logística británica se vería seriamente afectada por un hecho todavía más grave. Como hemos visto en el capítulo anterior, Victor se retiró al norte del Tajo, en gran medida porque las comarcas de Plasencia y Coria eran las únicas donde todavía resultaba posible encontrar recursos. Y a partir de mediados de junio las hambrientas tropas francesas estaban procediendo al sistemático saqueo de la zona.

Afortunadamente para los británicos el saqueo no se prolongó demasiado, pues Victor decidió replegarse de nuevo, esta vez hacia Talavera de la Reina. Los motivos oficiales para el repliegue fueron de

nuevo logísticos. El mariscal envió una carta llena de lamentos a José en la que decía encontrarse en el dilema de verse obligado al repliegue o presenciar la disolución de su cuerpo de ejército.

Me veo forzado por esta circunstancia a replegarme sobre Talavera de la Reina, donde no hay más recursos que aquí. ¿Qué hacer en medio de tal calamidad? Un pronto socorro no será indispensable, pero ¿Dónde se encuentra? ¿Quién nos lo podrá proporcionar? Si Vuestra Majestad me abandona en la desgraciada situación en que me encuentro, honor, servicio, todo está perdido para mí.¹7

Aparte de la afición de Victor por los pasajes literarios trágicos, hay que suponer que detrás de su repliegue estaba el temor a la aparición de fuerzas anglo-portuguesas en su flanco derecho, mientras todo el ejército de Cuesta estaba desplegado al sur del Tajo. De hecho, aunque la situación logística en Plasencia no debía ser óptima, todo el ejército británico pudo abastecerse allí en julio durante diez días. Ciertamente la población local escondía en lo posible sus víveres a las tropas francesas, para venderlos después a británicos y españoles, pero la habilidad saqueadora de los soldados imperiales superó habitualmente tal actitud. Parece que, nuevamente, Victor exageraba sus penurias logísticas para justificar el repliegue, evitando presentar razones tácticas, que sin duda existían, pero que probablemente el orgulloso mariscal consideraba impropias de su prestigio.

Mientras Wellesley avanzaba hacia Plasencia pudo ver signos de la poca atención que ponían muchos de sus oficiales para cumplir sus órdenes. Carros averiados con el triple de carga que el había autorizado¹⁸, enfermos que se quedaban abandonados sin asistencia, saqueos¹⁹... para su carácter meticuloso el espectáculo debía resultar especialmente irritante.

El 28 de junio se enteró de que Craufurd por fin había llegado con su Brigada Ligera, pero con él no habían llegado los necesarios caballos de artillería²⁰. Para colmo de males recibió una carta de Martín de Garay en la que el Secretario de la Junta Central le instaba a iniciar el movimiento cuanto antes, pues su inactividad estaba poniendo en peligro a los ejércitos españoles. La respuesta de Wellesley, aunque cortés, dejaba claro que ya se encontraba en movimiento, y que si los ejércitos de Cuesta y Venegas se encontraban en peligro era por sus propias decisiones, pues él había recomendado a ambos adoptar una

actitud defensiva hasta que el ejército británico estuviese en condiciones de apoyarlos²¹

Podemos imaginar que el efecto de todo este cúmulo de carencias, retrasos, indisciplina y reproches convirtió a Wellesley en un ser aún más irritable y desconfiado de lo habitual. Y lo que era más importante, probablemente le produjo cierta inseguridad sobre las capacidades de sus fuerzas. En Oporto los había visto combatir bien, pero la marcha hacia Abrantes, las semanas de inactividad y el avance hacia España habían sido muy poco satisfactorios. Y la poca eficiencia logística debía resultar especialmente preocupante para un ejército que debía operar en un país extranjero, y a respetable distancia de una base de operaciones con la cual las comunicaciones eran muy deficientes.

Mientras Wellesley sufría tales tribulaciones logísticas, Cuesta se movía en pos de Victor, manteniendo siempre una actitud prudente en espera de la aparición de su aliado. Siendo Cuesta un hombre más bien agresivo en su enfoque táctico, es de suponer que la demora del británico le causaba cierto enojo. Pero molesto o no, se atenía escrupulosamente al plan previsto.

El repliegue de Victor sobre Talavera dio oportunidad a Cuesta para lanzar un puente de pontones sobre el Tajo a la altura de Almaraz²². El puente de piedra de esta localidad había sido destruido en febrero, pero quedaban intactos los puentes del Arzobispo que tenía una capacidad limitada, y el de Talavera, que no permitía el tránsito de carruajes o artillería. Una vez tendido el puente, la vanguardia de su ejército procedió al cruce, presionando a las patrullas de retaguardia de Victor. No obstante, tras comprobar que Victor se reagrupaba en la zona de Talavera,²³ Cuesta decidió dar orden de repliegue al sur del Tajo a la vanguardia. La situación permaneció así estabilizada hasta que el ejército británico llegó a la zona de Plasencia entre el 8 y el 12 de julio.

En su marcha hacia Plasencia, Wellesley recibió noticias de importancia sobre la situación francesa en el noroeste. El general Franceschi, enviado por Soult a Madrid para dar cuenta al rey José de la situación del 2ª cuerpo, fue capturado por las guerrillas españolas (concretamente por la partida de "El Capuchino") con las cartas destinadas al rey, en las que se detallaba el estado y despliegue del 2º cuerpo en Zamora.²⁴ Wellesley tuvo noticia de este hecho el día 6²⁵, y el 8 de julio ya había leído un resumen de las cartas confiscadas a Franceschi llegado al parecer desde Almeida²⁶. Wellesley envió una copia del resumen a Cuesta y solicitó a Frere que le enviase los documentos completos²⁷ ya que Franceschi había sido llevado a Sevilla.

No obstante, parece que sir Arthur y Franceschi tuvieron la oportunidad de encontrarse en Zarza Mayor, cuando éste último era conducido hacia Sevilla. En la conversación Wellesley pudo confirmar que Mortier se encontraba en la zona de Valladolid²⁸, y Franceschi le rogó que intentase comunicar a su esposa que él seguía vivo, cosa que el británico hizo pocos días después²⁹.

Simplemente leyendo el resumen, Wellesley comprendió que Soult estaba en Zamora, pero en un estado tal que difícilmente podría emprender operaciones ofensivas. Además, en las cartas el mariscal informaba acerca de su intención de realizar una incursión sobre la ciudad portuguesa de Braganza, en lo que parecía una operación sin mayores pretensiones³⁰ pero indicativa de que la atención de Soult seguía estando fijada en Portugal.

La captura de Franceschi, y la rapidez con la que la información que portaba llegó a Wellesley, demuestran una vez más la enorme ventaja en obtención de inteligencia que proporcionaban las guerrillas a las fuerzas aliadas. Y también que esa información se proporcionaba sin reparos a los británicos. De hecho el 8 de julio Wellesley tenía mejor información sobre Soult que José. Y éste último, a su vez, no tenía ni idea de dónde podría encontrarse el ejército británico por aquel entonces.

Los ingleses no han mostrado todavía sus movimientos. ¿Irán a Galicia, a Castilla, o permanecerán en Lisboa? ³¹

Sin embargo, pese a la indudable ventaja de la que gozaban los aliados, la información disponible estaba lejos de ofrecer un cuadro completo de la situación. Las cartas interceptadas mostraban que Soult estaba en Zamora, pero suponían que Ney seguía en Galicia. Wellesley también sabía de la retirada de Kellermann de Asturias³², pero no disponía de mucha información sobre el 5º cuerpo de Mortier. Así pues, la idea que se hicieron Wellesley y Cuesta de la situación era que Soult representaba una amenaza menor y poco probable sobre su flanco norte.

Pese a esta situación aparentemente favorable, Wellesley comenzó a intranquilizarse acerca de su flanco. En las cartas de Soult había vagas alusiones a un cuerpo destacado al mando del Coronel Guipé, y el británico sospechaba que dicho cuerpo podría realizar algún tipo de acción de reconocimiento, penetrando en el Valle del Tajo a través de los puertos de Baños y Perales.³³ Sobre el primero existía ya un acuerdo

para que fuese ocupado por tropas españolas, a petición de Wellesley³⁴ y Cuesta había despachado hacia allí dos de sus batallones, que debían reunirse con otros dos pertenecientes a las fuerzas del Duque del Parque, que operaba desde Ciudad Rodrigo³₅. Lo cierto es que se trataba de dos batallones de entidad reducida (unos 300 efectivos cada uno), pero tanto Cuesta como Wellesley juzgaron su fuerza suficiente para enfrentarse a lo que probablemente sería solo una incursión de reconocimiento. En cuanto a Perales, el general británico amplió su petición a Cuesta el 8 de julio³⁶, para cubrir ese puerto aunque parece que fue finalmente cubierto por fuerzas procedentes también de Ciudad Rodrigo.

Mientras tanto, acontecimientos de gran importancia estaban teniendo lugar en Europa. El 6 de julio Napoleón batía al fin al Archiduque Carlos de Austria en la sangrienta batalla de Wagram. Cinco días después el Archiduque proponía un armisticio que Napoleón aceptó. Este hecho cambiaba totalmente la situación estratégica, acabando de hecho con la Quinta Coalición, y dejando de nuevo a Gran Bretaña frente a Napoleón, con la única ayuda de lo que quedaba de España, un Portugal desarticulado y los Estados de Sicilia y Cerdeña. Para las operaciones en la Península, Wagram y Znaim significaban que, en unos meses, la Grande Armée estaría entrando en España, probablemente con el Emperador al frente. Una visión que podía hacer palidecer a cualquiera, Wellesley incluido.

Algunos historiadores como Stampa y Sañudo, juegan con la posibilidad de que Wellesley tuviese ya noticia entre el 10 y el 15 de julio de la derrota austriaca en Wagram³⁷. Eso podría justificar su conducta posterior, extremadamente reticente al avance y a la colaboración con Cuesta. Pero esto parece improbable, sencillamente porque las comunicaciones de la época no lo permitían. De hecho, la primera mención que hizo Castlereagh a Wellesley de la anterior victoria austriaca en Aspern fue el 11 de junio³⁸, veinte días después de la batalla. Y Wellesley recibió el despacho el 29 de junio³⁹. Las comunicaciones francesas desde Europa central eran algo más rápidas, y en el caso de una victoria debían serlo aún más. Pero, aún así, José no se enteró de la victoria en Wagram hasta el 23 de julio⁴⁰ y la noticia del armisticio de Znaim se publicó en Madrid, en gaceta extraordinaria, el 27 de julio⁴¹. Así pues, probablemente el británico no supo nada de Wagram hasta finales de ese mes.

Los mismos autores señalan que otro motivo que pudo aumentar la inquietud de Wellesley esos días, y por tanto su reticencia a la

cooperación, fue la noticia de que la gran concentración de tropas en el puerto de Southampton no iba a destinada a su ejército, sino a la expedición de Walcheren. Algo que se hizo evidente a primeros de julio.⁴² De nuevo esto parece un hecho improbable. En primer lugar porque en ningún documento aparece referencia a que Wellesley esperase algo más que la Brigada Ligera y los siete batallones que Castlereagh le había prometido, y que precisamente llegaron a Lisboa a principios de julio⁴³. Y en segundo lugar porque el general británico ya sabía, por el propio Castlereagh, que existían proyectos de operaciones en el norte.

Las perspectivas de hacer algo contra el enemigo en el norte se han incrementado tanto, por ésta y otras circunstancias, que estamos ansiosos de recibir cualquier transporte o equipo que pueda proporcionarnos⁴⁴

Así pues, no parece que las razones externas, como la derrota austriaca, o la expedición de Walcheren, pudieran tener gran influencia en la posterior conducta de Wellesley, al menos durante la mayor parte del mes de julio. Habría que buscar más bien en problemas más cercanos, como la ya citada falta de dinero y transportes, y sobre todo en la creciente sensación de introducirse en una ratonera que se iba apoderando progresivamente de la mente del británico.

Con sus tropas todavía llegando a la zona de Plasencia, Wellesley concertó una entrevista con el general Cuesta en su cuartel general de Casas del Puerto de Mirabete. Aunque los jefes habían mantenido una fluida correspondencia, no se conocían todavía personalmente. Quizás la narración más completa y citada de la entrevista entre Cuesta y Wellesley la realizó Charles William Stewart, posteriormente tercer Marqués de Londonderry, que asistió a ella en calidad de ayudante general de Wellesley. Lógicamente el punto de vista de Sir Charles es el británico, y la narración del acontecimiento fue escrita muchos años después de que ocurriese, cuando va los estereotipos sobre Welleslev v Cuesta estaban muy consolidados. Así pues hay que tomarla con cierta precaución. Y hay que tener en cuenta que cuando los generales británico y español se encontraron el día 10, éste último llevaba unas horas esperando a lomos de su montura, pues los guías que debían conducir a Wellesley hasta el Puerto de Mirabete se perdieron, y la llegada de la comisión británica se produjo ya de noche, a la luz de las antorchas.

No era Cuesta mismo algo que pudiera dejarse atrás sin llamar la atención: el anciano nos precedía, no tanto sentado sobre su caballo como sostenido por dos pajes, ante el inminente riesgo de ser descabalgado en el momento en que un cañón hiciera un disparo, o una antorcha ardiese con un brillo especial. Su debilidad física era tan evidente que señalaba claramente su incapacidad para la situación que tenía entre manos. Sobre sus capacidades mentales nos dio pocas oportunidades de juicio, teniendo en cuenta que apenas murmuró cinco palabras durante el tiempo de nuestra visita.⁴⁵

Cuesta se encontraba todavía convaleciente de sus heridas en Medellín, aparte de que la recuperación no debía ser fácil a sus 68 años. Su actitud silenciosa debió chocar a Wellesley, aunque ni él ni Stewart la califican de descortés⁴⁶. Evidentemente existía un problema de comunicación, como ya se expuso en el capítulo II, pero es muy probable que ambos generales fueran capaces de intercambiar saludos protocolarios en español o en francés. Por esas fechas parece que el británico era ya capaz de comprender algo de español⁴⁷. También resulta extraño que Cuesta no pudiese hablar al menos algo de francés. La expresión que utilizó Wellesley fue que Cuesta "declinó hablar en francés"⁴⁸, quizás dando a entender que no quería comunicarse con su aliado en el idioma del enemigo común.

Es muy probable que, no pudiendo comunicar con Wellesley de forma directa, Cuesta prefiriese dejar los detalles de la reunión en manos de su jefe de estado mayor O'Donojú, e intervenir solo cuando fuese preciso tomar alguna decisión. O'Donojú debía actuar como intérprete, quizás del inglés al español, pues era de ascendencia irlandesa. El silencio de Cuesta también podría interpretarse como una actitud de majestuoso distanciamiento, que no es infrecuente en algunos jefes militares, sobre todo aquellos de cierta antigüedad, cuando se encuentran en una posición de desventaja, como en la que Cuesta se encontraba debido al idioma.

Lo cierto es que la reunión principal entre Cuesta y Wellesley tuvo lugar el 11 por la mañana y solo asistieron a ella los dos comandantes en jefe y O'Donojú, por lo que solo de sus declaraciones puede deducirse lo que ocurrió. La reunión tenía por objeto discutir y decidir los detalles del plan de operaciones contra Victor. La retirada de éste hasta el

Alberche había dejado obsoletos los planes acordados a través de los oficiales de enlace que, de todos modos eran bastante vagos.

Wellesley, aludiendo a la incertidumbre en el flanco norte, sacó a relucir la idea de que el general español destacase una fuerza de unos diez mil efectivos para mantener a Mortier bajo control. Esta fuerza debería avanzar hacia el norte por el Puerto de Baños, moviéndose hacia Ávila y Segovia en busca de la posible presencia francesa, y cubriendo todo el flanco norte aliado.

Lo cierto es que se trataba de una misión muy peligrosa. Diez mil soldados españoles eran muy pocos si era necesario enfrentarse a Mortier, y demasiados si la fuerza era destruida⁴⁹. Y moverse al norte del Sistema Central sin saber muy bien lo que allí podía haber era bastante arriesgado, y parecía extraño que un estratega prudente como el británico propusiese tal aventura⁵⁰.

La propuesta formaba parte del plan de Frere para debilitar a Cuesta, y para poner al mando de una fuerza considerable a un general más dócil hacia los puntos de vista británicos. Este general era el Duque de Alburquerque, en quien se pensaba para el mando de ese destacamento de diez mil efectivos⁵¹. Evidentemente Cuesta lo rechazó. Primero porque probablemente ya estaba al tanto de los manejos para debilitar su mando. Y segundo porque perder 10.000 hombres significaría reducir excesivamente sus fuerzas para realizar una misión que no parecía excesivamente clara. De hecho, era tan poco clara que el propio Wellesley decidió abandonar rápidamente el asunto, y en su carta posterior a Frere le comunicó que:

Debo al mismo tiempo informarle que no considero que el movimiento sea necesario como medida militar; es más, ordenarlo ahora, cuando hemos consolidado nuestras operaciones puede ser muy inconveniente, puede ciertamente producir retrasos y pienso que puede avivar en la mente de Cuesta una suspicacia que no parece que exista por ahora⁵².

Dado que Cuesta no había aceptado la proposición, Wellesley obvió mencionar su preferencia para que el Duque de Alburquerque fuese nombrado jefe del destacamento. Sin embargo, la postura de Cuesta no fue inamovible en cuanto a proteger el flanco norte. Aceptó enviar dos batallones de infantería y alguna caballería para reforzar la legión portuguesa de Sir Robert Wilson⁵³, cuya misión era avanzar al norte y adelantado, para cubrir cualquier intento de que las tropas francesas en

la capital fuesen reforzadas por las situadas en Castilla la Vieja a través de Guadarrama.

Una vez acordada la forma de proteger el flanco norte, ambos jefes militares se concentraron en cómo aunar la acción de ambos ejércitos para destruir a Victor. La mejor descripción del plan, como el propio Oman reconoce, es la que realiza Cuesta en su Manifiesto:

Se había concertado que la division lusitana al mando del brigadier general Sir Roberto Wilson, compuesta de 1.600 hombres de tropas ligeras, y reforzada con dos batallones de igual clase que le cedí, debía dirigirse por la vera de Plasencia el día 16, para limpiarla de las partidas sueltas que la infestaban, y pasar por Naval-Morquende con dirección al río Alberche ocupando sucesivamente los pueblos de su orilla derecha hasta el de Escalona y llamando la atención del enemigo por aquella parte, al paso que cubría el flanco izquierdo del ejército británico que debía pasar el Tietar el diez y ocho por la Bazagona, donde se habia hechado un puente provisional, y dirigirse por Majadas y Centenillo a Oropesa, Venta de Pelavenegas, Gamonal y el Casar, estendiéndose hasta San Román, poniendo su vanguardia en contacto con la division de Wilson y amenazando el flanco derecho del enemigo, cuyo quartel general se hallaba en Cazalegas a la orilla izquierda del Alberche, mientras el egército de mi mando, que debía pasar el Tajo el diez y nueve por el puente de pontones y por el Arzobispo, y seguir el camino real de Talavera, ocupaba el frente del enemigo desde el casar hasta el puente de tablas de aquella ciudad sobre el Tajo, habiéndose dispuesto que llegase allí en el mismo instante que el egército británico á San Roman, sin embarazarse uno á otro en la marcha, y en actitud de atacar á los franceses sin mas dilacion que la precisa para el reconocimiento de sus posiciones

Se acordó así mismo, que el egército de la mancha que mandaba el general Venegas bajo mis órdenes y que a la sazón se hallaba en Daimiel y pueblos vecinos con la fuerza de 24.000 infantes y mas de 3000 caballos, según los estados de junio, se pondría en movimiento, y entraria el diez y nueve en Madridejos, si el número de enemigos situados allí al mando del general Sebastiani no excedía de 10 a 12.000 hombres, como me lo habia participado el mismo general Venegas en sus

últimos partes; que el dia veinte se dirigiria á Tembleque, el veinte y uno á Tarancon ó Santa Cruz de la Zarza, el veinte y dos o veinte y tres á Fuentidueña sobre el Tajo, pasando su vanguardia á Arganda cinco leguas de Madrid en caso de no encontrar enemigos; Que si los encontraba en dicho número á una ú otra orilla del Tajo, los batiese con sus dobles fuerzas y pasase adelante; pero que si las de los enemigos eran mas respetables, las entretuviese, y en caso necesario se retirase por Tarancon y Torrejoncillo á sus antiguas posiciones de la sierra: por manera que en el mismo dia veinte y tres de julio se hallasen nuestros tres egércitos ocupando casi una misma linea de 25 leguas de extensión, qual convenia para debilitar la del enemigo inferior en fuerzas, y precaver la reunion de todas ellas en ningun punto. 54

El plan era una amplia maniobra de líneas exteriores compleja en su ejecución. El principal problema era que el ejército de la Mancha se encontraba muy alejado de Cuesta y Wellesley, y la comunicación era mala. Pero incluso entre estos últimos existía la descoordinación propia de dos ejércitos aliados sin mando único. En general, las maniobras de líneas exteriores necesitan una estrecha coordinación para resultar eficaces. Napoleón, por ejemplo, prácticamente prohibió a José poner en práctica este tipo de operaciones en la Península⁵⁵, pese a que su propia maniobra para la conquista de Portugal estaba claramente diseñada por líneas exteriores. En el caso de los ejércitos aliados, efectuar este tipo de maniobra era muy desaconsejable teniendo en cuenta las dificultades de comunicación, la poca calidad de las tropas españolas, en su gran mayoría levas recientes, y las dificultades de colaboración con un aliado a veces imprevisible. Pero también es cierto que no había muchas más opciones. Reforzar a Cuesta con más tropas de Venegas hubiera significado crear una masa concentrada muy considerable, pero tal masa de reclutas hubiera sido imposible de dirigir y de abastecer apropiadamente, constituyendo más un problema que una ventaja.

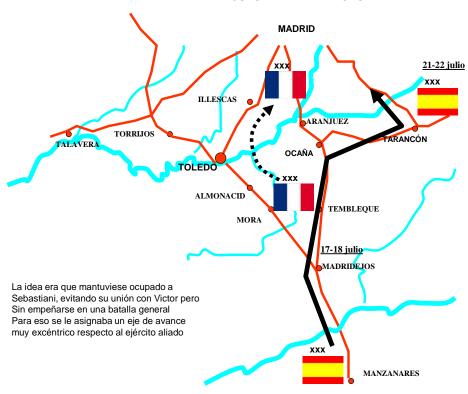
La clave era de la maniobra era, como Cuesta afirmaba, evitar que el enemigo pudiese aplicar una maniobra de líneas interiores, concentrándose sucesivamente sobre los dos ejes de progresión enemigos y batiéndolos por separado. A este respecto, los casi 58.000 hombres de Cuesta y Wellesley podían hacer frente con garantías a un ataque del rey José aunque éste lograse concentrar todas las fuerzas

disponibles en los alrededores de Madrid, unos 50.000 hombres en total. Venegas en cambio con sus 26.000 hombres mal instruidos podía ser batido incluso por un número menor de curtidas tropas francesas.

Sin embargo, atacar a Venegas suponía mover una porción considerable del ejército imperial hacia el sur, exponiéndolo a que sus líneas de comunicaciones quedasen cortadas si se producía un súbito avance de Cuesta y Wellesley hacia Madrid. Así pues, José solo podía arriesgarse a batir a Venegas en una acción muy rápida, tornando rápidamente en apoyo de Victor. Y esto era difícil si Venegas adoptaba una actitud prudente, evitando en lo posible la batalla.

La clave de la compleja maniobra aliada era pues que Venegas presionase a Sebastiani pero evitando riesgos, mientras Cuesta y Wellesley avanzaban decididamente hacia Madrid. Si estos últimos se detenían, o avanzaban muy lentamente, José podía arriesgarse a debilitar a Victor y perder tiempo dando caza a Venegas. Y si Venegas se arriesgaba demasiado, podía ser batido incluso por Sebastiani, con cierto apoyo de la guarnición de Madrid.

EL PLAN DE CUESTA PARA VENEGAS.



La misión de Venegas era pues muy compleja, y hubiera necesitado de un auténtico maestro de la maniobra con la sensibilidad necesaria para comprender cuándo debía presionar y cuándo replegarse. También hubiera hecho falta una comunicación estrecha con Cuesta que no existió. Más adelante se expondrá cómo esto se debió en parte a la dejadez de ambos generales, en parte a su no muy buena relación personal, y en parte a una actuación poco correcta de la Junta Central.

Pero, aún compleja como era, la maniobra aliada hubiera tenido posibilidades de éxito si se hubieran asumido las diferencias de visión estratégica entre británicos y españoles. Los primeros estaban en España para batir a Victor y asegurar la frontera portuguesa, aunque, si las cosas salían bien, podían estar dispuestos a colaborar posteriormente, pese a que las modalidades de esa colaboración fuesen todavía extremadamente vagas. Los españoles, sin embargo, pensaban en recuperar Madrid y arrojar a los franceses al norte del Ebro, y no llegaron a comprender que solo podían contar con Wellesley para derrotar a Victor. En cualquier acción posterior el apoyo británico sería muy dudoso, y las tropas españolas contarían exclusivamente con sus propios medios.

Pese a las dificultades y a las deficiencias de la comunicación, la entrevista en Mirabete terminó con resultados razonablemente satisfactorios. Como se ha citado en la nota 52, Wellesley no apreció celos profesionales ni exceso de orgullo nacional en Cuesta, aunque salió un tanto desconcertado por su silencio⁵⁶, lo que le causaba cierta desconfianza sobre sus intenciones. Pero también estaba satisfecho de su relación con O'Donojú al que consideró un buen profesional y hombre de confianza, hasta el punto de proponer a Frere establecer una relación confidencial con él para, si no influir sobre Cuesta, sí al menos saber lo que éste pudiera tramar.⁵⁷

La entrevista supuso, de momento, la suspensión de cualquier intento para sustituir o debilitar a Cuesta. Los planes ya estaban hechos y Wellesley comunicó a Frere que cualquier intento por debilitar al general español dividiendo sus fuerzas supondría un grave perjuicio⁵⁸.

En Mirabete Wellesley tuvo también oportunidad para pasar revista a las tropas de Cuesta. La impresión no fue del todo buena, pero tampoco desastrosa.

Las tropas estaban mal vestidas pero bien armadas, y los oficiales parecían esmerarse con su disciplina. Algunos de los

cuerpos de infantería eran ciertamente buenos, y las monturas de la caballería estaban en buenas condiciones.⁵⁹

Así pues, si bien el general británico no las tenía todas consigo respecto a sus aliados, tampoco veía la colaboración imposible ni mucho menos. Los planes se acordaron sin mayores problemas, y las primeras operaciones se desarrollaron enteramente según lo planeado.

Ambos generales habían acordado iniciar el avance sobre el Alberche el 18 de julio. Se trataba de otro retraso de seis días a acumular a los quince que Victor llevaba ya asentado en sus nuevas posiciones, sin que nada pareciese ocurrir. La conducción de las operaciones aliadas no era precisamente fulgurante, pero también es cierto que la maniobra a realizar era compleja, y los problemas debidos a la inexperiencia de españoles y británicos eran bastante formidables. Wellesley estaba todavía recibiendo parte de sus unidades el día 15 de julio⁶⁰ y, sobre todo, teniendo en cuenta que sus fondos estaban el día 5 en Abrantes, es muy probable que no tuviera todavía dinero. Así pues, desde el día 8, en el que llegaron los primeros contingentes británicos a Plasencia, los comisarios de esa nacionalidad estaban pagando las compras de abastecimientos con recibos. De hecho a veces ni eso, pues el propio Wellesley tuvo que reprender a sus comisarios el día 20 por las quejas de proveedores a los que no se entregaba ni siquiera recibo.

Los comisarios deben entregar recibos o pago por cualquier cosa que puedan recibir de los habitantes del país. El tiempo del Comandante en Jefe estuvo ayer ocupado en escuchar quejas acerca de comisarios cogiendo diferentes artículos de abastecimiento sin entregar recibos por ellos, y confía en que no tendrá motivos futuros para enterarse de esta desobediencia a las órdenes⁶¹.

Esta circunstancia no debió animar precisamente a los habitantes de Coria y Plasencia a entregar sus mercancías a los británicos, especialmente después de haber sido saqueados por Victor unas semanas antes. No obstante, parece ser que los abastecimientos requeridos se pudieron reunir, aunque no así los medios de transporte, de los que el ejército británico estaba ya escaso en Abrantes, y debía estarlo todavía más en ese momento por el lógico desgaste de la marcha de 200 millas hasta Plasencia.

No he sido decepcionado por las expectativas que me había formado sobre la recepción de abastecimiento de provisiones, y estoy muy agradecido a la Junta por los esfuerzos que ha realizado a este respecto. Estoy convencido de que han hecho todo lo que estaba en su mano por conseguir para nosotros los otros medios que necesitábamos, pese a que, siento decir que no los hemos recibido.⁶²

Es imposible para mí expresarle los inconvenientes y riesgos que sufrimos por la falta de medios de transporte, que no puedo creer que la comarca no pueda proporcionar si hubiera alguna intención de proporcionarlos.⁶³

En realidad la sorpresa de Wellesley por la dificultad para encontrar medios de transporte es difícil de comprender. Se trata del mismo problema que ya sufrió en Abrantes, como se expuso en el capítulo anterior. Los campesinos españoles, como los portugueses, debían mostrarse bastante remisos a proporcionar sus carruajes en época de cosecha a un ejército británico no caracterizado por su rapidez para el pago. Y mucho menos después de que las tropas francesas hubiesen requisado cualquier vehículo o animal de carga que no hubiese sido cuidadosamente escondido. La recogida de la cosecha era una cuestión de vida o muerte, especialmente en tiempo de guerra, y más en un año tan devastador como fue 1809.

Así pues, aunque Wellesley tenía provisiones, no disponía de vehículos para transportarlas, y probablemente sufría también dificultades para trasladar la artillería, las municiones y el resto del equipo. Lógicamente esas dificultades serían limitadas mientras su ejército estuviese estacionado en Plasencia, pues puede suponerse que los campesinos estaban dispuestos a acercarse con sus excedentes a los pueblos principales para vender parte de su cosecha a la junta local, y ésta a su vez a los británicos. Pero en cuanto el ejército se pusiese en movimiento, la situación logística empeoraría dramáticamente por la falta de medios de transporte con los que organizar convoyes regulares de abastecimiento.

Para facilitar el abastecimiento del ejército británico la Junta Central había nombrado un intendente, Lozano de Torres, cuyo cometido consistía en coordinar con las juntas locales la acumulación y el transporte de recursos que luego serían vendidos al ejército aliado. La labor de este intendente pudo haber sido un tanto perjudicial,

probablemente porque contribuyó a crear en Wellesley unas esperanzas exageradas que luego no se cumplieron. El Conde de Toreno no duda en calificar a Lozano de "embrollador, antes que prudente y activo"⁶⁴, y Sañudo y Stampa citan cartas del presidente de la Junta de Plasencia y del propio Lozano que, por comparación, dejan a éste último como persona proclive a la exageración⁶⁵.

Para colmo de males, tanto británicos como españoles deberían moverse juntos hacia la zona de Talavera, concentrando casi 60.000 efectivos en una zona donde Victor llevaba tres semanas esquilmando los recursos locales. Así pues, la crisis logística era prácticamente inevitable. La única esperanza para mejorar la situación estaba en batir rápidamente a Victor y avanzar en dirección a Madrid o Toledo, esperando que las comarcas situadas en el itinerario no estuviesen exhaustas.

Todos estos problemas evidentes creaban una enorme incertidumbre, y debieron pesar en gran medida sobre el ánimo de alguien tan prudente y meticuloso como Wellesley. Durante su entrevista con Cuesta no era probablemente consciente de la magnitud del problema logístico, pues apenas había estado dos días en Plasencia. Pero cuando a su regreso debió acometer la preparación del avance pudo con seguridad percatarse de los enormes problemas con los que se encontraba. Y esto motivó la redacción de una carta dirigida a O'Donoju que causó sorpresa y sembró cierta alarma en el cuartel general español:

Lamento decir que avanzaremos, pero mal provistos de muchos artículos que necesitamos, debido a las deficiencias en los medios de transporte que poseemos; y este país es incapaz o bien falto de voluntad para proveerlos⁶⁶

Pero lo más preocupante era lo siguiente

Nada me impedirá poner en ejecución los acuerdos que establecí con el general Cuesta cuando tuve el placer de verle, pese a que hacerlo implicará los mayores inconvenientes, teniendo en cuenta las deficiencias en los medios de transporte, que yo entonces creí serían subsanadas por esta comarca y por Ciudad Rodrigo; pero pienso que es de justicia hacia el ejército que mando, y hacia Su Majestad, mi determinación de no

emprender nuevas operaciones hasta que sea provisto con los medios de transporte que el ejército necesita.⁶⁷

Lo que Wellesley quería decir es que estaba dispuesto a ejecutar la parte del plan prevista, es decir el ataque contra Victor, pero que una vez realizado éste no emprendería ninguna operación posterior hasta encontrarse correctamente abastecido. Eso significaba que el británico no tenía ninguna intención, de momento, de apoyar el avance de Cuesta sobre Madrid o Toledo. Los argumentos de Wellesley, que eran solo una muestra más de las diferencias de objetivo estratégico entre británicos y españoles, no fueron del todo comprendidos por el cuartel general de Cuesta, que contaba con los británicos para cualquier operación posterior. No obstante, preocupado por la advertencia de su aliado, Cuesta remitió su carta al ministro de guerra de la Junta Central, Antonio Cornel, instando a que se pusiese remedio a esa situación⁶⁸

Mientras Wellesley y Cuesta se encontraban ocupados en estos menesteres, el mando de las tropas imperiales seguía sumido en su habitual caos e incertidumbre. En primer lugar el jefe de estado mayor, Jourdan, harto de sentirse despreciado por el Emperador, amonestado por el ministro de la guerra y ninguneado por los mariscales al servicio de José, había solicitado ser relevado de sus obligaciones y regresar a Francia⁶⁹. Esto era una tragedia para José, pues Jourdan era uno de los pocos jefes militares que todavía prestaba cierta atención a sus órdenes. Así pues escribió una carta a Napoleón remarcando las virtudes de Jourdan, y rogando un mejor trato para su jefe de estado mayor. Pero, como Jourdan había abandonado sus funciones, alegando dolencias físicas, José tuvo que emplear a Dessolles como jefe de estado mayor.⁷⁰ La petición de Jourdan para ser relevado del mando pareció hacer cierta mella en el ministro de la guerra, Clarke, que el 17 de julio escribía una carta conciliadora⁷¹.

El segundo problema, quizás más grave, se encontraba al otro lado del Sistema Central. Allí Soult, Ney y Mortier se habían enterado ya de que el Emperador había ordenado reunir los tres cuerpos de ejército bajo el mando de Soult para formar una masa de maniobra capaz de aniquilar la previsible ofensiva hispano-británica. Evidentemente, Ney no estaba especialmente satisfecho con encontrarse bajo las órdenes de Soult, después de la "traición" de éste último en Galicia, y no parece que Mortier estuviese tampoco entusiasmado. La enemistad llegaba al extremo de que José pensaba que su colaboración sería imposible,

sugiriendo incluso al Emperador que dejase a solo uno de los tres mariscales en España, llevándose a los otros dos:

No creo posible que Soult, Ney e incluso Mortier, sirvan juntos; un solo mariscal gozando de la confianza de Vuestra Majestad sería suficiente para el mando de los tres cuerpos, y vos podríais reclamar a los otros⁷².

El caso es que el propio José no contribuía excesivamente a las relaciones pacíficas entre sus mariscales. El 3 de julio dio órdenes a Mortier para dirigirse a Villacastín, preparándose para reforzar a Victor en caso necesario⁷³. José había recibido ya la orden de Napoleón en la que se establecía la reunión de los tres cuerpos bajo el mando de Soult, y evidentemente la orden a Mortier era una clara intromisión en la esfera de autoridad del nuevo comandante en jefe, que solo podía causar problemas entre José y Soult.

Pero, aparte de los problemas de mando, existía una divergencia de criterios estratégicos entre el rey y su mariscal. El emperador había fijado la reunión de los tres cuerpos para derrotar a los británicos, pero no había dado más detalles sobre cómo emplearlos. Soult seguía con su mirada fija en Portugal, y desde su situación en Zamora planeaba penetrar en el país luso empezando por poner sitio a Ciudad Rodrigo⁷⁴. Para José a quién resultaba muy difícil controlar a Soult, la prioridad no era sin embargo penetrar de nuevo en Portugal, sino neutralizar la amenaza sobre Madrid, abriendo después las rutas de penetración hacia Andalucía y Levante. Por eso, el 9 de julio, cuando ya era consciente de intenciones de Soult, escribió al Emperador instrucciones más precisas y dejando clara su preferencia por una acción distinta a la penetración en Portugal.⁷⁵

Pero el 13 de julio Soult envió una larga carta a José en la que enumeraba sus peticiones para lanzar una nueva ofensiva sobre el país luso. Tales peticiones eran a todas luces imposibles de atender, y más con el enemigo a las puertas de Madrid. Entre otras cosas, Soult pedía entre quinientos mil y un millón de francos, dos millones de raciones situadas en Salamanca, un tren de asedio y que se formasen dos cuerpos de observación, uno sobre el Tajo, y otro sobre León, que pudiesen cubrir su retaguardia mientras él penetraba en Portugal.⁷⁶

Por esas fechas estaba José fundiendo su vajilla de plata para atender a gastos⁷⁷, ante la imposibilidad de obtener prácticamente nada del país, y la negativa de su hermano a proporcionarle fondos. Y con dos ejércitos

españoles avanzando sobre Madrid, resulta comprensible que acogiese con poco entusiasmo la petición del Duque de Dalmacia acerca de organizar cuerpos de observación para apoyar su nueva aventura portuguesa.

En respuesta a las demandas de Soult un Jourdan aparentemente recuperado contestó que la cuestión de los fondos resultaba imposible, que la formación de cuerpos de observación exigía que Soult cediese 6.000 hombres a Kellermann, para garantizar la seguridad de León y Castilla la Vieja, y que no había más tropas disponibles. Se atendía a la petición del tren de sitio, aunque Soult debería ocuparse de encontrar los medios de transporte, y se podían proporcionar algo más de 600.000 raciones de bizcocho, debiendo encargarse el Duque de Dalmacia de obtener el resto utilizando recursos locales. ⁷⁸

Evidentemente esto no debió satisfacer demasiado a Soult, pese a que José rectificase las órdenes dadas a Mortier para dirigirse a Villacastín⁷⁹, lo que volvía a colocar al 5º cuerpo en la órbita del Duque de Dalmacia. Pero el curso de los acontecimientos cambió en pocos días. Soult recibió información que indicaba que Wellesley no estaba en la frontera de Beira como el suponía, sino en el valle del Tajo. Esta circunstancia cambiaba totalmente el enfoque estratégico a aplicar y, aunque Soult podía mostrar frecuentemente una actitud insoportable de puro egoísta, tenía el suficiente sentido estratégico como para comprender que la situación era grave. El 19 de julio envió al general Foy a Madrid para comunicar al rey que, si efectivamente los británicos estaban en el Valle del Tajo para unirse a Cuesta y amenazar Madrid, él podría lanzarse sobre sus líneas de comunicaciones avanzando desde Salamanca hasta Plasencia por el Puerto de Baños⁸⁰.

Mientras Foy se encontraba en Madrid, Victor envió las primeras informaciones de que, efectivamente, Wellesley se encontraba en el valle del Tajo y había unido sus fuerzas a las de Cuesta. Fue entonces cuando José confirmó la intención de Soult emitiendo una orden a través de Jourdan el 22 de julio para iniciar la maniobra sobre Plasencia⁸¹.

Apenas las fuerzas aliadas habían iniciado su movimiento la situación había cambiado radicalmente, en uno de esos giros paradójicos que se producen a veces en las operaciones militares. De estar absolutamente desinformados acerca de la situación enemiga, y orientados en una dirección totalmente equivocada, las tropas de José pasaron a encontrarse en una situación de superioridad, con los aliados introduciéndose en una trampa formada por el Tajo y el Sistema

Central, a un extremo de la cual estaba el núcleo de tropas francesas en Madrid mientras al otro pronto iban a desplegar los tres cuerpos de ejército de Soult.

La superior capacidad hispano-británica para obtener inteligencia fue en este caso contraproducente, pues las cartas interceptadas a Franceschi dieron una idea falsa de la situación, al suponer a Ney todavía en Galicia, y a Mortier debilitado con parte de sus fuerzas en Asturias. Y, a partir de ese momento, la inteligencia aliada se quedó ciega durante casi un mes, en uno de los fallos más inexplicables de la guerra. Ni las guerrillas de Julián Sánchez que operaban desde Ciudad Rodrigo, ni las tropas del Duque del Parque desplegadas al norte del Sistema Central, ni los portugueses de Beresford, ni el Marqués de la Romana, ni los numerosos núcleos de resistencia local fueron capaces de detectar la presencia de tres cuerpos de ejército franceses en la Meseta Norte, y su posterior reunión en Salamanca.

Pero la maniobra aliada estaba ya en marcha. El 18 de julio Cuesta y Wellesley se pusieron en movimiento hacia Talavera. Venegas debía haber iniciado el suyo tras recibir la orden de Cuesta el 15 de julio. Teniendo en cuenta que se encontraba todavía en las estribaciones de Despeñaperros era lógico que iniciase el movimiento antes que el cuerpo principal aliado, pese a que Venegas expresó después cierta suspicacia sobre el hecho de que él fuera designado el primero en moverse.

No fueron los días 18 y 19 los que se designaron para mi reunión en Madridejos, sino los 17 y 18, cuya diferencia es no poco notable... No quiero aventurar que hubiese malicia o artificio en la variación; pero es una equivocación no poco rara⁸².

Hay cierta confusión en la fecha pues Cuesta en su Manifiesto decía que Venegas debía entrar en Madridejos el 19 de julio⁸³, Wellesley en un despacho a Castlereagh le informa que Venegas debía "romper" (*break up*) desde Madridejos el 18 y el 19⁸⁴. Pero lo cierto es que la orden, reproducida en la obra de Venegas⁸⁵, expresaba que debía reunirse en Madridejos el 17 y el 18. Probablemente se trata de un error típico en las órdenes militares, que consiste en confundir situación sobre el terreno y actitud.

En realidad, otra parte del ejército aliado se estaba moviendo ya el día 15. Sir Robert Wilson tras reconocer la ruta que seguiría Wellesley hasta Oropesa⁸⁶, se internó en las montañas de Gredos para envolver el flanco derecho de Victor amenazando Madrid desde el norte. Los movimientos anticipados de Wilson y de Venegas, junto con el avance del cuerpo principal el día 18, estaban diseñados para presentar una amenaza simultánea en múltiples direcciones, impidiendo a las tropas de José concentrarse sucesivamente sobre cada uno de los contingentes enemigos.

Cuesta indicaba a Venegas que, de ser la fuerza enemiga en La Mancha inferior a 10.000 efectivos, o poco superior a esa cifra, debía avanzar hacia Madridejos para reunir allí su fuerza el 17 o el 18, y avanzar después hacia Tarancón e incluso hasta Arganda. Es lógico que Venegas se sintiese un tanto alarmado, pues de cumplir las órdenes de Cuesta su fuerza actuaría como un cebo temprano, atrayendo la atención de Sebastiani, que era precisamente el objetivo buscado.

La cuestión se complicó más todavía porque Venegas seguía recibiendo órdenes tanto de Cuesta como del Ministro de la Guerra Cornel. Así, el 14 de julio Cornel le había ordenado que procurase llamar la atención del enemigo sin comprometerse, ante los indicios de que Victor pudiera estar planeando cruzar a la margen sur del Tajo y tomar de revés el Puente del Arzobispo⁸⁷. Dado que el gobierno le ordenaba que evitase comprometerse, y que de las instrucciones de Cuesta podía deducirse que no le iba a quedar más remedio que comprometerse para empeñar a Sebastiani, creyó ver una contradicción en sus órdenes. Y ni corto ni perezoso se saltó la cadena de mando efectuando una consulta a la Junta Central para que le fuese aclarada la actitud a tomar⁸⁸.

La respuesta de la Junta fue relativamente comedida, pero proporcionó a Venegas una buena excusa para la inacción. En resumidas cuentas, la Junta señalaba que el movimiento de Venegas debía hacerse siempre de acuerdo con los resultados obtenidos por la fuerza combinada de Cuesta y Wellesley. Por tanto, refrendaba la orden de Cuesta para que Venegas avanzase hasta Madridejos, pero siempre pendiente de que se produjesen noticias positivas sobre el avance aliado al oeste de Madrid

... pero que para seguir más adelante sea con noticias positivas de lo que adelante el general en gefe, con quien seran tan frecuentes las comunicaciones como sea posible⁸⁹.

Lógicamente tal duplicidad de órdenes resultaba nefasta para la conducción de las operaciones. Y la personalidad un tanto intrigante de Venegas convertía la situación en todavía más insostenible. No es que no le asistiese cierta razón en algunas cuestiones. Las órdenes de Cuesta no eran un prodigio de claridad, y llegaban además con excesivo intervalo entre ellas. La maniobra que se le había asignado para empeñar a Sebastiani era arriesgada, y con las tropas disponibles existía una alta posibilidad de que el ejército de Venegas terminase vapuleado mientras Cuesta y Wellesley se llevaban la gloria entrando en Madrid. Pero ninguna de estas razones justificaba la alteración de la cadena de mando, manteniendo comunicación con la Junta a espaldas de su jefe. Del mismo modo era censurable la actuación de la Junta Central que, por desconfianza hacia Cuesta, introducían una notable confusión en la conducción de las operaciones tratando directamente con Venegas.

Lo cierto es que mientras Venegas esperaba la contestación de la Junta Central no cumplía las órdenes de Cuesta, aunque tampoco permanecía totalmente inactivo, como alega en su *Vindicación*. El día 16 de julio sus divisiones avanzaron hasta Daimiel y Manzanares, trasladando el propio Venegas su cuartel general a esta última población el día 17⁹⁰. Y, aunque sus unidades lanzaban reconocimientos a vanguardia, el grueso del ejército de la Mancha seguía en esa línea cuando llegó por fin la respuesta de la Junta el día 19. Pero a la vez que la respuesta llegaron informaciones de refuerzos enemigos que se estacionaban en Mora, al sureste de Toledo. Las nuevas noticias convencieron a Venegas de que no debía moverse, pese a que las tropas detectadas no eran excesivas y se encontraban a casi dos jornadas de marcha de Madridejos

Es pues, visto que por ningún respecto debí hacer el movimiento, por cuyo defecto se me acusa. No debí hacerlo, porque era diametralmente opuesto á la terminante orden del gobierno de que llamase la atención del enemigo sin comprometerme: porque faltaba la condición ó supuesto del general Cuesta, de que el número de los enemigos no llegase a los 10.000 o excediese poco...92

Pero el problema del general Venegas no fue que no cumpliese a rajatabla las órdenes de Cuesta, algo de lo que a nadie se le escapa la dificultad, sino que no hiciese absolutamente nada. Simplemente con que hubiese hecho ademán de cruzar el Guadiana, o hubiese incrementado la agresividad de sus reconocimientos podría haber

atraído la atención de Sebastiani. Pero su absoluta inmovilidad en la línea Ciudad Real-Daimiel- Manzanares convenció a Sebastiani y a José de que su presencia estaba lejos de constituir un peligro, lo cual tendría consecuencias muy negativas para la campaña.

Mientras Venegas se mantenía pasivo, los ejércitos de Cuesta y Wellesley avanzaban hacia el Alberche. Robert Wilson se encontraba ya en Arenas de San Pedro el día 19, y el 23 llegaba a Escalona⁹³. El ejército británico remontaba el valle del Tiétar mientras Cuesta atravesaba el Tajo por Almaraz, y ambas fuerzas entraban en contacto en Oropesa el día 20⁹⁴. Allí Wellesley tendrá oportunidad de devolverle la cortesía a Cuesta, y formará sus fuerzas para que el general español pueda revistarlas.⁹⁵ La impresión de Cuesta será excelente:

Esta novedad me proporcionó ver el mismo dia 21 por la tarde en Oropesa, después de comer con el general Wellesley, todo el egército británico formado en batalla sobre el camino real de Talavera, admirando la hermosura, el aseo y disposición de hombres y caballos y su porte militar⁹⁶

Así pues la relación entre ambos jefes parecía todavía correcta pese a los problemas de abastecimiento británicos. Por aquel entonces el suministro de provisiones era todavía regular. En una orden general del día 15 Wellesley ordenaba a los comisarios repartir entre los soldados cuatro raciones de pan para los días 17 a 20⁹⁷, y es de suponer que algún día más de abastecimiento marchaba con los trenes de víveres.

16-22 DE JULIO. EL AVANCE ALIADO HASTA EL ALBERCHE



12

Las dificultades debieron comenzar más tarde pues, una vez terminada la campaña, Wellesley ordenó que se redujese el pago que los soldados hacían por sus raciones desde el día 23 de julio, ya que a partir de ese momento no se recibió un suministro regular⁹⁸. Sin embargo, siguió cobrando tres peniques por día a cada soldado (el pago habitual era seis peniques por día⁹⁹) lo que quiere decir que las tropas recibieron, al menos, media ración.

El día 22 de julio el avance se reanudó, y comenzaron los encuentros con las patrullas de Victor. El conocimiento que tenían hasta ese momento los jefes franceses del movimiento aliado no está muy claro. Parece poco probable que no hubiesen detectado el cruce del Tajo por el ejército de Cuesta, o el avance de Robert Wilson por su flanco derecho. Pero es seguro que no se apercibieron de la presencia británica hasta el día 22. Y hasta entonces es muy probable que Victor pensase que se enfrentaba a la fuerza combinada del ejército de Cuesta y de un cuerpo portugués, que probablemente identificaba con la fuerza que defendía el

Puente de Alcántara. Por cierto que la estimación de la fuerza portuguesa era exagerada, ya que el propio José pensaba que se trataba de 10.000 hombres¹⁰⁰, quizás por deducción de las informaciones que le había dado Victor en junio, quizás porque la actividad de la fuerza de Sir Robert Wilson creaba la apariencia de una fuerza mayor.

En cualquier caso las patrullas de cobertura francesas se enzarzaron el día 22 con la vanguardia de Cuesta en las afueras de Talavera. El choque duró varias horas aunque tuvo pocas consecuencias en cuanto a bajas. La percepción del combate fue muy diferente entre los españoles y los británicos.

Excmo. Sr: esta mañana temprano apareció el enemigo en fuerza en nuestra vanguardia apostada en el pueblo de Gamonal, probablemente con la intención de atacarla, y empezó un fuego vivo contra nuestros puestos avanzados, el qual se sostuvo por tiempo considerable. Nuestras tropas avanzaron por sostener la vanguardia, y cargaron al enemigo con tal espíritu, que empezó a retirarse precipitadamente entrando mezclados en Talavera, y siguiéndolos nuestra tropa hasta las orillas del Alberche, con pérdida considerable de la parte contraria¹⁰¹.

En cuanto los españoles avanzaron, la caballería francesa se desplegó en orden de batalla frente a la ciudad, maniobra que no solo detuvo a nuestros aliados, sino que incluso les llevó, sin que eso fuera necesario, a desplegarse desordenadamente. En lugar de atacar al enemigo, algo que podrían haber hecho fácilmente debido a su numerosa caballería, comenzaron un vivo cañoneo, que continuó, sin producir ningún efecto reseñable hasta el momento en el que nuestras tropas aparecieron sobre la derecha. Entonces el enemigo se retiró con precipitación¹⁰²

Las fuerzas que se habían encontrado los aliados formaban parte de la división de dragones de Latour Maubourg, reforzados con algunas unidades de infantería que Victor había destacado en Talavera¹⁰³ Antes de replegarse hacia el otro lado del Alberche, la fuerza de cobertura pudo descubrir finalmente la presencia de tropas británicas al lado de las españolas. La situación para el rey José se presentaba pues preocupante. La presencia de las bien equipadas y disciplinadas tropas británicas junto a casi 60.000 españoles y 10.000 portugueses

(recordemos que ese era el número que se calculaba bajo el mando de Sir Robert Wilson) suponía un amenaza formidable.

José y Jourdán reaccionaron con rapidez. El rey avanzó con su propia guardia, y parte de la guarnición de Madrid hasta Navalcarnero¹⁰⁴, desde donde podía enfrentarse a los portugueses de Wilson, si estos seguían avanzando, o apoyar a Victor. Sebastiani recibió la orden de replegarse hacia Toledo, y se envió un despacho a Soult con la orden de avanzar con la mayor celeridad sobre las líneas de comunicación enemigas en Plasencia a través del Puerto de Baños.¹⁰⁵ Con estas medidas la mayor parte de las fuerzas francesas en torno a Madrid se concentraban en un triángulo, delimitado por Toledo, Navalcarnero y el Alberche en su confluencia con el Tajo.

Llegados al Alberche, los aliados se veían ahora en la situación de decidir cómo atacar a Victor. La posición de éste no era excesivamente fuerte, pese a que la orilla oriental en la que desplegaba sus fuerzas era dominante sobre la oeste en la que se encontraban los aliados. A finales de julio el Alberche ofrecía numerosos vados para la infantería y caballería, aunque la cuestión era más complicada con la artillería y los carruajes de los trenes logísticos. Pero el mayor inconveniente para Victor era que el cauce del Alberche discurre de noreste a suroeste hasta desembocar en el Tajo y eso obligaba a sus fuerzas a adoptar un frente oblicuo cuyo flanco norte presentaba un serio riesgo de ser desbordado, siempre que los aliados encontrasen los vados apropiados en la zona de San Román.

La atención de Wellesley ya se había dirigido hacia San Román días atrás:

Cuando el enemigo se retire sobre el puente del Alberche, cerca de Talavera, es probable que lo destruya. Entonces surgirá la cuestión sobre si el río puede ser cruzado en esa zona con artillería; si no se puede, en mi opinión, la mayor parte, si no el total de ambos ejércitos debería atacar por San Román, donde entiendo que el río es superable para la artillería. 106

Pero Victor no había destruido el puente sobre el Alberche que se encontraba a caballo del camino real de Madrid, cerca de la desembocadura del río en el Tajo, y por tanto en la zona de acción de Cuesta. El que no lo hubiera hecho indicaba que pensaba volverlo a utilizar, y esto ya daba una idea de que el mariscal creía posible un

contraataque si conseguían reunirse todas las tropas francesas en torno a Madrid.

Con el puente intacto, la posibilidad de un ataque en dos direcciones aparecía más ventajosa, y Wellesley decidió aprovechar la oportunidad. Viene aquí uno de los episodios oscuros de la campaña del Tajo, y también uno de los que sustentan la leyenda negra del General Cuesta.

La versión habitual británica de lo que sucedió entonces, basada en el relato de Napier, recogido bastante fielmente por Oman, es que Wellesley propuso a Cuesta realizar un ataque prácticamente sobre la marcha, atacando las posiciones de Victor al amanecer del día 23 según dos direcciones: los españoles por el sur, a través del puente sobre el Alberche, los británicos por el norte, a través de los vados de San Román¹o7. Aquí, Oman afirma que Cuesta pidió tiempo para pensar en el plan propuesto aunque accedió a medianoche, mientras Napier narra que, sencillamente, el general se fue a dormir cuando Wellesley se acercó a su cuartel general para discutir los detalles¹o8. En cualquier caso Cuesta se negó a iniciar un ataque el día 23.

En el relato de Napier hay detalles difíciles de creer: Cuesta habría declarado ante Wellesley no estar a dispuesto a atacar al enemigo en domingo, se habría quedado dormido bajo un árbol cuando el británico iba a conferenciar con él, y además la negativa de Cuesta a atacar el día 23 fue puntualmente transmitida a Victor por oficiales traidores en el estado mayor de Cuesta¹⁰⁹. El conde de Toreno desecha por absurda la alegación acerca de que Cuesta no quería combatir en domingo

Aseguran algunos extranjeros que se negó por ser domingo, mas ni Cuesta pecaba de tan nimio, ni en España prevalecia semejante preocupación¹¹⁰.

Respecto a la acusación de traición más adelante se verá que Napier la utilizará con frecuencia, aunque con escaso crédito. Pero en las versiones de los participantes en los hechos hay discrepancias importantes. Cuesta afirma que:

Reconocida luego por el general inglés la parte del frente relativa a su egército y el vado por donde podía pasar, á una legua mas arriba del citado puente, vino á encontrarse conmigo á medio camino de Talavera al Alberche, como a las once del dia, y me propuso que se atacase al enemigo inmediatamente, pero opiné que debia diferirse hasta la madrugada siguiente¹¹¹.

Así pues, nada dice el general español de un acuerdo el dia 22 para cruzar el Alberche a la mañana siguiente. El británico le propuso atacar por la tarde del 23 y él prefirió esperar hasta el 24. La versión de Wellesley es más escueta:

Las columnas estaban formadas para el ataque de esta posición ayer, pero el ataque fue pospuesto hasta esta mañana [24] por deseo del General Cuesta, cuando los diferentes cuerpos destinados al ataque estaban en marcha¹¹²

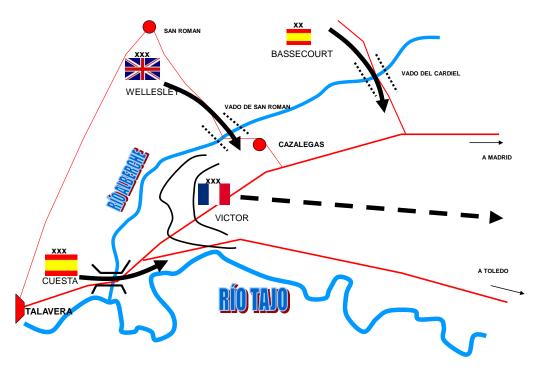
Por último, Lord Londonderry, que debía conocer de primera mano los acuerdos entre Cuesta y Wellesley dada su posición de Ayudante General, no recuerda el compromiso de atacar el 23 por la mañana. Solo que Cuesta tardó mucho en acceder al plan de Wellesley, y cuando éste se llevó a cabo, el día 24, los franceses se habían replegado¹¹³. Por otro lado, parece que la noche del 22 al 23, las tropas británicas fueron puestas en alerta desde muy temprano, e incluso algunas llegaron a desplegar.¹¹⁴ Y parece que, efectivamente algún tipo de plan debió ser discutido entre Wellesley y Cuesta el día 22 por la tarde—noche. El propio Wellesley alude a ello en uno de sus despachos posteriores¹¹⁵, y Londonderry también afirma que hubo agrias discusiones el día 22 por la noche¹¹⁶.

Puede deducirse lo que probablemente ocurrió si se aplica algo de experiencia en las relaciones entre jefes militares, y en la dinámica de las operaciones. Parece evidente que el 22, avanzada la tarde, Wellesley presentó a Cuesta la propuesta de lanzar un ataque al día siguiente. El general español la tomó en consideración, pero no confirmó su aprobación, probablemente porque no le gustaba la idea, aunque no quería dar un no rotundo a su aliado. Por problemas del idioma, prisas en lanzar el ataque, o por el propio mutismo de Cuesta, Wellesley interpretó que su aliado estaba de acuerdo y dio orden de preparar las columnas de marcha a un hora temprana. Pero como no estaba muy convencido de la actitud del general español, y además muchos detalles estaban todavía en el aire, se acercó a su cuartel general y allí comprobó que Cuesta en efecto no había dado ninguna orden para preparar el ataque (puede que incluso Napier tenga razón y se hubiera retirado a descansar). Esto hizo a Wellesley dar una contraorden a sus tropas.

A la mañana siguiente Cuesta se dedicó a reconocer la zona, que era lo que quería hacer antes de decidirse a atacar. Y allí se encontró otra vez con un Wellesley que debía estar ya bastante irritado. Fue entonces cuando el británico propuso de nuevo lanzar el ataque de inmediato, y Cuesta le expuso que prefería posponerlo hasta el día siguiente.

La teoría de que lo que ocurrió el día 22 fue una confusión entre ambos generales se refuerza por el hecho de que el día 23 Wellesley enviase un despacho a Cuesta en el que repasaba todo el plan para el día 24, con la intención de confirmar que estaba en lo correcto y no había malentendidos¹¹⁷.

El caso es que Victor se replegó en la noche del 23 al 24 de julio, y cuando las columnas aliadas cruzaron el río al amanecer se encontraron las posiciones francesas vacías. Pero incluso en este ataque en vacío se produjeron cambios imprevistos. Cuesta finalmente no se decidió a un ataque sobre el puente, ya que el río venía crecido¹¹⁸ y el puente era estrecho y endeble. Por tanto, envió a las divisiones encargadas del cruce a efectuarlo también por los vados de San Román¹¹⁹.



23-24 JULIO. EL PREVISTO ATAQUE SOBRE VICTOR EN EL ALBERCHE

Los desacuerdos entre los comandantes crearon una profunda brecha entre ambos, que no hizo sino agrandarse en los días sucesivos. Así, el cruce del Alberche marca en realidad el punto de inflexión de la campaña, pese a que después se consiguiera la victoria de Talavera. Pero, en realidad, las oportunidades para el éxito se habían desvanecido con el repliegue de Victor, algo de lo que Cuesta no era todavía consciente, y Wellesley solo parcialmente.

Y en este sentido hay que reconocer que el británico tenía razón. Un rápido ataque sobre Victor, aunque arriesgado y con pocas posibilidades de éxito total, como el propio Wellesley reconocería en un despacho a Frere¹²⁰, podía resultar decisivo. Aunque era muy difícil pensar que podría destruirse el 1º Cuerpo atacando a través de un río, entraba dentro de lo posible que Victor se viera obligado a una retirada desordenada, como la de Soult en Oporto, que de hecho neutralizase su cuerpo de ejército como fuerza de combate.

No cabe duda de que Victor hubiese tenido problemas para hacer frente a una embestida británica por San Román, mientras Cuesta presionaba por el puente sobre el Alberche. Sin duda habría ordenado una rápida retirada, pero probablemente parte de sus fuerzas hubieran quedado dentro de la bolsa creada por los británicos, o se hubiesen visto afectadas por el ataque de éstos en pleno repliegue. Hubiera sido muy difícil, por ejemplo, recuperar la artillería que dominaba el puente por el que atacaba Cuesta¹²¹. Y la pérdida de unos miles de efectivos, junto con parte de su artillería y sus trenes, dejaría a Victor demasiado mermado como para ser de alguna ayuda a José en acciones posteriores. En estas condiciones probablemente el rey se habría visto forzado a ordenar un repliegue general hacia el norte, abandonando Madrid.

La confirmación de las razones de Wellesley para un ataque temprano, con todos los riesgos que implicaba, la dio el propio Victor, retirándose al día siguiente al ser consciente de su peligrosa posición. Pero Cuesta no fue consciente de la oportunidad pérdida. Al contrario, pensaba que la oportunidad se presentaba ahora, con los franceses replegándose, y el camino hacia Madrid abierto.

Resulta curioso el contraste entre Cuesta y Wellesley en esta ocasión. Un general habitualmente agresivo, que duda a la hora de atacar, frente a otro habitualmente prudente que se muestra ansioso de hacerlo. Para entender esta diferencia se debe regresar de nuevo a la divergencia en los objetivos estratégicos. Para uno lo importante era neutralizar la amenaza de Victor, para otro la recuperación de la capital. Cuesta no llegó a comprender esta divergencia, y tampoco llegó a entender que ambos objetivos estaban relacionados, de tal forma que, con Victor

batido, el rey José no tendría más remedio que evacuar Madrid. De haberlo hecho habría estado de acuerdo con Wellesley en lanzar un ataque inmediato, intentando causar el máximo daño al 1º Cuerpo.

El día 24 el general español estaba exultante por la retirada de su enemigo sin haber tenido que hacer un disparo. Y Wellesley estaba sumamente enojado por lo mismo. Y el contraste de actitudes se reflejó en las decisiones tomadas para continuar las operaciones. Cuesta se lanzó en pos de Victor, mientras el británico comunicaba que no emprendería nuevas operaciones hasta recibir abastecimientos suficientes. La división entre los comandantes aliados dejaba así el campo abonado para el contraataque francés.

El 24 de julio Cuesta decidió lanzarse en persecución de Victor, pese a que Wellesley le comunicó que daba por cumplidos sus compromisos y que no continuaría hasta recibir suministros.

No puedo emprender ninguna operación posterior hasta estar seguro de mis abastecimientos, siendo provisto de los medios de transporte adecuados y de las provisiones requeridas del país 122

Que el general español decidiese avanzar en solitario se presenta muchas veces, por parte de los historiadores, como una muestra más del escaso talento de Cuesta¹²³, o de sus aviesas intenciones políticas, pues se baraja su posible deseo de entrar en Madrid antes que Venegas, para mantener así su prestigio frente a las conspiraciones de la Junta¹²⁴. Pero Cuesta tenía en realidad muy pocas opciones según el plan previsto. Quedarse detenido junto a Wellesley no tenía sentido dentro del plan español. Como mínimo supondría dar una oportunidad al mando francés para reorganizar sus fuerzas, y propinar un rápido golpe a Venegas, a quien ambos aliados situaban ya cerca de Madrid. Avanzando mantendría al menos ocupado a Victor, y podría quizás evitar su unión con Sebastiani y José. O, como beneficio no desdeñable, el avance español obtendría al menos información sobre los movimientos franceses.

Los motivos de Wellesley para detenerse combinaban frías consideraciones estratégicas con un monumental enfado. Por un lado, ya había dejado claro en su carta del día 16 de julio que no emprendería nuevas operaciones hasta recibir suministros adecuados, y de momento no los estaba recibiendo¹²⁵. Pero además Wellesley estaba seguro de que las fuerzas francesas se estaban concentrando tras la retirada de

Victor¹²⁶. Y una cosa era moverse por el Valle del Tajo, con el flanco norte protegido por el Sistema Central, y con un rápido escape hacia la margen sur en caso de apuro, y otra adentrarse en las llanuras en torno a Madrid, donde los maniobreros ejércitos enemigos podían causarle serios problemas. En realidad, el británico no veía ningún beneficio en avanzar hacia Madrid, y sí muchos riesgos.

Por otra parte, permanecer inmóvil podía proporcionarle también algunas ventajas. La primera era que, al moverse el enorme ejército de Cuesta a vanguardia, podía descongestionar la zona de Talavera, facilitando el apoyo logístico a los británicos. La segunda, que se ganaba tiempo para que la Brigada Ligera de Craufurd, entonces en movimiento, alcanzase al grueso. Y con ella las 60.000 libras en dólares españoles que tanta falta hacían.

Aparte de las consideraciones estratégicas Wellesley estaba sumamente irritado. Su enfado llegaba hasta el punto de ponerse, por primera vez, totalmente al lado de Frere, en sus intentos por que la Junta Central destituyese a Cuesta. El 24 de julio envió dos cartas al embajador británico. Como había hecho en ocasiones anteriores, la primera misiva era para ser transmitida a los miembros de la Junta Central. Estaba por tanto escrita en tonos más formales, aunque dejaba claro su malestar por la falta de suministros, y su decisión de no reanudar las operaciones hasta recibirlos.

Ciertamente lamento la necesidad que me obliga a detenerme en este momento, y que me obligará a retirarme de España si continúa... Solo puedo decir que no he visto nunca un ejército tan maltratado en ningún país, o considerando que todo depende de sus operaciones, uno que eche tanto en falta un buen trato¹²⁷.

La segunda era confidencial, e iba exclusivamente dirigida a Frere. En ella Wellesley dejaba fluir todo su malestar hacia Cuesta

Encuentro al general Cuesta más y más intratable cada día. Es imposible tratar nada con él, y es muy improbable que ninguna operación en la que él intervenga tenga éxito¹²⁸.

Pero lo más revelador del estado de ánimo del británico hacia Cuesta era que Wellesley pensaba que quizás había llegado el momento de poner en marcha el plan de Frere, y presionar para la destitución del anciano general.

En conjunto, creo que hay un cambio material en los sentimientos del ejército hacia él; y me han dicho (pese a que no puedo decir que sepa que es verdad) que si el Gobierno le destituye ahora, el ejército permitirá que su orden sea ejecutada.¹²⁹

Wellesley afirma que muchos oficiales están hartos del estilo de mando de Cuesta, y deja entrever que sus últimas decisiones, entre ellas las dudas a la hora de lanzar el ataque a través del Alberche, habían sido acogidas con disgusto¹³⁰. Puede que algo de esto fuese cierto, especialmente que miembros del estado mayor de Cuesta no compartiesen la tibieza de su general a la hora de atacar a Victor. Pero el cuadro que presenta Wellesley es tan diferente del pintado por él mismo tras la entrevista en el Puerto de Mirabete, en la que apreció "una gran confianza en Cuesta" por parte de la oficialidad española¹³¹, que parece extraño que pudiese sufrir un cambio tan radical en apenas dos semanas. Y menos todavía siendo las operaciones aliadas victoriosas hasta el momento, aunque no todo lo que pudieran haberlo sido.

El enfado de Wellesley pronto dejó paso a un enfoque más práctico. Respecto a la destitución de Cuesta, en el final de la citada carta a Frere, advierte que cualquier intento del gobierno por removerlo de su puesto debe basarse en un motivo sólido, que cualquiera pueda entender, y ante el cual sus oficiales no puedan oponerse. Y en cuanto a no apoyarle, pronto se lo piensa mejor, pues comprende que la seguridad de su propio ejército depende de la suerte del ejército de Extremadura. Así pues, pese a que en la primera carta a Frere afirma que: "cualquier movimiento mío en su apoyo está descartado"132, el mismo 24 decide mantener las unidades que han cruzado el Alberche (la 1^a Division de Sherbrooke y la 4ª de Mackenzie, junto con la brigada de caballería de Anson) al otro lado del río, en la zona de Cazalegas y el arroyo del Brujel. Allí pueden mantener el enlace con las fuerzas españolas, y servir de apoyo en caso de que éstas deban replegarse. El británico barrunta que Cuesta se va a meter en problemas, pero instruye a Sherbrooke para que no realice ninguna acción en apoyo al español sin comunicárselo antes¹³³

El 25 Wellesley envía una carta a O'Donojú recomendando prudencia, e informando que la falta de provisiones no le permite continuar la marcha, pero también que ha destacado las dos divisiones de infantería y la brigada de caballería antes citadas a Cazalegas¹³⁴. Las observaciones y recomendaciones de Wellesley en esta carta muestran la poca información que tenían los aliados sobre los movimientos franceses en torno a Madrid en aquel momento, e incluso sobre la situación de Venegas.

Es difícil imaginar cuáles son las intenciones finales del enemigo. La que tengo inmediatamente a la vista es, evidentemente, reunirse con Sebastiani. Que podía haberse encontrado en un buen apuro si hubiéramos batido ayer a Victor. Pienso también que deben tener algunas tropas en Madrid para oponerse a Venegas, probablemente el cuerpo de Suchet. Deduzco que, en este momento, él [Venegas] debe estar bastante avanzado, si no ya en Arganda 135

En realidad Suchet no había podido aportar ninguna fuerza a José y Venegas no había llegado todavía ni siquiera a Madridejos. Pero Wellesley estaba en lo cierto sobre la unión entre Victor y Sebastiani. Y también acertaba en que esa unión se realizaría probablemente en la zona de Toledo-Torrijos. En realidad disponía de información privilegiada sobre este asunto porque dos escuadrones de húsares británicos habían seguido a Victor hasta Santa Olalla¹³⁶, donde el camino real se bifurcaba en dos direcciones: una hacia la capital, la otra hacia Toledo. Los húsares habrían tenido la oportunidad de observar el desvío hacia esta última ciudad y, si bien Wellesley en su carta a Frere del 24, afirmaba que el enemigo se retiraba hacia Madrid¹³⁷, en la enviada ese mismo día a Castlereagh señalaba ya la dirección correcta¹³⁸.

Por eso recomendó a O'Donojú no avanzar en dirección a Madrid, sino hacia Toledo. De hacerlo hacia la capital el ejército español podría encontrarse con la concentración enemiga a su flanco derecho, cortando sus comunicaciones. Avanzar hacia Toledo podía permitir también mantener el flanco derecho apoyado en el Tajo, e incluso ofrecía un rápido escape hacia su margen sur, por la Puebla de Montalbán, si la situación se tornaba difícil.

Pero el avance de Cuesta no era en absoluto la carrera alocada hacia Madrid que se presenta en ocasiones. En realidad el anciano general se mostraba bastante precavido. El día 24 informaba al ministro Cornel: Los hemos perseguido por diferentes caminos toda la mañana, y con dificultad han podido dar con ellos nuestras partidas avanzadas. Ahora es la una de la tarde, y acabo de llegar á éste pueblo (El Brabo) que hé hallado enteramente desierto: he recibido noticia de que pocas horas há estaba una division francesa en Santa Olalla, dos leguas de aquí. No sabemos exactamente el camino que han tomado, si han ido hácia Toledo ó Madrid; y como mis tropas pasaron toda la noche sobre las armas, y han marchado cinco leguas hoy, no puedo avanzar mas.¹³⁹

El día 25 Cuesta avanzaba hacia Santa Olalla, y allí se informaba de que los franceses habían tomado la dirección de Toledo¹⁴⁰

El enemigo estaba en Alcabón, una legua de este pueblo (Santa Olalla), y en Torrijos, que está a dos leguas: pero durante la noche se retiró hacia Toledo, habiendo antes saqueado estas dos poblaciones. Mis partidas ligeras que nunca le perdieron de vista, se valieron de su descuido y cansancio para molestarle. El haber mis tropas caminado ayer siete leguas, después de haber pasado el día entero y la noche sobre las armas, me obliga á quedarme aquí hasta la noche: también debo dar tiempo á que me alcance el egército ingles que está en Cazalegas y San Roman...

Puede comprobarse que Cuesta avanzaba con mucha prudencia, y que no lo hacía necesariamente hacia Madrid. De hecho, inicialmente separó sus fuerzas enviando parte a Cebolla, sobre el camino de Toledo, y parte a El Bravo, sobre la carretera de Madrid¹⁴¹. El día 25 envió sus avanzadas hasta Torrijos, en dirección a Toledo y pronto comenzó a recibir informaciones acerca de la concentración francesa¹⁴². La posibilidad de un inminente contraataque enemigo le lleva a mantenerse en defensiva en Santa Olalla, esperando que Wellesley llegue a su altura, pero éste pronto le desvela que no va a avanzar en ningún caso.

Acabo de regresar de Cebolla donde he oído que el General Cuesta se va a retirar sobre el Alberche. He ordenado al General Sherbrooke que se mantenga aquí con su Cuerpo hasta mañana por la mañana, a toda costa, a menos que sea duramente presionado por el enemigo¹⁴³.

En esas circunstancias, a Cuesta no le queda más remedio que ir pensando en el repliegue. De hecho así lo anuncia a Cornel en el mismo despacho del día 25:

Por tanto, si mis sospechas de que tratan de atacarme se confirman antes de la llegada de los ingleses, me parece mejor retirarme y reunirme á ellos que esperar al enemigo solo con mi fuerza.¹⁴⁴

Lo que se estaba reuniendo frente a Cuesta era una fuerza de 46.000 efectivos. José había acudido desde Navalcarnero, y Sebastiani desde Toledo, y ahora se estaba efectuando la concentración en la zona de Vargas¹⁴⁵. Para José, y sobre todo para Victor:

La ocasión de presentar batalla a los españoles separados de los ingleses era demasiado atractiva como para no tratar de aprovecharla. 146

Así pues José inicio el avance, aunque era realmente Victor el que parecía ansioso por desquitarse de su sucesión de retiradas en los últimos meses. Las noticias para José eran buenas, pues Soult había comunicado el 24 que se pondría en movimiento hacia Plasencia el 26¹⁴⁷. Así pues, era de esperar que, en los últimos días del mes, los ejércitos enemigos se encontrasen con 50.000 franceses sobre sus líneas de comunicaciones.



El 26 de julio Victor comenzó a avanzar hacia las primeras posiciones de Cuesta. No era fácil buscar una batalla general, pues el general español mantenía un dispositivo en profundidad, de tal forma que su grueso podía eludir el combate y replegarse cubierto por la vanguardia que, como era habitual, mandaba el brigadier Zayas. Lo que se produjo entonces fue una toma de contacto entre la vanguardia de Victor (de nuevo los dragones de Latour-Maubourg, reforzados con la caballería ligera de Merlin¹⁴⁸) y la vanguardia de Cuesta. Y el encuentro se conoce normalmente como el combate de Alcabón.

Parece que la caballería francesa se llevó rápidamente por delante los puestos avanzados españoles. Zayas formó sus líneas de infantería, que sostuvieron el primer ataque francés con no muy buena fortuna, mientras reclamaba apoyo a Cuesta. Éste le envió la división de caballería de Alburquerque¹⁴⁹. Mientras llegaban los refuerzos, Zayas mandó atacar al regimiento de caballería Villaviciosa, agregado a la vanguardia. Pero los jinetes se introdujeron en un terreno que dificultaba el movimiento, bien por pequeños muros de piedra¹⁵⁰, bien por la altura de la vegetación, y fueron casi aniquilados por el enemigo.

La llegada de Alburquerque permitió estabilizar la situación, y la caballería francesa no presionó excesivamente, por lo que fue posible romper el contacto¹⁵¹.

Se critica frecuentemente a Victor por no presionar con mayor decisión a Cuesta en retirada con su caballería. Lo hace por supuesto Napier, que parece decepcionado siempre que los franceses no logran provocar un desastre en las filas españolas¹⁵². También lo hace Oman, que considera que, con Cuesta replegándose no con todo el orden debido, Victor desaprovechó una ocasión para destruir al ejército español, o al menos la caballería de Alburquerque¹⁵³.

Pero la situación no estaba tan clara para Victor en aquel momento, y no por falta de agresividad, de la que hizo sobrada demostración los días posteriores. Hay que tener en cuenta que los cuerpos franceses se habían unido apenas el día anterior, y que Victor había estado en franca retirada hasta ese momento. Cambiar totalmente de actitud y emprender la ofensiva no era algo que pudiese llevarse a cabo sin tiempo, y es muy probable que las fuerzas francesas no estuviesen en condiciones de empeñarse en una acción general el día 26. Además, no estaba muy clara la situación de las tropas británicas, y con seguridad Victor temía que lanzar sus jinetes en profundidad contra Alburquerque y Zayas, sin un adecuado apoyo del grueso de sus tropas, podía poner a sus jinetes, con sus monturas agotadas, en la poco favorable situación de hacer frente a una carga general de la caballería británica¹⁵⁴.

Así pues, el 1º cuerpo de Victor pasó la noche en Santa Olalla, disponiéndose para el avance al día siguiente¹⁵⁵. Mientras tanto, Cuesta había conseguido llegar al atardecer a la orilla izquierda del Alberche, después de reunirse con la fuerza de Sherbrooke. Aquí viene otro de los episodios de la leyenda negra que rodea al general español, pues según narra Napier, y recoge Oman, Wellesley le habría urgido esa noche a pasar al otro lado del Alberche pero Cuesta, quizás herido en su orgullo, se habría negado airadamente manteniéndose en la margen izquierda hasta el amanecer, y presumiendo de que solo había accedido a cruzar cuando el general británico se lo había pedido de rodillas¹⁵⁶.

En realidad resulta difícil imaginarse a Cuesta cometiendo tal estupidez, y aún más a Wellesley de rodillas. Ni Napier ni Oman mencionan que el propio Wellesley había aconsejado a Cuesta el día 25 que, de retirarse, no atravesase el Alberche esa noche, sino que esperase en la margen izquierda ocupando las colinas que se yerguen a cierta distancia del cauce. Era la misma posición que había ocupado Victor, y presentaba cierta capacidad de resistencia.

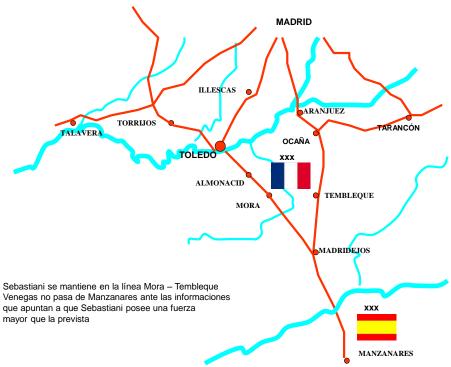
Creo que, si el ejército español debe cruzar el Alberche, sería deseable ocupar y fortificar las colinas arenosas en la margen izquierda del río, cerca del puente. Pero será probablemente lo mejor no cruzar el río esta noche, sino dejar que las tropas permanezcan es esa orilla, manteniendo las alturas con su vanguardia. 157

También es cierto que el día 25, fecha del despacho, el británico no había elegido todavía su posición defensiva en Talavera, y el 26 ya lo había hecho, por lo que es posible que esa noche comunicase a Cuesta que podía cruzar el río y ocuparla si lo deseaba. Pero resulta poco probable que Wellesley insistiera excesivamente, y desde luego en su correspondencia no aparece nada similar. Ni a Cuesta ni a él se les escapaba que cruzar el río en la oscuridad con tropas bisoñas en retirada, introduciéndose en el laberinto de olivares y vallados que rodeaban Talavera, era una invitación a la confusión más extrema. Y caso de producirse un ataque francés existían posibilidades de defensa más razonables con las tropas reunidas y apoyadas en las alturas sobre el Alberche, que con las unidades en movimiento, desbandándose en la oscuridad. En cualquier caso, Wellesley mantuvo el cuerpo de Sherbrooke, que suponía casi el 40% de la fuerza británica, en la margen izquierda del río hasta las 9 de la mañana del día 27, cuando Cuesta ya había cruzado al otro lado¹⁵⁸.

Cuesta ocupó las posiciones que Wellesley había elegido para su ejército sin que conste ninguna protesta ni resistencia a ello. Y eso es un indicio de que su actitud no debía ser tan intransigente como tradicionalmente se presenta. Además la elección del británico era, como siempre, excelente y, como se verá en las siguientes páginas, presentaba magníficas opciones para que británicos y españoles pudieran resistir el temible empuje de las tropas imperiales.

Pero antes de describir el campo de batalla de Talavera es conveniente volver a Venegas y su ejército de la Mancha pues, al contrario que en la fase previa de la campaña, sus actividades tendrán ahora consecuencias de importancia.

18 DE JULIO, SITUACIÓN EN LA MANCHA



La poca disposición para la acción de Venegas se reforzaba por la poca calidad de la comunicación con Cuesta. De hecho, Venegas afirma que no recibió ninguna comunicación de su general en jefe después de la que éste le envió el día 12 de julio¹⁵⁹. Lo cierto es que él tampoco había enviado ninguna hasta el día 21, cuando comunicó a Cuesta, después de recibir las instrucciones de la Junta Central, que debía obrar con mucha prudencia por ser el ejército de Sebastiani de mayor entidad que la prevista.¹⁶⁰ Lo cierto es que era una lástima porque las posibilidades de comunicación entre ambos no eran malas. Venegas recibió el 27 una carta que Cuesta le escribió el 25¹⁶¹, y una demora de dos días era suficiente para lograr una coordinación medianamente aceptable si hubiera existido una correspondencia más regular.

Pero, aunque tarde, Venegas había comenzado a moverse nada más enterarse del repliegue de Sebastiani, el día 25. El día siguiente sus vanguardias alcanzaron la línea de Madridejos con una semana de retraso, y el día 27 tomó la decisión de dividir sus fuerzas, enviando hacia Toledo al general Laci con su división y dos piezas se asedio de doce libras, mientras otra parte de sus fuerzas se dirigían hacia Ocaña. La decisión se basaba en la ignorancia de lo que hacía tanto el enemigo

como los aliados, lo cual llevó probablemente a Venegas a adoptar un despliegue flexible que le permitiese volcar su esfuerzo hacia Madrid o hacia Toledo según las circunstancias. El mismo día 27 recibió el ya citado despacho de Cuesta que le confirmaba que el enemigo se había concentrado en Torrijos–Vargas, y que dejaba además en su mano decidir si avanzaba hacia Madrid por Ocaña y Aranjuez, o lo hacía hacia Toledo. Cuesta además elevaba los efectivos enemigos que deberían disuadir a Venegas de emplearse en una acción general a 14.000 ó 15.000¹⁶².

Cabe recordar que, en el momento de redactar el despacho, Cuesta se encontraba ya con los primeros indicios de concentración de las tropas francesas, y sabía por el parte de Venegas del día 21 que éste no se hallaba todavía en Madridejos. La intención de Cuesta era que Venegas avanzase, poco importaba si a Toledo o a Madrid, con el objeto de impedir que Sebastiani reuniese todas sus fuerzas con Victor y José. Una medida ya tardía, pues mientras el general español está redactando el despacho, las vanguardias de Sebastiani estaban entrando en Vargas.

Sin embargo, la acción de Venegas podía resultar todavía decisiva. Para hacerse una idea completa de la situación el día 26, especialmente desde el punto de vista francés, hay que tener en cuenta lo que ellos identificaban como tres ejércitos que se dirigían hacia Madrid. Por un lado el hispano-británico, al que salían a combatir reunidos por considerarlo la mayor amenaza contra la capital. Pero no hay que olvidar a la legión lusitana de Wilson, que los franceses cifraban en 10-12.000 efectivos¹⁶³, en lugar de los 4.000 reales, y cuyas avanzadillas habían llegado hasta Navalcarnero, a las puertas de Madrid¹⁶⁴. Por último estaba Venegas, lejos todavía, pero que tenía vía libre hacia la capital en ese momento, pues Sebastiani solo había dejado una guarnición de 3.000 hombres en Toledo, y José unos 4.000 soldados, la mayoría españoles y por tanto poco fiables, en Madrid¹⁶⁵.

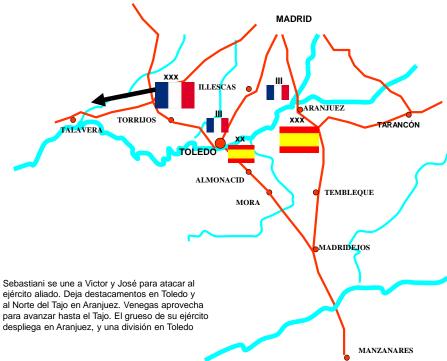
Aunque no está claro si estaba previsto en el plan inicial, la proximidad de Wilson y Venegas a Madrid tenía posibilidades de provocar una insurrección popular, lo que obligaría a su escasa guarnición a abandonar la plaza, o refugiarse en el recinto fortificado del Retiro, y situaría a José en una posición muy difícil de mantener. Así pues, el rey creía encontrarse en una situación desesperada, y así se lo comunicó a su hermano el día 23, remarcando además que, si se hubiera hecho caso a su idea de acercar el cuerpo de ejército de Mortier hacia Madrid, en lugar de dejárselo a Soult, la situación sería ahora diferente:

Pero es verdad que Madrid está descubierto, y que este hecho no se encuentra asegurado como podría haberlo estado si el cuerpo de Mortier estuviese delante de Madrid, y las tropas del mariscal Soult se encontrasen realmente delante de los ingleses. Actualmente el 1º y 4º cuerpos tiene cuatro tareas que cumplir: combatir contra el cuerpo de Andalucía (Venegas), el de Extremadura, el cuerpo inglés y cubrir Madrid. 166

Pero, aunque grave, la situación no lo era tanto como a José le parecía, pues el ejército hispano-británico estaba gravemente dividido, Wilson, aunque agresivo, tenía muy pocas fuerzas, y Venegas estaba muy lejos y no se mostraba muy decidido a avanzar. No obstante, la situación en el interior de la capital era bastante confusa, y el terror ante la posibilidad de la llegada de los aliados comenzaba a apoderarse de los partidarios de José, tanto ciudadanos franceses residentes en la capital como españoles afrancesados. Pero el comandante de la guarnición, general Belliard, se comportó bien en tales circunstancias. Lejos de encerrarse en el Retiro prodigó su presencia en todos los foros de Madrid, tranquilizando los ánimos y dando una apariencia de normalidad¹⁶⁷

Tras recibir la carta de Cuesta en la que éste dejaba a su arbitrio la decisión de avanzar hacia Toledo o hacia Madrid, Venegas mantuvo su postura intermedia, amenazando Toledo, y a la vez la capital desde Aranjuez¹⁶⁸. No obstante, no se atrevía a cruzar el Tajo en fuerza, y del 27 al 29 se limitó a un tímido intento de asedio en Toledo y a avanzar hasta Aranjuez¹⁶⁹.

27 DE JULIO. SITUACIÓN EN LA MANCHA



Como suele ocurrir en las operaciones militares, la decisión de repartir el esfuerzo restó posiblemente vigor a su acción, pues no llegó a empeñarse con energía en ninguna de las direcciones. Sin embargo, hay que decir a favor de Venegas que la escasez de información tampoco le permitía una actitud excesivamente agresiva. El 27 de julio sabía por Cuesta, que el enemigo estaba concentrándose en Vargas, pero el objetivo de tal concentración podía ser tanto el ejército anglo-español como el de la Mancha. La falta de un reconocimiento agresivo y en profundidad no permitió a Venegas extraer nuevas conclusiones de la situación hasta el día 29, cuando recibió noticias de la Junta acerca de la negativa inglesa a seguir a Cuesta más allá del Alberche el día 24. Teniendo en cuenta que para entonces ya se había librado la batalla de Talavera, tales noticias dieron una impresión totalmente falsa a Venegas, reafirmando su ya de por sí considerable aprensión a avanzar.

El 27 por la mañana se replegaron las unidades británicas de la margen izquierda del Alberche. Esto hizo que también Wilson cesase en sus incursiones hacia la capital, pues Wellesley le ordenó replegarse para evitar perder el contacto con el grueso. El día 28 se situó en Escalona.¹⁷⁰ Tanto británicos como españoles fueron a ocupar la

posición elegida por el general británico en las afueras de Talavera, salvo la división del general Mackenzie, que se situó adelantada en la zona denominada Casa de Salinas, situada kilómetro y medio al oeste del curso del Alberche¹⁷¹. Por la mañana se habían comenzado ya a detectar las avanzadas de Victor procedentes de Santa Olalla.

Cuando Wellesley tuvo noticia el día 26 de que Cuesta estaba replegándose, ya había elegido su posición defensiva para hacer frente a la contraofensiva francesa. La opción de retirarse en lugar de combatir quizás ocupó por algún momento la mente del general británico pero, pese a las carencias logísticas y a los problemas de coordinación con Cuesta, una retirada no era una opción razonable. Si Wellesley hubiese elegido no presentar batalla, con sus fuerzas y las españolas prácticamente intactas, sin haber entablado apenas combate, y contra unas fuerzas inferiores en número y apuradas en su posición, como eran las del rey José, sus días como comandante hubieran finalizado allí. Por eso, aunque las condiciones estaban lejos de ser perfectas, el futuro Duque de Wellington se preparó para librar la que sería su batalla más difícil hasta la fecha, y también la mayor batalla que se había librado en la Península Ibérica desde la invasión francesa, con más de 100.000 combatientes sumando ambos bandos.

La posición elegida por Wellesley dejaba patente su enorme habilidad para aprovecharse del terreno, y utilizarlo para equilibrar las carencias de sus fuerzas. Habiendo descartado desde el principio defenderse en la orilla derecha del Alberche, pues la orilla opuesta era totalmente dominante, fijó su atención en la zona de Talavera. Allí, en su zona este, hasta llegar al río Alberche el terreno estaba cubierto de huertos y olivares delimitados por muros, bancales y tapias, por lo que proporcionaba una excelente protección a cualquier defensor. El propio núcleo urbano constituía un punto fuerte muy fácil de defender.

Al norte de Talavera el terreno ascendía progresivamente, hasta alcanzar una primera línea de alturas, más o menos paralelas al cauce del Tajo. En esa línea destacaba el cerro Medellín, una elevación modesta en altura, pero de difícil acceso por su vertiente este, por la que discurría de norte a sur el arroyo Portiña. El caudal del arroyo era muy escaso pero justo al este del cerro se había formado un barranco cuyas vertientes, aunque no inaccesibles, presentaban serias dificultades para el avance de unidades en formación. Al norte del cerro Medellín se encontraba un pequeño valle paralelo a la primera línea de alturas, tras el cual podía encontrarse el segundo cordal constituido por las

estribaciones de la Sierra de Segurilla, denominadas Peñascales de la Atalaya.

El cerro Medellín constituía un punto fuerte natural, desde el que se dominaba gran parte de la zona. En frente, al otro lado del arroyo Portiña, se encontraba el Cerro Cascajal, de menos altura, y dominado en su mayor parte por el anterior. El Portiña solo era un obstáculo a tener en cuenta en su curso alto, a la altura del Cerro Medellín, pues hacia el sur sus vertientes perdían inclinación.

La idea de Wellesley era situar al ejército español en la zona baja, aprovechando la maraña de olivares, bancales y edificios para colocarlo protegido en defensiva, única modalidad de combate en la que Wellesley pensaba que podrían realizar un buen papel. El ejército británico se situaría a continuación, comenzando su despliegue en el punto en el que el arroyo Portiña comienza a abarrancarse, y situando su flanco izquierdo sobre el Cerro Medellín. De norte a sur el británico colocó a la división de Hill para guarnecer el cerro, a y a Sherbrooke a continuación, en el terreno más llano que descendía hacia Talavera. Seguía la división de Mackenzie, más pequeña, y situada parcialmente en segunda línea, y finalmente la división Campbell, que debía enlazar con las primeras fuerzas de Cuesta. Para reforzar el punto de unión entre ambos ejércitos Wellesley mandó fortificar un edificio de la zona, el Pajar de Vergara, construyendo parapetos para una batería con seis piezas de tres libras. La caballería se situó en su mayoría tras el Cerro de Medellín, aunque la brigada Cotton desplegó detrás de Sherbrooke, dispuesta para reaccionar sobre el centro.

La posición tenía dos puntos débiles. Uno era la ya citada unión entre británicos y españoles, donde el terreno no era tan inclinado como en el cerro Medellín, ni tan cubierto como en los accesos a Talavera desde el este. El otro era el valle situado entre el Cerro Medellín y la Sierra de Segurilla, pues las tropas francesas podían lanzar por allí una acción de flanqueo. Inicialmente Wellesley no cubrió con fuerzas ese valle, pues se podía dominar perfectamente desde el cerro Medellín, y batirse con las piezas de artillería allí situadas¹⁷².

Pese a su acierto, la decisión de Wellesley condenó a las tropas británicas a llevar la mayor parte del peso de la batalla: El cerro de Medellín era la clave de la posición, e inevitablemente el esfuerzo principal francés se dirigiría a su conquista. Si caía, las tropas imperiales tendrían un perfecto dominio de toda la línea enemiga hasta Talavera, y no cabría más opción a los aliados que una retirada muy comprometida. La zona española corría poco riesgo de ataque

inicialmente pues, aunque los franceses pudieran albergar esperanzas de provocar desbandadas entre las bisoñas tropas españolas, la perspectiva de que sus unidades terminasen dispersas en un laberinto de olivares y tapias, con todo el ejército británico en posición dominante a su flanco, no era excesivamente prometedora.

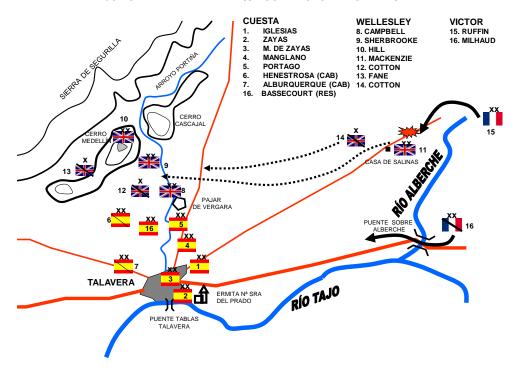
No hay constancia de que Cuesta pusiese ningún reparo al plan del británico, y procedió a ocupar con sus tropas el sector asignado. Repartió el frente entre su segundo en el mando, el general Eguía, a quien asignó las divisiones 3°, 4° y 5° que, formadas en doble línea, debían enlazar con los británicos en el Pajar de Vergara, siendo apoyadas por la división de caballería de Henestrosa. El propio Cuesta se encargo del sector más al sur, reteniendo las divisiones de vanguardia de Zayas, así como la 1° y la 2°. En esta zona, bloqueando el Camino Real de Madrid, las tropas españolas se fortificaron en torno a la ermita de Nuestra Señora del Prado que cubría los accesos a Talavera, situando allí una batería, y guarneciendo también el propio casco urbano de la población¹7³.

Ambos generales mantuvieron el mando independiente de sus ejércitos, lo cual evidentemente suponía una debilidad¹⁷⁴. Pero era difícil para cualquiera de los dos aceptar que el otro asumiese el mando. No obstante, la dinámica de la batalla colocó a Wellesley en posición de liderar la mayor parte de las acciones, y a Cuesta en una misión de apoyo que ejecutó sin poner ningún obstáculo.

Pero la confusión durante el día 27 debió ser considerable en las líneas aliadas, mientras casi 60.000 hombres buscaban su posición, desplegaban, asentaban la artillería y formaban parapetos en los puntos fuertes. Y Victor, en cabeza del avance francés decidió sacar partido de la situación.

Como se ha indicado más arriba, Wellesley colocó la división de Mackenzie y la caballería ligera de Anson como línea de vigilancia sobre el Alberche, en las proximidades de la Casa de Salinas. Pero el despliegue de la división no debió ser muy acertado, y además parece que, al desplegarse en la posición, los soldados quemaron una serie de refugios que las tropas de Victor habían construido allí previamente, o quizás estaba limpiando de ramas y arbustos la zona para despejar sus campos de tiro y de vigilancia¹⁷⁵. El caso es que el humo originado cubrió algunas zonas del Alberche al atardecer, y la circunstancia fue aprovechada por Victor para enviar la división Lapisse a efectuar vadeo rápido del río, tras lo cual, la infantería francesa avanzó a través del bosque y el monte bajo sin ser detectada.

27 JULIO. TALAVERA. EL ATAQUE SOBRE CASA DE SALINAS



Se daba la circunstancia de que el propio Wellesley se encontraba en la Casa de Salinas, subido al tejado e intentando observar la situación enemiga. Las tropas francesas aparecieron de improviso, arrollando los puestos avanzados, y obligando al general británico a descender apresuradamente de su puesto de observación y emprender una rápida huída a caballo. El súbito ataque francés sembró la confusión en las líneas británicas, especialmente en la Brigada Donkin, la más afectada por el ataque. Pero la reacción de algunos batallones, no envueltos en los combates iniciales, permitió estabilizar la situación y emprender una retirada con cierto orden. Aún así los británicos sufrieron más de 400 bajas en esa acción¹⁷⁶.

El buen resultado de esta operación animó a Victor a continuar con una actitud agresiva. Los combates en Casa Salinas habían mostrado que las formaciones británicas no estaban todavía bien preparadas para la batalla. Lo cierto es que las tropas de Victor tampoco lo estaban. Después de todo un día de marcha desde Santa Olalla debían encontrarse bastante fatigadas¹⁷⁷. Y como les ocurría a británicos y

españoles habían tenido muy poco tiempo para pasar del orden de marcha al de batalla. Además, Sebastiani y José estaban todavía cruzando o aproximándose al Alberche el día 27, y Victor solo podía contar con los fatigados soldados del 1º cuerpo, y con la caballería de vanguardia.

Victor decidió probar suerte en solitario, lanzando un ataque en el momento del crepúsculo. Pero para ello disponía solo de una porción de las tropas disponibles, y no era capaz de lanzar una acción general. En esas condiciones había pocas esperanzas de que el ataque obtuviese un éxito relevante, pues la desproporción de fuerzas era excesiva y, pese a su confusión, británicos y españoles estaban mejor orientados en sus posiciones que las unidades francesas, abriéndose paso por la maraña de bosque, arbustos y olivares entre una oscuridad creciente.

Pese a todas las dificultades el plan de Victor no carecía de sentido táctico. Había reconocido rápidamente el Cerro de Medellín como el punto clave de toda la línea defensiva aliada, y pensó que, si en un rápido golpe de mano se conseguía arrebatar esa posición a los aliados, la defensa sería imposible. No pidió permiso para ello al rey, actuando enteramente por su cuenta, como afirma José en sus Memorias¹⁷⁸.

Después del combate de Casa de Salinas, las vanguardias francesas habían establecido contacto con la línea defensiva británica. Las piezas a caballo habían comenzado a cañonear el cerro Medellín desde el vecino cerro del Cascajal, y a ellas se unió pronto casi toda la artillería del 1º cuerpo¹⁷⁹.

Para lanzar el ataque, Victor eligió la división Ruffin, la misma que había atacado previamente la posición en Casa de Salinas. La idea era que los tres regimientos de la división atacasen simultáneamente el centro y los dos flancos del cerro de Medellín, expulsando a los británicos de la cima. Al mismo tiempo, la División Lapisse realizaría una acción demostrativa al flanco izquierdo manteniendo empeñadas a las fuerzas del centro británico¹⁸⁰.

Antes de que el ataque se materializase tuvo lugar un incidente que, aunque de escasas consecuencias materiales, tuvo una gran repercusión en la imagen que se hizo Wellesley del ejército español. Mientras Victor bombardeaba Cerro Medellín y preparaba su ataque, la caballería de Merlín intentaba establecer contacto con la línea defensiva española sobre el Camino Real de Talavera. Moviéndose entre olivares y sembrados, los jinetes de Merlin provocaron la alarma en las líneas británicas y españolas¹⁸¹. Las primeras hicieron fuego de artillería,

mientras las segundas lanzaban una descarga generalizada de fusilería a lo largo de gran parte de su frente.

La combinación de la aparición francesa, el fuego de artillería, y la gran descarga de fusilería, cuyo efecto a la media luz del crepúsculo debió ser espectacular, provocó el pánico en parte de la línea española. Resonó el grito de traición, probablemente porque algunas unidades confundieron su propio fuego con el enemigo, pensando que se encontraban sobrepasados. Y de repente cuatro batallones abandonaron la línea y emprendieron la huida¹⁸². Afortunadamente la desbandada no se extendió, y las tropas de segunda línea mantuvieron sus posiciones. Los franceses tampoco parecieron apercibirse, y la descarga les produjo también un efecto desconcertante.

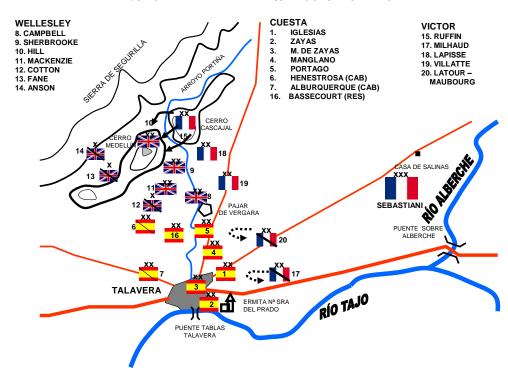
La caballería ligera encargada de ir a reconocerlas [las posiciones españolas], siendo recibida por una descarga que causó cierto desorden en las filas y determinó su retirada. 183

Pero el incidente tuvo como testigo al propio Wellesley, que en ese momento debía encontrarse en el extremo derecho de la línea británica, muy próximo a las líneas españolas. Los fugitivos pasaron a su lado, saqueando además lo que encontraban a su paso, entre otras cosas el tren de bagajes británico, en el cual algunos soldados de esa nacionalidad contagiados por el pánico iniciaron también la huída¹⁸⁴.

Cuando esos cobardes soldados escaparon, saquearon todo lo que encontraron a su paso, y en su huída desde Talavera, saquearon el equipaje del ejército británico, que estaba en ese momento valientemente empeñado en su defensa¹⁸⁵.

Basta este párrafo, escrito casi un mes después de la batalla, para comprender la impresión que le causó a Wellesley la desbandada de los batallones españoles. No era para menos pues la confusión reinaba en toda la línea, la noche se echaba encima, el enemigo mantenía una actitud muy agresiva, y existía un serio riesgo de desmoronamiento si se producía un ataque de entidad. Precisamente poco después de este incidente tal ataque se producía en el cerro Medellín.

27 JULIO. TALAVERA. EL ATAQUE NOCTURNO DE RUFFIN



Los tres regimientos de Ruffin comenzaron a avanzar a las 9 de la noche cuando aún no se había desvanecido del todo la luz del día¹86. Pero los franceses apenas gozaron de unos minutos de débil luminosidad para orientar sus primeros pasos hacia los objetivos marcados. Tras bajar al cauce del Portiña se debieron encontrar con el terreno difícil que aún hoy jalona lo que queda del cauce. Pendientes inclinadas, muros bajos, afloramientos rocosos y matorrales estorbaron sin duda la marcha de las columnas, desorganizándolas y confundiendo a sus oficiales. Como era de esperar, dos de los regimientos, los que avanzaban a los flancos, tuvieron problemas para encontrar sus objetivos. El 24º debía atacar el cerro por su flanco norte, y terminó perdido en el valle situado entre el Medellín y la Sierra de Segurilla. El 96º tenía como objetivo el flanco sur del cerro, pero encontró tales obstáculos al cruzar el cauce del Portiña que se retrasó enormemente¹87.

16

Sin embargo, el 9º ligero consiguió penetrar por el centro, arrollando los puestos avanzados británicos y cayendo sobre dos batallones de la *King's German Legion* que se encontraban descansando sobre el terreno. Ambas unidades fueron dispersadas con grandes bajas¹⁸⁸, y los

infantes del 9° se encontraron por unos instantes dueños de la cima del cerro Medellín. Afortunadamente para los británicos, el general Hill mantenía gran parte de su división en segunda línea, protegida en la contrapendiente, aunque tardó en darse cuenta la situación. De hecho, estuvo muy cerca de ser capturado o muerto cuando se acercó a la cima creyendo que los soldados que allí se veían eran británicos¹89. Comprendida la situación, reunió parte de sus fuerzas y lanzó una carga a la bayoneta que envió a los franceses de vuelta al Portiña. Un último intento de asaltar la cumbre por el último batallón el regimiento fue también rechazado por los británicos¹90

Los restos del 9º ligero se unieron en el cauce con el 24º, que regresaba sin haber podido entrar en combate, y con el 96º, que tras el tiempo perdido en el cruce del cauce solo había intercambiado algunas descargas con las líneas británicas, ya sobre alerta. Victor decidió que era suficiente y suspendió las operaciones ofensivas por aquella noche.¹9¹ Pero las tropas británicas y españolas se mantuvieron en alerta, con continuos intercambios de disparos entre los puestos avanzados y esporádicas alarmas¹9².

Los ataques del 27 pusieron de manifiesto tanto la enorme confusión que reinaba en las líneas aliadas como la profesionalidad de las tropas francesas. Victor había conseguido sorprender dos veces a los británicos causándoles 800 bajas y llegando a colocar alguna de sus unidades en el punto clave de la posición enemiga por algunos minutos. Tanto Wellesley como Hill, su segundo en el mando, habían estado a punto de ser capturados o muertos. Y en el sector español, las avanzadas francesas habían sembrado el pánico, provocando la deserción masiva de cuatro batallones.

Sin embargo, el ataque de Victor fue demasiado limitado en espacio y fuerzas. Solo con mucha suerte pudo haber obtenido algún resultado decisivo. Tanto Oman como Thiers afirman que, de haber estado presente allí un jefe resolutivo y con autoridad, como el Emperador, no se hubiera producido el ataque nocturno del día 27. En realidad esa era la opción más razonable. Retrasar las operaciones hasta la mañana del 28 hubiera permitido concentrar adecuadamente todas las fuerzas, y lanzar un ataque generalizado con las unidades prácticamente intactas. Tampoco puede descartarse que un jefe tan agresivo como Napoleón hubiese pedido un esfuerzo suplementario a sus tropas para lanzar un ataque general en la noche del 27. La desorganización en las líneas aliadas invitaba a ello. Pero, desde luego, nunca se hubiera producido el ataque parcial y sin autorización de Victor en presencia del Emperador.

Para Wellesley la experiencia del 27 debió ser aterradora, no tanto por su riesgo personal como por la constatación de que tanto las tropas británicas como las españolas sufrían enormes deficiencias en su comportamiento frente al enemigo. Las primeras habían mostrado un extraordinario descuido a la hora de guarnecer sus posiciones, y las segundas no dejaban muchas esperanzas sobre su fiabilidad en caso de una fuerte presión francesa. Por su parte, Cuesta estaba más acostumbrado a las desbandadas (todavía se estaba recuperando físicamente de las consecuencias de la última), pero el hecho de que su aliado británico hubiese sido testigo de tan vergonzosa huída debió removerle las entrañas. Las medidas que adoptó fueron extremas y brutales, enviando parte de su caballería a capturar a los fugitivos y dando orden de que estos fuesen diezmados, al tradicional estilo romano.

En términos prácticos eso significaba fusilar entre 200 y 250 soldados y oficiales, y era evidentemente una barbaridad, cuyos efectos sobre la moral de las tropas serían probablemente contrarios a los perseguidos. Parece ser que Wellesley intercedió para que no se consumaran las ejecuciones, y Cuesta debió reflexionar sobre ello, porque finalmente solo fueron fusilados entre 25 y 50 soldados¹⁹³

La pena de muerte en los ejércitos de la época era algo bastante común, y el propio Wellesley era firme partidario de su aplicación. Durante la campaña en la Península Oman señala 78 fusilamientos y 42 ahorcamientos entre las tropas británicas, amén de los casos de ejecuciones sumarias que podían ser aplicadas por los comisarios (*Provost Marshall*) en caso de delito flagrante. Pero nunca se llevó a cabo un escarmiento colectivo de proporciones semejantes al ordenado por Cuesta.

Después de la acción nocturna Victor dio novedades al rey, y le comunicó que repetiría la acción en cuanto amaneciese. Aquí José demostró su debilidad pues aceptó la propuesta de Victor de un nuevo ataque parcial.

Quizás se le podría haber dado la orden de esperar hasta que se hubiese reconocido completamente la posición enemiga, y hecho las disposiciones necesarias para una acción general; pero este mariscal, habiendo permanecido tanto tiempo en los alrededores de Talavera, debía conocer perfectamente su terreno, y parecía tan seguro del éxito que el rey le dejó libre para actuar como deseara¹⁹⁵.

La decisión fue extremadamente perjudicial. Al menos, la noche anterior se gozaba de la ventaja de la sorpresa, la desorganización de las líneas enemigas y la confusión que todo combate nocturno produce en tropas poco experimentadas. Pero lanzar un ataque parcial a plena luz del día era una invitación a un sangriento fracaso. Para colmo de males, Victor solo empleó una de sus divisiones en el ataque, y eligió la baqueteada división de Ruffin, que había realizado el frustrado ataque de la noche anterior.

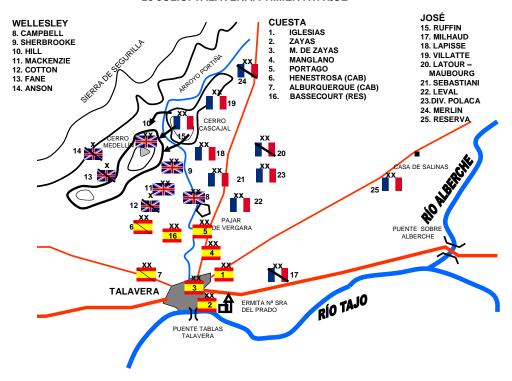
Para explicar cómo un jefe hábil y experimentado como Victor podía tomar una decisión tan equivocada habría que recurrir a analizar el complejo entramado de relaciones entre los miembros de la cúpula del ejército imperial, y la inmensa importancia que en él se daba al prestigio personal.

Hasta el momento el 1º cuerpo había hecho aparentemente muy poco aparte de retirarse constantemente ante el refuerzo de Cuesta y la aparición de los británicos. Desde un punto de vista estrictamente militar, Victor había hecho lo correcto, pues sus retiradas estaban justificadas, y habían permitido la reunión de las fuerzas francesas para contraatacar en condiciones favorables. Pero a Napoleón le impresionaban muy poco las maniobras dilatorias, que tanto gustaban sin embargo a Wellesley, y exigía victorias a sus mariscales.

Esto explica que Victor se lanzase rabiosamente a conseguir una victoria personal. Fue el típico caso en el que los intereses del prestigio personal del jefe se anteponen a la razón en la dirección de operaciones militares, normalmente con resultados muy negativos.

El ataque de la mañana del 28 tenía muy pocas posibilidades de éxito. Victor lanzó de nuevo a Ruffin a atacar el Cerro de Medellín, probablemente para que expiase el fracaso de la noche anterior. Pero sus hombres debían estar agotados, y en el caso del 9º ligero, diezmados por las bajas. La división Lapisse realizaría una maniobra de diversión en su flanco sur, y la división Villate permanecería en reserva. Al menos Victor concentró una considerable masa de artillería en Cerro Cascajal, con la que apoyar el ataque. Y Ruffin evitó lanzar al castigado 9º ligero de nuevo contra el centro del cerro. En su lugar avanzaría por el flanco derecho, mientras el 96º mantenía su dirección de ataque sobre el flanco sur, y el 24º lo hacía sobre el centro.

28 JULIO. TALAVERA. PRIMER ATAQUE



17

La preparación artillera, que batió casi toda la línea británica, fue bastante eficaz. Las unidades situadas en el cerro Medellín pudieron buscar refugio en la contrapendiente, pero no así la división de Sherbrooke, situada más hacia el sur. Wellesley solo tenía treinta piezas para hacer frente a la concentración artillera francesa, y la más pesada de ellas era de seis libras.

Tras la preparación, los regimientos de Ruffin avanzaron hacia sus objetivos. Los choques se desarrollaron casi todos bajo un mismo patrón. Cuando los batallones franceses, formados en columnas, se encontraban a unos cien metros de la cresta, las unidades británicas surgían desde la contrapendiente y lanzaban una devastadora descarga de mosquete que frenaba en seco el avance enemigo. Después, aprovechando la confusión, podía lanzarse un ataque inmediato a la bayoneta si la formación enemiga vacilaba, o se entablaba un duelo de descargas si permanecía firme. Los franceses desplegados en profundas columnas tenían dificultades para devolver el mismo volumen de fuego que les enviaban los británicos desplegados en línea¹⁹⁶.

Como era de esperar, en cuanto se comprobó que el ataque francés afectaba solo al cerro de Medellín, fue fácil para los británicos enviar refuerzos al sector amenazado. Concretamente Sherbrooke ordenó a su brigada de la izquierda atacar el flanco francés, lo que terminó de desmoralizar a los atacantes. Pocas horas después de iniciar el avance la division Ruffin estaba de vuelta en Cerro Cascajal tras sufrir 1.300 bajas¹⁹⁷.

El fracaso del ataque de Victor llevó a una pausa en las operaciones, que fue aprovechada por la tropa para comer¹⁹⁸, y por el mando francés para conferenciar. Aparecieron entonces las divergencias entre la visión agresiva a ultranza de Victor, y la más fría de Jourdan.

El punto de vista de Jourdan era que se había perdido la oportunidad de un ataque con éxito, que sólo hubiera sido posible concentrando la totalidad del ejército en la zona norte del campo de batalla, y aprovechando el valle al norte de Cerro de Medellín para envolver la posición enemiga. Algo que era ahora totalmente imposible ya que Wellesley había quedado perfectamente advertido de ese peligro por los anteriores ataques de Victor, y había movido una gran masa de caballería hacia el valle. En definitiva, el consejo de Jourdan era adoptar una posición defensiva y esperar a la llegada de Soult¹⁹⁹.

El mariscal terminó diciendo que era aconsejable permanecer en observación delante del ejército anglo-español, bien en la posición que se ocupaba, bien volviendo al Alberche, hasta el momento en el que los ingleses fuesen forzados a separarse de los españoles por la marcha del Duque de Dalmacia.²⁰⁰

Jourdan había puesto el dedo en la llaga respecto a los ataques de Victor. Estos no habían conseguido más que prevenir a Wellesley, hacerle ver sus puntos débiles y permitirle reforzar su despliegue defensivo. Se trata de un fenómeno habitual en las operaciones militares. El uso parcial y limitado de la potencia de combate propia contra un enemigo en defensiva no hace más que reforzarlo.

En el caso de la batalla que nos ocupa, Wellesley había dejado muy pocas opciones de ataque al enemigo, pues era difícil conseguir un resultado decisivo si no se controlaba el cerro de Medellín. Así pues, o bien se reiteraba un ataque, que esta vez debería tener carácter general, o bien se seguía el consejo de Jourdan, permaneciendo a la defensiva hasta que los tres cuerpos de Soult desembocasen en Plasencia dando un giro radical a la situación.

Pero evidentemente esta solución prudente no podía contentar a Victor, pues le dejaba como responsable del enfrentamiento con los anglo-españoles, en el que las únicas acciones habían sido sus dos ataques fracasados. Ante la sugerencia de Jourdan, Victor afirmó que la posición enemiga podría ser reducida por su cuerpo de ejército, si el de Sebastiani era empleado para atacar el resto de las líneas británicas. Y si no lo conseguía *il faudrait renoncer* à *faire la guerre* (habría que renunciar a hacer la guerra), frase lapidaria que se haría famosa²⁰¹.

El rey se encontraba en un dilema bastante difícil. Por un lado la fogosidad de Victor y por otro el sentido común que parecía emanar de la estrategia propuesta por Jourdan. En sus *Memorias* deja patente su impotencia ante los mariscales de su hermano, y ante la sombra terrible y omnipresente de éste

El rey, colocado entre dos consejos tan opuestos, estaba un poco confuso: por un lado el éxito le parecía bastante dudoso; por el otro sentía que si aceptaba el consejo del mariscal Jourdan, el duque de Belluno no dudaría en escribir al Emperador que se le había hecho perder la ocasión de una brillante victoria sobre los ingleses²⁰².

Pero dos noticias que llegaron en esos momentos terminaron por decidir a José. En primer lugar las fuerzas de Venegas habían llegado a Toledo, y procedían a bombardear la ciudad²⁰³ En segundo lugar, el mariscal Soult se quejaba en una carta de los retrasos provocados por la falta de artillería y la dificultad de reunir a Mortier y Ney, y afirmaba que no podría estar en Plasencia antes del 3 o quizás el 5 de agosto²⁰⁴.

La perspectiva de que Soult no aparecería en la retaguardia enemiga hasta seis u ocho días después cambiaba totalmente la situación. Aunque los más de 40.000 hombres bajo el mando del rey podían situarse en defensiva esos seis días, y rechazar fácilmente un ataque aliado, no podían permanecer inmóviles por tanto tiempo. No al menos con Venegas bombardeando las murallas de Toledo, y sus vanguardias cruzando el Tajo por Aranjuez. Por experiencias anteriores José podía suponer que una rápido movimiento hacia Venegas haría que el general español se replegase a una posición segura pero, o bien debería dividir sus fuerzas, o bien mover todo el ejército a las cercanías de Toledo, lo que dejaría libre el camino de Madrid a los aliados, e incluso podría conducir a que sus comunicaciones quedasen cortadas.

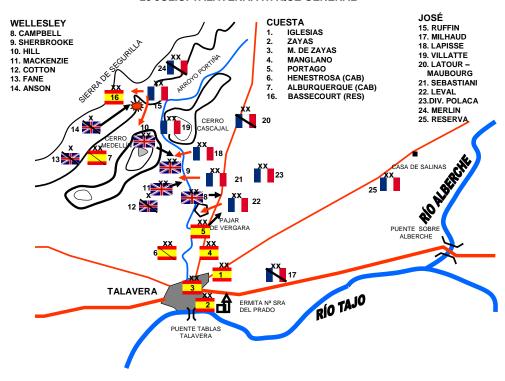
En esas circunstancias, José decidió arriesgar un nuevo ataque, esta vez general. Si tenía éxito sería sencillo girar su esfuerzo hacia Venegas. Y aunque no lo tuviera, un nuevo ataque podría debilitar al adversario lo bastante como para impedirle iniciar una rápida persecución. Y a esto contribuía el hecho de que, debido a lo abrupto y cubierto del terreno, la caballería francesa iba a tener un papel limitado en el ataque, y podría enfrentarse prácticamente intacta a cualquier intento enemigo de aprovechar el éxito.

En esas circunstancias, y con la información disponible, José tomó probablemente la decisión correcta. A mediodía los dos cuerpos de ejército franceses estaban dispuestos para lanzar el tercer ataque.

Al otro lado de la colina, Wellesley intentaba cubrir los huecos en sus filas. Y como sus fuerzas eran más bien escasas, y algunos batallones habían sufrido ya un duro castigo, se dirigió a Cuesta pidiendo refuerzos. El general español colaboró plenamente y cedió su unidad de reserva, la división Bassecourt con cinco mil hombres²⁰⁵ que, como el mismo Wellesley reconoció posteriormente, pasaba por ser la mejor unidad del ejército de Cuesta²⁰⁶. Posteriormente la división de caballería de Alburquerque desplegó a retaguardia de la caballería británica²⁰⁷.

Las deficiencias en la artillería británica también fueron remediadas en la medida de lo posible con un batería de piezas de 8 ó 12 libras según las versiones²⁰⁸. A estas habría que añadir la batería a caballo de la división de Alburquerque, y la artillería asignada a la división Bassecourt. Así pues, el refuerzo español fue considerable. A los 19.000 hombres y 30 piezas ligeras que le quedaban a Wellesley en condiciones de combatir, se unieron unos 5.000 infantes, 3.000 jinetes y una docena de piezas de artillería, algunas de ellas posiblemente de doce libras, con un alcance y potencia devastadora disparando con metralla.

28 JULIO. TALAVERA. ATAQUE GENERAL



El ataque francés estaba ahora mejor organizado, pero se enfrentaba a una posición defensiva ya probada. La línea francesa, de norte a sur, incluía a Victor, con la sufrida división Ruffin en el extremo norte, avanzando por el valle entre el Cerro Medellín y la Sierra de Segurilla. Seguía a su izquierda la división Villatte, que debería atacar el cerro de Medellín por su flanco norte. A continuación, la división Lapisse, última Victor. la división francesa de Sebastiani aproximadamente el centro británico, cubierto por Sherbrooke, entre el Medellín y el norte del Pajar de Vergara. Y por último, la división Leval, perteneciente al 4º cuerpo, y compuesta por alemanes, debía atacar el punto de unión aliado sobre el Pajar de Vergara. La guardia real y parte de la división Dessolles, que el rey había traído consigo, formaban la reserva, mientras la parte de la división polaca de Sebastiani que no se había quedado en Toledo formaba en apoyo de Leval²⁰⁹.

18

En cuanto a la caballería, los dragones de Milhaud debían mantener ocupado a Cuesta, Lautour Maubourg desplegaba a retaguardia del centro, mientras Merlin y Beaumont avanzaban tras el flanco norte²¹⁰.

Dada la naturaleza del terreno la acción de la caballería no era fácil, a no ser que se produjese una desbandada enemiga.

El ataque se descompone normalmente en tres partes, que no fueron totalmente simultáneas. El plan parece que era atacar primero en el centro, mientras la división alemana de Leval debía avanzar más retrasada, presionando sobre la zona del Pajar de Vergara y cubriendo el flanco sur de las tropas imperiales ante un posible contraataque español²¹¹.

Este ataque fijaría a la mayor parte de las fuerzas aliadas, permitiendo a Victor atacar por tercera vez el cerro de Medellín, esta vez aprovechándose del valle situado al norte para envolverlo y arremeter contra él desde el flanco, mientras la artillería del Cerro Cascajal batía a los defensores.

El ataque contra el Pajar de Vergara fue mal desde el principio, pues parece que las tropas de Leval se adelantaron en su avance, entrando en contacto con las líneas anglo-españolas prematuramente²¹². El reducto estaba ahora guarnecido por diez piezas, cuatro de ellas los potentes doce libras españoles, por lo que el fuego sobre los atacantes debía ser devastador. La división Leval flaqueó, y su ataque al norte del Pajar fue frenado en seco por la división Campbell, con el habitual procedimiento de descarga cerrada de fusilería a corta distancia seguida de inmediata carga a la bayoneta. Al sur del Pajar dos batallones españoles de la división Portago mantuvieron a raya a los atacantes, hasta que estos se unieron al repliegue general.

La división Leval aún realizó un último intento que sufrió similar suerte al anterior, y prácticamente terminó en desastre cuando el regimiento de caballería del Rey, uno de los de la división Henestrosa, lanzó una carga que desbandó a varios batallones y capturo cuatro piezas de artillería enemiga²¹³. En realidad Leval perdió ese día todas sus piezas, trece capturadas por los británicos y cuatro por los españoles²¹⁴.

En el centro las cosas no fueron tan bien para Wellesley, y poco faltó para que la batalla se perdiera en ese punto. El ataque inicial fue rechazado por la 1ª división de Sherbrooke, pero el contrataque británico fue demasiado lejos. Ambos flancos se adelantaron excesivamente y terminaron en perfecto desorden en mitad de los batallones franceses del segundo escalón. Hay que decir que, así como la formación en línea daba una apreciable ventaja a los británicos en defensiva, gracias a la potencia de fuego que brindaba, resultaba

enormemente problemática en ofensiva, ya que era muy difícil mantener las líneas en orden durante el avance.

La segunda línea de Sebastiani y Lapisse arrolló a gran parte de los batallones de la Guardia que desplegaban al flanco derecho de Sherbrooke, así como los de la *King's German Legion* situados en su flanco izquierdo. Las unidades intentaron regresar a sus líneas en completo desorden, acosados por las columnas de ataque francesas. El frente británico corría un alto riesgo de ser roto.

Este tipo de situaciones eran bastante difíciles de manejar en las batallas de la época. Al huir hacia sus líneas, los fugitivos servían de pantalla de protección para el ataque enemigo, aparte de que en su carrera desesperada podían llegar a arrollar a sus propias formaciones de segunda línea. Los franceses sabían bien que una desbandada en las líneas enemigas era el momento propicio para impulsar el ataque. Pero, como el terreno no permitía el empleo de la caballería, que hubiera sido el arma adecuada para aprovechar el desorden, fue la más lenta infantería de segunda línea la que intento sacar ventaja de la situación, lo que dio a Wellesley tiempo suficiente para reaccionar.

La situación en el flanco derecho de Sherbrooke se pudo salvar al ocupar parte de su frente una de las brigadas de Mackenzie, que en ese momento no estaba bajo ataque. Pero en el flanco izquierdo Wellesley comprobó que la división de Hill estaba empeñada con el ataque francés del norte. Decidió aún así extraer un batallón de la segunda línea, el 1/48, que fue enviado a tapar el hueco dejado por los alemanes de la *King's German Legion*.

El batallón aguantó a pie firme la embestida de la segunda línea francesa, dando tiempo a que los alemanes se reorganizasen y presentasen de nuevo un frente compacto. Lapisse fue mortalmente herido en uno de los asaltos, lo que debió desanimar a sus fuerzas. La situación se salvó así, aunque las bajas fueron muy significativas. Solo los batallones implicados en el avance excesivo a los flancos sufrieron alrededor de mil bajas y el general Mackenzie fue también mortalmente herido en los duros combates²¹⁵.

Por último, en el flanco norte, los ataques franceses también provocaron momentos críticos. El 9º regimiento ligero, muy castigado por los ataques anteriores, fue detenido por la división Bassecourt, desplegada en las estribaciones de la Sierra de Segurilla

Los franceses, en vista de este movimiento, guarnecieron de tiradores la cordillera de montañas de la izquierda del valle, los cuales fueron atacados por la quinta division de infantería de mi ejército, al mando del Mariscal de campo D. Luis Bassecourt, que les desalojó del puesto con mucha pérdida. ²¹⁶.

El enfrentamiento se tradujo en un intercambio de descargas de fusilería que no debió tener grandes consecuencias. Pero el resto de la división Ruffin y parte de la división Villatte, avanzaron por el pequeño valle al sur de la sierra, intentando el ataque al cerro de Medellín desde el norte, mientras el resto de la división Villatte aguardaba en el Portiña el momento de lanzarse al asalto desde el este²¹⁷.

Cuando este ataque se producía, el centro se había estabilizado, y eso permitió a Wellesley dedicar su atención a los sucesos en la zona norte. No obstante, la decisión que tomó ha sido en ocasiones criticada²¹⁸. Tras comprobar el avance francés, ordenó a Anson lanzar su brigada de dragones ligeros en una carga a través del valle.

La infantería francesa podía distinguir a la caballería británica, reforzada por la división del Duque de Alburquerque, desplegada en líneas al fondo del valle. Por eso, en cuanto Anson inició su movimiento, los regimientos galos se dieron cuenta de que se les venía una carga encima, y tuvieron tiempo de formar cuadros. Aquí está el origen de las principales críticas a la acción de Wellesley, pues lanzó su caballería ligera contra una infantería enemiga que la esperaba prevenida. Pero hay que decir a favor del británico que, al formar cuadros defensivos, la infantería francesa ofreció un excelente objetivo para la artillería situada en Cerro Medellín, entre ella los dos doce libras españoles.

Los jinetes de Anson, el 23º regimiento de dragones ligeros y el 1º regimiento ligero de la *King´s German Legion*, se lanzaron sobre las formaciones enemigas, aunque llegaron a ellas desorganizados, al parecer por la existencia de una zanja oculta en el terreno. Napier y Oman convierten el incidente de la zanja en una catástrofe que descabalgó y diezmó a gran parte del 23º ligero²¹⁹, mientras otros historiadores como Sañudo y Stampa, consideran que la zanja debió ser en realidad una depresión de poca profundidad, que desorganizó a los jinetes aunque sin provocar excesivas caídas²²⁰.

En cualquier caso, el ataque sobre los cuadros franceses se realizó de una forma totalmente descoordinada y sólo por una parte de los jinetes del 23º ligero. No está claro que el 1º de húsares alemanes llegase a cargar, aunque Oman así lo afirma²²¹, pero en cualquier caso los efectos sobre la infantería francesa fueron muy reducidos.

Para colmo de males, parte de los escuadrones del 23º ligero, prosiguieron su carga, indiferentes a los huecos en sus filas. Eligieron como objetivo a la primera línea de caballería ligera de Merlín, que asomaba tras los cuadros enemigos. Para la caballería francesa debió ser fácil esperar a los arrojados jinetes y sus agotadas monturas, abrir su despliegue y dejarles pasar, haciéndoles caer en medio de las líneas de Merlin. Los escuadrones fueron así aniquilados en su práctica totalidad.

Entonces, el 23º regimiento de dragones ingleses, pasando entre las divisiones Villatte y Ruffin se lanzó contra la brigada de Stroltz, compuesta de los regimientos 10º y 26º de cazadores a caballo. Este general, habiendo maniobrado de forma que se permitiese pasar al enemigo, lo cargó desde atrás, mientras el general Merlin, con los lanceros polacos y la caballería ligera westfaliana lo empeñaba en el frente. Los dragones ingleses, rodeados por todas partes, fueron todos muertos o capturados²²²

Pero, pese a lo desastroso de la carga, el efecto sobre las fuerzas francesas fue decisivo. Los cuadros de infantería habían sido duramente castigados por la artillería aliada, el cerro de Medellín seguía perfectamente defendido, y al fondo del valle podía apreciarse lo que quedaba de la caballería británica, que eran casi 2.000 jinetes²²³, respaldados por los 3.000 efectivos del Duque de Alburquerque. Y además el ataque en el centro había sido ya definitivamente rechazado.

En esas condiciones continuar el avance hubiera significado un desastre cierto. Conquistar el cerro de Medellín sería extremadamente duro y expondría el flanco de los atacantes a cinco mil jinetes aliados. Consciente de estas limitaciones Victor hizo replegarse a sus hombres a regañadientes.

Y así terminó la batalla de Talavera, aunque Victor no quería aceptarlo en absoluto. Presionó al rey para que utilizase sus reservas, la Guardia y la brigada Dessolles en un último impulso. Y el rey estuvo a punto de hacerlo, pero las circunstancias eran ya muy peligrosas para agotar las reservas²²⁴.

El ejército imperial había perdido casi 8.000 hombres²²⁵, y 17 de sus 80 piezas de artillería. Algunas unidades, entre ellas todas las de caballería, estaban casi intactas pero eran de poca utilidad en el terreno elegido por Wellesley para la batalla. La infantería estaba exhausta, y el

general Lapisse había caído herido en la cabeza dirigiendo el último intento de romper el centro aliado²²⁶.

Pero lo que más preocupaba a José y a Jourdan era que el ejército de Cuesta, al que se había prestado muy poca atención durante la batalla, estaba totalmente fresco y entero, peligrosamente situado a su flanco izquierdo. Si se lanzaba otro ataque, y Cuesta decidía de repente contratacar sobre ese flanco, gran parte de la fuerza francesa podía quedar en una situación muy difícil. Y además el rey perdería su comunicación con Madrid, y se vería obligado a replegarse hacia Avila, dando por perdida la capital.

Las dudas del rey se reforzaron por los indicios de movimiento de las tropas españolas. Victor insistió en que éstas permanecían inmóviles, pero la tarde ya estaba cayendo, y el momento para un ataque había pasado. Las versiones de lo que ocurrió entonces son dispares. José asegura en sus Memorias que pensaba seguir combatiendo, y que sólo se replegó cuando Victor inició el repliegue sin consultarle

Esta retirada, llevada a cabo sin necesidad, sin orden del jefe del ejército y contra su voluntad, fue objeto de una viva disputa entre el mariscal Victor y el general Sebastiani²²⁷.

Thiers da una versión más verosímil: José acuciado por las dudas, no sabía que hacer, aunque dio orden a Victor para que preparase la retirada. Este obedeció, y ordenó a Sebastiani replegarse a medianoche, pero mientras tanto siguió intentando convencer al rey para un ataque a la mañana siguiente. El rey era un mar de dudas

José pasó una parte de la noche entre crueles dudas, rodeado de oficiales que decían los unos que estaban rodeados por la derecha y por la izquierda, y los otros, al contrario, que los ingleses parecían inmóviles en sus posiciones e impedidos para dar un paso adelante.²²⁸

Sebastiani vino a disipar las dudas ya que, ignorante de las discusiones en el entorno del rey, inició la retirada a medianoche, como le había ordenado Victor. Comenzado así el repliegue, a los demás no les quedó más remedio que continuarlo²²⁹.

Pese a las críticas de historiadores posteriores, como Thiers o Napier²³⁰, la decisión de replegarse era probablemente la más correcta.

Las posibilidades de romper el frente de Wellesley con los cinco mil hombres de reserva eran muy remotas. Aunque con sus filas muy castigadas, Wellesley se mantenía firme en sus posiciones, y podía rechazar cualquier cosa que no fuese un ataque general en todo el frente moviendo simplemente sus unidades de un lado a otro. Los refuerzos enviados por Cuesta estaban prácticamente intactos, y cabía la posibilidad de que el general español pudiese enviarle más para taponar los huecos en sus filas.

Además hay que tener en cuenta que la información que manejaba el rey era mucho más alarmante que la que posteriormente conocerían los historiadores. José no sabía que Sir Robert Wilson solo contaba con 4.000 efectivos y no con 10.000 como él creía. Ni sabía que Venegas se mostraba extremadamente reticente a avanzar, y la división enviada a Toledo apenas estaba hostigando a la guarnición. Tampoco podía saber que Wellesley aconsejaba a Cuesta no realizar ninguna acción ofensiva sobre el flanco, y que éste parecía satisfecho con su inactividad. Así pues, la imagen formada en la cabeza del rey, que incluía 10.000 portugueses a su flanco norte, un Venegas dispuesto a marchar incansable hasta Madrid y un Cuesta que en cualquier momento podía atacar su flanco sur, aunque totalmente falsa, era lo suficientemente preocupante como para justificar la retirada.

Desde el punto de vista táctico la batalla había terminado en tablas, aunque con ventaja para los aliados que, después de todo, habían mantenido su posición. Las bajas era similares, algo superiores en las filas francesas, que además habían perdido parte de su artillería lo cual, como el mismo José reconoció daba pie a Wellesley para proclamar victoria.

Sin embargo la victoria era relativa. Las fuerzas francesas, bien que castigadas, mantenían su capacidad de combate y no habían perdido su línea de comunicaciones con Madrid. En el bando aliado, pese a que la proporción de bajas había sido menor, éstas se repartían muy desigualmente. Wellesley había perdido la cuarta parte de sus soldados²³¹, mientras que Cuesta oficialmente perdió 1.201 efectivos, aunque no se sabe bien si estas bajas se sufrieron en la batalla, o incluían los combates previos en Alcabón, o incluso los dispersos en la desbandada de la noche del 27 de julio. En resumidas cuentas el ejército británico estaba seriamente desgastado, y el de Cuesta casi intacto. Pero no era probable que Wellesley pudiera reanudar la ofensiva y, sin el apoyo británico, resultaba difícil que Cuesta pudiese volver a

aventurarse en solitario, teniendo en cuenta además sus carencias logísticas.

Así pues, pese a verse obligado a abandonar el campo de batalla, José había conseguido su objetivo principal, aunque probablemente no era todavía consciente de ello. El gran ejército aliado que amenazaba la capital estaba ahora paralizado por las bajas y la crisis logística, y él disponía de tiempo para volverse contra Venegas con una fuerza suficiente, antes de que los aliados pudiesen pasar de nuevo a la ofensiva. Y por añadidura se había ganado tiempo para que Soult ejecutase finalmente su maniobra sobre la retaguardia aliada.

CAPÍTULO V

EL AVANCE DE SOULT Y EL FINAL DE LA CAMPAÑA

ras replegarse del campo de batalla en la noche del 28 al 29 de julio, José tenía que hacer frente a una serie de tareas acuciantes. La primera era comprobar si Cuesta y Wellesley mantenían todavía fuerzas y ánimo para seguirle. El rey pudo comprobar pronto que esto no era así, pues solo algunas partidas de reconocimiento se aventuraron a cruzar el Alberche para obtener información sobre las fuerzas francesas¹.

La inactividad aliada permitía a José emprender un contraataque contra Venegas con mayor tranquilidad, utilizando el 4º cuerpo de Sebastiani y la reserva para el ataque, y dejando a Victor en observación de los movimientos aliados. El día 30 las fuerzas francesas estaban en Vargas, y se enlazó con la guarnición de Toledo, pero las noticias seguían siendo preocupantes, pues llegaba información sobre la reunión de todo el ejército de La Mancha en Aranjuez, para intentar proseguir la marcha hacia Madrid. El 1 de agosto, Victor se replegaba hacia Maqueda ante nuevas informaciones sobre movimientos de sir Robert Wilson hacia el este. Esto llevó a José a situar su ejército en Illescas, listo para reforzar a Victor si era necesario, o para enfrentarse a Venegas si éste cruzaba el Tajo en Aranjuez².

Un tarea no menos exigente era intentar explicar al Emperador lo que había ocurrido en Talavera que, pese a haber permitido obtener cierta ventaja estratégica, seguía asemejándose bastante a una derrota. El 29 de julio José dirigió a su hermano el primer informe sobre la batalla:

Sire, ayer el ejército inglés ha sido forzado en sus posiciones, la derecha apoyada en Talavera, la izquierda en un cerro de difícil acceso. Además de los 25 a 30 mil ingleses mandados por Wellesley, nos hemos enfrentado al ejército de Cuesta, que se elevaba a 35 ó 40 mil hombres. La batalla ha sido enconada; hemos sufrido pérdidas; el enemigo ha defendido sus posiciones con el mayor empeño³.

José aprovecha la ocasión para mostrar lo apurado de su situación, rodeado por una fuerza enemiga muy superior⁴. Pero Napoleón no

recibirá excesivamente bien las noticias de su hermano, Ya el 7 de agosto, cuando todavía no tenía noticia de la batalla, y solo había recibido información acerca de la presencia de 23.000 británicos en Talavera, Napoleón dejaba claro su malestar.

Es mala suerte que el mariscal Soult haya maniobrado tan mal que no se haya reunido con el Rey. Espero que el Rey con la guarnición de Madrid y los cuerpos 1º y 4º, con un total de 55.000 hombres, habrá tomado posiciones para impedir que el enemigo intente tomar Madrid⁵.

Mientras José intentaba convencer a su hermano de que había logrado una hazaña deteniendo el avance de Cuesta y Wellesley, estos últimos contemplaban todo el horror que sigue habitualmente a la batalla. Centenares de cadáveres y miles de heridos yacían sobre el terreno. El espectáculo de desolación se había visto dramáticamente incrementado por el incendio de la vegetación en la zona del valle cercano al Cerro de Medellín. La hierba y los arbustos secos se habían prendido, probablemente a causa de disparos de artillería⁶, y el viento hizo que las llamas se propagasen rápidamente por el campo de batalla, quemando horriblemente los cadáveres y algunos heridos que no habían podido ser retirados.

Evidentemente, en pleno verano y con un calor considerable, la tarea de enterrar los cadáveres era urgente, y de hecho el trabajo era tan inmenso que finalmente se comenzó a quemar los cuerpos⁷. El paisaje de la batalla se pobló también de los habituales saqueadores de cadáveres. Napier habla de soldados y civiles españoles rematando a los heridos franceses, algo que los británicos intentaban impedir⁸. Como siempre es posible que Napier exagerase, aunque la escena del saqueo de muertos y heridos tras una batalla era habitual en la época. Y entre españoles y franceses mediaban atrocidades suficientes como para que la piedad fuera un sentimiento habitualmente ausente.

En las horas posteriores a la batalla, el sentimiento de haber luchado juntos pareció unir a ambos contingentes en gestos de aprecio hacia sus aliados. Londonderry habla sobre los halagos españoles:

Debo decir igualmente en su favor que ellos [los españoles] estaban maravillados del buen comportamiento de nuestros soldados, y que declaraban con la elocuencia declamatoria que les es propia, que aquellos que pretendían que los ingleses combaten peor en tierra que en la mar habían mentido doblemente⁹

Los generales no se quedaban atrás en las muestras de aprecio al aliado. Cuesta proclamaba

Faltaría a mi deber si no explicase a V.E. para noticia de S.M., que es superior á todo elogio la conducta del Gefe inglés, Sir Arturo Wellesley, y la de los generales, jefes, oficiales y tropa de su valiente ejército¹⁰.

Incluso el gélido Wellesley se permitía palabras de reconocimiento a sus aliados

Estoy muy satisfecho con la conducta de los oficiales y tropas españolas que tuvieron oportunidad de apoyarnos. La división Bassecourt nos fue de gran utilidad cubriendo nuestro flanco en una montaña. El regimiento de caballería que creo que se denomina del Rey, hizo una excelente y oportuna carga sobre nuestra derecha, y el Duque de Alburquerque, que estaba a retaguardia de nuestra izquierda, mostró a lo largo del día la mayor disposición para hacer lo que yo desease. Dos piezas de artillería de 8 libras que me prestó el general Cuesta, fueron asimismo muy útiles para nosotros¹¹.

Pero las condiciones objetivas en las que se encontraban ambos ejércitos no eran propicias para la confraternización. Se había producido una enorme desproporción entre las bajas británicas y las españolas, y los suministros escaseaban cada vez más. En esas condiciones comenzó una competición por los recursos que exaltó sobremanera los ánimos. Ya antes de la batalla, Cuesta se quejaba de que los británicos se habían apoderado de los 19 hornos de pan que había en Talavera. Y poco después era Wellesley el que se quejaba de que los españoles se apropiaban de equipo británico

Durante la acción del día 28 muchos de los caballos de nuestros dragones y de la artillería, se extraviaron, y los rezagados del ejército español que están detrás de la ciudad tomaron posesión de ellos... También creo que, en la mañana del 29, cuando nuestros oficiales y soldados estaban ocupados recogiendo a los heridos y

enterrando a los muertos, las armas y equipo de unos y otros fueron recogidos por los soldados españoles que se los llevaron con ellos¹³

Napier va incluso más lejos y afirma que el mal comportamiento de civiles y soldados españoles con los británicos sembró las bases de una enemistad mutua que perduró a lo largo del conflicto. Y que incluso los excesos de las tropas británicas en el asalto a plazas como Badajoz o San Sebastián tuvieron su origen en el mal trato sufrido en la campaña del Tajo¹⁴. Como siempre hay que considerar a Napier exagerado y escasamente imparcial, obsesionado siempre en su cruzada personal contra España. Pero lo cierto es que todos los testimonios de los británicos participantes en la batalla, empezando por el de su comandante en jefe, indican que los británicos se sintieron muy maltratados por los españoles.

Las dos razones principales para ello eran la falta de provisiones y las dificultades para atender a los heridos. Ya se ha comentado que, a partir del día 23 de julio, los británicos no recibieron regularmente sus raciones. La batalla de Talavera no había hecho sino empeorar las cosas, pues había reunido a casi 60.000 hombres en un espacio reducido, y previamente esquilmado de recursos, mientras gran parte de los conductores civiles que llevaban los carros de abastecimiento no habían osado acercarse al lugar de la batalla. Esto afectaba a los dos ejércitos como refiere el propio Cuesta

No tengo lugar para entrar en mas pormenores, habiendo estado con todas mis tropas sobre las armas por tres días en el campo de batalla, con falta total de provisiones, ni medios de alcanzarlas, pues la comisaría y sus dependientes en este ramo se ausentaron de ambos egércitos en cuanto oyeron los primeros tiros¹⁵.

Cuesta se refiere probablemente a los proveedores contratados por los comisarios, que lógicamente no quisieron arriesgar ni sus vidas ni sus mercancías acercándose al lugar del combate. Pero es posible que este fenómeno afectase también a los civiles de los trenes de víveres y bagajes, de los que debía haber un gran número en ambos ejércitos. En cualquier caso el resultado fue un desabastecimiento aún mayor del sufrido antes de la batalla. Y en la competición por los escasos recursos locales, parece evidente que los españoles, moviéndose en su propio

país y su propia lengua, debían gozar de una abrumadora ventaja sobre los británicos.

Estamos miserablemente abastecidos de provisiones y no se cómo remediar este mal. Los ejércitos españoles son tan numerosos que devoran el país entero. No tienen almacenes, y nosotros tampoco, y no podemos recolectar nada, y se producen peleas por cualquier cosa¹⁶.

Las quejas de Wellesley parecen refrendadas por sus subordinados. El capitán de caballería Peter Hawker narra cómo los españoles monopolizaban cualquier artículo, y él estuvo los tres días de la batalla sin probar bocado¹⁷. No obstante, en otra parte de su diario el capitán menciona que el día 28 se les distribuyó vino y algo de pan¹⁸. Las exageraciones ante una situación de carencia a la que los británicos no estaban acostumbrados debieron ser abundantes. Pero lo cierto es que la situación era muy preocupante. El mayor problema de las subsistencias parecía ser precisamente el pan. Londonderry comenta que, después de la batalla "no había pan ni bizcocho, y el ganado que hasta entonces había sido bastante abundante, comenzaba a escasear". ¹⁹

Las dificultades para tratar a los heridos en Talavera fueron otro motivo de discordia, aunque en este caso poco podían hacer las autoridades españolas. La ciudad estaba devastada, y la mayor parte de sus habitantes habían huido²⁰. Una ciudad de apenas 7.000 habitantes difícilmente podía sostener al inmenso número de heridos de todos los ejércitos producidos en la batalla, que llegaban probablemente a los cinco mil²¹. Simplemente el acondicionamiento de locales como hospitales y el transporte de los heridos hasta ellos debió ser una actividad titánica. Inevitablemente, muchos debieron ser dejados en las calles de la ciudad hasta encontrarles un alojamiento²², y los cirujanos no daban abasto para atender tal número de pacientes²³. Es de suponer que muchos heridos fallecieron por no poder recibir una atención adecuada.

El coronel Mackinnon, que a partir del 31 de julio se hizo cargo del mando de las tropas británicas en Talavera, narra como la mayor parte de los heridos fueron alojados en los conventos de la localidad, o en casas abandonadas por sus propietarios²⁴. Los más leves fueron enviados a sus unidades en cuanto fue posible²⁵, pero aún así la

concentración de heridos en Talavera seguía desafiando cualquier gestión medianamente razonable con los escasos recursos disponibles.

La gran cantidad de heridos y muertos había menguado sensiblemente la capacidad de combate del ejército británico, pese a que el mismo día 29 se pudo recuperar en cierta medida con la incorporación de los 3.000 hombres de la brigada ligera de Robert Craufurd. Intentando llegar a tiempo para la batalla, la brigada había recorrido 43 millas a marchas forzadas en 22 horas²⁶. En cualquier caso, todas las tropas estaban agotadas, y algunas de las unidades sufrieron bajas del 50% e incluso más, lo cual significaba que debían ser reorganizadas. Y eso, unido a la escasez de suministros y la atención a los heridos, hacía imposible iniciar cualquier avance.

Pero, pese a todas las dificultades, parece que Wellesley estaba dispuesto a avanzar, o al menos a apoyar el avance de Cuesta. Era una actitud lógica pues, de no hacerlo, estaba claro que el rey José podría concentrar una fuerza considerable contra Venegas, obligándole de nuevo a replegarse hacia Despeñaperros. Pero, por otro lado, Wellesley estaba seguro de que la batalla de Talavera iba a obligar a las fuerzas francesas en la Península a concentrarse sobre su posición. No obstante, su idea era que el esfuerzo enemigo se dirigiría más bien sobre sus líneas de comunicaciones, utilizando los cuerpos franceses en Castilla para penetrar quizás hacia Ciudad Rodrigo y Almeida, según la dirección originalmente prevista por Soult, para girar después hacia Abrantes²⁷. En líneas generales Wellesley estaba dispuesto a seguir colaborando con Cuesta, pero siempre con el mínimo riesgo y en tareas de apoyo

Mi intención es conseguir que Cuesta los siga, sobre todo si han destacado un cuerpo esta mañana para oponerse a Venegas, quien creo que ayer entró en Toledo; y yo seguiré tan pronto como mis tropas estén un poco descansadas y recuperadas, después de dos días de la lucha más dura a la que nunca he asistido. Ciertamente avanzaremos hacia Madrid si no somos interrumpidos por algún accidente en nuestro flanco²⁸.

Por otro lado, en ningún momento olvidaba su misión principal de defender Portugal, y no se mostraba demasiado inclinado a penetrar profundamente en España. De hecho toda su colaboración con Cuesta estaba condicionada a que la seguridad de sus líneas de comunicación con Portugal no fuese amenazada.

Si, mientras estoy operando en la causa común, no puedo en ninguna circunstancia estar en una situación tan segura como debiera, debo abandonar la causa común y buscar mi seguridad girando y atacando al ejército que pueda amenazar mi flanco, dejando que Cuesta arregle sus asuntos como pueda²⁹.

Así pues, el británico se mostraba más bien partidario de adoptar un papel secundario en una eventual ofensiva sobre Madrid, o sobre los restos de las fuerzas de José. Papel que estaría siempre condicionado a la seguridad de las fronteras portuguesas y de sus comunicaciones con Portugal. De momento, temiendo que Soult reaccionase contra la ofensiva aliada intentando penetrar en territorio portugués desde el valle del Duero, ordenó a Beresford avanzar hacia la frontera portuguesa, y tratar de coordinar sus acciones con La Romana en Galicia³⁰. Wellesley pensaba que entre ambos podrían reunir una fuerza de 40.000 hombres, aunque exageraba la fuerza real de La Romana. En cualquier caso, a esta fuerza podían añadirse varios miles de combatientes del Duque del Parque, que operaba desde Ciudad Rodrigo. Entre todos ellos podían ser capaces de enfrentarse a la ofensiva francesa, y además formar una cadena que aseguraría tanto la frontera portuguesa como el flanco de Wellesley, a quien ya le preocupaba la posible amenaza sobre sus líneas de comunicaciones si Soult atravesaba el Puerto de Baños.

Una posición que pueda impedir al enemigo atacar el Puerto de Baños con una gran fuerza (hay un pequeño cuerpo español encargado de ello actualmente) sería de la mayor utilidad para mí. Si La Romana y usted se comunican y se entienden bien el uno al otro, podrían colocarse cada uno en una posición que permitiría cubrir al mismo tiempo Portugal y Ciudad Rodrigo³¹.

La preocupación por el Puerto de Baños no tardó en confirmarse. El día 30 de julio, el sistema de inteligencia español al norte del Sistema Central, que hasta entonces apenas había podido detectar la concentración francesa, volvió a dar señales de vida. Cuesta y Wellesley recibieron información acerca de la petición francesa para que les fuesen suministradas 12.000 raciones en Fuentidueña y 24.000 en Los Santos, ya cerca del Puerto de Baños³². La intención del enemigo de

penetrar en Extremadura a través del Puerto de Baños se hacía evidente.

Como ocurría siempre que cualquier amenaza se cernía sobre sus comunicaciones, la reacción de Wellesley fue rápida y decidida. Propuso a Cuesta enviar rápidamente una fuerza española que reforzase la guarnición del Puerto de Baños³³. Pero nuevamente se topó con una visión diferente del anciano general español.

La opinión de Cuesta era que destacar tal fuerza sería de bien poco provecho. Si se enviaba una fuerza pequeña, como una división, no podría hacer nada contra un cuerpo francés como el de Soult. Si se enviaban varias divisiones se debilitaría sensiblemente al ejército aliado, ya debilitado de por sí, haciendo muy difícil que pudiese volver a tomar una actitud ofensiva contra José. Además, incluso avanzando a marchas forzadas, ningún destacamento conseguiría llegar al Puerto de Baños desde Talavera en menos de tres días, y para entonces sería probablemente tarde³⁴.

El general español pensaba que era preferible ignorar la penetración francesa, que tardaría aún tiempo en materializarse a su retaguardia, y aprovechar ese tiempo para lanzar un potente ataque contra Victor. Este tendría que replegarse, lo que obligaría a José a replegarse también, so pena de terminar bloqueado entre Venegas y el ejército aliado. Una vez expulsado José de la capital, no sería difícil girar contra la nueva amenaza francesa que, como entonces pensaban tanto Cuesta como Wellesley, sólo incluía un cuerpo francés de unos 12.000 efectivos.

Si destacamos alguna tropa para encontrar á los unos, quedaremos demasiado débiles para resistir á los otros; y por tanto será necesario que ataquemos á Victor, no obstante su aumentada fuerza, antes de la llegada de Soult, á quien creemos ya en las cercanias de Plasencia. Esta qüestion se ha de resolver mañana.³⁵

Para Wellesley, sin embargo, la cosa no estaba tan clara. El simple hecho de que sus comunicaciones con Portugal pudiesen interrumpirse, siquiera temporalmente, no podía por menos que inquietarle. Su capacidad para operar en España se estaba reduciendo alarmantemente, debido a las carencias logísticas y las bajas sufridas. Y que su ejército quedase bloqueado en el interior de España, cuando los franceses podían estar preparando un nuevo ataque sobre Portugal, iba a ser algo muy difícil de explicar a su gobierno.

Al contrario que Cuesta, el general británico pensaba que una división podría detener temporalmente al cuerpo francés en Baños o, caso de llegar tarde, podía al menos actuar como fuerza de observación, retardando el avance francés, y manteniendo informado al ejército aliado sobre la progresión enemiga³⁶. Pero las diferencias de prioridades entre ambos generales crearon el desacuerdo, lo que acentúo aún más el malestar de Wellesley. Lo cierto es que la visión de Cuesta no carecía en absoluto de sentido si, como pensaba el español, el objetivo final era expulsar a los franceses de Madrid. Y la de Wellesley, por el contrario, era lógica si, como pensaba el británico, el objetivo principal era asegurar la frontera portuguesa. ³⁷

El caso es que ambos estaban equivocados ya que disponían de información incompleta. La fuerza francesa que avanzaba hacia el Puerto de Baños no era un cuerpo de ejército, sino tres. Y además se movían mucho más rápido de lo que tanto Cuesta como Wellesley habían supuesto. El 1 de julio, el mismo día que el británico solicitaba el envío de una división al Puerto de Baños, las vanguardias del cuerpo de Mortier lo cruzaban prácticamente sin encontrar resistencia, y un día más tarde entraban en Plasencia. La temible velocidad de marcha de las fuerzas francesas estaba tejiendo rápidamente una red mortal.

Sin embargo, José se quejaba amargamente de la lentitud de Soult, que debió recibir la orden de avanzar hacia Plasencia el 24 de julio y no comenzó a mover el 5º cuerpo de Mortier hasta el día 2738. Pero Soult no quería correr riesgos, y no estaba dispuesto a iniciar su avance hasta tener a los tres cuerpos de ejército razonablemente reunidos. Era lógico que pretendiese evitar que el ejército anglo-español tuviese la oportunidad de batirlos sucesivamente por avanzar excesivamente separados. Y reunir los tres cuerpos implicaba esperar a Ney, que debía incorporarse desde León a la zona de Salamanca. En realidad mover 50.000 hombres era una tarea formidable en España, va que resultaba casi imposible abastecerlos en marcha, y las fuerzas francesas no disponían de una organización logística eficiente. Por eso hay que disculpar parcialmente a Soult. Lo cierto es que cuando Mortier comenzó a moverse, avanzó 130 kilómetros en cinco días, desalojando a las tropas españolas del Puerto de Baños, y ocupando Plasencia, donde capturó el hospital de retaguardia británico con 350 heridos y enfermos³⁹.

Mientras Mortier irrumpía en la retaguardia aliada, José y Sebastiani estaban ocupados con Venegas. Éste se encontraba el día 29 en Aranjuez con su grueso, y ese mismo día recibió una comunicación de la Junta Central que le nombraba capitán general interino de Castilla la Nueva, encargándole la organización del gobierno provisional de Madrid, caso de que el enemigo abandonase esa plaza⁴⁰. Se trataba de una orden extraña, teniendo en cuenta que era Cuesta quién ostentaba el mando de ambos ejércitos, y además el esfuerzo principal para expulsar al ocupante de la capital. Pero la Junta seguía desconfiando sin duda de un Cuesta muy crecido caso de que consiguiese liberar la capital.

En esta misma comunicación recibió otras instrucciones que tuvieron peores consecuencias por causa del desfase temporal en la recepción de la información, habitual en aquella época. La Junta había recibido noticia de Cuesta acerca de la detención británica en el Alberche el día 24. La recibió probablemente el día 26; y el 27, cuando se libraban ya los prolegómenos de la batalla de Talavera, envió a Venegas el aviso de que extremase la precaución, pues la detención de Wellesley hacía muy peligroso cualquier intento de avance⁴¹.

Nuevamente la intromisión de la Junta Central en la cadena de mando tuvo un efecto muy pernicioso. La Junta trabajaba con informaciones que le proporcionaba Cuesta, y que tardaban unos dos días en llegar desde Talavera hasta Sevilla. Las órdenes consecuencia de esas informaciones tardaban entre dos y tres días más en alcanzar a Venegas. Así pues, se le proporcionaba a éste información con cuatro, y hasta cinco días de retraso. En cambio Cuesta podía enviar órdenes a su subordinado que llegaban en uno o dos días. Y además, su conocimiento de primera mano de la situación en el frente, le hubiera permitido corregir informaciones equivocadas, enviando a Venegas despachos de corrección caso de que sucediesen acontecimientos que desmintiesen las informaciones contenidas en la correspondencia anterior. Así pues, la decisión de la Junta de seguir manteniendo la comunicación con Venegas ayudó a incrementar el desfase temporal de la información, y a promover en suma la confusión sobre la situación real.

Sin embargo, Cuesta tampoco está libre de culpa. De hecho su correspondencia con Venegas era tan escasa que difícilmente podía transmitir a éste último una visión actualizada de la situación. El día 27 debió comunicar a su subordinado que el ejército aliado estaba preparado para librar batalla con las fuerzas de José. Esta información hubiera llegado a Venegas el día 28 ó 29, y le hubiera permitido

desechar la información de la Junta por anticuada. Pero Cuesta no comunicó nada a Venegas hasta el 29, y la información le llegó al jefe del ejército de la Mancha el 30⁴². Así pues, la escasez de informaciones recibidas de su jefe y el exceso de ellas que recibió de la Junta mantuvieron a Venegas prácticamente inactivo entre el día 27 y el 30 de julio.

Además, en su despacho del día 29, Cuesta advertía a Venegas que evitase el encuentro con los enemigos hasta que el ejército aliado pudiese descansar y reanudar la marcha⁴³. En esta ocasión la advertencia fue oportuna, pues José y Sebastiani marchaban ya hacia Toledo con más de 20.000 efectivos, y podían haber causado serios problemas a Venegas caso de encontrar a éste al lado norte del Tajo.

Pero el ejército de la Mancha se encontraba relativamente seguro al sur del Tajo, y dominando los puntos de paso. En Toledo, los cañones de Lacy seguían bombardeando la ciudad desde las alturas al sur del río⁴⁴. Y en Aranjuez era muy aventurado para las fuerzas francesas lanzarse a cruzar el Tajo con el grueso de Venegas situado al otro lado. Como ya se ha descrito antes, José prefirió evitar empeñarse con el ejército de la Mancha, pues no estaba nada seguro de que Cuesta y Wellesley no reanudarían la marcha hacia Madrid. En consecuencia se situó en una posición intermedia en Illescas.

La presencia de tropas francesas a su retaguardia, y la evidencia de que su aliado británico se negaría a avanzar contra Victor hasta que se hubiese solucionado el problema anterior, llevó a Cuesta a presionar a Venegas para que avanzase.

En estas circunstancias he acordado con el general Wellesley escribir à V.E., como lo executo con extraordinario, para que se dirija con todas sus tropas sobre Madrid sin perder instante, á menos que se oponga à ello el nùmero de las enemigas que alli haya, no quedándonos duda del grande apoyo que encontrarà V.E. en la mayor y mas sana parte de los habitantes, y de que al rei intruso y sus tropas no les quedará mas arbitrio que el de encerrarse en el Retiro, ó huir precipitadamente, y que esta operación alarmarà de manera à Victor, que le obligue à destacar una parte considerable de sus fuerzas⁴⁵.

Lo cierto es que la orden de Cuesta llegaba en mal momento. José ya había orientado a su reserva y a Sebastiani sobre Venegas, y si éste avanzaba al norte del Tajo tendría que afrontar una batalla campal con fuerzas ligeramente inferiores en número, pero muy superiores en calidad a las suyas. Además, dentro de la maquiavélica forma de pensar de los generales españoles de la época, Venegas podía suponer que Cuesta le estaba enviando al sacrificio, ordenándole una acción muy arriesgada para atraer al grueso de las fuerzas francesas al sur de Madrid, y dejar así libre al ejército anglo-español para avanzar hacia la capital. Así pues contestó a Cuesta con evasivas, y no avanzó

Pero es preciso conocer también que el general Cuesta en nada ménos pensaba que en acercarse de nuevo á los enemigos, y que todo su conato se reducía á que adelantándome yo, aislado y con imprudencia sobre Madrid, se los quitase de sus cercanias, y lo libertase del nuevo acometimiento que tenía⁴⁶

La situación de estancamiento al sur de Madrid contrastaba con la fluidez de los acontecimientos en la retaguardia del ejército anglobritánico. El día 1 de agosto Wellesley no había conseguido todavía convencer a Cuesta para que enviase una división al Puerto de Baños, mientras éste último tampoco había logrado que el británico se comprometiese a atacar a Victor. El mal humor de Wellesley alcanzó cotas muy altas tras recibir una carta del secretario de la Junta Central Martín de Garay⁴⁷. Con la habitual habilidad de la Junta para enviar mensajes inoportunos, Garay reprochaba a Wellesley su inactividad, al negarse a avanzar con Cuesta el día 24. Y el mensaje llegaba justo en un momento en el que 5.000 británicos yacían muertos o heridos tras una batalla encarnizada. Además, era la tercera vez que Martín de Garay se dirigía directamente a él, en lugar de hacerlo a través del embajador británico. La reacción de Sir Arthur fue todo lo airada que el carácter del británico permitía suponer.

No es una cuestión difícil para un caballero en la situación de Don Martín de Garay, sentarse en su despacho y escribir sus ideas acerca de la gloria que resultaría de expulsar a los franceses a través de los Pirineos; y creo que no hay hombre en España que haya arriesgado más, o sacrificado más para lograr ese fin que yo lo he hecho. Pero me gustaría que Don Martín de Garay, o los caballeros de la Junta, antes de culparme por no hacer más, o de imputarme sin conocimiento las probables consecuencias de los errores o la indiscreción de otros, viniesen o bien enviasen a alguien

para satisfacer las necesidades de nuestro ejército medio muerto de hambre⁴⁸.

Pero la preocupación principal seguía siendo el movimiento francés a través del Puerto de Baños. Sobre todo porque Victor se había replegado a Maqueda y ahora no existía enemigo al frente. El 1 de agosto por la tarde Cuesta cedió por fin a los ruegos de Wellesley, y dio orden a Bassecourt de desplazarse con su división al encuentro de las tropas francesas que avanzaban hacia Plasencia, que los jefes aliados identificaban con el cuerpo de ejército de Soult, aunque se trataba en realidad del mandado por Mortier.

A fuerza de instancias de sir Arturo Wellesley, aunque en mi concepto con poca ventaja, destacaré mañana al romper el día la quinta división á las órdenes del general Bassecourt con 300 caballos, camino de Plasencia y del puerto de Baños, por si llega à tiempo de impedir el paso al mariscal Soult que se dirige á Plasencia; y hay esperanzas de que el general Beresford con 25.000 portugueses le persiga é intercepte, ó que informado de nuestra reciente victoria varíe Soult de plan, viendo que Victor no puede auxiliarle, manteniéndose distante de nuestro frente.⁴⁹

Es evidente que Cuesta, y también Wellesley, tenían esperanzas en que el movimiento francés hacia el puerto de Baños fuera solo una falsa maniobra, fruto de una información incompleta. Según su punto de vista, Soult no podía introducirse conscientemente en la ratonera que formaban el Sistema Central y el Tajo, con su retaguardia amenazada por el ejército portugués, si tuviese alguna noticia de la derrota del rey José en Talavera. ⁵⁰

Sin embargo el día 2 de agosto Cuesta recibió la noticia de que las fuerzas desplegadas en el puerto de Baños al mando del Marqués del Reino se habían replegado ante el avance francés y que las vanguardias enemigas habían entrado el día 1 en Plasencia⁵¹.

La noticia debió impresionar a Wellesley, en primer lugar porque la maniobra enemiga ya no era un riesgo potencial sobre su flanco, sino una amenaza situada exactamente sobre su línea de comunicaciones con Portugal. En segundo lugar porque en Plasencia estaba situado un hospital británico que con seguridad había caído en manos del enemigo.

La situación empezaba pues a ser preocupante, aunque el británico seguía convencido de que se trataba solo de los restos del cuerpo de

Soult, probablemente no más de 12.000 hombres⁵². Pero estaba claro que la división Bassecourt, que había partido esa misma mañana hacia Plasencia, no tenía capacidad para lidiar con 12.000 franceses. Así pues Wellesley se reunió con Cuesta para buscar una solución más apropiada.

En la reunión del día 2 de agosto se decidió que el ejército británico retrocedería hacia Plasencia para enfrentarse con Soult⁵³. Wellesley, en un despacho a Frere del día 3 de agosto narra como transcurrió la entrevista con Cuesta. El general español propuso que la mitad del ejército partiese hacia Plasencia, pero Wellesley objetó que, si por la mitad entendía medio ejército británico y medio español, no podía aceptar, pues deseaba mantener su ejército reunido. Cuesta entonces le dio a elegir entre permanecer en Talavera o marchar, y Wellesley eligió esto último⁵⁴.

En realidad hubiera sido muy improbable que el general británico aceptase otra cosa. La amenaza le afectaba a él mucho más que a Cuesta, pues su misión esencial era defender Portugal, y ahora había un ejército enemigo entre él y la frontera portuguesa. Resulta difícil imaginar a Wellesley permaneciendo en Talavera, confiado en que Cuesta solucionase el problema a su retaguardia. Además, era evidente que sus fuerzas podían resolver la situación de forma más rápida y contundente que las españolas:

Mi motivo para esta preferencia es que creo que efectuaré la operación, probablemente sin oposición, en un tiempo más corto que lo que él [Cuesta] puede hacerlo, y con mucha mayor certeza de éxito; y que puedo hacer confluir sobre ese punto no solo todas las tropas españolas cercanas, sino también el ejército portugués, que está reunido no lejos de Ciudad Rodrigo⁵⁵

Pero, aparte de las razones meramente operativas, Wellesley tenía otras para desplazarse hacia Plasencia. En realidad, la presencia francesa le servía de excusa para alejarse de Talavera y del ejército de Cuesta. Su situación allí era cada día más difícil de sostener tanto por razones logísticas como por la incompatibilidad de sus propios intereses con los españoles. Todos los días debía porfiar con Cuesta para que éste enviase tropas a su retaguardia, y para retrasar a su vez su propia marcha en busca de Victor. Y en cuanto a los suministros, estos no habían mejorado en absoluto, mientras la presencia de ambos ejércitos en un terreno de por si desolado no hacía sino incrementar las

dificultades y los roces entre ambos. La escasez estaba además degradando otra vez la disciplina en las filas británicas.

Orden General. Talavera de la Reina, 2 de agosto de 1809. Los soldados saquean a los habitantes que traen provisiones, a pesar de las órdenes impartidas sobre esa cuestión, y del conocimiento que todos ellos tienen de que esta práctica tiende a su propio perjuicio. ⁵⁶

Probablemente Wellesley confiaba en que encontraría mejores oportunidades para el abastecimiento de sus tropas retrocediendo hacia el valle del Tiétar, donde ya había sido abastecido con regularidad a mediados de julio. Y además allí no tendría que competir con los famélicos soldados españoles. En cuanto a enfrentarse con las tropas francesas parecía confiado. Con los 17.000 efectivos británicos y los 5.000 españoles de la división Bassecourt podría derrotar fácilmente a una fuerza que él estimaba en 12.000 hombres como máximo.

Pero separar ambos ejércitos incorporaba un matiz de inquietud tanto en el general británico, como en el español. Precisamente el día 2 de agosto Robert Wilson comunicaba que Victor estaba avanzando hacia Escalona⁵⁷. Y eso llevó a Wellesley a pensar que quizás estaba intentando enlazar con Soult, bordeando por el norte la posición aliada en Talavera⁵⁸. La verdad es que esa suposición era totalmente falsa, pues Victor estaba el día 2 de agosto en Maqueda, pensando además en replegarse hacia Navalcarnero, precisamente por la sospecha que le producía la presencia de Wilson en su flanco⁵⁹, a quien todavía creía al mando de unos 10.000 portugueses. El movimiento que apreció Wilson hacia Escalona fue probablemente el de meras patrullas de reconocimiento.

La verdad es que la situación de José y sus tropas a principios de agosto era mucho más precaria de lo que Wellesley y Cuesta imaginaban. Rodeados por lo que pensaban eran tres ejércitos con casi 100.000 efectivos, y sin recibir todavía ninguna noticia de Soult, José debía estar angustiado. Tanto que dio ordenes a Belliard, el gobernador de Madrid para preparar la evacuación de la capital.

El rey ha dado sus instrucciones al Sr Conde de Cabarrús sobre la manera de prevenir a las autoridades civiles y las familias españolas que quieran abandonar Madrid; por su parte, usted avisará a las familias francesas. El rey le encarga también de avisar al embajador de Francia y a los ministros extranjeros. Todas estas personas deberán partir mañana para llegar a San Ildefonso; usted los hará escoltar por el regimiento español que está en Madrid, por el departamento de policía y por los guardias de aduanas⁶⁰.

No obstante, Jourdan al transmitir las órdenes del rey advertía a Belliard que él debía atrincherarse en el Retiro hasta nueva orden, y que quizás todas esas prevenciones no fueran necesarias, pues se esperaba a Soult de un momento a otro⁶¹.

La precaria situación francesa en Madrid pasaba inadvertida a Cuesta, que se sentía inquieto por el posible intento de Victor de envolver su flanco norte, ahora que los británicos le dejaban solo en Talavera. Y la inquietud de Cuesta se transmitía a Wellesley, que temía que una amenaza inminente podía obligar al general español a abandonar Talavera, y con ella los hospitales en los que se encontraban todavía miles de heridos británicos En consecuencia pidió a Cuesta, a través de O'Donojú que se procurasen medios de evacuación desde Sevilla para trasladar rápidamente el mayor número de heridos al sur del Tajo⁶².

La petición de Wellesley era bastante difícil de cumplir, pues si hasta entonces había resultado imposible conseguir carruajes, no había ningún motivo para suponer que las cosas podían cambiar ahora. Además, incluso si Cuesta conseguía los vehículos, podía costar semanas llevarlos hasta Talavera y evacuar a los heridos pues, como el mismo Wellesley reconocía, era imposible mover los hospitales de una sola vez, y el estado de muchos heridos ni siquiera permitía trasladarlos⁶³.

La separación entre ambos ejércitos duró poco. Wellesley partió el 3 de agosto hacia Plasencia, y en una rápida marcha llegó a Oropesa. Desde allí mandó aviso a Bassecourt para que no avanzase demasiado, pues corría el riesgo de encontrarse solo frente a una fuerza francesa muy superior⁶⁴. Desde Oropesa, Wellesley no veía sin embargo ningún indicio del enemigo⁶⁵. El británico tenía todavía esperanzas de que Beresford pudiera ayudarle, amenazando la retaguardia de Soult, y a tal fin le envió el día 3 de agosto un despacho solicitando su apoyo

El movimiento de Soult a través del Puerto de Baños ha desarticulado todos nuestros planes, y me veo obligado a regresar para rechazarlo. Creo que usted quizás podría apoyarme materialmente para lograr este objetivo, o probablemente, incluso cortar totalmente su retirada⁶⁶.

Fue probablemente en ese momento cuando Cuesta recibió nueva información de las guerrillas. Un correo francés había sido interceptado, y se había capturado una carta de José al gobernador de Ávila, y otra de Jourdan a Soult⁶⁷. En esta última, Jourdan avisaba al Duque de Dalmacia de que su presencia era necesaria cuanto antes en Plasencia. Con su habitual perspicacia estratégica, Jourdan calculaba que esa maniobra en la retaguardia aliada atraería al ejército británico, obligándolo a separarse de Cuesta. Y Jourdan pedía a Soult que buscase con energía el encuentro con los británicos para aliviar la presión sobre Madrid. Lo más importante era que Jourdan estimaba los efectivos británicos en 25.000 hombres, y era fácil deducir que si alentaba a Soult a enfrentarse a él, era porque Soult disponía de una fuerza igual, y probablemente superior a ese número⁶⁸. En la carta se hacían además referencias a Ney, y eso significaba que una potente fuerza francesa, con al menos dos cuerpos de ejército se cernía sobre la retaguardia aliada.

Como era de esperar, la noticia provocó una gran alarma en Cuesta. Tanta que decidió mover inmediatamente su grueso para unirse a Wellesley. Esta decisión fue posteriormente muy criticada por el propio Wellesley y por todos los historiadores británicos. Pero, en realidad, Cuesta tomó la decisión más correcta. El ejército británico y Bassecourt no iban a enfrentarse a los 12.000 franceses que suponían, sino probablemente a más de 30.000. Y, en esas circunstancias, la reunión de los dos ejércitos parecía la única medida posible para evitar el desastre.

Pero Cuesta no abandonó Talavera y los heridos británicos a su suerte, como después defenderían sus acusadores. Las divisiones de Zayas y Alburquerque permanecieron en la población⁶⁹ controlando a Victor, que por aquel entonces estaba más allá de Maqueda. Y también se mantenía en su posición Robert Wilson en Escalona, por lo que la pantalla de fuerzas parecía suficiente para disuadir de aventuras a un Victor que en los últimos días no se había mostrado especialmente agresivo.

El mismo día 3 Cuesta comunicó a Wellesley las nuevas noticias sobre el avance francés, y su decisión de reunir las fuerzas españolas con las suyas en Oropesa. Esa misma noche el ejército español se puso en marcha.

El general británico recibió con evidente disgusto las noticias de su colega español, y en un primer momento con algo de incredulidad.

Reconozco que no creo probable que el enemigo les ataque a ustedes, o me hostigue a mí como dice que hará, al menos por un tiempo, y hubiera deseado que el general Cuesta hubiera permanecido [en Talavera] un poco más⁷⁰.

Pero la certeza de que las cosas se estaban poniendo muy difíciles pronto asaltó a Wellesley. Y sus temores se dispararon cuando se enteró, prácticamente a la vez, que Cuesta había dejado Talavera y que los franceses aparecían al fin a la altura de Navalmoral. Y esto último significaba que la guarnición española del puente de Almaraz, que tenía órdenes de destruirlo al primer indicio de presencia francesa, habría procedido a cortar la mejor vía de escape hacia el sur del Tajo que tenía el ejército aliado⁷¹. El día 4 por la mañana, Cuesta y Wellesley se encontraron en Oropesa. El español era todavía partidario de atacar, al menos a la vanguardia francesa.

A mi llegada a Oropesa estrañé que el egército inglés estuviese aun allí, quando le suponia avanzando hácia Navalmoral á recibir la 1ª division enemiga, que hasta entonces se habia graduado de 12 a 14.000 hombres, pero en Oropesa se supo que con las demás componian el número de 34.000, y que se acercaban al Tietar por Plasencia. Traté con el general inglés de buscar con ambos egércitos al mariscal Soult, á quien eran muy superiores; pero Wellesley contestó que no entraria en ninguna accion, sin haber asegurado antes su retirada, para lo qual se dirigia al puente del Arzobispo, como efectivamente lo executó sin dilacion, y con bastante sentimiento mio.7²

Efectivamente Wellesley había elegido ya la retirada. Hubiera sido difícil decidir otra cosa, pues rodeados de ejércitos franceses, y con solo el puente del Arzobispo como vía de escape, cualquier intento de permanecer en la margen norte del Tajo hubiera sido una locura.

No podemos recuperar el puente de Almaraz sin una batalla, y con toda probabilidad deberíamos luchar una más contra 50.000 hombres antes de que el puente pudiera ser reparado, suponiendo que hubiéramos tenido éxito en la primera. No podemos permanecer en Oropesa, donde estamos, ya que la posición no tiene valor especial, y puede ser cortada desde Calera, el único punto de retirada desde este lugar⁷³.

La retirada significaba muchas cosas para Wellesley, la mayoría de ellas nefastas. La más evidente era que tendría que abandonar a sus heridos, de los que había unos 1.500 que no podían ser evacuados en Talavera. La segunda, que tendría que explicar a su gobierno cómo había sido posible que, tras una victoria tan costosa en vidas como Talavera, el único resultado fuera una humillante retirada, abandonando frente a un enemigo a quien se creía batido. Y la tercera era que su decisión iba a tener un indudable efecto negativo en las ya difíciles relaciones entre España y Gran Bretaña.

Todas estas consecuencias, y el inevitable vendaval político que iba a desatarse sobre su persona, llevaron a Wellesley a ponerse totalmente a la defensiva, y a construir toda una argumentación que justificase su decisión. Y la línea de argumentación estaba clara: las autoridades políticas y militares españolas habían hecho imposible una cooperación eficaz, lo que había terminado por llevar a un resultado tan decepcionante. El único punto positivo de la campaña era que se había derrotado a un ejército francés en campaña, pero eso había sido exclusivamente un mérito británico, dada la inactividad española. El cúmulo de errores y despropósitos cometidos por las autoridades políticas y militares españolas había hecho inevitable la retirada británica, so pena de sufrir una derrota catastrófica, y probablemente irreparable.

En esta línea de argumentación se basará a partir de entonces gran parte de la correspondencia del británico con sus autoridades nacionales. Esta postura implicaba una campaña de descrédito del general Cuesta, pues Wellesley sabía que su figura era ya de por sí problemática para las autoridades políticas españolas, y poco popular entre algunos de sus compañeros de armas. Así pues, aunque la relación entre los dos generales aliados nunca fue especialmente cordial, se degradó a partir de ese momento hasta el punto de convertirse en una campaña de difamación del británico sobre el español.

De momento, Wellesley se dirigió rápidamente hacia el Puente del Arzobispo, mientras Cuesta cubría el repliegue. El general español esperó a que tanto Bassecourt como las tropas dejadas en Talavera llegasen hasta su posición. Ya el día 3 por la tarde se había replegado la retaguardia británica con el personal que había permanecido en Talavera cuidando a los heridos, así como cientos de estos, aquellos cuyo estado permitía su transporte⁷⁴. El coronel Mackinnon, al cargo de las tropas británicas en Talavera, narra como se produjo la evacuación:

Reuní a los oficiales y cirujanos que servían en el Hospital, y les informé que todos los hombres que pudieran marchar debían formar a las tres en punto, y deberían marchar a Calera esa noche. Con dificultad conseguí que el General Cuesta me diese siete vagones para transportar a unos cuantos heridos, soldados y oficiales; y a las cinco la retaguardia dejó la ciudad⁷⁵.

Londonderry también narra que Cuesta proporcionó solo siete carros, pese a que disponía de muchos, y que Wellesley, abandonando bagajes y municiones, pudo liberar otras cuatrocientas carretas para transportar a dos mil heridos⁷⁶. Pero esto parece más bien una invención. Mackinnon narra que Wellesley le proporcionó cuarenta vehículos, y no cuatrocientos, aparte de los que ya traía de Talavera⁷⁷.

Probablemente lo que ocurrió fue que, como afirma Mackinnon, todos los heridos en condiciones de moverse se desplazaron hasta el Puente del Arzobispo los días 3 y 4 de agosto por sus medios, algunos a pie, otros a lomos de mulas o caballos, especialmente los oficiales que disponían de estos animales para el transporte de su equipaje personal⁷⁸, o turnándose en los carros disponibles. En Arzobispo, Wellesley entregó los cuarenta carros y a partir de allí siguieron camino hacia Merida, entre mil dificultades, como narra el propio Mackinnon.⁷⁹ Unos 2.000 heridos fueron evacuados, 1.500 aproximadamente quedaron en Talavera, y quizás 500 sucumbieron a sus heridas durante la evacuación, o fueron capturados por los franceses en los lugares del camino en los que habían caído exánimes, según cálculo de Oman⁸⁰.

Sin embargo, la decisión de abandonar a los heridos que no podían ser transportados no fue de Cuesta, sino de Wellesley. Cuesta quería quedarse a combatir con Soult, mientras su vanguardia y la caballería de Alburquerque seguían ocupando Talavera el día 4, hasta que se les dio la orden de replegarse. Victor tenía de hecho tan poco ánimo ofensivo que no entró en Talavera hasta el día 6 de agosto⁸¹. Y esta actitud prudente de las tropas francesas en torno a Madrid ya había sido observada por el propio Wellesley el día 3⁸²

A esto hay que añadir, como reconoce Oman, que Cuesta se salvó probablemente del desastre por su decisión de unirse a Wellesley el día 3 en Oropesa. De no haberlo hecho es muy posible que el avance francés desde Navalmoral le hubiera cortado su línea de comunicaciones con el Puente del Arzobispo, la única vía de escape viable que le quedaba⁸³. Además, las fuerzas españolas cubrieron el repliegue británico manteniendo el grueso de su ejército en el Puente del Arzobispo hasta el día 6, e incluso rechazando las incursiones de la caballería francesa⁸⁴

Así pues, culpar a Cuesta del repliegue aliado y del abandono de los heridos británicos era una acción profundamente injusta, por más que encajase perfectamente en el guión que Wellesley estaba escribiendo para justificar su propia retirada. En realidad, pese a que el anciano general español había cometido errores de bulto en otros momentos de la campaña, en esos días de agosto estuvo muy acertado, y sus decisiones salvaron sin duda de la destrucción al ejército español, y contribuyeron a salvar al británico.

Wellesley escribió directamente a los comandantes franceses para pedir que sus heridos fueran bien tratados. Envió una carta el 9 de agosto al "Comandante en Jefe del Ejército francés", (Wellesley no sabía muy bien quien era en aquel momento) y otra al general Kellermann, a quien el británico había tenido oportunidad de tratar en Portugal durante la Convención de Sintra

Teniendo el honor de conoceros, me atrevo a pedir vuestros buenos oficios ante el Comandante en Jefe del ejército Francés, y recomendaros mis heridos. Si es el Mariscal Soult quién está al mando, él me debe todos los cuidados que pueda proporcionar a esos bravos soldados, ya que yo he salvado los suyos, que el azar de la guerra puso en mis manos, del furor del populacho portugués, y les he cuidado bien⁸⁵.

Kellermann estaba entonces en Castilla, pues su unidad se había quedado allí para mantener el orden en la zona⁸⁶. Y fue Victor y no Soult quién capturó a los heridos británicos en Talavera. Pero de cualquier manera los prisioneros recibieron un buen trato⁸⁷.

Cruzando el Puente del Arzobispo Wellesley se encontró con una nueva clase de problemas. Los caminos que partían hacia el sur eran bastante rudimentarios y debían atravesar una zona de desfiladeros a través de la Mesa de Ibor, antes de llegar a Deleitosa, y enlazar con el camino principal de Almaraz a Trujillo. Los senderos de Mesa de Ibor presentaban graves dificultades para el transporte rodado. Teniendo en cuenta que sus tropas y ganado estaban cansados tras una semana de batallas, marchas y contramarchas, que llevaban consigo unos 2.000

heridos y que sus medios de transporte eran escasos, puede imaginarse el calvario que supuso la penosa marcha por Mesa de Ibor hasta Deleitosa, en pleno verano extremeño.

Los británicos se vieron obligados a abandonar equipos y munición, y a remolcar sus piezas de artillería a brazo, ante la imposibilidad de hacerlo con ganado.

Por consiguiente recomiendo a su Excelencia emplear grupos de trabajo de 300 ó 400 hombres cada uno que completarán el trabajo en unas horas... todos los cañones deben ser desmontados; y solo pueden pasar esa curva (del camino) siendo transportados a mano por las tropas. Menciono estas circunstancias ya que al haber atravesado los desfiladeros con la artillería británica, tengo experiencia sobre el modo en el que el paso de los carruajes de su Excelencia puede ser facilitado⁸⁸.

En el momento del repliegue Cuesta y Wellesley habían acordado situarse en defensiva al sur del Tajo, correspondiendo al británico la posición que bloqueaba el paso por el Puente de Almaraz, mientras Cuesta cubría los accesos por el Puente del Arzobispo⁸⁹. El Puente de Talavera no era muy importante, pues solo permitía el paso de personal a pie y jinetes, pero no de carros o artillería.

Wellesley temía que, una vez reunidos los cuerpos de ejército franceses en Plasencia, Soult se lanzase de nuevo sobre Portugal a través de Castelo Branco. No era una buena ruta, pues atravesaba una zona montañosa, pero sería bastante humillante que las fuerzas francesas iniciasen una nueva invasión de Portugal dejándole a él a retaguardia. No obstante el británico confiaba en que el ejército portugués de Beresford pudiese presentar una importante amenaza sobre el flanco francés, mientras que su propio ejército podría descender por la margen izquierda del Tajo, para intentar interceptar a Soult en Abrantes⁹⁰. En todo caso Wellesley no tenía cortadas sus vías de comunicaciones con Portugal, pues ahora podía enlazar por Trujillo-Mérida-Badajoz-Elvas⁹¹.

Mientras tanto Cuesta seguía en Puente del Arzobispo, y la presión enemiga crecía progresivamente. El día 7 de agosto decidió ordenar el cruce de sus puestos avanzados al sur del Tajo, y se movió con el grueso de sus fuerzas hacia mesa de Ibor, dejando de guarnición en el puente a la división Bassecourt, apoyada por doce piezas de artillería⁹². La división de caballería de Alburquerque debía apoyar a Bassecourt y vigilar un vado situado aguas arribas del puente, en la zona de Azután⁹³.

La posición del puente del Arzobispo era fuerte, pues estaba protegida por dos torres con fusileros, barricadas y la gran batería arriba mencionada. Pero, como ya habían demostrado frente a Wellesley, las tropas francesas eran especialistas en audaces golpes de mano sobre posiciones difíciles. El día 7 de agosto, Mortier envió nadadores para determinar las posibilidades de vadeo⁹⁴, que pronto informaron de la existencia de un vado practicable en Azután. El mariscal francés decidió aprovecharlo al día siguiente.

El 8 de agosto al mediodía, mientras las tropas españolas sesteaban, protegiéndose del asfixiante calor en la frescura del bosque⁹⁵, unos 600 jinetes franceses de la brigada de dragones del general Caulaincourt atravesaban el vado de Azután. Solo los húsares de Extremadura, que estaban agregados a la división Bassecourt, pudieron hacer frente en el primer momento a la incursión francesa, pero terminaron pronto sobrepasados⁹⁶. En poco tiempo, aprovechando la sorpresa, Mortier convirtió la incursión de caballería en un ataque en toda regla. Un batallón de infantería ligera vadeó para situarse en una isleta sobre el río, apoyando a los dragones, mientras otro batallón se lanzaba contra el puente fortificado, obligando a replegarse a los defensores. En poco tiempo, dos brigadas completas de infantería se habían desplegado al sur del Tajo⁹⁷.

Ante la embestida francesa Bassecourt intentó formar cuadros y solicitó apoyo a Cuesta. Pero la clave para rechazar el ataque francés estaba en los casi 3.000 jinetes que mantenía el Duque de Alburquerque orientados hacia el vado de Azután. Los jinetes españoles habían desensillado y desembridado sus monturas, refugiándose en el frescor del bosque, y cuando se produjo el ataque francés el caos se adueño de la unidad. Ensillando a toda velocidad, los jinetes salían al encuentro del enemigo en pequeños grupos, que fueron fácilmente rechazados⁹⁸.

Con los jinetes de Albuquerque dispersos, y los franceses presentes en fuerza en la margen sur el río, a Bassecourt no le quedaba más remedio que la retirada. En ella se perdieron todas las piezas de artillería que protegían el puente más las cuatro piezas a caballo de Alburquerque⁹⁹. No está claro si además se perdieron 12 ó 14 de las piezas francesas capturadas en Talavera, o si éstas eran las que cubrían el puente¹⁰⁰.

Las bajas españolas fueron de unos 800 muertos y heridos y unos 600 prisioneros, según el parte dado por Soult, probablemente exagerado. Las bajas francesas no debieron superar en mucho el centenar¹⁰¹ Pero, aunque la victoria francesa puso un triste colofón a la campaña del Tajo en lo que respecta a los ejércitos de Wellesley y Cuesta, sus

consecuencias fueron limitadas, ya que el terreno quebrado que llevaba desde el puente del Arzobispo hacia Mesa de Ibor constituía una fortaleza de muy difícil acceso, por lo que Soult no se aventuró a avanzar más hacia el sur.

Pese a la retirada del ejército aliado, Venegas seguía dispuesto a presentar batalla. El cambio de actitud del general, tan sumamente prudente en las primeras semanas de operaciones, es uno de los grandes misterios de la campaña. El argumento que el general expuso ante la Junta Central, era que no podía proceder a una nueva retirada por razón del nefasto efecto que causaría en la moral de la población de La Mancha

VE. conoce perfectamente que este exèrcito queda abandonado à sus propias fuerzas, inferiores en número á las del enemigo; y cuando el capitan general reconoce que estas son mas maniobreras, no me dexa otro recurso que el de hacer una retirada vergonzosa, por ser ya segunda, y odiosa para los pueblos que ocupamos y hemos dexado atrás, retirada que de consiguiente desalentaría á los soldados disminuyendo su fuerza moral, y haria decaer en sumo grado el entusiasmo nacional, especialmente en todas estas poblaciones. Estas verdades, que palpo de inmediato, me resuelven à detenerme, y batirme si me atacan, prefiriendo el que me hagan pedazos, al vergonzoso partido de la fuga¹⁰².

Resulta difícil pensar que tal argumento moral fue la causa de que Venegas no se replegase hacia Sierra Morena, pues él sabía que la conservación de su ejército era su principal prioridad, y con esta premisa había actuado hasta entonces. Puede que el repliegue de Cuesta al sur del Tajo, que le dejaba a él como protagonista de la campaña, en contraste con su anterior papel secundario, animase a Venegas a intentar ganar laureles por su cuenta. Pero ciertamente no podía haber elegido un momento peor, con casi 100.000 franceses concentrados al norte del Tajo.

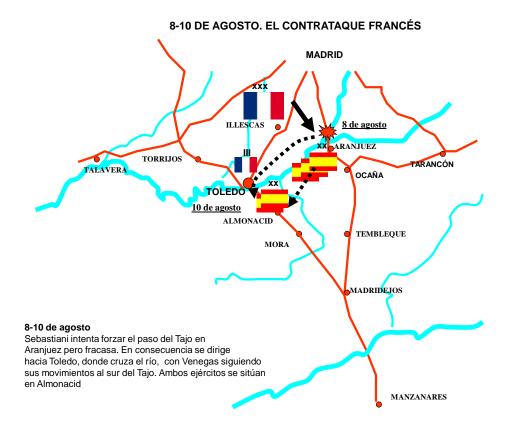
No obstante, y pese a lo absurdo de su decisión, Venegas se comportó razonablemente bien. Y a ello ayudó el hecho de que gran parte de las fuerzas francesas se mantuvieran enfrente de los británicos y de los españoles de Cuesta, y a él le tocó lidiar solo con el rey José, que contaba con el cuerpo de Sebastiani, reforzado por la guarnición de Madrid.

Sebastiani intentó inicialmente forzar la posición de Venegas en Aranjuez. El general español mantenía tres divisiones cubriendo los pasos sobre el Tajo en esta población, mientras que había replegado las dos que tenía en Toledo sobre el camino de Ocaña¹⁰³. Los ataques franceses en la zona de Valdemoro obligaron a la vanguardia española a replegarse, pero los intentos por alcanzar los pasos sobre el río fueron rechazados con relativa facilidad, y Sebastiani suspendió la acción, convencido de que un ataque frontal en Aranjuez resultaría enormemente costoso. Los combates causaron apenas unos centenares de bajas en cada bando, pero el hecho de que el ataque francés hubiese sido rechazado llenó de entusiasmo a las tropas y a su general¹⁰⁴.

José decidió entonces desbordar la posición enemiga por el flanco oeste, dirigiéndose de nuevo a Toledo para realizar el cruce del Tajo por los puentes de esa ciudad. El problema que tenía Venegas era que debía cubrir un amplio frente con múltiples puntos de cruce, y con la velocidad de marcha de las fuerzas francesas, le era muy difícil mover oportunamente sus fuerzas para afrontar todas las tentativas enemigas para cruzar el río.

No obstante, Venegas lo intentó. Cuando José avanzó hacia Toledo, el general español le siguió con el grueso, moviéndose en paralelo al otro lado del río, y escalonando su fuerza a lo largo de los diferentes pasos. Envió a Toledo la 5ª división del general Zerain que se desplegó en las alturas al sur del Tajo en torno al convento de Sisla¹⁰⁵, y situó el resto de las divisiones escalonadamente desde Aranjuez a Tembleque¹⁰⁶.

El día 9 Sebastiani concentró cu cuerpo de ejército en Toledo y se preparó para atacar a la 5ª división, que ocupaba las alturas al sur del Tajo¹o7. Las fuerzas españolas se replegaron pronto hacia Almonacid, mientras Sebastiani ordenaba a la caballería de Milhaud el cruce del Tajo por el vado de Añover, al noreste de Toledo, materializando una segunda dirección de ataque sobre las fuerzas españolas¹o8. Pero Venegas no se dejó amilanar, y reunió sus fuerzas en Almonacid, decidido a presentar batalla, pues pensaba que la fuerza de Sebastiani no excedía de los 14.000 efectivos¹o9



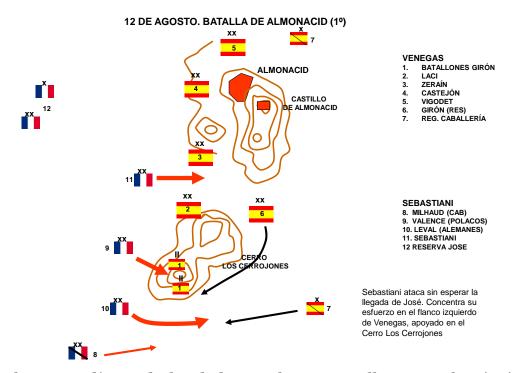
Ante la actitud de Venegas, Sebastiani se mostró cauto. Las órdenes de José eran realizar simplemente un reconocimiento en fuerza para evaluar la situación del ejército de Venegas. Y pronto se hizo evidente que todo el ejército de La Mancha estaba concentrado en Almonacid en una posición bastante fuerte, situada en una serie de alturas en torno a la elevación sobre la que se sitúa el castillo. Y el 4º cuerpo había sufrido bastante en la batalla de Talavera, por lo que era preciso preparar un ataque con cierto cuidado. Sebastiani empleó el día 10 en reconocer la zona, y en ponerse en contacto con José, quién le dio permiso para atacar el día siguiente¹¹⁰.

El despliegue de Venegas se apoyaba, como ya se ha comentado, sobre una serie de elevaciones que rodean la población de Almonacid. El punto clave de la posición era un cerro de gran altura situado al oeste del pueblo. Allí situó Venegas dos batallones de la 3ª división del general Girón. Seguían hacia el este las divisiones 1º del brigadier Lacy, 4ª del general González del Castejón y la 5ª del general Zeraín situadas sobre una meseta al norte de la población. La 2ª, división, bajo el

mando del brigadier Vigodet, cubría el flanco este, apoyada en unas elevaciones menores, y lo que quedaba de la división del general Girón formaba en reserva en torno a las alturas del castillo, situado al sur de Almonacid. La caballería estaba formada en ambas alas, y las 30 piezas de Venegas situadas en semicírculo cubriendo el frente¹¹¹.

Sebastiani pronto se dio cuenta de que la clave de la posición era el cerro situado al oeste de la línea enemiga.

No tardé en comprender que ganar la batalla dependía de la toma del cerro en el que se apoyaba la izquierda del enemigo. Tomé enseguida la resolución de atacarlo con las dos divisiones polaca y alemana¹¹².



El cerro podía ser desbordado por el oeste y a ello puso Sebastiani a la división alemana bajo su mando, mientras los polacos atacaban directamente la elevación. Para repeler el previsible ataque de la caballería española, el general francés mandó organizar un cuadro de infantería al extremo del flanco francés, y reforzar a los atacantes con algunos escuadrones de la caballería de Merlin. El ataque se desarrolló no sin dificultades, pues se trataba de una posición muy fuerte, y la división polaca sufrió especialmente a causa del fuego español, que

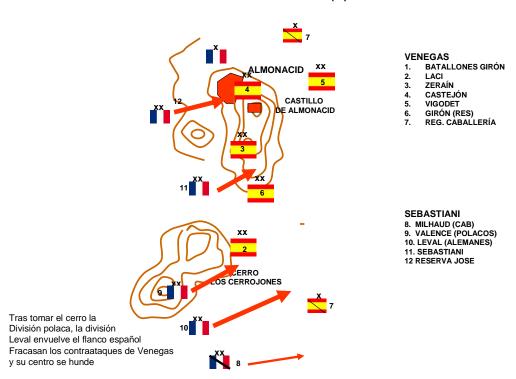
mató a un jefe de regimiento y otro de batallón hiriendo a muchos otros comandantes de unidad¹¹³.

No obstante, pese a las bajas, las tropas francesas continuaron avanzando y, pese a que Venegas envió a parte de la reserva a reforzar a los dos batallones que defendían el cerro, éste terminó por caer en manos de las tropas polacas. Con ello el avance de la división alemana sobre el flanco izquierdo español se convertía en una amenaza de consideración. Venegas intentó neutralizar este avance girando el frente de la primera división y enviando a la reserva para reforzarla. Además lanzó algunas cargas de caballería, que sin embargo no consiguieron desbaratar el avance francés¹¹⁴.

Pese a la amenaza sobre su flanco, quizás Venegas podía haber estabilizado la situación si su frente hubiera permanecido firme. Pero no ocurrió así, pues la cuarta división, situada en el centro del despliegue, comenzó a flaquear bajo el fuego de artillería y los ataques de la división francesa de Sebastiani. Al comprobar que su centro cedía, y su flanco izquierdo estaba a punto de ser envuelto, Venegas comprendió que la retirada era su única opción. Para cubrirla, ordenó a la 2ª división, que se mantenía sin excesivos problemas en el flanco derecho, retirarse a la retaguardia del ejército para servir allí de posición de apoyo para la retirada¹¹⁵.

En el momento que las tropas españolas comenzaban a retirarse, José ordenó a Sebastiani un ataque general en el que participarían también las fuerzas de reserva de Dessolles, que ya habían alcanzado el campo de batalla. Presionados por todas partes, los soldados españoles se replegaron al abrigo del castillo, que fue asaltado y tomado por el enemigo¹¹⁶. Pero la segunda división del general Vigodet tuvo tiempo para formar a retaguardia, junto con la artillería que todavía quedaba operativa. La resistencia de Vigodet dio tiempo a Venegas para replegar el resto de las divisiones con cierto orden en dirección a Herencia. Pero la fatalidad quiso que varios carros de municiones saltasen por los aires bajo el fuego enemigo, lo que provocó la dispersión de la caballería que apoyaba a la 2ª división¹¹⁷.

12 DE AGOSTO. BATALLA DE ALMONACID (2º)

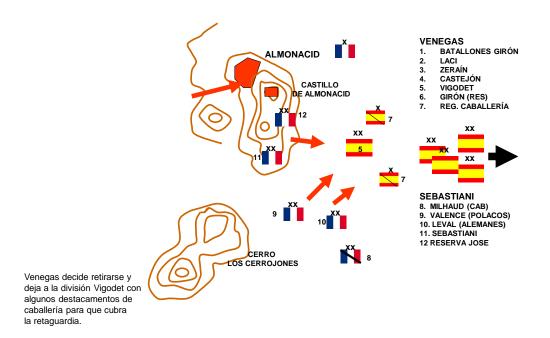


Aún así Vigodet se mantuvo firme, y reuniendo grupos de jinetes dispersos consiguió formar una fuerza improvisada de caballería de unos 1.000 efectivos¹¹⁸. Con ella cubrió como pudo la retirada de su división, debiendo abandonar la mayor parte de la artillería del ejército de La Mancha.

Pese a la presión francesa el repliegue se realizó con cierto orden, hasta que las unidades comenzaron a disolverse, según Venegas por la propagación de rumores acerca de una incursión francesa que cortaba la retirada hacia Despeñaperros.

...algunos soldados de caballeria, cobardes ó malintencionados, difundieron la voz de que los enemigos se habian adelantado al camino de Valdepeñas à cortar la retirada; y esta infame voz, cuyos autores se investigan para que sufran el condigno castigo, motivó que las tropas se desbandasen, y que desluciesen en cierto modo la brillantez con que se habían portado en la batalla.¹¹⁹

12 DE AGOSTO. BATALLA DE ALMONACID (3º)



El ejército de la Mancha no había sufrido bajas excesivas, aunque Sebastiani hablaba de 4.000 muertos, 4.000 prisioneros y un número inmenso de heridos. ¹²⁰ Venegas no dio cifras globales de bajas, aunque sí los dieron algunas de sus divisiones, como la 5ª, que sufrió unas 500¹²¹, o la 2ª que sufrió alrededor de 350¹²². Toreno cifra las bajas españolas en 4.000 contando muertos, heridos y prisioneros ¹²³, y Arteche calcula en más de 2.500 los muertos y heridos, y probablemente en más de 4.000 el total de bajas si se cuentan los prisioneros ¹²⁴.

En cuanto a las bajas francesas, los partes españoles son muy exagerados, hablando Venegas de 8.000 bajas enemigas¹²⁵. Toreno cita 2.000 bajas francesas que parece una cifra más razonable¹²⁶, y Thiers reconoce 300 muertos y unos 2.000 heridos en las filas imperiales¹²⁷.

La batalla de Almonacid fue un enfrentamiento que Venegas aceptó innecesariamente. Podía haberse replegado con facilidad tras el encuentro de Valdemoro-Aranjuez, con su ejército intacto. Pero aunque tomó la equivocada decisión de combatir, hay que reconocer que no lo hizo demasiado mal. La batalla fue muy costosa para las tropas de Sebastiani, ya diezmadas en Talavera, y Venegas pudo salvar la mayor

parte de su ejército, y reconstituirlo en las semanas siguientes a la batalla. Pese a la bisoñez de las tropas, éstas se comportaron razonablemente bien, especialmente la 2ª división de Vigodet.

Como en el Puente del Arzobispo, las consecuencias de la batalla de Almonacid fueron muy limitadas. Las tropas francesas estaban agotadas y no pudieron ni intentaron emprender una persecución en profundidad. Además, la dinámica de la guerra en España comenzó a manifestarse apenas terminada la batalla. Aprovechando la dispersión de las tropas de Sebastiani, las guerrillas locales atacaron a los grupos de heridos y a los destacamentos aislados. Sólo en la Ermita de la Oliva aniquilaron a un grupo de unos 200 soldados, muchos de ellos heridos, que habían buscado allí refugio¹²⁸. Con esa amenaza y con las tropas agotadas, Sebastiani no podía empeñarse en agresivas persecuciones, y debía situarse de nuevo en sus posiciones defensivas, al sur del Tajo, donde podría dar algún descanso a sus fuerzas.

Mientras se estaba librando la batalla de Almonacid, al otro lado del Tajo tenía también lugar el que sería en último enfrentamiento de gran entidad de la campaña. Sir Robert Wilson había quedado, con su Legión Lusitana y sus refuerzos españoles, semiolvidado en Escalona. Wellesley desde luego no perdió ni un minuto en esperarlo cuando decidió replegarse al otro lado del Tajo, porque pensaba que Wilson seguiría los movimientos de repliegue de la retaguardia que Cuesta había dejado en Talavera¹²⁹. Pero no fue así, y Wilson quedó aislado cuando los ejércitos aliados se replegaron por el Puente del Arzobispo.

El 5 de agosto, cuando Sir Arthur ya se había enterado de que Wilson no había seguido a las tropas de Cuesta en su repliegue, le escribió un malhumorado despacho.

Es difícil para mi darle instrucciones cuando cada carta suya que recibo me informa que se encuentra lejos de mí y poniendo en práctica su propio plan. Las últimas instrucciones que le di fueron mantenerse en contacto, y por supuesto seguir los movimientos, del ejército español¹³⁰.

Pero, aunque Wilson se había retirado de Escalona el día 4, cuando intentó reunirse con la retaguardia de Cuesta ésta ya se había replegado. Además llevaba a la división Villatte de Victor pisándole los talones. El día 4, Victor, por órdenes del rey José había avanzado sobre Escalona, y tras comprobar que el enemigo se había replegado, destacó a Villatte sobre Nombela para comprobar si las informaciones acerca de la

presencia de Wilson en esa localidad eran correctas. Pero Villatte no encontró a nadie, y averiguó que Wilson se había replegado hacia Talavera¹³¹.

En sus instrucciones enviadas el día 5, Wellesley recomendaba a Wilson reestablecer el contacto con Cuesta en el Puente del Arzobispo¹³², pero eso era difícil con Villatte persiguiéndole y las avanzadillas de Mortier merodeando en torno al puente. Así pues, Wilson decidió abrirse paso por las montañas en dirección hacia el Puerto de Baños y Ciudad Rodrigo. El movimiento no fue nada fácil, pues tuvo que esquivar a Villatte, a un destacamento que envió Mortier para interceptar su recorrido e incluso a algunas fuerzas que el gobernador francés de Avila envió a los puertos de Arenas y Mombeltrán¹³³.

Pero Wilson logró llegar al Puerto de Baños y ocuparlo, aunque solo para encontrarse el día 12 de agosto, con el cuerpo de ejército de Ney que retornaba desde Plasencia hacia Castilla. Efectivamente, la situación en esa región se había hecho muy difícil para las escasas tropas francesas que había dejado allí Soult, pues tanto las guerrillas como las fuerzas que operaban desde Galicia y Ciudad Rodrigo habían incrementado su actividad. En consecuencia José decidió enviar a Ney de regreso a Castilla para apoyar a Kellermann¹³⁴.

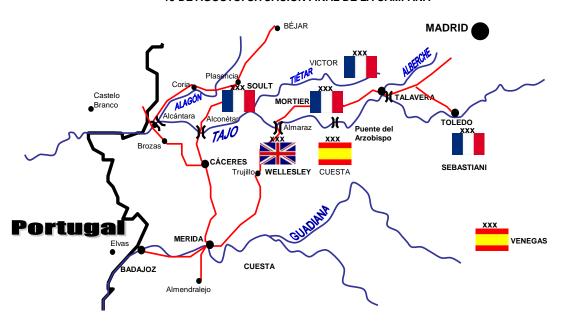
Para Wilson hubiera sido sencillo replegarse hacia el norte, acogiéndose a Ciudad Rodrigo, pero la tentación del combate, estando en posesión del paso de montaña, debió ser irresistible. En consecuencia decidió presentar batalla, y durante nueve horas sus 4.000 efectivos, desprovistos de artillería, se enfrentaron con las tropas de Ney defendiendo tres posiciones sucesivas. Finalmente tuvo que ceder frente a la superioridad numérica enemiga, aunque consiguió replegarse con la mayor parte de sus fuerzas hacia las montañas. En la acción, tan brillante como innecesaria, Wilson perdió unos 400 hombres, y Ney 185¹³⁵.

Wilson consiguió replegarse hacia el puerto de Perales y después hacia Castelo Branco, donde pudo entrar en contacto con las fuerzas de Beresford. El 21 de agosto, Wellesley escribía un despacho a Castlereagh narrando las peripecias de Sir Robert y, pese al poco aprecio que habitualmente el general británico demostraba por subordinados con gran iniciativa, como Wilson, alabó su comportamiento en la campaña, y respaldó su decisión de replegarse por las montañas, e incluso la de enfrentarse a Ney¹³⁶. Pero las relaciones entre Wilson y Wellesley nunca llegaron a ser buenas, pues el primero no encajaba en absoluto con el

prototipo de subordinado dócil que el segundo prefería. En 1810 Wilson fue enviado de nuevo a Gran Bretaña, sin ninguna queja por parte de Wellesley¹³⁷.

Pese a sus limitadas consecuencias, las derrotas en el Puente del Arzobispo, Almonacid y el Puerto de Baños pusieron un triste colofón a una campaña sobre la que se habían generado enormes esperanzas. Desde el verano anterior nunca se había conseguido una situación tan favorable en la proporción de fuerzas, ni se había puesto a las tropas invasoras en un aprieto semejante. Pero las expectativas quedaron en muy poca cosa, aunque también es cierto que no se sufrió ninguna derrota decisiva, se había obtenido una victoria honrosa en Talavera, los ejércitos españoles y británico, si bien desgastados estaban todavía operativos, y se había conseguido causar al enemigo casi tantas bajas como sufrieron las unidades aliadas, lo cual era un mérito cuando se combatía contra el ejército imperial.

15 DE AGOSTO. SITUACIÓN FINAL DE LA CAMPAÑA



Pero el final de las operaciones no significó el final de los problemas especialmente en lo que se refería a las relaciones entre británicos y españoles. La principal causa para explicar este empeoramiento en las relaciones diplomáticas tuvo que ver con la negativa de Wellesley a

continuar sus operaciones en España. El ambiente se enrareció aún más por los decepcionantes resultados de la campaña. Británicos y españoles se vieron obligados a justificar sus actos, y a buscar razones que explicasen por qué se había dejado escapar una oportunidad tan favorable para dar un golpe decisivo al poder francés en España. Como ocurre casi siempre en las alianzas militares, el recurso más sencillo para explicar los fracasos consiste en atribuirle toda la culpa al aliado.

A ello se dedicaron unos y otros durante los meses de agosto y septiembre. Y en este cruce de acusaciones Wellesley sobresalió sin duda, pues se jugaba su prestigio personal, y su permanencia al mando de las fuerzas británicas en la Península. En ello fue apoyado hasta cierto punto por su hermano, Richard, que se había incorporado a su puesto como embajador en España reemplazando a Frere. El nombramiento había sido hecho ya en abril, pero una serie de cuestiones habían retrasado su toma de posesión hasta agosto.

Wellesley estaba preocupado por la interpretación que el gobierno pudiera hacer de la retirada aliada, después de una victoria tan prometedora, y tan costosa, como Talavera. El 8 de agosto escribió dos despachos a Castlereagh, explicando cómo había conseguido Soult aparecer en la retaguardia aliada. Como de costumbre, Wellesley envió un largo despacho, pensado para ser hecho público, que contenía la narración de los hechos, y un despacho confidencial, destinado solo a Castlereagh y los miembros del gobierno, en el que lanzaba sus acusaciones contra Cuesta.

Tengo poco que añadir a mi despacho público de esta fecha, que esperó me justificará de toda culpa a los ojos de los ministros de Su Majestad, excepto de la de haber confiado en todo en el general español. Podríamos haber estado seguros si yo le hubiera convencido de ocupar Baños en la forma adecuada; y habríamos evitado la desgracia de perder el hospital si él hubiera enviado al general Bassecourt en la noche del 30, o la mañana del 31, o si hubiera mantenido su posición en Talavera¹³⁸.

En su narración de los acontecmientos, y en sus acusaciones contra el general español, Wellesley mezclaba hechos innegables con otros más discutibles. Resulta evidente que el Puerto de Baños no estaba bien guarnecido, y que su escasa guarnición no presentó gran resistencia cuando aparecieron las vanguardias de Mortier. Pero también era cierto que tanto Cuesta como Wellesley no consideraron oportuno prescindir

de más fuerzas para defender el paso, ya que consideraban muy poco probable que Soult, con 12 ó 14.000 hombres pudiera introducirse en la ratonera de Plasencia. Respecto al envío de la división Bassecourt ya se ha señalado que de ninguna manera hubiera llegado a tiempo a Baños, y que si hubiera sido enviada unos días antes probablemente hubiera sido aniquilada por Mortier. Y respecto a la culpabilidad de Cuesta en el abandono del hospital, también se ha expuesto que fue la decisión de Wellesley de replegarse inmediatamente sobre Arzobispo la que condenó al hospital británico.

La preocupación de Wellesley por las consecuencias de la campaña se refleja sobre todo en las acusaciones de traición que realiza en las líneas finales de su despacho confidencial a Castlereagh

Me gustaría que se fijase en el relato de las operaciones francesas hecho por Jourdan a Soult; y vea con que precisión estaban informados de todos nuestros movimientos e intenciones. Observe particularmente que Victor conocía positivamente el 23 que ibamos a atacarle el 24. Él solo podía saber esto por inteligencia recibida de nuestro propio bando, ya que ninguna de las tropas hizo movimientos preparatorios al ataque hasta después de anochecer, cuando la división Bassecourt se movió hacia el Cardiel¹³⁹.

La sospecha de Wellesley, expuesta a su autoridad política es injusta, y además impropia de él, que solía ser bastante lógico y exacto en las observaciones hechas en sus despachos, pese a la habitual tendencia, común a todo líder militar, de presentar los hechos de forma favorable a sus puntos de vista. Pero la acusación de traición por parte de algunos elementos infiltrados en el cuartel general de Cuesta era totalmente infundada. Ya se ha expuesto en capítulos anteriores que Victor en realidad apenas tenía información sobre el avance aliado, no se enteró hasta el día 22 de julio que tenía enfrente al ejército británico, y durante toda la campaña pensó que desplegaban a su flanco entre 10.000 y 12.000 portugueses al mando de Robert Wilson. No resulta raro que el mariscal francés decidiera replegarse el día 23 por la noche, después de presenciar durante todo el día los reconocimientos aliados sobre los puntos de paso, entre ellos los que realizó el propio Wellesley, que llegó a cruzar a la orilla sur del Tajo para reconocer posibles asentamientos para la artillería¹⁴⁰.

La tendencia natural de Wellesley a culpar a la Junta Central, a Cuesta y a las tropas españolas en general de todos los males de la campaña se acentuó en las semanas posteriores al repliegue al sur del Tajo, ya que ambos ejércitos se encontraban en una situación muy difícil, y se producía de nuevo la competición por los recursos. Al retirarse por el Puente del Arzobispo, los ejércitos aliados habían abandonado sus rutas de abastecimiento; la británica que partía desde Plasencia y el Valle del Tiétar, y la española, que desde Badajoz, pasaba por Trujillo para llegar hasta Almaraz. Y además se habían perdido las regiones de Coria y Plasencia, todavía abundantes en provisiones, y la zona ahora ocupada al sur del Tajo era la misma que casi mata de hambre al ejército de Victor dos meses atrás. En consecuencia, británicos y españoles pasaron días duros hasta que las líneas de abastecimientos se reajustaron.

Escribía Cuesta sobre ese periodo

Llegó á tal estremo en aquella crítica ocasión la escasez de víveres, que el cuartel general se sostuvo quatro ó cinco dias sin raciones de toda especie. Algun arriero que se presentó á vender pan, cobro á cinco y á ocho reales por la libra. La tropa estuvo diez dias á quarteron, mientras que los comisionados por los comandantes respectivos de division pudieron acopiar de los pueblos algunas carnes y pan, que nunca cubrían las necesidades¹⁴¹.

En lo que respecta a las tropas británicas, el suministro se hizo aún más escaso de lo que lo había sido con anterioridad, pero los efectos de la carestía parece que afectaron más al ganado que al personal. Los caballos británicos era excelentes, pero su buen porte era el fruto de una esmerada alimentación, que en la Península era muy difícil de conseguir. La escasez de grano, el forrajeo en pastos naturales bastante escasos en agosto y las largas marchas por caminos escabrosos consecuencia de la retirada estaban haciendo estragos.

Los caballos de la caballería y artillería británicas sufren mucho por la falta de cebada. Hemos perdido varios cientos de los últimos y 200 de los primeros debido al uso de otro tipo de granos, al no ser capaces de encontrar cebada (el único pienso sano para caballos en este país) para los caballos de la caballería y artillería británicas, a pesar de que la caballería española ha estado totalmente abastecida¹⁴²

En cuanto a las tropas, aunque mal abastecidas, parece que se las arreglaban algo mejor. Como siempre la escasez era sobre todo de pan y

bizcocho. El propio Wellesley, cuando se le propuso crear un depósito común en Trujillo, reconocía que la carne era fácil de encontrar en todo el país

Respecto a la carne, como se puede obtener en cualquier parte del país, sería mejor dejar el suministro como está, en manos de los comisarios de las diferentes naciones 143.

Pese a que la carne era relativamente abundante, resultaba más difícil encontrar sal, y la ingesta de carne sin sal, y a veces mal cocinada, provocaba enfermedades entre los británicos. A ello contribuía el hecho de que, a falta de pan, los soldados recibían con frecuencia suministros a los que no estaban muy acostumbrados, como los duros garbanzos que menciona Oman¹⁴⁴. Y además debían beber exclusivamente agua. En aquella época esto podía resultar peligroso, pues era muy difícil conocer la potabilidad del agua en fuentes y pozos, y mezclarla con vino u otras bebidas alcohólicas era una práctica habitual para desinfectarla. La consecuencia de todas estas alteraciones en la dieta normal era la aparición de brotes de disentería¹⁴⁵.

La escasez de suministros llevaba a muchos soldados británicos y españoles a saquear a los campesinos. Y como ocurre siempre con las tropas extranjeras, los desmanes de éstas, aunque fueran aliadas, se consideraban más ofensivos que los cometidos por fuerzas locales. Así pues, las quejas sobre el comportamiento de las tropas británicas comenzaron a llegar tanto a Cuesta como a la Junta Central, pese a que los británicos probablemente no hacían nada que no hiciesen los soldados españoles, e incluso hay que reconocer que Wellesley ponía todos los medios a su alcance para evitar el saqueo.

La falta de alimentos llevaba a muchos soldados a tirotear las manadas de cerdos extremeños, que se criaban en estado semisalvaje, o a robar las colmenas de abejas para obtener miel¹⁴⁶. El problema de las colmenas debió llegar a ser tan grave que obligó a Wellesley a prohibir expresamente su saqueo en una orden del día 16 de agosto¹⁴⁷. La evidencia de que sus soldados saqueaban los convoyes de provisiones antes de que pudieran repartirse equitativamente entre las tropas le llevó a emitir constantes directivas y amenazas de castigo.

Los mismos soldados convierten las dificultades del momento en mayores de lo que podrían ser debido a sus irregularidades, ya que capturan y saquean las mulas que llegan con provisiones, debido a lo cual los soldados buenos y correctos son privados de su justa parte... y cualquier hombre sorprendido en el acto de saquear provisiones destinadas al ejército debe ser castigado inmediatamente, como tan odiosa ofensa merece¹⁴⁸.

La llegada a Jaraicejo, sobre la ruta de Almaraz a Trujillo, alivió un tanto la situación de los abastecimientos, pero parece que este remedio fue temporal, según narra Londonderry. En cuanto los productos de los alrededores fueron consumidos, los convoyes de abastecimiento desde Badajoz y Trujillo se convirtieron en irregulares¹⁴⁹.

Parece lógico pensar que el problema se encontraba en que la retirada había cortado la línea de suministros británica desde el valle del Tiétar, y ahora los dos ejércitos, británico y español, debían utilizar la antigua línea de abastecimientos utilizada por Cuesta, que llegaba desde Badajoz. Eso suponía una sobrecarga en esa línea, que debía atender a las necesidades de unos 60.000 hombres y entre 16.000 y 18.000 caballos¹50. El resultado fue un funcionamiento muy irregular, y además un aumento de los incidentes entre británicos y españoles, pues ahora debían compartir lo poco que llegaba a través de la única línea de abastecimientos disponible.

Algunos de estos incidentes llevaron a Cuesta a escribir una carta de protesta a Wellesley, que a éste le pareció injuriosa. En ella el general español acusaba a las tropas británicas de saquear a la población civil, interceptar los envíos de suministros a las tropas españolas y privar al ejército español de sus proveedores¹⁵¹. Aunque hubiera algo de verdad en ello, la carta fue en extremo inoportuna, pues el ejército británico, como el español, se encontraba en graves apuros por la falta de abastecimiento, pese a lo cual Wellesley hacía verdaderos esfuerzos por evitar los desmanes de sus tropas.

La contestación de Wellesley fue la propia de su carácter: se defendió atacando.

Sin embargo, las quejas de los habitantes no deberían haber estado confinadas a la conducta de las tropas británicas: en esta población he visto a los soldados españoles, que deberían haber estado en otra parte, arrancar las puertas de las casas que estaban cerradas para permitirles saquear las casas; y después además quemaron las puertas¹⁵².

Ambos generales se enzarzaron pues en un cruce de acusaciones, que hubiera sido pueril de no ser porque ambos se encontraban en serios aprietos debido a la escasez de suministros. Todos los líderes militares se ponen especialmente nerviosos cuando sus líneas de abastecimiento comienzan a fallar, y cuando se trata de jefes del carácter de Wellesley y Cuesta, el nerviosismo puede convertirse pronto en hostilidad abierta. Si a eso se añade el hecho de que ambos estaban insatisfechos por los resultados de la campaña, y resentidos por las decisiones del otro durante las operaciones, podrá completarse un cuadro de absoluta falta de sintonía.

Sin embargo, no podía decirse que la Junta Central no hiciese esfuerzos por abastecer a Wellesley. Desde junio había enviado peticiones a todas las juntas de la zona para que proveyesen de lo necesario al ejército británico, había comisionado a Lozano de Torres para su servicio exclusivo, y el 1 de agosto, visto el descontento británico con sus abastecimientos, había enviado a uno de los miembros de la Junta, Luis Calvo de Rozas¹5³, un hombre cuyas habilidades como organizador logístico se habían convertido casi en mito durante el primer Sitio de Zaragoza¹5⁴.

El problema con el que se enfrentaba la Junta era que hacer peticiones no equivalía automáticamente a que éstas se convirtiesen en productos disponibles para los británicos. Las juntas locales encontraban graves problemas para convencer a los campesinos de que debían utilizar sus escasos medios de transporte para suministrar al ejército británico, justo en época de cosecha. Muchas de las comarcas por las que se movía el ejército aliado habían sido previamente esquilmadas por los ejércitos franceses, y otras eran sencillamente demasiado pobres para poder sustentar un ejército de decenas de miles de hombres y caballos. Cuando además se perdió el contacto con el valle del Tiétar, y se hizo necesario abastecer a británicos y españoles mediante convoyes enviados desde Sevilla y Badajoz, el sistema entró en una profunda crisis.

No obstante, la escasez de provisiones si bien muy real, era también excusa para que Wellesley abandonase unas operaciones en las que sentía muy incómodo. De hecho la situación de los abastecimientos mejoró progresivamente a mediados de agosto. El ejército británico estaba situado sobre la ruta principal de Trujillo a Almaraz, con muy fácil acceso desde Badajoz y Mérida. También hubiera sido posible abrir una ruta suplementaria desde Lisboa a Badajoz¹⁵⁵, o incluso desde Abrantes, donde había un enorme depósito de víveres¹⁵⁶.

Además Cuesta y Calvo de Rozas propusieron la creación de un almacén conjunto en Trujillo, donde pudieran abastecerse ambos ejércitos¹⁵⁷. Pero Wellesley no intentó abrir ninguna nueva ruta, ni aceptar ninguna propuesta española. Y la razón era que no deseaba continuar operando en España.

En primer lugar temía que Soult, aprovechando su presencia en Plasencia, y su unión con los ejércitos de José, penetrase en Portugal por el mismo camino que había utilizado el ejército británico para entrar en España, esto es por Zarza Mayor y Castelo Branco¹⁵⁸. No se trataba de una operación muy probable, pues Soult dejaría toda su retaguardia expuesta a un contraataque de los ejércitos aliados desde el sur del Tajo. Pero a Wellesley le preocupaba que Portugal fuese atacado mientras él estaba inactivo en España.

En segundo lugar, Wellesley había recibido ya con seguridad las noticias del cese de hostilidades entre Austria y Francia, que le había traído su propio hermano Richard¹⁵⁹. Así pues, el contraataque francés en la Península era cuestión de tiempo. Napoleón aún tardaría en trasladar sus fuerzas de Europa Central a la Península, pero era hora de pensar en medidas defensivas. Y la peor posición defensiva que Wellesley podía imaginar era encontrarse en España, colaborando con unos ejércitos que no controlaba, de los que no se fiaba en absoluto, y cuyos generales tenían una alarmante tendencia a adoptar una actitud ofensiva que bien podía calificarse de suicida.

Así pues, la actitud de Wellesley se fue haciendo cada vez más hostil hacia la idea de continuar sus operaciones en España. No parece que se tratase de algo concebido tiempo atrás, como afirman algunos historiadores. El general británico estaba realmente dispuesto a colaborar con Cuesta en junio y julio, aunque siempre en sus propios términos, y poniendo por delante los intereses británicos, esto es: la defensa de Portugal. Pero el carácter sangriento de la batalla de Talavera, la constatación de la mala calidad de las fuerzas españolas, los problemas logísticos, y el cambio de rumbo en los acontecimientos de Europa Central, debieron pesar sucesivamente en su ánimo, hasta que se abrió paso la idea de abandonar definitivamente las operaciones en España.

Wellesley se había dado cuenta de los graves riesgos que suponía operar en el interior del territorio español, y de la facilidad con la que podía perder su pequeño y valioso ejército. Así pues, y previendo la tormenta que se avecinaba, su mente comenzó a considerar como única línea de acción con posibilidades de éxito una defensa en profundidad,

en la que el ejército británico se batiría en una posición cercana a la costa, y a sus bien surtidos almacenes, mientras las tropas francesas deberían sufrir los padecimientos logísticos que le habían aquejado a él en la campaña del Tajo.

España dejaba de ser campo de batalla para las tropas británicas y se convertía así en un glacis defensivo exterior, en el que el enemigo tendría que desgastarse manteniendo a raya tanto a las guerrillas como a los ejércitos regulares españoles que pudiesen sobrevivir a la embestida, y abrirse paso a través de territorios pobres, mal comunicados y devastados.

Para ser aceptado por el nivel político, este concepto estratégico debería fundamentarse en la imposibilidad de operar en España por la falta de cooperación demostrada por las autoridades políticas y militares españolas. Y con esta argumentación Wellesley serviría a dos propósitos: explicar el fracaso de la campaña del Tajo y preparar un dispositivo estratégico más eficiente para la embestida francesa. El primero era más bien de interés personal, pues era su prestigio lo que estaba en juego. El segundo iba en beneficio de los intereses estratégicos de Gran Bretaña.

Wellesley podría simplemente haber expuesto ante Castlereagh y Canning las razones de índole estratégico que aconsejaban retirar al ejército británico del territorio español, y concentrarlo para la defensa de Portugal. Pero el general británico sabía que esa decisión afectaría de forma dramática a la relación entre España y Gran Bretaña, y constituiría además un nefasto baldón para la reputación británica ante posibles aliados futuros. El asunto era tan serio que los argumentos meramente estratégicos puede que no convenciesen al gabinete británico. Pero una escenario de falta de cooperación rayana en la mala fe por parte de las autoridades españolas, que incluyese soldados británicos desfallecidos de hambre, heridos abandonados, y siniestros e incompetentes generales españoles, podía inclinar a los ministros de Su Majestad a refrendar las tesis de Wellesley, con el apoyo de una opinión pública que sería sin duda favorable a ello.

Evidentemente Richard Wellesley fue consciente de las intenciones de su hermano en cuanto tomó posesión de su puesto de embajador. Y sabía también las consecuencias diplomáticas que tendría la retirada del ejército británico de España. Por eso intentó moderar las posturas más agresivas de Arthur, y tratar de mejorar la colaboración con las autoridades españolas. Inicialmente trasmitió a la Junta Central todas las exigencias de su hermano, pero recordándole que no era realista esperar un cambio súbito y radical de la situación:

Me inclino a creer que este gobierno está dispuesto a hacer cualquier esfuerzo compatible con sus poderes, con el estado del país, y con los inveterados defectos del departamento militar en España.

Eres sin embargo suficientemente consciente de la imposibilidad de confiar en esos esfuerzos, a no ser que un sistema regular pueda ser establecido, bajo unas autoridades que puedan asegurar un funcionamiento eficiente y regular; y pese a que puedo asegurarte que no ahorraré esfuerzos para contribuir al establecimiento de ese sistema, no puedo albergar con confianza expectativas de éxito¹⁶⁰.

Efectivamente Sir Arthur había puesto una serie de condiciones para su permanencia en España, a primera vista lógicas, pero que eran tan difíciles de cumplir como injuriosas para un gobierno soberano, aún para uno tan limitado en su poder real como era la Junta Central. Esas condiciones venían explicadas en dos cartas enviadas el día 8 de agosto a su hermano Richard, y en líneas generales eran las siguientes:

- El Marqués de la Romana y el Duque del Parque debían aumentar su presión en Castilla para que disminuyese la presencia de tropas francesas en Extremadura.
- El establecimiento de depósitos de provisiones y forraje a distancia razonable de la retaguardia de los ejércitos
- La provisión de bestias de carga y tiro para el ejército británico. Wellesley estimaba que necesitaría 3.000 a 4.000 mulas para el servicio de los depósitos, y otras 1.500 mulas, más un centenar de carros para el transporte de víveres desde los depósitos hasta los ejércitos.
- La provisión de uniformes para las tropas españolas. Wellesley era especialmente insistente en este tema, quizás porque había atribuido la desbandada de las tropas españolas en la noche del 27 de julio a su falta de uniformidad, como se ha señalado en el capítulo anterior.
- Que la Junta no se dirigiese a él directamente, sino que lo hiciese a través del embajador británico.
- Que la Junta Central adoptase un esquema estratégico defensivo.¹⁶¹

Tales propuestas, analizadas desde un punto de vista meramente técnico, eran en la mayoría de los casos razonables, aunque su cruda exposición a la Junta Central no podía por menos que causar cierta indignación. Pero los términos y los plazos que Wellesley exigía para su cumplimiento eran sencillamente irrealizables. No cabía esperar que, de repente, la Junta fuese capaz de organizar grandes depósitos de víveres, adquirir miles de mulas o uniformar a sus ejércitos, cuando en los meses anteriores se había visto totalmente incapaz de hacerlo. Como observaba el Conde Toreno:

De parte de los ingleses hubo imprevisión en figurarse que, á pesar de los ofrecimientos y buenos deseos de la central, podría su ejército ser completamente provisto y ayudado. Ya había este padecido en Portugal falta de muchos articulos, aunque en realidad el gobierno británico allí mandaba, y con la ventaja de tener próxima la mar. Mayores escaseces hubieran debido temer en España, país entonces por lo general mas destruido y maltratado, no pudiendo contar con que solo el patriotismo reparase el apuro de medios después de tantas desgracias y escarmientos. Creer que el gobierno español antemano preparado almacenes, sobradamente en su energía, y principalmente en sus recursos. Los ingleses sabían por experiencia lo dificultoso que es arreglar la hacienda militar, ó sea comisariado, pues todavía en aquel tiempo tachaban ellos mismos de defectuosísimo el suyo, y no era dable que España, en todo lo demás tan atrasada respecto de Inglaterra, se le aventajase en este solo ramo y tan de repente. 162

En cualquier caso, si esas condiciones no se cumplían inmediatamente, Wellesley amenazaba con el abandono de las operaciones, la dispersión de su ejército y el retorno a Portugal. 163

Parece evidente que tanto Sir Arthur Wellesley como su hermano sabían que el cambio radical que el primero de ellos exigía para mantener sus operaciones en España era imposible, al menos a corto y medio plazo. Pero mientras Arthur había decidido ya retirarse de territorio español, y por tanto utilizaba sus exigencias como excusa, Richard todavía esperaba que una progresiva mejora en el apoyo al ejército británico podría convencer a su hermano para permanecer en el país, o al menos para no dar por concluida la colaboración con las autoridades españolas. No en vano las instrucciones que había recibido

del ministro Canning le instaban a mantener la mejor relación con la Junta.

Realizará los mayores esfuerzos para mantener el mejor entendimiento con el gobierno español, y para mantenerlos satisfechos sobre el profundo y vivo interés que tenemos en el bienestar de España, y en el éxito de la causa en la cual la nación española está empeñada.¹⁶⁴

Así pues, Richard Wellesley adoptó un enfoque más duro que Frere en sus relaciones con España, pero sin pretender ni mucho menos una ruptura. Con ello esperaba contentar y apaciguar a su hermano, y a la vez mantener la colaboración con las autoridades españolas. El 11 de agosto envió a Martin de Garay una carta en la que transmitía algunas de las peticiones de su hermano Arthur. Entre ellas la acción de los ejércitos españoles en el noroeste para aliviar la presión sobre Extremadura, la formación de depósitos de víveres y el suministro de mulas y carruajes¹⁶⁵.

Martín de Garay contestó afirmativamente a las propuestas del embajador británico, aunque apuntó que, pese a los esfuerzos de los comisarios españoles, la formación de depósitos y la provisión de mulas y carruajes podrían demorarse considerablemente. También dejó caer que el general Beresford podría igualmente contribuir a aligerar la presión enemiga sobre Extremadura¹⁶⁶.

Richard Wellesley procedió entonces a informar al ministro Canning, exponiéndole las quejas de su hermano Arthur sobre el apoyo y el comportamiento español, y la actitud positiva de la Junta a sus demandas.

Tengo razones para creer que un gran esfuerzo ha sido hecho por este gobierno con el propósito de dar rápido efecto al plan que he propuesto, y que se me permitirá supervisar el cumplimiento de los muchos detalles necesarios para el inicio de un sistema mejorado de abastecimiento y movimiento para las tropas sobre el terreno¹⁶⁷.

Al mismo tiempo, el marqués Wellesley explicaba que consideraba poco probable que tales esfuerzos de la Junta pudiesen conseguir un cambio sustancial y rápido de la situación, defendiendo la postura de su hermano de abandonar Portugal si no se producían cambios en la situación. Pero el embajador dejaba una puerta abierta a la posibilidad de que Arthur Wellesley permaneciese en España

Confío en que si algún cambio favorable de circunstancias disminuye la angustiosa presión que ahora hace imposible la actividad del ejército, Sir Arthur Wellesley podrá bien reiniciar operaciones ofensivas, bien ocupar una posición en España que se revele más efectiva para la protección de las provincias del sur¹⁶⁸.

Pero lo más interesante es que, a continuación, el embajador efectúa una larga exposición sobre las ventajas que tendría la sustitución de Cuesta en el mando del ejército de Extremadura. Richard Wellesley, instruido por su antecesor Frere, conocía perfectamente la impopularidad de Cuesta entre muchos miembros de la Junta. Y probablemente pensó que sacrificar al anciano general español sería una buena forma de aplacar a su hermano sin arriesgarse a un choque frontal con la Junta. Así pues, la conspiración contra Cuesta, iniciada por Frere meses atrás para abrir paso a un mando británico del ejército y secundada después por Wellesley, como excusa para explicar los malos resultados de la campaña, fue finalmente recogida por el nuevo embajador Richard Wellesley con el fin de suavizar las relaciones con la Junta mediante el sacrificio de una cabeza de turco.

Entre las medidas que pueden ser sugeridas para aliviar los sufrimientos de nuestro ejército, la destitución del general Cuesta del mando de las fuerzas españolas promete ciertamente ventajas considerables. En cualquier cualidad necesaria para un alto mando militar se dice que el general Cuesta es absolutamente deficiente, con la excepción del valor personal¹⁶⁹.

El embajador británico reconoce que ha conversado en privado con miembros del gobierno español acerca de la destitución de Cuesta. Pero no cree conveniente una excesiva presión, para evitar la impresión de que el general, aún popular, ha sido destituido por la influencia británica.

Pero cuando Richard Wellesley escribía esta carta a Canning, Cuesta había dimitido ya por propia voluntad. El día 12 de agosto parece ser que sufrió algún tipo de ataque que le inmovilizó la pierna izquierda¹⁷⁰, aunque el propio Cuesta no hace mención a ataque alguno, sino más bien al agotamiento debido a las penalidades de la campaña.

Los trabajos e incomodidades que pasé en aquellos días a la inclemencia, debajo de una encina, sin el preciso alimento, deterioraron mi quebrantada salud hasta el punto de no poder ya sostenerme á caballo. En ese estado determiné entregar el mando del egército á mi segundo el teniente general D. Francisco Eguía¹⁷¹.

No está claro hasta que punto fue la enfermedad, y hasta que punto el desánimo, lo que hizo que Cuesta presentase su dimisión. Probablemente fue una combinación de ambos. Desde luego su salud no era buena, resentida por la edad, las heridas sufridas en Medellín y la dureza de la campaña. Pero es muy probable que el empeoramiento de las relaciones con Wellesley, la evidencia de conspiraciones para arrebatarle el mando, e incluso el descontento entre sus oficiales con el pobre resultado de la campaña, fueran razones que pesaron tanto como su mala salud.

Sus últimas comunicaciones con el general británico fueron muy desagradables. Ya se ha mencionado la carta de Cuesta protestando por el comportamiento de las tropas británicas, y la airada respuesta de Wellesley. En esta última carta el británico daba además un ultimátum para que se adoptasen medidas que pudiesen evitar la escasez de provisiones en su ejército.

Le suplico que me deje saber, en respuesta a esta carta, si algún almacén de provisiones ha sido formado, y de dónde las tropas británicas puedan obtener sus provisiones. Espero recibir una respuesta satisfactoria a estas dos cuestiones mañana por la mañana. Si no la recibo, ruego que su Excelencia se prepare para ocupar la posición enfrente de Almaraz, ya que será imposible para mí permanecer más tiempo en un país en el cual ningún arreglo se ha hecho para el aprovisionamiento de las tropas¹⁷².

Pero eso no era todo, pues el mismo día Wellesley enviaba otra carta, quejándose de que un convoy de provisiones británico había sido interceptado por la caballería española, y toda la cebada que transportaba había sido confiscada¹⁷³. Este tipo de incidentes debían ser frecuentes, pues ambos comandantes estaban muy preocupados por la falta de suministros, y sospechaban que el otro recibía más, a veces sustrayéndolo de lo destinado al ejército aliado¹⁷⁴. Puede que Cuesta hubiera organizado grupos de vigilancia para garantizar que los

suministros y proveedores españoles llegasen a su destino. Movidos tanto por un excesivo celo como por la necesidad, estos grupos podían provocar incidentes como el descrito por el general británico en su carta.

Y probablemente los británicos hacían algo similar. Wellesley afirmaba que había dejado pasar todos los convoyes de provisiones con destino al ejército español, y con seguridad era cierto¹⁷⁵. Pero ya se ha señalado como el británico no tenía suficiente control sobre sus hambrientos soldados como para impedir que estos saqueasen los convoyes británicos. Y cabe suponer que menos todavía podría evitar que grupos fuera de control saqueasen a los habitantes del país, o a todo envío de suministros que encontrasen en su camino, fuera destinado a británicos o a españoles¹⁷⁶.

En este clima de recelo, desconfianza y desmoronamiento de la disciplina debido a la falta de suministros, Cuesta decidió quitarse de en medio y atender a su deteriorada salud. La noticia de su marcha supuso un rayo de esperanza para Richard Wellesley, pues eso significaba que las relaciones entre su hermano y el ejército de Extremadura podrían ahora mejorar. El sustituto de Cuesta era el General Eguía, un hombre aparentemente menos autoritario y testarudo que su jefe, y mucho más dispuesto a cooperar con sus aliados¹⁷⁷.

Pero Wellesley tenía ya tomada su decisión. Inicialmente se mostró conciliador con Eguía aceptando enviar comisarios a Trujillo, para supervisar las posibilidades del nuevo almacén conjunto, que se había planeado constituir en aquella ciudad. No obstante, el británico se mostraba muy receloso, pues argumentaba que el ejército británico obtenía ahora todos sus suministros de pan y harina en Trujillo. Si ahora se creaba un almacén conjunto, era muy probable que tuviera que compartir lo poco que obtenía en esa población con el ejército español, y sería peor el remedio que la enfermedad¹⁷⁸.

Pero, súbitamente, el 18 de agosto Wellesley decidió abandonar su posición en el Tajo, frente a Almaraz, y replegarse hacia Mérida en busca de provisiones. Así pues, comunicó a Eguía que se preparase para relevar a sus tropas en esa posición. La razón inmediata de tal decisión fue que las tropas británicas no recibieron ese día su ración de pan, y que las existencias en el almacén de Trujillo no bastaban para un día de aprovisionamiento del su ejército¹⁷⁹. Además, la caballería británica enviada hacia Cáceres para forrajear parece ser que sufrió el hostigamiento de grupos de jinetes españoles¹⁸⁰.

La decisión de Wellesley causó consternación entre las autoridades españolas. Eguía le envió una carta en la que le aseguraba que la normalidad en los suministros estaba próxima a restablecerse, y que si Wellesley se retiraba, esto debía obedecer a motivos políticos o militares, más que logísticos. Calvo de Rozas le envió otra comunicación en parecidos términos. La respuesta de Wellesley fue tajante. En cuanto a Eguía, el británico le comunicó que cesaba toda comunicación con él, ya que el general español estaba dudando de que sus motivaciones para retirarse fueran diferentes a las que él expresaba, y por tanto ponía en duda su sinceridad¹⁸¹. A Calvo de Rozas le contestó en términos igualmente categóricos:

Usted me aseguró ayer, lo que repite en su carta, que estas privaciones no continuarían; que en tres días debería haber abundancia de provisiones, y que mientras tanto, tenemos todo lo que el almacén de Trujillo contiene. En respuesta, tengo que hacerle la observación de que he recibido las mismas seguridades por parte de cada comisario español que ha servido con el ejército británico; cada uno de ellos me ha decepcionado sucesivamente, y pese a que su rango es mayor, y sus poderes más amplios que los de los otros oficiales españoles que han estado conmigo, debo reconocer que, en un caso tan crítico como es el de un ejército muriéndose de hambre, no siento ninguna confianza en sus promesas; y no doy crédito a las noticias sobre la existencia de recursos que se dice están en camino (en lugar desconocido), o de otros en el almacén de Trujillo 182.

Así pues, las relaciones entre Wellesley y el jefe del ejército de Extremadura, que con Cuesta eran malas, con Eguía se convirtieron en inexistentes. El impacto de la noticia en la Junta Central fue igualmente terrible, y puso en muy mala situación al embajador Richard Wellesley.

El señor de Garay me ha dicho, con expresiones del más profundo pesar y terror, que si tu ejército deja España en este momento crítico, una ruina inmediata e inevitable caerá sobre este gobierno, sobre todas las provincias que permanecen bajo su autoridad, sobre la causa de España, y sobre cualquier interés relacionado con la alianza tan felizmente establecida entre Gran Bretaña y la nación española¹⁸³.

Apenas recibida la noticia del repliegue de su hermano, el embajador intentó aplicar medidas para contener al menos la crisis. En primer lugar envió a la Junta Central dos planes, uno para el aprovisionamiento de las tropas británicas, y otro para establecer una línea defensiva en el Guadiana¹⁸⁴, lo que permitiría a la vez mantener la cooperación, y aprovisionar más fácilmente a los ejércitos. En segundo lugar intentó moderar la posición de Sir Arthur Wellesley

Viendo, no obstante, tan cercanas las dolorosas consecuencias de tu inmediata retirada a Portugal, considero mi deber someter a tu consideración la posibilidad de adoptar un plan intermedio, que quizás combine algunas de las ventajas de tu regreso a Portugal, sin ocasionar alarma en España, y sin hacer peligrar los cimientos de la alianza entre este país y Gran Bretaña¹⁸⁵.

El proyecto del embajador era que Wellesley no se replegase inmediatamente a Portugal, sino que se estableciese en el Valle del Guadiana, entre Mérida y Badajoz. Allí podría ser abastecido con facilidad, pues se trataba de un territorio mucho más rico y menos devastado que el valle del Tajo, y además la presencia del ejército británico serviría de apoyo al ejército español en Extremadura.

Pero la visión de Wellesley era bastante diferente. En una larga carta escrita a su hermano el embajador, el general le exponía su visión, tan cruda como siempre.

Por tanto, desde cualquier aspecto de objetivos, medios y riesgos, es mi opinión que debo evitar implicarme en cualquier cooperación futura con los ejércitos españoles; y que, en cualquier caso, su Excelencia debe evitar dar al gobierno ninguna esperanza de que aceptaré permanecer dentro de las fronteras de España, con alguna intención de cooperar en el futuro con las tropas españolas¹⁸⁶.

Los argumentos de Wellesley eran convincentes y, también como siempre, brillantes desde el punto de vista estratégico. En primer lugar no había ningún acuerdo de cooperación militar en operaciones entre los gobiernos británico y español. El había sido autorizado a cooperar con los ejércitos españoles si lo consideraba necesario para la defensa de Portugal, que era su misión esencial. Y siempre había dejado claro este punto ante las autoridades españolas. Así pues, lo mismo que había decidido iniciar operaciones en España podía decidir suspenderlas.

En segundo lugar la posición defensiva que proponía su hermano en el Guadiana era un error. El ejército español estaba mucho mejor situado en las zonas montañosas que controlaban los accesos a los pasos de Almaraz y Arzobispo. El Guadiana era vadeable en muchos puntos en verano, y no constituiría un obstáculo excesivamente difícil para las tropas francesas.

En tercer lugar, la reanudación de operaciones ofensivas en colaboración con las fuerzas españolas era imposible, pues éstas no eran en absoluto fiables. Tenían una tendencia a dispersarse y huir en el combate que podía en grave peligro a cualquier ejército que cooperase con ellas. Y Wellesley no estaba dispuesto a poner en ese peligro al ejército de Su Majestad.

Pero, pese a todas sus objeciones, Wellesley tranquilizó a su hermano en algunos puntos. En primer lugar no pensaba retirarse inmediatamente de España, entre otras cosas porque necesitaba cierto tiempo para que su ejército recuperase sus fuerzas. Y aún cuando se replegase a Portugal, quedaría desplegado en la frontera, con lo cual continuaría siendo útil al gobierno español, ya que supondría una amenaza contra cualquier ejército francés que intentase penetrar hacia Andalucía por Extremadura¹⁸⁷.

Para reforzar su posición frente al gobierno británico, Wellesley escribió casi a la vez una carta a Lord Castlereagh, en la que exponía argumentos parecidos a los contenidos en la carta a su hermano, cargando además las tintas sobre la inutilidad de las tropas españolas. La opinión de sus comunicaciones anteriores, sobre el buen comportamiento de las tropas españolas en Talavera, fue borrada de un plumazo.

La caballería española es, en mi opinión, casi enteramente indisciplinada... La artillería española es, por lo que he visto, totalmente corriente... Respecto al gran cuerpo de todos los ejércitos, es decir la infantería, es lamentable ver lo mala que es la española, y lo desigual que resulta cuando se enfrenta con los franceses... Nada puede ser peor que los oficiales del ejército español...¹⁸⁸

Muchas de las observaciones de Wellesley eran evidentes exageraciones. Ya se había olvidado del importante papel de los artilleros españoles y sus piezas pesadas en Talavera, o de la carga de caballería del regimiento del Rey contra la división Leval. En otros casos

se trataba de simples mentiras, como cuando afirmaba que, en Talavera, la división Bassecourt fue mantenida a raya por un batallón francés¹⁸⁹, cuando en realidad, como ya se explicó en el capítulo anterior, mantuvo la posición que se le ordenó frente a los tres batallones del 9º regimiento ligero, apoyado por la caballería ligera de Merlín. Wellesley ponía además como ejemplo de la ineptitud española el combate en el puente del Arzobispo, que tanta semejanza guardaba con la sorpresa obtenida por Victor el día 27 de julio contra las tropas británicas en Casa de Salinas, en la que el propio Wellesley estuvo a punto de caer prisionero.

Pero el general británico quería dejar claro que no pensaba cooperar de nuevo con unas tropas que no le inspiraban la menor confianza.

Son realmente niños en el arte de la guerra y no puedo decir que hagan nada como debiera hacerse, con la excepción de escapar y volver a reunirse de forma natural 190.

Los furibundos ataques contra los ejércitos españoles tenían por objeto mostrar la imposibilidad de colaborar con tropas tan deficientes sin riesgo de perder el ejército británico. Pero en el mismo escrito puede entreverse que Wellesley estaba ya desarrollando la idea estratégica que le llevaría a la línea de Torres Vedras, y en ella no había lugar para el uso del ejército británico en España.

El siguiente punto en esta cuestión es, suponiendo que el ejército portugués llegue a ser eficiente ¿qué se podría con él y con Portugal si los franceses llegan a tomar posesión del resto de la Península? Mi opinión es que deberíamos ser capaces de mantener Portugal si el ejército portugués y la milicia estuvieran completos. La dificultad de toda esta cuestión reside en el embarque del ejército británico. Hay tantas vías de entrada en Portugal, siendo todo el país frontera, que sería muy difícil impedir al enemigo su penetración; y es probable que nos veamos obligados a confinarnos nosotros mismos en la preservación de lo que es más importante: la capital¹⁹¹.

El concepto de la defensa en las proximidades de Lisboa estaba ya en marcha. Y las prioridades de Wellesley también: primero, liberar al ejército británico de sus compromisos en España, segundo, organizar y adiestrar al ejército portugués para convertirlo en una fuerza eficiente de combate, que pudiese compensar la escasez de tropas británicas; tercero, establecer un sistema defensivo en profundidad que finalizase en una formidable línea defensiva en Lisboa, perfectamente abastecida desde el mar.

El consejo a Castlereagh sobre Cádiz era muy ilustrativo

Si escoge Cádiz debe abandonar Portugal y empezar a trabajar en España; debe ocupar Cádiz con una guarnición de 15.000 a 20.000 efectivos, y debe enviar desde Inglaterra un ejército para ser empleado en campaña con los españoles, y convertir Cádiz en su punto de retirada en lugar de Lisboa¹⁹².

Wellesley era claro. Había que escoger entre defender España o defender Portugal. Y la opción de defender a éste último era mucho más prometedora, pues ya había un ejército británico en Portugal y, al contrario que en España, el gobierno y el ejército portugués, estaban dispuestos a servir bajo órdenes británicas. Sir Arthur afirmaba incluso que, aún en el caso de que la Junta Central le llegase a ofrecer el cargo de comandante de los ejércitos españoles, lo rechazaría, ya que no quería ninguna relación con ellos¹⁹³.

El general británico había tomado ya su decisión, y logró imponerla a superiores y aliados, lo que muestra tanto la firmeza de su carácter como la brillantez de sus argumentos. Pero esa decisión significaba abandonar España en un momento especialmente crítico.

Sin embargo, Wellesley había podido materializar su deseo de retirarse de las operaciones combinadas con el ejército de Extremadura sin excesivas problemas gracias principalmente a la inactividad francesa. De hecho las tropas del rey José no habían hecho prácticamente nada desde la batalla de Almonacid. Como les ocurría casi siempre en España, cualquier ganancia de territorio venía acompañada de una desesperante parálisis en las operaciones.

La pasividad francesa tenía múltiples razones. En primer lugar ya se ha comentado anteriormente cómo fue preciso enviar el cuerpo de ejército de Ney de nuevo hacia Castilla ante el aumento de la actividad de las guerrillas y las tropas españolas de Duque del Parque, que había llegado a ocupar Salamanca¹⁹⁴.

Con ello Soult se quedaba con su cuerpo de ejército y con el de Mortier, unos 35.000 hombres en total. Es cierto que todas las fuerzas francesas estaban situadas en una misma línea, y podían por tanto concentrarse en cualquier punto con relativa rapidez, pudiendo concentrar hasta 70.000 efectivos. Pero esta posibilidad era más teórica que real. Los cuerpos de ejército de Victor y Sebastiani estaban diezmados y agotados después de Talavera y Almonacid, y los aliados seguían disponiendo de más de 45.000 efectivos en la zona de Almaraz-Puente del Arzobispo, y los casi 20.000 de Venegas en Despeñaperros. Sin contar con los 15.000 portugueses de Beresford, que por indicación de Wellesley se habían situado en Castelo Branco¹⁹⁵, justo en el flanco de Soult. Además, la posición aliada al sur del Tajo era extremadamente fuerte, y cualquier intento de atacarla se traduciría en un gran número de bajas, y en pocas posibilidades de aprovechar el éxito en el devastado territorio entre el Tajo y el Guadiana.

Pero un punto aún más importante era que, aún antes de tener noticia de la batalla de Talavera, el Emperador había ordenado no iniciar operaciones ofensivas en España hasta que finalizase el verano

Escribid a España que no se emprenda nada contra Portugal durante el mes de agosto; esta estación es demasiado calurosa; pero que se preparen para hacer esa expedición en febrero. Pedid una memoria el Rey, y al Duque de Dalmacia sobre el inicio de la campaña en el mes de septiembre; tendrán tiempo para recibir una orden de aquí a esa fecha¹⁹⁶.

Pese a las órdenes de Napoleón, Soult estaba dispuesto a intentar de nuevo la penetración en Portugal. Su principal argumento era que, ante su revés estratégico y su repliegue hacia el sur del Tajo, Wellesley estaba intentando reunir todas las fuerzas posibles para reanudar la ofensiva. Soult estaba enterado de los movimientos de Beresford hacia Castelo Branco y Coria, y sabía también que los batallones británicos de refuerzo, que no pudieron llegar a tiempo para la batalla de Talavera, estaban concentrados en la frontera. Soult pensaba que incluso las fuerzas del general portugués Silveira acudían al refuerzo de Wellesley. Y eso podría situar entre 40.000 y 45.000 enemigos frente a su cuerpo de ejército. 197

Ante esta amenaza Soult pensaba que la mejor opción era tomar la iniciativa, y atacar a Beresford antes de que éste pudiera reunirse con Wellesley. Para eso solicitaba al rey el refuerzo del 5º cuerpo de Mortier con una o dos divisiones del 1er cuerpo de Victor. Con esa fuerza añadida a su 2º cuerpo, Soult podía concentrarse en Plasencia y atacar a Beresford con unos 40.000 efectivos. Asimismo, pedía que Ney atacase

Ciudad Rodrigo, para después reunir sus fuerzas con las del 2º cuerpo a través del puerto de Perales¹⁹⁸.

Pero José no estaba dispuesto a más aventuras. Su respuesta fue negativa, ya que prefería mantener sus tropas concentradas. Esta decisión no fue excesivamente bien acogida por Soult, que se quejó enérgicamente al ministro de la guerra y a Jourdan.

Si aquel que Su Majestad el Emperador ha designado para mandar no puede asegurar desde el principio que será escuchada y perfectamente secundado, el bien del servicio puede sufrir, y valdría más que aquel que hace oposición reciba otro destino¹⁹⁹.

Las quejas de Soult se dirigían más a Ney que al propio José. De hecho, Ney se había apresurado a cumplir la orden de replegarse de nuevo a Castilla, y luego se había negado a efectuar el ataque sobre Ciudad Rodrigo que le pedía Soult. En una carta al rey José, Ney observaba que:

Ya que esta maniobra era contraria a las disposiciones de Vuestra Majestad, y pareciéndome por otra parte perjudicial para el conjunto de las operaciones, le respondí que no la ejecutaría. Es fácil reconocer, en este proyecto del mariscal Duque de Dalmacia, el deseo que le anima sin cesar a regresar a Portugal, cualesquiera que puedan ser los resultados de este retorno²⁰⁰.

Teniendo en cuenta que Ney era todavía su subordinado, por orden del Emperador, es lógico que Soult se encontrase en un estado de considerable indignación. Sin embargo, una vez más, la postura de José y Jourdan, aunque muy prudente, era más lógica. Sabiendo el final victorioso de la guerra contra Austria, y situadas las fuerzas francesas en España de nuevo sobre la línea del Tajo, lo más aconsejable parecía mantener una postura defensiva hasta que comenzasen a llegar los refuerzos de Europa Central. Una ofensiva aliada parecía improbable después de la derrota de Venegas en Almonacid, y con la presencia de Soult y Mortier en la línea del Tajo.

En realidad, las noticias más preocupantes para las tropas francesas venían de Castilla y Aragón, y afectaban a sus comunicaciones con Francia. Las acciones de guerrillas, milicias y simples paisanos se habían recrudecido de forma alarmante ante la escasez de tropas francesas sobre el terreno. Kellermann informaba de concentraciones

de insurgentes en Burgos y Soria que podían en peligro las comunicaciones entre Francia y España²⁰¹. El propio Ney, en el parte de bajas de su movimiento entre Plasencia y Salamanca, en el que se encontró con las fuerzas de sir Robert Wilson, informó de unos treinta y cinco muertos en ese combate, y de otra veintena de soldados "degollados por los campesinos"²⁰². Los movimientos de cualquier fuerza francesa en la Península se convertían así en un infierno, y cualquier ejército que intentase la ofensiva corría un riesgo inmediato de ver sus comunicaciones amenazadas, infestadas de insurgentes.

José tenía además que atender al considerable enfado de su hermano en cuanto se enteró de las verdaderas circunstancias de la batalla de Talavera. Las tropas francesas no habían quedado dueñas del terreno, y además habían perdido estandartes y cañones. Pero lo que más molestaba al Emperador era que se le hubiese intentado engañar. El 21 de agosto, cuando la verdad comenzaba a estar clara, Napoleón escribió una dura carta al ministro de la guerra en la que el peor parado, como era de esperar, fue Jourdan, que paradójicamente era quién más había defendido una línea de acción similar a la que esperaba el Emperador²⁰³.

Napoleón reprochaba que Soult hubiese sido enviado sobre la retaguardia enemiga por Plasencia, en lugar de unirse a José en Madrid a través de Ávila. La idea del Emperador era siempre la de obtener la máxima concentración frente al adversario y, probablemente, si hubiera estado en la posición de José, no hubiese dudado en abandonar la capital para ganar tiempo, unirse a Soult, y lanzar un contraataque devastador. La división de las fuerzas francesas en dos bloques le indignaba, y aún le indignaba más la manera en la que se había presentado batalla en Talavera: contra una posición bien preparada, sin reconocimientos previos.

Es además la última acción absurda haberlos atacado sin haberlos reconocido; era evidente que habiendo ellos colocado su derecha sobre Talavera (donde se encontraban los españoles que, si bien no valen nada en campo abierto, son al menos buenas tropas cuando pueden atrincherarse en edificios) y su izquierda sobre una meseta, era necesario asegurarse de si esa meseta podía ser envuelta; que esa posición del enemigo exigía pues reconocimientos; y que se conduce mis tropas sin discernimiento, como a una carnicería²⁰⁴.

Había sido Jourdan el que aconsejó al rey esperar la aparición de Soult antes de presentar batalla, el que hizo observar la necesidad de reconocimientos antes de lanzarse al ataque, y el que señaló a Victor la posibilidad de envolver el Cerro de Medellín, en lugar de atacarlo de frente (ver capitulo anterior). Pero el Emperador y él parecían condenados a un constante desencuentro.

Los reproches de Napoleón alcanzaron también de lleno a Sebastiani, que era quién había perdido los cañones y no lo había reflejado en sus partes²⁰⁵. Y a su hermano el rey José, aunque el Emperador sabía perfectamente que no era un hombre de guerra, y probablemente reconocía en su fuero interno su error al ponerlo al frente del ingobernable grupo de mariscales que había enviado a España. Quizás por eso aceptó la recomendación de su hermano para hacer regresar a Ney a Francia, ya que éste se había vuelto tan incontrolable que no obedecía ni al rey ni a Soult²⁰⁶. En cualquier caso la situación en España le parecía a Napoleón demasiado confusa como para dar órdenes precisas sobre qué hacer en el futuro.

Las informaciones que tengo no son lo bastante precisas, lo bastante claras, lo bastante verdaderas para dar órdenes²⁰⁷.

Ciertamente la situación en el bando francés, pese a que se había evitado un duro revés estratégico, se mantenía muy confusa. Soult estaba muy irritado por la negativa del rey a aprobar sus operaciones en Portugal, Victor había enviado al Emperador un informe sobre sus operaciones en el que culpaba de la derrota de Talavera a las decisiones de José; carta a la que éste último había respondido duramente, instando a Victor a solicitar otro destino, si no estaba a gusto con su mando²⁰⁸. Ney estaba preparando su equipaje para París, Sebastiani intentaba explicar al Emperador que apenas había perdido piezas de artillería en Talavera, y Jourdan llevaba con resignación el desprecio imperial. Aún así, era éste último el único capaz de dar una visión lúcida de la situación en España.

La artillería del ejército tiene la mayor necesidad de reparación y de caballos de tiro. El país no ofrece ningún recurso en medios de transporte; los calores aquí son excesivos en este momento, la tropa tiene la mayor necesidad de reposo. Resulta urgente proporcionar monturas a la caballería; los convoyes de munición no llegan. Nunca el espíritu de insurrección se había manifestado de forma

tan generalizada en España; el rey no percibe ningún impuesto público y se encuentra en el mayor apuro en lo que respecta a las finanzas; las comunicaciones con Francia no han sido nunca tan peligrosas; y por fin la opinión general es que empeñarse en Portugal sería comprometer el ejército del Emperador en el estado en que se encuentra y en el que están los asuntos de España. ²⁰⁹

La penosa situación de la ocupación francesa de España libró a los aliados de una explotación del éxito que podía haber sido catastrófica, y a Wellesley en particular le permitió superar la decepción que el final de la campaña, y la ruptura de relaciones con el gobierno y los ejércitos españoles estaba provocando en su país. Después de todo, su cuenta de resultados estaba todavía en positivo.

En cuatro meses había arrojado a las tropas francesas de Portugal, y había derrotado a un gran ejército francés en la mayor batalla de la guerra en la Península, llevando las fuerzas británicas el esfuerzo principal del combate. En septiembre de 1809 no había un solo soldado francés en suelo portugués, y la amenaza de una invasión parecía neutralizada de momento. Ciertamente el ejército británico había sufrido fuertes bajas pero, aunque necesitado de descanso y provisiones era todavía una fuerza efectiva de combate.

Todos estos logros contrastaban con los casi nulos resultados de la gran expedición a Walcheren, que ya a finales de agosto comenzaban a apuntar hacia el desastre. El intento británico de controlar el estuario del Escalda, ocupando la isla de Wacheren y Amberes, se había paralizado ante las dudas de los comandantes, el refuerzo de las guarniciones francesas, los desacuerdos entre el ejército y la Royal Navy y una terrible epidemia que terminó por dejar fuera de combate a unos 12.000 soldados británicos²¹⁰.

Los malos resultados de la expedición a Walcheren estaban provocando un gran descrédito en el gabinete británico, ya de por sí inestable debido a la enfermedad del primer ministro, el Duque de Portland y a la incompatibilidad de los dos pesos pesados del gobierno, Canning y Castlereagh. Era lógico pues que el gabinete se aferrase a los éxitos en la Península como única tabla de salvación. Y eso significaba ensalzar a sir Arthur Wellesley.

Después de la batalla de Talavera se gestionó la concesión de un título, de resultas de lo cual Arthur Wellesley se convirtió en el Vizconde Wellington a finales de agosto, lo que le dio el sobrenombre por el que se hizo famoso. Pero incluso antes de que esto sucediera, las muestras de apoyo a Wellesley por parte del gobierno eran ya evidentes. El 12 de agosto Canning envió unas instrucciones a Richard Wellesley en las que tomaba totalmente partido por la postura de su hermano Arthur, indicando al embajador que presentase cuatro condiciones a la Junta Central para que el ejército británico no se retirase a Portugal. Las dos primeras eran evidentes: la Junta debía proporcionar abastecimientos y medios de transporte, pero las siguientes eran más delicadas: el gobierno español debía admitir una guarnición británica en Cádiz y aceptar a Wellesley como comandante en jefe. No obstante, la conveniencia de presentar estas dos últimas condiciones se dejaba al arbitrio no del embajador, sino del general. De hecho, en la carta de Canning la instrucción general para Richard Wellesley era que se dejase aconsejar por su hermano²¹¹.

Richard Wellesley no recibió esta carta hasta principios de septiembre. Cuando la leyó debió comprender que, para el gobierno, su hermano era intocable, y por tanto era inútil cualquier intento de suavizar su decisión de romper definitivamente la colaboración con España. A partir de ese momento, pese a los cambios en el gobierno y a la dura crítica que la oposición *whig* realizó de las operaciones de Wellesley en el verano de 1809²¹², el ya Vizconde de Wellington se convirtió en el supremo conductor de la estrategia británica en España.

EPÍLOGO

rthur Wellesley, ya Vizconde de Wellington, trasladó su ejército a las proximidades de Badajoz en septiembre de 1809, y allí permaneció hasta diciembre, cuando se retiró hacia el interior de Portugal ante las primeras evidencias del refuerzo francés en la Península, y las derrotas sufridas por los ejércitos españoles en otoño. No fue una estancia fácil, pues aunque las tropas estaban bien abastecidas, sufrieron terriblemente los efectos de la denominada fiebre del Guadiana, que causó bastantes más bajas que la batalla de Talavera¹.

Mientras el ejército británico permaneció en la frontera portuguesa siguió prestando servicio a la causa española, aunque fuera solo mediante su mera presencia. Para el rey José era muy arriesgado emprender su largo tiempo proyectada ofensiva sobre Andalucía con el ejército británico a su flanco. Y las instrucciones del Emperador eran aplazar cualquier ofensiva general hasta el año siguiente, cuando los refuerzos procedentes de Europa Central permitiesen recuperar la necesaria superioridad numérica.

Pero, finalmente, la presencia británica y la pasividad francesa tuvieron un efecto perjudicial para los intereses españoles, pues animaron a la Junta Central a emprender otra de sus alocadas ofensivas. Las razones que empujaron a esta conducta tenían que ver también con la gran inestabilidad política tras el fiasco de la campaña del Tajo, y la necesidad de lograr algún éxito para neutralizar a los enemigos de la Junta. Como la penetración francesa por Extremadura parecía descartada por la presencia británica, se trasladó una gran cantidad de fuerzas al ejército de La Mancha, hasta que a principios de octubre éste último elevó sus efectivos a más de 50.000².

Mientras se efectuaba esta concentración, llegaban noticias positivas de Castilla la Vieja. El Duque del Parque, reforzado con parte del ejército de La Romana, había conseguido derrotar en octubre a una fuerza francesa en Tamames, y recuperar el control de Salamanca. Animados por esta victoria, los miembros de la Junta presionaron para una ofensiva sobre Madrid desde La Mancha, en un intento de recuperar la capital, animar la insurrección, y establecer una línea defensiva sólida antes de la llegada de los previstos refuerzos franceses.

Bajo el mando del general Areizaga el ejército de La Mancha se puso en marcha en noviembre, y sufrió una terrible derrota en Ocaña, frente a una concentración de fuerzas francesas capitaneadas por Soult, que había sustituido a Jourdan como jefe de estado mayor de José. El ejército de La Mancha sufrió casi 20.000 bajas, y sus fuerzas quedaron tan dispersas que fue imposible reunir 25.000 hombres en Sierra Morena antes de dos meses³. A este desastre se unió la derrota del Duque del Parque en Alba de Tormes poco después, que provocó otras 3.000 bajas y el final de la ofensiva española en Castilla.

La derrota de Ocaña tuvo efectos desastrosos. Abrió a los franceses el camino de Andalucía y supuso la defunción práctica de la Junta Central. No obstante, José no inició las operaciones ofensivas hasta el mes de enero de 1810. Pero en el ambiente de absoluta desesperanza en el que se encontraba la causa española, resultó imposible organizar un ejército capaz de oponerse a la embestida francesa.

En noviembre, Lord Wellington había ordenado comenzar los trabajos para fortificar los accesos a Lisboa por el noroeste, lo que supuso el inicio de la famosa línea fortificada de Torres Vedras. Su ejército se desplazó ligeramente hacia el norte, pues se esperaba que las fuerzas francesas realizasen su esfuerzo principal sobre Portugal desde Castilla la Vieja. En Gran Bretaña la inestabilidad política tras el fracaso de la expedición de Walcheren llegó a sus máximos en septiembre. Los secretarios de Guerra y Exteriores, Castlereagh y Canning, se batieron en duelo por percibir el primero que el segundo intentaba apartarlo en secreto del Gabinete. El duelo no tuvo graves consecuencias personales para ambos ministros, aunque significó la defunción del gobierno del Duque de Portland. En ese ambiente de inestabilidad y descontento, el ejército británico en Portugal aparecía al menos como la única fuente de noticias no totalmente desastrosas, y eso terminó por consolidar la posición de Lord Wellington como su comandante en jefe.

Cuesta, parcialmente recuperado de su enfermedad, fue nombrado capitán general de Baleares. En Palma de Mallorca, se dedicó a escribir su *Manifiesto*, en el que intentaba aclarar su actuación, ante las críticas contra su persona vertidas en la prensa británica. Enfermo y aquejado por los años y los sinsabores, murió allí el 27 de noviembre de 1811.

CONCLUSIONES

I ubiera sido muy difícil que la campaña del Tajo terminase con resultados enteramente satisfactorios. Se daban en ella casi todos los problemas clásicos que afectan a la cooperación en operaciones entre ejércitos de países diferentes, incrementados además por las carencias que aquejaban a unos y a otros.

LA DIVERGENCIA EN EL ENFOQUE ESTRATÉGICO

Quizás el problema más grave fue el de la divergencia entre los enfoques estratégicos de ambos aliados. Ya se ha comentado a lo largo de la obra como, para la Junta Central, la expulsión de las tropas francesas de territorio nacional era el único asunto de importancia estratégica, y eso implicaba una actitud totalmente ofensiva. Para Wellesley, sin embargo, la campaña tenía el objetivo limitado de neutralizar la amenaza sobre la frontera portuguesa.

La divergencia estratégica no llegó a solventarse durante la campaña. Los españoles nunca aceptaron los objetivos limitados del general británico, actitud que probablemente fue reforzada por la influencia del embajador Frere, quien con su empeño en mostrar el incondicional apoyo británico a España, daba una imagen confusa y exagerada de la postura real de su país, y especialmente del muy cauto enfoque estratégico de Wellesley.

La consecuencia fue una constante cadena de malentendidos durante las operaciones. Cuesta consideraba impropio atacar cuando Wellesley estaba ansioso por hacerlo, como ocurrió el 23 de julio frente al Alberche; y se lanzaba a una audaz persecución cuando el británico declaraba que paralizaba su avance, como ocurrió al día siguiente. El hecho de que las operaciones debieran acordarse por consenso, ante la falta de un jefe único, convertía la divergencia de enfoques estratégicos en un problema prácticamente irresoluble. De hecho, solo se consiguió plantear las operaciones con cierto orden y ventaja cuando uno de los dos jefes aceptó tácitamente la dirección del otro, como hizo Cuesta en Talavera.

Las operaciones por consenso solo funcionan con cierta garantía cuando se dispone de una importante superioridad sobre el adversario,

y se ha empleado tiempo en planear y acordar previamente todas las acciones hasta el mínimo detalle. No se dio ninguna de estas dos condiciones, pese a que ambos generales intercambiaron oficiales de enlace e hicieron un esfuerzo de planeamiento. Los planes acordados eran demasiado generales como para que no surgiesen problemas a las primeras dificultades, y éstas no tardaron en aparecer.

LA DIFÍCIL RELACIÓN ENTRE JEFES

Las diferencias personales entre jefes son un factor muy importante en operaciones, que con frecuencia no se valora en su justa medida. Ya se ha visto que Cuesta y Wellesley se llevaban mal, y hubiera sido extraño que no fuese así, dadas las múltiples diferencias que los separaban como se ha expuesto en el capítulo II. La difícil relación, y la deficiente comunicación personal debida al idioma, hicieron todavía más difícil que se pudiese llegar a algún tipo de consenso que neutralizase al menos en parte el diferente enfoque estratégico. No obstante, como se expondrá un poco más adelante, la realidad tuvo que ver poco con la leyenda, y ambos generales colaboraron en ocasiones mejor de lo que cabía esperar. La imagen de unas operaciones inviables debido a la testarudez de uno y otro, especialmente de Cuesta, solo fue correcta en algunos momentos muy específicos, como en el desacuerdo a la hora de lanzar el ataque sobre Victor el día 23 de julio.

DESPROPORCIÓN ENTRE ESTRATEGIA Y RECURSOS

Un problema esencial, no solo en esta campaña, sino en toda la Guerra de la Independencia, fue que la estrategia española era siempre desproporcionada a los recursos disponibles. España era entonces un país arruinado, parcialmente ocupado por el enemigo, y privado de sus instituciones tradicionales de gobierno. Pese a sus indudables esfuerzos, la Junta Central era una institución minada por un apoyo popular muy dudoso, y por las disensiones entre sus miembros. Por su parte, los ejércitos españoles, desarticulados en 1808, eran una colección de retales de los antiguos ejércitos reales y numerosas levas de reclutas sin experiencia, mal organizados, equipados e instruidos.

En esas condiciones, adoptar una postura ofensiva frente a las tropas imperiales era sencillamente un suicidio. El año 1809 fue testigo de cómo ejércitos trabajosamente organizados y equipados eran lanzados uno tras otro a complejas ofensivas, en la que eran dispersados o

destruidos con relativa facilidad. La sucesión de derrotas en Uclés, Valls, Ciudad Real, Medellín o María terminó catastróficamente con el desastre de Ocaña, que significó de hecho la reducción de las fuerzas regulares españolas a su mínima expresión.

Resulta paradójico que los ejércitos españoles se mostrasen con frecuencia más entusiastas de la ofensiva que sus enemigos franceses, que hicieron de la ofensiva a ultranza una verdadera escuela estratégica, al menos hasta que las carnicerías de la Primera Guerra Mundial les obligaron a cambiar de idea.

La tendencia a sacrificar ejércitos apenas constituidos, utilizándolos en ofensivas sin esperanza, no es exclusiva de la Guerra de la Independencia en la historia militar española. Durante la Guerra Civil en 1936-1939 esa fue la actitud casi permanente del ejército republicano desde Brunete hasta el Ebro, indiferente al hecho de que los mejores resultados de sus fuerzas se produjeron cuando fueron utilizadas en defensiva.

Resulta evidente que un ejército escaso, mal preparado o falto de experiencia no resulta adecuado para operaciones tan complejas como las ofensivas, y menos cuando debe medirse con el mejor ejército del mundo, como era entonces el napoleónico. Sin embargo, una actitud defensiva permite compensar parcialmente estas deficiencias, a la vez que con ello se gana tiempo para mejorar la organización y la disciplina, perfeccionar el adiestramiento y ganar experiencia.

El principio de que la actitud ofensiva es la única que produce resultados decisivos se ha infiltrado en la doctrina militar española hasta nuestros días, pese a que su validez resulta dudosa. No es la actitud ofensiva, sino la capacidad de mantener la iniciativa lo que produce resultados decisivos. Y la iniciativa se puede mantener tanto en ofensiva como en defensiva. Así lo demostró el Duque de Wellington en sus campañas en la Península, combatiendo donde y cuando quiso, en una serie de batallas defensivas cuidadosamente planificadas.

DESCOORDINACIÓN ENTRE CUESTA Y VENEGAS

La falta de coordinación entre los ejércitos de Cuesta y Venegas fue también un elemento que hacía muy difícil que la campaña llegase a buen fin. La presunta enemistad entre Cuesta y Venegas podía haberse superado si el primero hubiera ejercido su mando con claridad y energía. Pero, no fue así, en parte por las interferencias de la Junta Central, que proporcionaba a Venegas informaciones desfasadas y órdenes contradictorias. Y en parte por la propia desidia de Cuesta, que

mantuvo con Venegas un contacto muy esporádico. Puede que la causa de esa desidia fuese que Cuesta suponía muy improbable que sus órdenes se cumpliesen, tanto por la hostilidad de su subordinado como por el apoyo que éste recibía de la Junta Central. Pero eso no le disculpa de haber intentado al menos un control más estrecho de las operaciones del ejército de La Mancha.

La misión de Venegas era sin duda difícil. Probablemente la más difícil del plan de operaciones de los ejércitos aliados. Empeñar a Sebastiani sin arriesgarse a una acción general, en un territorio que era en gran medida una llanura, muy favorable para la movilidad francesa, era una tarea delicada. Pero lo cierto es que Venegas ni siquiera lo intentó. Sólo cuando pudo llegar a la orilla sur del Tajo maniobró con cierta competencia, y aunque ya era tarde para la batalla de Talavera, mantuvo al menos inquieto a José y ocupado a Sebastiani por unos días.

La decisión de presentar batalla cuando el ejército aliado se había replegado ya al sur del Tajo fue sencillamente incomprensible. Quizás una muestra de ese extraño sentido del honor que tantos desastres gloriosos ha provocado entre las fuerzas españolas a lo largo de la Historia; quizás mera imprudencia, fruto de una ambición personal excesiva y falta de realismo. En cualquier caso, de nuevo un innecesario derroche de fuerzas costosamente organizadas.

Contrasta con la conducta de Venegas la de Sir Robert Wilson, que con una fuerza muy reducida de tropas portuguesas y españolas mantuvo en vilo a los ejércitos franceses que, debido a la extraordinaria actividad de sus tropas, estimaban su número en tres veces el real. Ciertamente Wilson se movió en un terreno más favorable para ese tipo de acciones que Venegas. Y finalmente también acabó cediendo a la tentación de librar una batalla innecesaria, aunque salió de ella con bajas reducidas. Pero durante el tiempo que permaneció en Escalona mostró cómo se podía mantener al enemigo en alerta permanente sin arriesgarse a una batalla.

LAS DEFICIENCIAS BRITÁNICAS

El ejército británico que penetró en España en julio de 1809 no era la bien organizada fuerza de combate que regresaría de Portugal en 1811, ni el Wellesley que lo mandaba era todavía el de los Arapiles o Vitoria. La organización logística era una pesadilla, la tropa era terriblemente indisciplinada en cuanto abandonaba la línea de combate. La artillería

era escasa y patéticamente ligera, y la caballería, aunque excelentemente montada, no podía compararse con la francesa.

El propio Wellesley tenía una experiencia limitada de operaciones en Portugal, y ninguna a la hora de operar en España. Y sus cualidades como líder militar, aunque indudables, necesitaban tiempo para adaptarse a las difíciles condiciones del territorio peninsular, pues el futuro Duque de Wellington pertenecía a una categoría de estrategas que podría calificarse como prudentes, líderes que dirigen su esfuerzo a moldear sistemáticamente a su favor todos los elementos que componen un teatro de operaciones antes de arriesgarse a un enfrentamiento decisivo.

Los estrategas prudentes, entre los que podría también clasificarse a Moltke o Eisenhower, son inicialmente lentos, y aparentemente faltos de dinamismo, como lo fue Wellesley en Abrantes, pues necesitan emplear tiempo para acumular potencia de combate y poner a su favor todos los elementos presentes en el teatro de operaciones. Pero cuando lo consiguen y se ponen en marcha, su empuje se convierte en imparable. Frente a ellos se sitúan los estrategas audaces, como el propio Napoleón, capaces de sumergirse en el caos, asumir riesgos considerables, y emerger victoriosos mediante el empleo fulgurante de los medios disponibles, aunque sean escasos. Los prudentes son vulnerables en las fases iniciales de la campaña, mientras los audaces tienden a caer en la sobreextensión y el exceso de confianza si la campaña se prolonga. En las operaciones en el Tajo, en 1809, Wellesley se mostró lento y vulnerable, pues sus fuerzas eran todavía débiles, y aún no tenía bajo su control los elementos esenciales de la guerra en la Península. Afortunadamente para él, su prudencia y su certera visión del campo de batalla, a la vez que la desorganización que reinaba entre las fuerzas enemigas, compensaron esa vulnerabilidad inicial.

Pero las carencias del ejército y su comandante provocaron un rendimiento muy irregular de las tropas británicas. La inexperiencia de los comisarios británicos y la falta de fondos en efectivo detuvieron al ejército británico más tiempo del necesario en Abrantes, y animaron a su general a penetrar en España renunciando a sus líneas de abastecimiento desde Portugal, lo que sumergió al ejército en el infierno logístico español. Cuando llegó la hora de combatir, los británicos lo hicieron bien, pero cometiendo errores de bulto. Se subestimó la capacidad francesa para utilizar los ataques por sorpresa, lo que dio lugar a episodios que pudieron terminar en desastre, como el ataque sobre Casa de Salinas, o el ataque nocturno de Ruffin sobre el Cerro de

Medellín el día 27 de julio. También se subestimó la potencia de la artillería francesa, que causó un gran número de bajas en las filas británicas, y tanto la infantería como la caballería de Wellesley demostraron su inexperiencia en entusiastas ataques que terminaban con sus líneas desarticuladas en medio de un sólido despliegue enemigo.

EL PAPEL DE LAS GUERRILLAS

La contribución de las guerrillas y de la resistencia popular fue muy inferior a la que se produciría en campañas posteriores. De hecho, aunque 1809 fue el año en el se produjo la consolidación del fenómeno guerrillero, los grupos de esa época estaban lejos de alcanzar el nivel de organización y eficacia de las guerrillas de 1812-1813, auténticos ejércitos semirregulares capaces de ocupar y defender regiones enteras.

Pero tampoco conviene menospreciar su contribución. De hecho, las informaciones esenciales para la campaña fueron proporcionadas por las guerrillas. La captura del general Franceschi mostró que Soult estaba en Castilla a finales de junio, junto con Mortier, y que eso significaba una probable amenaza sobre el flanco norte aliado. La información sobre la solicitud de raciones para Mortier, alertó del movimiento enemigo sobre el Puerto de Baños, y la captura de un correo de José a principios de agosto, mostró que la fuerza que se dirigía hacia ese puerto era de tamaño considerable.

Esta última información fue especialmente valiosa, pues sin ella Cuesta hubiese permanecido en Talavera, y Wellesley quizás se hubiera arriesgado a un combate con las vanguardias de Mortier, lo que pudo provocar que el británico se viese empeñado con fuerzas superiores, y el español hubiese visto cortada su línea de repliegue hacia el sur del Tajo.

Sin embargo las guerrillas fallaron a la hora de localizar la concentración francesa en Salamanca, pese a que la guerrilla montada de Julián Sánchez, que operaba desde Ciudad Rodrigo, se encontraba cerca de las zonas de reunión y marcha de las tropas de Soult. En cualquier caso, el apoyo de las guerrillas, y de la población insurrecta en general, proporcionaba a los aliados una información mucho más completa que la que recibían los franceses, aunque Wellesley estaba convencido de lo contrario, sobre todo porque sospechaba de la presencia de agentes enemigos en el ejército de Cuesta. Con el tiempo, el británico aprendería a utilizar las ventajas de la información proporcionada por las guerrillas.

No puede decirse lo mismo de sus enemigos franceses, que se encontrarán progresivamente más aislados en lo que a la obtención de información se refiere. Los fracasos a la hora de organizar fuerzas locales fiables, y el terrible comportamiento de las tropas francesas con la población civil, harían imposible el grado de relación con la población local que se necesita para disponer de una inteligencia completa y fiable.

LA MANIOBRA DE SOULT

Tanto británicos como españoles descuidaron la amenaza sobre su flanco norte. Wellesley la percibió al principio de la campaña, y por eso pidió a Cuesta que guarneciese los puertos de Baños y Perales, y ordenó a Beresford que vigilase éste último. Pero no puso excesivas objeciones una vez que Baños fue guarnecido por un par de batallones de Cuesta y otros tantos del Duque del Parque. En realidad se trataba de una fuerza que podía hacer muy poco contra un cuerpo de ejército francés. Y esto quedó demostrado cuando Wilson se enfrentó a Ney en el mismo Puerto de Baños el 12 de agosto. Aunque disponía de 4.000 efectivos y del apoyo de algunas fuerzas del Duque del Parque, solo puedo retrasar nueve horas la marcha del mariscal francés.

Cuesta tampoco quiso enviar más fuerzas, y los batallones que destacó eran ciertamente débiles. La sospecha de que el británico intentaba dispersar sus fuerzas para disminuir su influencia en la campaña debió pesar en el ánimo de Cuesta para mostrarse tan tacaño a la hora de guarnecer el Puerto de Baños.

El problema era que tanto Wellesley como Cuesta veían muy improbable la penetración francesa por ese puerto. Y esto se debía a la falta de información actualizada. Como ambos pensaban que sólo Soult estaba disponible para realizar esa maniobra, consideraban muy poco probable que el mariscal, con quizás 12 ó 14.000 hombres pudiese introducirse en el valle del Tajo, para combatir contra un ejército superior, y con su retaguardia en riesgo de ser cortada por españoles y portugueses. No podían suponer que la fuerza concentrada por Soult era mucho mayor, y suficiente para enfrentarse al ejército aliado con garantías de éxito.

Por el contrario tanto el general británico como el español consideraban probable que el rey José pudiese ser reforzado desde Castilla a través de Ávila, que era precisamente la maniobra que Napoleón hubiese querido para Soult. Por eso Wellesley destacó el cuerpo de Wilson a Escalona, con la misión de cubrir esa posible penetración, Y Cuesta no tuvo inconveniente en reforzarlo con dos potentes batallones de 1.000 efectivos cada uno. Así pues, las acusaciones de descuido español en la guarnición de los puertos tienen una base muy relativa. En realidad se trató de una visión errónea de ambos jefes, motivada por la falta de información. Paradójicamente fue una de las cosas en la que ambos generales estuvieron de acuerdo.

LOS ERRORES FRANCESES

Así pues, teniendo en cuenta todo este cúmulo de errores, desacuerdos y carencias, lo realmente sorprendente es que la campaña del Tajo no terminase en un desastre de grandes proporciones. Los ejércitos aliados salieron de la campaña con bajas de cierta entidad pero todavía operativos, y después de haber derrotado a una considerable fuerza francesa en una gran batalla campal, algo que no ocurría en España desde Bailén. En realidad, una victoria táctica y una retirada con éxito eran más de lo que cabía esperar dadas las circunstancias.

Parte de estos aceptables resultados se debieron a los errores enemigos más que a los méritos propios. Las fuerzas francesas en la Península sufrían una dirección caótica por la indisciplina absoluta de la mayoría de sus mariscales, la debilidad en carácter y medios del rey José y la ausencia del Emperador, que sin embargo no renunciaba por ello a la dirección de la campaña. Aún así, la posición central de la que disponían Victor, Sebastiani y la reserva de José en Madrid, después de sucesivas retiradas, les concedía cierta ventaja sobre los descoordinados ejércitos aliados. Algo similar puede decirse de Soult, Ney y Mortier, reunidos en Castilla y León como consecuencia de la imposibilidad para mantenerse en Galicia y Asturias.

La concentración consecuencia de la retirada, y la dispersión consecuencia de la victoria eran paradojas que influían periódicamente sobre la situación y actitud de las fuerzas francesas en la Península Ibérica. Cada vez que debían abandonar territorios, las fuerzas francesas se veían liberadas de la enorme rémora de la ocupación, lo que les permitía reunir potentes ejércitos para contraatacar. Sin embargo, la conquista de nuevos territorios obligaba a dispersar gran parte de las fuerzas disponibles en tareas de guarnición y seguridad de las vías de comunicación. Es este un fenómeno clásico en la lucha contra los movimientos insurgentes, y pueden encontrarse ejemplos muy recientes, desde Vietnam hasta Irak.

La solución habitual es reclutar fuerzas locales para las tareas de control del terreno, liberando a las fuerzas de ocupación para poder concentrarse, y lanzar operaciones de envergadura contra la insurgencia. Pero, pese a la insistencia de Napoleón, José nunca fue capaz de reclutar una fuerza local fiable en España, y quizás en ello radican gran parte de las razones para el fracaso francés.

Cabe señalar que, doscientos años después, las tropas norteamericanas en Irak se han encontrado en una situación sorprendentemente parecida. La escasez de fuerzas y la necesidad de controlar el territorio han hecho muy difícil la concentración necesaria para lanzar ofensivas de envergadura contra la insurgencia. Solo en 2007, cuando se recibieron notables refuerzos, parte de los insurgentes se unió al bando norteamericano, y las fuerzas locales alcanzaron cierto grado de operatividad, fue posible emprender operaciones de gran envergadura, que terminaron por cambiar, al menos temporalmente, el curso de la campaña. La esencia de la táctica podría resumirse en la capacidad para combinar adecuadamente la concentración y la dispersión. Y los ejércitos franceses en España solo fueron capaces de conseguir la primera cuando las pérdidas territoriales les permitían disminuir la última.

Pese a todos sus defectos como jefe, el enfoque operacional de José, bien aconsejado por Jourdan, fue bastante correcto. La posibilidad de una maniobra de líneas interiores para batir sucesivamente las dos penetraciones aliadas era obvia. Y lo era tanto que constituía el mayor temor de Wellesley y Cuesta. La maniobra de Venegas se había diseñado precisamente para evitarlo. Pero la inactividad del ejército de La Mancha puso a José en bandeja la posibilidad de golpear rápidamente al ejército hispano-británico. Y probablemente hubiera conseguido asestar un golpe decisivo a los aliados si no hubiese sido por la excesiva agresividad de Victor, empeñado en ganar puntos ante el Emperador y borrar el recuerdo de sus anteriores retiradas.

Si el ataque sobre Casa de Salinas fue un excelente golpe de mano, y el ataque nocturno del día 27 de julio puede ser disculpado; pues de haber tenido éxito podría haber desbaratado toda la línea aliada, su empeño en repetir el ataque en solitario sobre el mismo punto a la mañana siguiente solo puede calificarse de imperdonable. Como imperdonable fue la debilidad de José al permitirlo. Con esta decisión Victor cometió dos errores tácticos de bulto: reiterar esfuerzos sobre el punto en el que se ha fracasado anteriormente y hacerlo además sin la cobertura de un ataque general. Si Victor hubiera renunciado a su ataque parcial la

mañana del 28 de julio, es posible que José hubiera podido lanzar dos ataques sucesivos sobre la línea aliada, buscando el envolvimiento del Cerro de Medellín. Y no es seguro que ésta hubiese podido resistir dos embestidas de envergadura.

En cualquier caso hay que decir que las fuerzas francesas sufrían de la típica rigidez táctica que suele afectar a los ejércitos victoriosos. Acostumbrados a que la combinación de artillería y potentes ataques de columnas de infantería se llevasen por delante a casi cualquier enemigo, no llegaron a comprender que se enfrentaban a un ejército como el británico, especialista en combatir en defensiva; y a un general como Wellesley, capaz de hacer un uso extremadamente inteligente del terreno. En consecuencia, sus ataques frontales se convirtieron en carnicerías, algo que ya había ocurrido en Vimeiro el año anterior, y que se repetiría en Busaco al año siguiente, e incluso en Waterloo, seis años después, con el propio Emperador al frente.

Los ejércitos franceses comenzaban a sufrir al mismo tipo de esclerosis en los procedimientos que afectó a los Tercios españoles en el siglo XVII, aferrados a sus picas, o al propio ejército británico al comienzo de la Primera Guerra Mundial, confiado en que el fuego rápido de sus líneas de fusileros podría detener a la potente máquina de guerra alemana. Cuando un ejército ha utilizado un procedimiento táctico con éxito, le cuesta tremendamente abandonarlo aunque cambien las condiciones objetivas del campo de batalla. Y curiosamente la sensación de invencibilidad que proporciona la confianza en un procedimiento táctico exitoso constituye una de las señales más claras de que la derrota está próxima.

En cuanto al movimiento de Soult, la decisión de realizarlo por Baños, en lugar de por Ávila fue en general correcta, aunque Napoleón tenía razón en afirmar que la segunda opción hubiera resultado más provechosa. El problema era que la reconstrucción y concentración de tres cuerpos de ejército en territorio español era un problema de muy lenta solución, algo que Napoleón, acostumbrado a los fulgurantes movimientos en Europa Central, nunca llegó a comprender del todo. Sin duda, la falta de liderazgo de José, y las rencillas entre Soult, Ney y Mortier contribuyeron a retrasar el movimiento, y puede que la enérgica presencia personal del Emperador hubiese logrado acelerar las operaciones, y unir a Soult con Victor y Sebastiani a tiempo para la batalla de Talavera. Pero los planes no deben realizarse confiando en la intervención de líderes extraordinarios, como lo era el Emperador, sino para que puedan ser ejecutados por jefes y fuerzas más terrenales.

En cualquier caso la opción de penetrar por Baños y Plasencia en lugar de unirse al ejército del rey en Madrid era sin duda más rápida, aunque también más arriesgada y necesitada de una mejor coordinación; muy difícil de conseguir con los problemas que sufrían las fuerzas francesas en sus comunicaciones. Soult tuvo la suerte paradójica de que la concentración de los tres cuerpos de ejército pudo adelantarse debido a la necesidad de abandonar Galicia y Asturias. De no ser por esa circunstancia hubiera sido imposible que la concentración se realizase a tiempo para intervenir en la campaña.

MODELOS DE MANDO Y TOMA DE DECISIONES

El estudio de la toma de decisiones y los estilos de mando en los diferentes comandantes que participaron en la campaña resulta especialmente interesante, y se trata de una reflexión de carácter intemporal, perfectamente ajustable a los conflictos modernos.

Wellesley era un jefe que combatía siempre con la atención puesta en sus recursos y su retaguardia. Nunca aceptaba riesgos que no estuviesen perfectamente calculados, como fue el caso en Oporto, y en el abortado ataque en el Alberche. En cualquier caso jamás aceptaba un riesgo que pudiese implicar alguna posibilidad remota de que su ejército fuese destruido. A la hora de decidir, sus prioridades principales eran disponer de fuerzas superiores, abastecimientos suficientes y una vía de escape segura.

Tanta era su meticulosidad en estos aspectos que nunca ejecutó correctamente una operación de explotación o persecución, que requieren un enfoque más agresivo. Ya se ha señalado en capítulos anteriores que el británico podía también ser fulgurante en el ataque. Pero solo cuando detectaba un error en el despliegue enemigo que le permitiese atacar con grandes posibilidades de éxito y riesgo limitado para sus fuerzas. Este fue el caso de Oporto y, más tarde, de los Arapiles.

Cuesta era el modelo opuesto de jefe, y sus decisiones se basaban siempre en las posibilidades que percibía al frente, sin preocuparse en exceso de lo que quedaba detrás. En Medellín lanzó un ataque extremadamente violento contra Victor, en el que implicó prácticamente a todo su ejército. Cuando sobrevino el primer revés no había nada ni nadie donde apoyarse, y el desastre fue la consecuencia inevitable. Sin embargo el peso de las derrotas se hacía notar sobre el anciano general, que en la campaña del Tajo se mostró mucho más

prudente. Aún así, estaba dispuesto a aceptar el combate contra Soult en Oropesa, arriesgándose a luchar con una vía de retirada muy insegura, algo de lo que evidentemente, resulto imposible convencer a su prudente colega británico.

Venegas es un ejemplo de mando desconcertante. Extremadamente prudente hasta llegar a la inacción en la primera parte de la campaña, de repente tuvo un comportamiento retador, precisamente cuando todas las opciones estaban en su contra. Probablemente sus acciones venían mediatizadas por las luchas de poder que afectaban entonces a toda la clase política y militar española. Venegas era consciente de su carácter de contrapeso frente al temido Cuesta, y por eso mostró muy poco entusiasmo por apoyar la maniobra aliada; pero sin embargo estuvo dispuesto a asumir un riesgo enorme cuando vio la posibilidad de brillar con luz propia. En su favor hay que decir que la batalla de Almonacid, dentro del error estratégico de aceptarla, estuvo bien planteada, y sus disposiciones para proteger el repliegue evitaron que la derrota se convirtiese en desastre.

Los mariscales franceses eran más parecidos a Cuesta que a Wellesley, con excepción de Jourdan, y quizás por eso éste último era tan despreciado. La estrategia de Napoleón estaba diseñada para enfrentar ejércitos superiores, que amenazaban el territorio francés desde múltiples direcciones. La solución a ese problema estratégico era la movilidad y la agresividad, utilizando una maniobra de líneas interiores, que permitiese batir en rápida sucesión a los ejércitos enemigos desde una posición central. El Emperador no necesitaba jefes prudentes como Jourdan, sino especialistas en la ofensiva a ultranza como Soult, Ney o Victor.

Sin embargo, y al igual que le había ocurrido a Cuesta, los mariscales franceses habían aprendido en la dureza de sus campañas que la simple actitud ofensiva no es suficiente para batir a un adversario tenaz. En España se encontraban un tanto desconcertados, pues sufrían de una exasperante escasez de medios, y su habitual recurso a las maniobras fulgurantes resultaba muy difícil de utilizar. En consecuencia se mostraban más cautos de lo que era habitual en ellos.

Las decisiones de Victor, Ney y Soult se encontraban muy mediatizadas por su imagen y prestigio personal ante el Emperador. Así pues, al igual que le ocurría a Venegas, se mostraban entusiasmados hasta la obcecación por cumplir aquellas misiones que pudieran reportarles prestigio, riqueza o títulos; y muy poco dispuestos a empeñarse en aquellas otras en las que su acción se realizaba en

beneficio de un colega, o su intervención quedaba diluida dentro del esfuerzo general.

Soult prolongó su presencia en Oporto más allá de lo razonable, con esperanzas de convertirse en rey del norte de Portugal. Sin embargo, de regreso a Galicia, no hizo ningún esfuerzo por ayudar a Ney a cumplir su misión. Y éste último puso todos los inconvenientes posibles para colaborar con Soult cuando fue puesto bajo su mando. Victor tampoco se mostró excesivamente entusiasmado por apoyar a Soult penetrando hacia Lisboa, y se sentía mucho más atraído por un ataque sobre Andalucía en el que él asumiría todo el protagonismo. Pero en Talavera se empeñó rabiosamente en desarticular los ejércitos aliados en solitario, ya que consideraba que esa era "su" misión, encomendada por el Emperador.

En cuanto a José, sus cualidades como jefe eran efectivamente a sus planteamientos estratégicos que frecuentemente aceptables. El rey estaba totalmente pendiente de las reacciones de su hermano, y en sus cartas puede percibirse una sumisión salpicada de marrullerías para evitar la cólera del Emperador. En Talavera hizo una auténtica dejación del mando, permitiendo a Victor actuar según su propio interés con fuerzas insuficientes, y cavendo después en la inacción en la última fase de la batalla. La imagen de José agobiado por las presiones de sus jefes militares, dudando entre continuar la ofensiva o retirarse, hasta que la propia dinámica de los acontecimientos se impuso, provocando un repliegue que probablemente fue en realidad un malentendido, es la imagen de todo lo que no debe ser un jefe militar.

LAS VENTAJAS DE UN MANDO ÚNICO

La existencia o no de un mando único, resulta decisiva a la hora de explicar muchos de los comportamientos de los jefes militares que participaron en la campaña. El único que gozaba de la condición clara de comandante supremo, y que peleaba fieramente por mantenerlo era sir Arthur Wellesley. Cuando asumió el mando de las tropas británicas en Portugal lo hizo en condición de único comandante para las operaciones de las fuerzas anglo – portuguesas. Beresford, que entonces era el comandante supremo del ejército portugués, estaba bajo sus órdenes, auque lógicamente el uso de unidades portuguesas, así como la estrategia general aplicada por los británicos debía ser consultada con las autoridades de la Regencia en Lisboa, a través del embajador británico.

Wellesley hizo todo lo posible por aumentar sus competencias. Y aquí pueden enmarcarse las cartas enviadas a Castlereagh para reforzar la potestad disciplinaria sobre sus tropas¹, para obtener la autoridad de premiar o destituir a sus comandantes² (algo que el británico nunca consiguió) o para controlar el proceso de asignación de oficiales británicos al ejército portugués, y su promoción³. Sin embargo, aunque el general británico hubiera deseado que los generales españoles acatasen sus decisiones, no pareció inicialmente interesado en el mando supremo del ejército español. Probablemente porque el mando de las tropas anglo-portuguesas ya le daba demasiados quebraderos de cabeza, y la situación en España era tan compleja que asumir el mando de sus ejércitos supondría más inconvenientes que ventajas.

El ejercicio del mando supremo, y el propio carácter del general británico, evitaron que sus subordinados se enredasen en los manejos para satisfacer ambiciones personales que aquejaban a franceses y españoles. Con Sir Arthur Wellesley al mando no había lugar para más ambiciones personales que las suyas, aunque resulta obligado reconocer que éstas fueron siempre subordinadas al interés de Gran Bretaña, y su satisfacción no fue el resultado de turbios manejos (aunque Wellesley sabía hacerlos si era necesario) sino de victorias en el campo de batalla.

En el campo español la inexistencia de un comandante militar supremo acarreó graves perjuicios. La Junta Central nunca aceptó nombrar uno, probablemente porque lo consideraba un peligro para su propia supervivencia, convicción que era reforzada por la actuación de muchos jefes militares, más atentos a conspiraciones y enredos que a la lucha contra el invasor. Cuesta no fue ajeno a estos manejos, pero en su descargo hay que señalar que, al igual que en el caso de Wellesley, sus ambiciones personales estuvieron siempre enmarcadas en el beneficio de la nación. Y en su mando del ejército de Extremadura, su comportamiento fue siempre leal a la Junta, pese a sus malas relaciones con ella.

La decisión de la Junta Central de nombrar a Cuesta capitán general, con mando sobre los ejércitos de Extremadura y La Mancha, fue paradójicamente negativa, pese a que aparentaba avanzar en la unidad de mando. La razón de la paradoja estaba en que Cuesta era el jefe nominal de Venegas, pero nunca lo fue en la práctica. En consecuencia, existía la esperanza en que ambos ejércitos actuarían de forma integrada, cuando la realidad era muy distinta. En realidad es preferible que dos ejércitos actúen sin mando unificado, siendo sus comandantes conscientes de que deben coordinar sus acciones, a que se establezca un

jefe común ficticio, medida que habitualmente no tiene más resultado que hacer imposible tanto el mando como la coordinación.

Gran parte de la culpa la tuvo la Junta Central que, al igual que hacía Napoleón con su hermano, se saltaba la autoridad de Cuesta comunicando directamente con Venegas, e introduciendo además los elementos de confusión que se han descrito en el capítulo IV. También tuvo la culpa Cuesta, pues en lugar de adoptar una actitud beligerante como la de Wellesley, que bombardeaba con despachos y memorandos a ministros y embajadores hasta que conseguía asentar su autoridad, se refugió en una digna actitud de despecho, tan española como poco práctica, que además hizo todavía más débil su control sobre Venegas.

En el bando francés se daba una situación similar a la del español. Existía una teórica unidad en el mando, pero en la práctica ésta no funcionaba. José era débil para el mando y Jourdan carecía del prestigio necesario. El Emperador, que aspiraba a seguir dirigiendo las operaciones desde Europa Central, contribuyó en mucho a esta situación. Otro de los motivos que influía negativamente en la unidad de mando era la consideración de Portugal y España como dos teatros diferentes. Soult había llevado a cabo su misión con gran independencia de José, y así lo haría también Massena al año siguiente. El rey por su parte tenía poco interés en operaciones realizadas fuera de su reino, y nunca se produjo un verdadero apoyo entre las operaciones en España y Portugal.

Napoleón debió haber nombrado un jefe militar que liberase a José de la dirección de las operaciones y fuese capaz de sujetar y coordinar a sus levantiscos mariscales. Pero el propio estilo de mando de Napoleón no hacía fácil que tal jefe militar pudiese surgir. Sus mariscales eran hombres de acción, útiles para emprender operaciones a la cabeza de sus tropas. Pero resultaba difícil encontrar en su ejército jefes con dotes de organización, visión estratégica y liderazgo que les permitiesen diseñar desde un despacho en Madrid, una campaña larga y compleja como la peninsular. La propia imagen de un jefe militar dirigiendo las operaciones desde un despacho era inaceptable para el Emperador y, sin embargo, es lo que hubiera necesitado para asegurar la cohesión estratégica en la guerra en España y Portugal.

LAS RELACIONES CON EL NIVEL POLÍTICO

Puede decirse que todos los comandantes participantes en la campaña tenían problemas con sus respectivos gobiernos, pero esto es casi una constante en todos los conflictos, pues la relación entre los niveles político y militar resulta siempre tormentosa cuando están en juego los intereses, y a veces la propia supervivencia, de la nación. Incluso puede decirse que es conveniente hasta cierto punto que así sea, siempre que el resultado del debate sea el de un contraste sincero de opiniones, y no una inútil pugna personal.

En el caso de sir Arthur Wellesley su relación con el gobierno se vio facilitada por la clara separación que ya existía en la Gran Bretaña de aquellos días entre el poder político y los jefes militares. Paradójicamente el propio Wellesley era también un político, pero esto es algo habitual en las democracias anglosajonas, en las que se compagina una enorme permeabilidad entre el mundo político y el militar con una estricta separación de funciones entre ambos, y con la inapelable subordinación del segundo al primero.

El gobierno del Duque de Portland era débil e inestable, y se resentía del enfrentamiento entre el Secretario de Guerra, Castlereagh, y el de Exteriores, Canning. Inevitablemente esta situación tenía consecuencias negativas en el diseño de las operaciones, que se agravaban debido a la escasez de medios que afectaba a Gran Bretaña después de década y medio de conflicto con Francia. Como consecuencia Wellesley se veía en Portugal con fuerzas escasas e inadecuadas, sin dinero, y enfrentado a una tarea ingente en un frente que el gobierno consideraba secundario. Pero, pese a todos los problemas, Wellesley gozaba de la ventaja de un nivel político definido que era capaz de asumir las obligaciones propias de su nivel y dejar bastante libertad a los comandantes para dirigir las operaciones militares.

En un conflicto armado, la actuación del gobierno de la nación resulta esencial, pues constituye la base sobre la que debe desarrollarse la acción del resto de las instituciones del Estado, entre ellas las fuerzas armadas. Corresponde al gobierno fijar la estrategia general, definir los objetivos generales a alcanzar con el conflicto y los costes asumibles para conseguirlos, coordinar la acción militar con la diplomática y la económica o ganarse el apoyo de la opinión pública. También le corresponde emitir directivas para los jefes militares que garanticen una acción coherente con la estrategia fijada.

Wellesley disponía de todo eso, y también de unos interlocutores políticos a los que solicitar medios, expresar desacuerdos o proponer cambios en la estrategia y los objetivos. Y por otro lado el gobierno británico se mantenía razonablemente en su ámbito de actuación, permitiendo a los jefes militares ejercer una libertad razonable para

diseñar la estrategia específica del teatro peninsular y dirigir las operaciones sobre el terreno.

Españoles y franceses no gozaban de nada similar. En España, la Junta Central era un órgano que apenas tenía autoridad sobre una pequeña parte del territorio, y aún así ésta era con frecuencia contestada. Su capacidad para proporcionar recursos era muy limitada, pese a que tanto Cuesta como Venegas habían sido reforzados antes de las operaciones gracias a un extraordinario esfuerzo. Pero la Junta apenas había desarrollado una estrategia a medio y largo plazo, y todas sus ideas en este aspecto se orientaban a una ofensiva incondicional. No existía una coordinación entre los diferentes jefes militares, con algunos de los cuales como La Romana apenas si había contacto, y las sucesivas operaciones militares se debían más a la iniciativa de cada general que a un plan coordinado. A este respecto la campaña del Tajo fue una excepción, pues se trató de un primer intento de lanzar una ofensiva coordinada en la que participaban dos ejércitos españoles con apoyo británico.

Así pues, las responsabilidades del gobierno a la hora de dirigir la guerra no podían cumplirse más que en una pequeña proporción. Pero lo peor era que la debilidad del poder político provocaba una confusión entre la dirección política y la dirección de las operaciones. La debilidad de la Junta impulsaba a sus miembros a intentar controlar las operaciones sobre el terreno, y a impartir órdenes excesivamente específicas a aquellos generales, como Venegas, que se encontraban relativamente cerca de Sevilla y estaban dispuestos a escuchar. Por otro lado algunos generales trataban de utilizar sus operaciones para ganar poder político y ningunear a la Junta. En esas circunstancias, la dirección de la guerra por parte española adolecía de una confusión que no podía conducir sino al desastre.

En el caso de las fuerzas francesas en España su situación era diferente en apariencia. Disponían de un nivel político, o más bien de dos, pues habría que situar primero al rey José y su administración, y después al gobierno francés con el Emperador a la cabeza. Pero en la práctica la estructura era muy deficiente. José apenas podía ejercer ninguna de las tareas propias del poder político. No podía proveer fondos pues resultaba imposible recaudar impuestos; tampoco refuerzos pues fue incapaz de organizar una fuerza local eficiente, y el envío de tropas francesas dependía del Emperador. Además, su administración se limitaba a Madrid, dependiendo el control del resto del territorio de sus mariscales. Y ya se ha señalado cómo la capacidad de José para definir e

imponer una estrategia coherente a sus subordinados era bastante deficiente.

Pero ni siquiera el gobierno francés podía suplir las carencias de la administración española. Sencillamente porque el gobierno francés era Napoleón, que era quién dictaba las directivas políticas, las estratégicas y además conducía los ejércitos en campaña. Pese a las indudables dotes del Emperador, la concentración de poderes en su persona impidió que pudieran desarrollarse niveles de dirección de la guerra definidos y eficientes. Napoleón quería controlarlo todo, y lo mismo desarrollaba un código legal, que firmaba un tratado de paz o decidía el movimiento de una división. El resultado era que todo el sistema bélico francés dependía en gran medida de un solo hombre, ciertamente excepcional, pero también con límites como cualquier ser humano, que le hacían incapaz de abarcar toda la complejidad de una guerra europea.

Los diversos gobernantes que Napoleón instauraba en distintas partes de Europa, como José, tenían poderes muy limitados, pues el Emperador retenía la mayor parte. Y los mariscales franceses no gozaban de la ventaja de Wellesley, que podía comunicarse con un nivel político que asumía sus funciones, y dejaba al comandante militar asumir las suyas. Su relación con el Emperador era la de un subordinado con su comandante en jefe. De ellos se esperaba iniciativa y empuje en la ejecución de las decisiones de Napoleón, pero no la capacidad para tomar decisiones estratégicas por sí mismos. Eso explica que casi nunca fueran capaces de asumir la responsabilidad de un jefe de teatro, que debe ver las operaciones en su conjunto, y relacionarlas con los múltiples aspectos políticos, económicos, sociales y culturales presentes en su área de responsabilidad.

LOS EJÉRCITOS COMO SISTEMAS

La referencia a los diferentes aspectos que influyen en una campaña militar nos lleva al asunto de la consideración de un ejército como un sistema, que debe encajar en otro sistema que es el teatro de operaciones. Pese a la imagen habitual, un ejército es una organización muy delicada y vulnerable. De hecho depende de multitud de factores, y el fallo de solo uno de ellos puede arruinar totalmente su eficacia.

Los ejércitos necesitan objetivos claros sobre los que aplicar su acción, abastecimientos de muy diverso tipo que puedan mantener su operatividad, y líneas de comunicaciones capaces y seguras, por los que esos abastecimientos puedan alcanzarlos en campaña. Necesitan asimismo apoyo de la opinión pública nacional, especialmente en una

democracia, y un cierto grado de apoyo de los habitantes de la zona en la que actúan, o al menos que ese apoyo no se oriente hacia su enemigo.

También necesitan refuerzos, que puedan suplir sus posibles pérdidas, y una serie de personal especializado que pueda manejar y mantener los medidos tecnológicamente más avanzados de los que está dotado, y que suelen ser los que les proporcionan la ventaja sobre su adversario. No es la menor de las necesidades la capacidad para mantener la moral de sus miembros, para lo cual hay que diseñar cuidadosamente las operaciones de forma que se eviten bajas y penalidades inútiles, y exponer con claridad los objetivos finales que se persiguen con el conflicto. Y esencial resulta también la disponibilidad de jefes capaces de decidir con oportunidad, energía y acierto, así como de una estructura de mando y control que permita difundir esas decisiones con rapidez, y supervisar su cumplimiento.

Pero la enorme complejidad de los ejércitos se acentúa aún más cuando comienzan a interactuar con los elementos que componen el teatro de operaciones. Los ejércitos deben adaptar su acción a las características del teatro en el que operan, aprovechando al máximo las ventajas que se les presentan, y tratando de reducir al mínimo las desventajas. Y esas ventajas y desventajas son con frecuencia de naturaleza no militar. La actitud y hábitos culturales de la población, la existencia de infraestructuras, la riqueza del territorio sobre el que se opera, la existencia o no de un gobierno local o de fuerzas locales aliadas, el grado de eficacia de la administración local... Todos estos factores tienen una influencia decisiva sobre las operaciones, que deben ser diseñadas de acuerdo con una estrategia que los tenga en cuenta, y que trate de utilizarlos en beneficio propio.

La Guerra en España y Portugal tenía rasgos muy específicos, que finalmente solo Wellesley fue capaz de reconocer y utilizar en su favor, creando un sistema en el que su pequeño ejército estaba perfectamente adaptado a las condiciones del teatro en el que operaba. El general británico comprobó en la campaña del Tajo que tanto en Portugal como en España resultaba muy difícil abastecerse con recursos locales. Los países eran pobres, las comunicaciones malas y los medios de transporte muy escasos. En consecuencia, en sus operaciones posteriores decidió prolongar sus líneas de abastecimientos desde Lisboa, utilizando preferentemente convoyes de mulas que pudieran moverse por los difíciles caminos de la Península. Se creo así un sistema logístico muy complejo, pero que una vez organizado permitió a las

tropas británicas una autonomía logística y libertad de movimientos de la que nunca gozaron sus enemigos.

Wellesley comprendió también el valor de una nación en un estado de insurrección general. Mientras España se mantuviese en este estado sería muy difícil para las tropas francesas concentrar una fuerza suficiente para penetrar con seguridad en Portugal. Y cuanto más territorio conquistasen los ejércitos imperiales, menos fuerzas quedarían disponibles para la ofensiva contra los británicos. Sin embargo, Sir Arthur quedó convencido de lo peligroso que podía resultar operar en el interior de España, confiando en los ejércitos españoles. Así pues, su decisión fue cesar la colaboración en operaciones, aunque mantuvo las peticiones de apoyo británico para la Junta, las guerrillas, y para algunos ejércitos específicos que contribuían a la defensa de Portugal, como el de La Romana o el del Duque del Parque. Pero donde los británicos realizaron el mayor esfuerzo fue en la reorganización del ejército portugués, con el que suplieron en gran medida la escasez de fuerzas británicas

El británico entendió también perfectamente la ventaja que proporcionaba el dominio del mar unida a la gran longitud de las costas peninsulares. Esto permitía por un lado la defensa de puntos en la costa de fácil defensa en tierra, y que pudieran ser abastecidos desde el mar. Y por otro lado hacía posible el movimiento de fuerzas transportadas por mar para reforzar cualquier punto no ocupado por los franceses, o incluso realizar incursiones en las zonas ocupadas.

Con estos elementos Wellesley construyó su sistema. Las tropas británicas operarían desde Portugal, tomando Lisboa como base de operaciones, fortificada por la construcción de la línea de Torres Vedras. Cuando las fuerzas francesas estuviesen en condiciones de lanzarse a la ofensiva, el ejército anglo – portugués realizaría una defensa en profundidad, defendiendo primero las fortalezas fronterizas, aplicando posteriormente una táctica de tierra quemada en territorio portugués, y refugiándose después tras la línea de Torres Vedras. Allí podían esperar, perfectamente abastecidos desde el mar, la ofensiva de un ejército francés que partía de un territorio en estado de insurrección, debía atravesar un páramo desprovisto de recursos, y enfrentarse finalmente a unas fortificaciones formidables.

Cuando las fuerzas francesas flaqueasen, Wellesley se asomaría de nuevo a las fronteras españolas, tratando de operar en cuanto le fuera posible por la línea del Duero, para amenazar las comunicaciones de Madrid con Francia. Para eso se aprovecharía de la inteligencia proporcionada por las guerrillas, y de sus acciones sobre la retaguardia enemiga. También necesitaba que los ejércitos españoles siguiesen empeñando fuerzas enemigas, bien mediante operaciones convencionales o por el mantenimiento de plazas fuertes. Toda la logística británica provendría de Portugal, lo que permitiría a Wellesley mantener a su ejército reunido, y realizar operaciones sin depender de los recursos locales. Solo en la ofensiva de 1813, cuando sus operaciones se extendieron hasta la cabecera del Ebro, cambió el británico su base de operaciones, trasladándola de Lisboa a Santander.

La estrategia británica solo pudo aplicarse con un enfoque extremadamente frío, que a veces caía en el cinismo hacia los intereses españoles y portugueses. La decisión de retirar el ejército británico de las operaciones en España supuso un duro golpe para la Junta Central, y abocó a España a una lucha larga y devastadora. La aplicación de la política de tierra quemada en Portugal, durante la ofensiva francesa de 1810, causó una auténtica catástrofe humanitaria, que costó la vida de unos 50.000 civiles portugueses, y arruinó las regiones centrales de Portugal por décadas.

Pero, pese al enorme coste para España y Portugal, los intereses británicos, que eran los que Wellesley defendía, fueron eficazmente satisfechos. La úlcera en el costado del Imperio Francés nunca se cerró, y tendió a agravarse con el tiempo, demostrando que los ejércitos de Napoleón no siempre salían victoriosos, y animando a otras naciones a levantarse contra Francia. Puede decirse a favor de Wellesley que la aplicación de una estrategia más deferente y humanitaria hacia la población española y portuguesa probablemente hubiera llevado el fracaso, con el resultado de que los británicos hubieran sido expulsados de la Península. Y es muy probable que, si eso hubiera ocurrido, los sufrimientos de la población civil hubiesen llegado a ser incluso peores.

Frente al sistema de Wellesley, ni franceses ni españoles pudieron desarrollar nada similar. Los mariscales de Napoleón nunca llegaron a comprender que el secreto de la Guerra en la Península estaba en sofocar la insurrección, y para ello había que aplicar una lenta estrategia que combinase la fuerza militar con el ofrecimiento claro y fiable de un futuro mejor bajo el reinado de José I. El comportamiento de las tropas francesas fue terrible tanto en España como en Portugal. Y la espiral de asesinatos y represalias que se desató entre la población y las tropas francesas anuló cualquier posibilidad de reconciliación.

José era de los pocos que defendían una estrategia menos violenta, pero nunca tuvo autoridad ni medios económicos para aplicarla fuera de Madrid. Suchet fue más hábil en Levante, y fue el único mariscal capaz de lograr alguna estabilización en su área de responsabilidad, e incluso de obtener financiación de los impuestos gracias a una cierta recuperación económica. Pero todos sus logros se desvanecieron en el fracaso general.

Los ocupantes franceses tampoco llegaron a comprender la naturaleza de la guerra en España y Portugal hasta una época muy tardía. Inicialmente intentaron aplicar los procedimientos habituales en Europa Central que no funcionaban en la Península debido a las deficiencias en la logística y las comunicaciones. Y en el aspecto táctico tardaron en comprender que sus procedimientos ofensivos habituales eran muy costosos frente a la habilidad de Wellesley para utilizar el terreno y a la devastadora potencia de fuego de sus líneas de fusileros.

En cuanto a los ejércitos españoles se tardó mucho en comprender las reglas de la guerra en la Península. Inicialmente, los ejércitos regulares se empeñaron en poner las cosas fáciles al ocupante, planteando agresivas ofensivas y batallas campales que tenían pocas esperanzas de obtener resultados positivos. Paradójicamente la victoria de Bailén resultó desfavorable a medio plazo, pues convenció a muchos políticos y militares de que resultaba posible derrotar a los franceses en campo abierto. El intento de conseguir otro Bailén jalonó el año 1809 con derrotas españolas, hasta la catástrofe de Ocaña.

Hubo excepciones notables, como la del Marqués de La Romana, que con su ejército nómada fue esparciendo la simiente de la insurrección en Galicia, evitando batallas generales y atacando sistemáticamente las comunicaciones enemigas. Pero este tipo de estrategia no era muy apreciado en la época. Afortunadamente, la Junta Central apoyó y dio cobertura legal a las guerrillas que se iban extendiendo por el territorio español. Pero la actitud hacia las guerrillas fue siempre de cautela; y no sin razón pues representaban un tipo de guerra popular si duda muy eficiente, pero también muy difícil de controlar.

Algunas guerrillas no se comportaban mejor que las tropas francesas, y muchos miembros de la clase política y militar española, educados en el sentido de orden del Antiguo Régimen, podían dudar a veces de si no sería mejor la ocupación francesa al caos de la insurrección popular. Afortunadamente, la política posterior de la Regencia española fue la de ir fomentando la organización militar progresiva de las guerrillas, y su integración en las fuerzas regulares. En cualquier caso el problema de las guerrillas y las insurrecciones populares es clásico. Quien recurre a este tipo de estrategia, que hoy en día conocemos como asimétrica,

plantea un difícil reto a cualquier ejército de ocupación, pero al precio de la devastación del territorio nacional, y de la ruptura del orden social quizás por décadas.

En cualquier caso, la capacidad de la Junta Central y de los generales españoles para construir un sistema eficiente fueron muy reducidas, en parte por la agobiante falta de autoridad y recursos, y en parte porque la estrategia inicial privó a las autoridades españolas del tiempo para reorganizarse adecuadamente y desperdició muchos medios trabajosamente adquiridos

LA LEYENDA NEGRA SOBRE CUESTA

Finalmente, resulta obligado señalar que Wellesley cometió una injusticia con Cuesta. No hay duda de que el general español era orgulloso, testarudo y de trato difícil, pero no más que el británico. Es cierto que su edad, y las heridas recibidas en Medellín, le hacían muy penoso el soportar las duras condiciones de la vida en campaña de aquella época. Pero no parece que eso le impidiera dirigir las operaciones de forma razonable. Y aunque algunas de sus decisiones provocaron el enfrentamiento con Wellesley, su actitud durante la campaña fue bastante cooperativa. La leyenda que presenta a Cuesta como poco menos que un monstruo senil, tan brutal como inepto, fue construida después de la campaña para justificar la retirada británica y aligerar la responsabilidad de sir Arthur Wellesley en el decepcionante resultado final de las operaciones.

Cuesta esperó pacientemente al ejército británico mientras éste expulsaba a Soult de Oporto, y se reorganizaba en Abrantes. Su conducta frente a Victor fue extremadamente prudente, aunque no desaprovechó oportunidad para hostigar las sucesivas retiradas del mariscal francés. Los desacuerdos iniciales sobre los planes de operaciones entre ambos aliados eran lógicos, y en el caso de Cuesta se debían a su desconfianza en que la división del esfuerzo pudiese obligarle a combatir de nuevo en solitario contra Victor. No obstante, al final se adoptó la línea de acción preferida por el británico.

En la entrevista con Wellesley, aparte de su silencio, probablemente debido a que su francés no era excesivamente fluido, Cuesta se mostró razonable. Lógicamente se opuso a destacar 10.000 de sus efectivos hacia Ávila, algo en lo que Wellesley tampoco insistió. Pero no puso ningún reparo en agregar más de 2.000 efectivos a la fuerza de Robert Wilson, y enviar otros 600 al puerto de Baños. Es cierto que esta última

fuerza, que debía unirse a otra del Duque del Parque, era insuficiente para defender el paso. Pero ni Wellesley ni Cuesta se preocuparon en exceso, pues consideraban muy poco probable una amenaza de gran entidad por Baños.

Cuando comenzaron los problemas logísticos británicos, Cuesta no tuvo ninguna culpa en ellos, pues sus líneas de abastecimiento eran independientes. Cuando recibió las quejas de Wellesley se apresuró a trasladarlas a la Junta, y si no se mostró más solidario con el general británico, fue porque su propio ejército sufría también de graves problemas de abastecimiento. En todo caso hay que señalar que, pese a que los problemas de abastecimiento británicos eran reales y graves, un soldado británico se sentía desabastecido con lo que su colega francés o español consideraba el rancho habitual.

Es preciso reconocer que la negativa de Cuesta a atacar a Victor en el Alberche el día 23 de julio fue un error, aunque como Wellesley admitió, no había certeza de conseguir un resultado positivo. Quizás fue éste el mayor error de Cuesta durante la campaña, pues si Victor hubiera sido batido, es muy posible que José se hubiese visto obligado a evacuar la capital. Sin embargo la decisión del general español de proseguir el avance al día siguiente fue perfectamente lógica, y hubiera sido imperdonable que permaneciese inmóvil en el Alberche. Su avance fue, no obstante, prudente, y pudo retirarse en cuanto constató que Victor estaba contraatacando. Su negativa a cruzar el puente sobre el Alberche en la noche del 26 al 27 de julio parece otra de las exageraciones creadas por su leyenda negra, pues el propio Wellesley veía más lógico esperar al amanecer para replegarse, y no retiró las fuerzas británicas de la margen este del río hasta el 27 por la mañana.

En Talavera, Cuesta siguió fielmente las indicaciones del británico y ocupó el puesto que éste le asignaba en la línea. Durante la batalla Cuesta proporcionó más de 8.000 efectivos de refuerzo a Wellesley. La artillería pesada española contribuyó en gran medida a compensar la ligereza de la artillería británica. Las divisiones de Bassecourt y Alburquerque, pese a que tuvieron un papel menor en la batalla, contribuyeron con su simple presencia a debilitar el ataque de Ruffin sobre el extremo norte del despliegue aliado. Y las fuerzas españolas que se enfrentaron a la división Leval en las inmediaciones del Pajar de Vergara combatieron con brillantez.

Después de Talavera, la negativa de Cuesta a enviar a la división Bassecourt al puerto de Baños puede ser discutible, pero de haber hecho caso al británico, enviándola el día 31 de julio, hubiese sido probablemente aniquilada por Mortier. La decisión de Cuesta de replegar su grueso de Talavera el día 3 de agosto fue manipulada por Wellesley. La decisión estaba plenamente justificada ante las informaciones de un enemigo mucho más fuerte que el supuesto. Además, Cuesta no dejó desguarnecida Talavera, y fue la decisión de Wellesley de retirarse al sur del Tajo lo que provocó el abandono definitivo del hospital con los heridos británicos. Aún así, Cuesta protegió la retirada aliada con eficacia hasta el día 8 de agosto, y la derrota de la retaguardia española en el Puente del Arzobispo no fue culpa suya, pues había destacado fuerzas suficientes para guarnecer el paso, sino de la escasa vigilancia de Bassecourt, y sobre todo de Alburquerque. Pero la sorpresa no fue muy diferente a la que sufrieron los británicos en Casa de Salinas el día 27 de julio.

Por último, las diferencias debido a la escasez de recursos que se produjeron entre el 4 y el 12 de agosto fueron las lógicas entre dos ejércitos de distintas nacionalidades faltos de abastecimientos, que deben competir por recursos escasos y que se culpan mutuamente de todos los males de la campaña. Fue una lástima que los altercados entre soldados y oficiales por conseguir una ración diaria más generosa, terminasen por afectar a la relación entre los generales.

Así pues, puede decirse que la conducta de Cuesta fue bastante correcta, y su voluntad de cooperación más que aceptable. Es preciso reconocer que la visión táctica y estratégica de Wellesley era muy superior, como también lo era la eficacia en combate del ejército británico respecto al español. Pero eso no justificaba en absoluto una campaña de difamación como la que fue orquestada contra el anciano general, con el objetivo de utilizar un llamativo cabeza de turco a quien culpar de todos los problemas surgidos durante la campaña.

La campaña de desprestigio contra Cuesta nos muestra al peor Wellesley, el que estaba dispuesto a hacer recaer sobre otros la responsabilidad de cualquier fracaso, por más que la campaña del Tajo fuese solo un fracaso relativo. De la misma forma, los fusilamientos de los desertores españoles del día 27 de julio muestran al peor Cuesta, capaz de emplear la mayor brutalidad para imponer la disciplina.

En cualquier caso, la conducta posterior de Cuesta mostrará un gesto de nobleza al que Wellesley nunca corresponderá. En su "Manifiesto a la Europa..." Cuesta cargará con saña contra Venegas, la Junta Central, el Duque de Alburquerque, el embajador Frere y su sustituto Richard Wellesley. Pero, pese a sus malas relaciones al final de la campaña, y pese a todas las acusaciones vertidas contra su persona, en el escrito de

Cuesta no hay una sola palabra de reproche contra Sir Arthur Wellesley, ya entonces Lord Wellington. Quizás porque habían sido comandantes de ejércitos que habían luchado y vencido juntos, o quizás porque Cuesta había reconocido en el británico al líder militar excepcional que él nunca pudo llegar a ser.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PRIMARIAS

BONAPARTE, Joseph. Memoires et correspondance politique du Roi Joseph, (vol VI), Du Casse, Paris, 1857.

BONAPARTE, Napoleón. *Correspondance de Napoleón I^{er}* (vols XVIII y XIX), Plon-Dumaine, Paris, 1866.

CANNING, George, Select Speeches of the Right Honourable George Canning. Editado por Robert Walsh, Key and Biddle, Philadelphia, 1835.

CASTLEREAGH, Viscount, Second Marquess of Londonderry. *Correspondence, dispatches and others papers*. Editado por Charles William Vane, Marqués de Londonderry. Vol. 7, London, 1851.

CUESTA, Gregorio García de la, Gregorio. Manifiesto que presenta á la Europa el Capitan General de los Reales Egércitos Don Gregorio García de la Cuesta, sobre sus operaciones militares y políticas desde el mes de junio de 1808 hasta el dia 12 de agosto de 1809 en que dejó el mando del egército de Extremadura, Palma de Mallorca, 1811 (consultado en www.bdpb.mcu.es).

LONDONDERRY, Marquess of (Charles William Vane) *Histoire des Guerres de l'Espagne et du Portugal sous Napoleón*, Paris, 1831.

MACKINNON, Henry, A Journal of the campaign in Portugal and Spain, London, 1812.

VENEGAS, Francisco Xavier. Vindicacion de los agravios infundados, injustos y groseros con que el capitan general D. Gregorio de la Cuesta ha intentado manchar la reputación del teniente general y virei de Nueva-España D. Francisco Xavier Venegas, en su manifiesto impreso en Palma de Mallorca en 1811. Cádiz. Imprenta del Estado mayor General. (Consultado en www.bdpb.mcu.es)

WELLESLEY, Arthur. First Duke of Wellington *The General Orders of Field Marshall the Duke of Wellington K.G.in Portugal, Spain and France from 1809 to 1814 in the Low Countries and France in 1815 and in France, Army of occupation from 1816 to 1818*. Editado por J. Gurwood London, 1837.

WELLESLEY, Arthur. First Duke of Wellington *The Dispatches of Field Marshall the Duke of Wellington K.G. during his various campaigns in India, Denmark, Portugal, Spain, The Low Countries and France, from 1799 to 1818.* Editado por J. Gurwood. London, 1835.

WELLESLEY, Arthur. First Duke of Wellington. Supplementary Despatches, Correspondence and Memoranda of Field Marshall Arthur, Duke of Wellington, K.G. Editado por su hijo el Duque de Wellington K.G. Vol 6. London, 1860.

WELLESLEY, Richard, Memoirs and correspondance of the most noble Richard, Marquess Wellesley. Publicado por Robert Rouiere Pearce. (vol III). Ed. Richard Bentley, London, 1846.

FUENTES SECUNDARIAS

CANGA ARGUELLES, José, Observaciones sobre la historia de la Guerra de España que escribieron los señores Clarke, Southey, Londonderry y Napier (2 volúmenes). Imprenta de don Miguel de Burgos, Madrid, 1833.

CANGA ARGUELLES, José, Observaciones sobre el tomo segundo de la Historia de la Guerra de España que escribió en inglés el Teniente Coronel Napier, Impreso y publicado por D. M. Calero, Londres, 1830.

CONDE DE TORENO. Historia del levantamiento, guerra y revolución de España. (3 vol.), París, 1838.

FORTESCUE, J. W. A History of the British Army, (volumen VII) MacMillan and Co., London, 1935.

FOY, Maximilien, *History of the War in the Peninsula under Napoleon*. (Vol I) London, 1827.

GÓMEZ DE ARTECHE, José. *Guerra de la Independencia*. *Historia Militar de España 1808-1814*. (14 vol.) Depósito de la Guerra, 1868-1903.

NAPIER, W., History of the War in the Península and in the South of France from the Year 1807 to the Year 1814, (Vol. I y II) London, 1828-1840.

OMAN, Charles, *Wellington's Army* 1809 – 1814, Greenhill Books, London, 2006.

OMAN, Charles, A History of the Peninsular War, (Vol I y II), Oxford, 1903.

SOUTHEY, Robert. History of the Peninsular War. London, 1838.

STANHOPE, Earl of. Notes of the conversations with the Duke of Wellington 1831-1851, London, 1888.

THIERS, M. A., *Historire du Consulat et de l'Empire,* (Vol XI) Paulin, Paris, 1851.

OBRAS DE APOYO

ANÉS, Gonzalo, *Las crisis agrarias en la España moderna*. Taurus, Madrid, 1970.

ARTOLA, Miguel, *La Guerra de la Independencia*, Espasa, Pozuelo de Alarcón, 2008.

BAMFORD. Andrew, *The Guadiana Fever Epidemic*, 2001, consultado en http://www.napoleon-series.org/military/battles/c Guadiana1.html

CANALES, Esteban, 1808-1814: demografía y guerra en España. Universidad Autónoma de Barcelona. 2001. Consultado en http://seneca.uab.es/historia/demographie.htm

COLE, John William. *Memoirs of British Generals distinguished during the Peninsular War*, London, 1856.

CROCKER, John Wilson, The Battle of Talavera, London, 1816.

D'ILLENS, A. Souvenirs d'un militaire des armées françaises dîtes de *Portugal*. Anselin et Pochard, Paris, 1827.

DE JOVELLANOS, Melchor Gaspar, A sus compatriotas, Coruña, 1811.

DUNN – PATTISON. M. A. Napoleon's Marshalls, Londres, 1909.

ESDAILE, Charles, *La Guerra de la Independencia. Una nueva historia*. Crítica, Barcelona, 2004.

FORTESCUE, J. W. *The British Army (1783-1802)*, MacMillan & Co. Londres, 1905.

FRASER, Ronald. *La Maldita Guerra de España. Historia social de la Guerra de la Independenca, 1808-1814*. Ed. Crítica. Barcelona. 2006.

GRATTAN, William. *Adventures with the Connaught Rangers*, Edward Arnold, London, 1902.

HANSARD, T.C. Parliamentary Debates from the year 1803 to the Present Time. (Vol. XV), Londres, 1812.

HAWKER, Peter, Journal of a regimental officer during the recent campaign in Portugal and Spain under Lord Viscount Wellington. London 1810.

LES CASES, Emmanuel Auguste Dieudonné. *Memorial de Sainte Hélène*, (Vol. II) Colburn, Londres, 1823.

LIDDELL HART, Basil. *The Ghost of Napoleón*. Faber & Faber, London, 1933.

MOLINER, Antonio (ed.), La Guerra de la Independencia en España (1808-1814), Ed. Nabla, Barcelona, 2007.

PETRIE, Charles, El Duque de Wellington en España, Revista de Historia Militar, nº 03, (1958), pp. 85-97.

REID, Stuart, Wellington's Army in the Peninsula. 1808-1814, Osprey, Oxford, 2004.

ROBERTS, V. C. *The Rise of Wellington*. Sampson Low, Marston & C. London, 1895.

SAÑUDO, Juan y STAMPA, Leopoldo, *La Crisis de una Alianza (La campaña del Tajo de 1809)*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1996.

NOTAS

Capítulo I. La guerra en la Península de 1809

- ¹ GONZALO ANÉS. *Las crisis agrarias en la España moderna*. Taurus, Madrid, 1970, p. 214
- ² CANALES, Esteban. 1808-1814: demografía y guerra en España. Universidad Autónoma de Barcelona. 2004. Consultado en http://seneca.uab.es/historia/demographie.htm

FRASER, p. 30

⁴ MOLINER, Antonio, La Guerra de la Independencia, ed. Nabla, Barcelona, 2007, pp. 45-46

⁵ ARTOLA, p.77

- ⁶ Fueron los de Badajoz, Cartagena, Galicia y Cádiz. FRASER, p.139
- ⁷ Gran Bretaña prestó una ayuda muy importante a los sublevados. En 1808 se entregaron unos 7.140.000 dólares españoles en ayudas de los que quede constancia. Y a ello habría que añadir diversas partidas de vestuario, tela para uniformes, armamento y munición de los que no queda constancia clara de su destino. En 1809 la ayuda disminuyó sensiblemente después de la crisis en las relaciones que siguió a la retirada de las fuerzas de Moore. Aún así se entregaron 1. 654.511 dólares en ayudas. LASPRA, Alicia. La ayuda británica en MOLINER, Antonio La Guerra de la Independencia. Ed. Nabla. Barcelona. 2007, pp. 261-266
- ⁸ Wellesley a Castlereagh, 23 de agosto de 1808, WELLESLEY, Sup. Dispatches, vol. II, pp. 122-123 ⁹ "El único objetivo del Rey debe ser mantener Madrid, todo lo demás no es importante", BONAPARTE, Napoleón. vol. XVIII, 22 diciembre, p.148

¹⁰ OMAN, vol. II, pp.28

¹¹ Estas operaciones fueron emprendidas, o continuadas en el caso de la Península, por expresa petición austriaca, como expone el entonces Secretario del Foreign Office George Canning en un discurso ante la Cámara de los Comunes el 29 de marzo de 1810. CANNING, p. 93

¹² Castlereagh a Beresford, 15 de febrero de 1809, CASTLEREAGH, p. 34

- ¹³ Esta era la posición habitualmente mantenida por el partido whig (laborista) durante la mayor parte del conflicto. ESDAILE,
- ¹⁴ ARTECHE, vol. V, pp. 95-98
- ¹⁵ BONAPARTE, Joseph. pp. 2-3
- ¹⁶ NAPIER, vol. I. p. 356
- ¹⁷ OMAN, vol. II. p. 19
- ¹⁸ Hermano, los asuntos de España van mal. ¿Cómo es posible que hayas permanecido tanto tiempo sin tener noticias del Duque de Elchingen? (Nev)... no comprendo nada de esto, y no puedo prever más que perjuicios. BONAPARTE, N. Carta a José 2 abril de 1809. vol. XVIII. p. 428
- ¹⁹ Aunque en Oporto Soult encontró subsistencias, en las zonas rurales era muy difícil abastecer a sus tropas. El capitán D'Illen que formaba parte del ejército francés en Portugal observaba: Ce n'était qu'avec des peines infinies que l'on parvenait à faire des vivres; il était surtout extrêmement difficile de se procurer du pain. (Solo con infinitas penalidades se conseguían víveres; era sobre todo extremadamente difícil conseguir pan. T. del autor)D'Illen, A. p.227

²⁰ NAPIER, vol. I, p. 404

²¹ Wilson estaba al mando de la Loyal Lusitanian Legion, una unidad de voluntarios portugueses reclutados en la zona de Oporto, pagados con fondos británicos y encuadrados por oficiales de ese país. La unidad tendrá después una destacada participación en la Campaña del Tajo. OMAN vol. II. p. 199

²², OMAN, ibid, pp. 257-258

²³ Ibid. p. 166

²⁴ Cuesta estableció su cuartel general concretamente en Monasterio. CUESTA, p. 49

²⁵ El apoyo de la Junta a Cuesta permitió reconstruir con rapidez el ejército de Extremadura que, a mediados de abril superaba de nuevo los 20.000 efectivos. Ibid. p. 167

²⁶ ARTECHE, vol. V, pp. 237-241

²⁷ NAPIER, vol. II, p. 52-53

²⁸ Ibidem, p. 78

- ²⁹ Ibidem, p. 90
- ³⁰ ESDAILE, p. 205
- ³¹ OMAN, vol. II, p. III
- ³² José intentó formar algunos regimientos españoles después de su segunda entrada en Madrid, en enero de 1809, y coincidiendo con la disponibilidad de un gran número de prisioneros españoles, la mayoría capturados en la batalla de Uclés. Pero aunque un número moderado de prisioneros aceptó enrolarse, la mayoría desertó a la primera oportunidad, y las tropas españolas al servicio de José nunca fueron ni fiables ni numerosas. ARTECHE, vol. V, pp. 83-85
- ³³ La denominación de estrategia fabiana procede de la figura de Quinto Fabio Máximo, dictador romano que se vio enfrentado a Aníbal en la Segunda Guerra Púnica. Viendo la habilidad del cartaginés en las batallas campales, que había conducido a los desastres de Trebia y Trasimeno, Fabio propuso utilizar una estrategia basada en hostigar el abastecimiento, las comunicaciones y el reclutamiento de aliados en Italia por parte de Anibal, evitando cualquier batalla campal y esperando derrotar al invasor por agotamiento. En la agresiva Roma de su época esta estrategia fue considerada poco menos que cobarde, pero tal percepción cambió cuando el abandono de la estrategia de Quinto Fabio llevó al inmenso desastre de Cannas.

Capítulo II. Los ejércitos y sus comandantes

- ¹ Respecto a éste último punto resulta revelador que en la obra de J. W. Fortescue, "*The British Army, 1783-1803*" se dedique un epígrafe al tema "Drunkeness among officers and cabinet members" (Ebriedad entre los oficiales y miembros del Gabinete). Ciertamente la tendencia a la ebriedad era un problema grave en el ejército británico de la época, y el propio Wellesley se quejará a menudo de ello. FORTESCUE, p. 35
- ² En enero de 1809, de los aproximadamente 200.000 soldados británicos en filas, la mitad estaban estacionados en las colonias. De los 100.000 restantes, había 12.000 en Portugal y un número similar en Sicilia. Y los casi 24.000 supervivientes de la expedición de Moore se encontraban la mayoría agotados, enfermos y faltos de equipo. Lo que quedaba en Inglaterra eran esencialmente segundos batallones, formados por personal enrolado por sorteo, y no voluntario como era el caso de los primeros batallones de cada regimiento. FORTESCUE, *History of the British Army*, p.33

³ Ibidem, pp. 33-34

- ⁴ OMAN, Wellington's Army, p. 221-222
- ⁵ FOY, vol. I, p. 215
- ⁶ OMAN, Wellington's Army, pp. 301-302
- ' Ibidem
- ⁸ Esta práctica, conocida como "volley and bayonet" (descarga y bayoneta) se fue haciendo progresivamente popular, ante la dificultad de frenar las agresivas columnas francesas con meras descargas de mosquete. En la Batalla de Talavera fue el procedimiento más utilizado..REID., p. 29

¹¹ FULLER, vol. II, p. 395

¹³ D'ILLENS, pp. 221-222

⁹ Foy también observaba que los abigarrados y pintorescos trenes logísticos británicos hacían pensar en los ejércitos de Darío, hasta que uno comprobaba que se enfrentaba a los soldados de Alejandro. FOY, vol. I, p. 221

¹⁰ La descripción de los teóricos militares franceses anteriores a Napoleón está extraída de "The Ghost of Napoleón" de Sir Basil Liddell Hart, obra en la que el autor defiende que Napoleón fue en realidad un integrador, y hasta cierto punto un pervertidor, de los pensadores militares franceses previos.

¹² Es famosa la frase de un oficial francés, Fantin des Odoards, que sirvió en Portugal con el mariscal Soult, y describe muy bien el aislamiento en el que se movían los ejércitos franceses en la Península. "La marcha del 2° cuerpo puede ser comparada al progreso de un barco en alta mar: rompe las olas, pero éstas se cierran detrás de él, y en pocos momentos toda traza de su paso ha desaparecido" Citado en OMAN, vol. II, p.251

¹⁴ Basándose en datos del reclutamiento de soldados belgas sirviendo en el ejército Imperial, Canales estima que un 86% de las bajas sufridas en la Península se debieron a enfermedades infecciosas. CANALES, 2001

¹⁵ En la campaña del Tajo se produjo un número apreciable de deserciones en el 4º Cuerpo de Sebastiani, compuesto en gran medida por soldados alemanes y polacos. Las autoridades españolas intentaban fomentar este fenómeno, evitando que la indignada población acabase con la vida de los desertores antes de comprobar si eran franceses o de otras nacionalidades. No obstante, no era fácil garantizar la vida de los desertores. VENEGAS, Apéndices, p. 17

¹⁶ Napoleón lo dijo para justificar su necesidad de generales de caballería para la campaña de 1809 en Alemania y Austria, generales que sustrajo de las fuerzas de su hermano en España. Napoleón a José, 10 abril 1809. BONAPARTE, Napoleón, vol. XVIII, p.462

¹⁷ ARTECHE, vol. I, p. 560

¹⁸ Ibidem, vol. III, p. 468

¹⁹ Ibidem, vol. I, pp. 532-534

²⁰ ESDAILE, p. 310

²¹ Una de las recomendaciones que hizo precisamente Wellesley en la campaña del Tajo fue que era necesario proporcionar uniformes a todos los soldados españoles. El atuendo civil, aparte de deteriorar su cohesión y disciplina facilitaba enormemente la deserción. Wellesley al Marqués Wellesley, 8 de agosto de 1809. WELLESLEY, *Despatches*, vol. iv, p. 11

²² ROBERTS, p. 9

²³ Ibidem, p. 22

²⁴ OMAN Wellington's Army. p. 41

²⁵ STANHOPE, p.14.

²⁶ OMAN, pp.45-46

²⁷ La conversación entre Wellington y Craufurd después de esta batalla se hizo también famosa. "Me alegro de verle a salvo Craufurd", dijo el Duque. "Oh No estaba en peligro, se lo aseguro Excelencia" respondió Craufurd, a lo que Wellington contestó: "Pero yo si lo estuve por su forma de proceder". COLE, p.241

²⁸ No obstante, los oficiales aristocráticos eran la norma en el ejército británico de la época. Y los soldados consideraban ese hecho, y el consiguiente comportamiento como natural. COLE, John William. Memoirs of British Generals distinguished during Peninsular War. London 1856. p.xi ²⁹ STANHOPE, pp. 9-10

El 28 de junio de 1809, ante la falta de fondos para emprender la campaña en España, Wellesley escribía al Secretario del Tesoro Huskisson: Sería mejor para el gobierno, desde cualquier punto de vista, renunciar a sus operaciones en España y Portugal, si el país no puede permitirse llevarlas a cabo. WELLESLEY, Despatches, vol. iv. p. 473

³¹ DU CASSE, Vol II, pp 189-190

³³ OMAN, vol. II, p. 302

³⁵ SOUTHEY vol. iv, p. 6

³⁷ Ibídem, p. 268

³⁸ CUESTA. p.43

³⁹ Ibídem. p.1

⁴⁰ Según Toreno, su negativa inicial a unirse a la insurrección hizo que los sublevados erigiesen un patíbulo frente a la ventana de su despacho en la Capitanía General. TORENO, vol. I, p.115

⁴¹ Escribe Toreno: No faltó quien atribuyese su extraña conducta á traición ó despique, por habérsele forzado á comprometerse en la insurrección. Otras batallas posteriores en que exponiendo mucho su persona anduvo igualmente desacertado en las disposiciones, probaron que no obraba de mala fé sino con poco conocimiento de la estrategia. TORENO, vol. I, p.173. ARTECHE alude al anhelo de Cuesta por reñir grandes y generales batallas. ARTECHE, vol. II, p. 28

por reñir grandes y generales batallas. ARTECHE, vol. II, p. 28 ⁴² Cuesta se quejará de que Blake desplegó por su cuenta (CUESTA, p. 7), mientras que éste último alegaba que Cuesta no le apoyó en absoluto. El caso es que ambos generales combatieron prácticamente sin contacto ni apoyo mutuo (ARTECHE, vol. II, p. 291)

⁴³ CUESTA, pp. 13-17

44 Ibidem, p.16

⁴⁶ Ibidém, p. 20

⁴⁷ El ejército de Extremadura, bajo el mando del general Gallazo, se había casi disuelto tras la ofensiva francesa, y además había participado en el asesinato del general San Juan en Talavera, linchado bajo la acusación de no haber defendido adecuadamente Madrid. En esas condiciones la población y autoridades de Mérida se negaron a dejar salir a Cuesta de la ciudad hasta que fuese nombrado jefe del ejército de Extremadura. CUESTA, pp. 25-28

⁴⁸ Oman llega a calificar las disposiciones de Cuesta en Medellín como propias de un "lunático criminal", pero también reconoce que estuvo a punto de ganar la batalla. OMAN, vol. II, pp. 157-164

⁴⁹ LAS CASES, vol. II, pp. 315-316

⁵⁰ BONAPARTE, Joseph, vol. VII, p. 60

⁵¹ Ibidem, p. 63

⁵² DUNN – PATTISON, p.255

⁵³ Ibidem, pp. 256-257

Capítulo III. Las operaciones preliminares y la preparación de la campaña

² WELLESLEY, Despatches, vol. IV. p.261

³² Oman escribió: "Tuvo que luchar siendo consciente de que un solo desastre podría arruinar no solo sus propios planes, sino la entera causa de los aliados en España". OMAN p. 56

³⁴ NAPIER, W.F.P.: vol. II, p. 11

³⁶ TORENO: vol. I, p. 114

⁴⁵ ARTECHE, vol. III, p. 129

¹ "Es una frontera abierta, toda ella abrupta, pero toda ella penetrable...si los franceses triunfan en España, sería vano tratar de resistirles en Portugal". Citado en OMAN, p.286

³ Tengo tanto respeto como ningún otro hombre puede tener acerca de la opinión y el juicio de Sir J. Moore; y desecharía mi propia opinión, si fuera opuesta a la suya, en el caso de que él hubiera tenido la oportunidad de conocer y considerar. Pero, con certeza, el no sabía nada de Portugal, ni pudo saber nada de su situación actual. Wellington to the Earl of Liverpool, 2 abril 1810. Selections from the Despatches p.352

⁴ WELLESLEY, Despatches, vol. IV. p.261

⁵ Ibidem, p. 262

⁶ Considerará la defensa de Portugal como el primer e inmediato objeto de su atención. Castlereagh a Wellesley 2 abril de 1809. CASTLEREAGH, p. 47

En cualquier movimiento que emprenda tendrá en cuenta, sin embargo, que hasta que reciba nuevas órdenes sus operaciones deben ser conducidas necesariamente en relación a la protección de ese país(Portugal) .Ibidém

⁸ El servicio de su ejército - de acuerdo con las órdenes que ha recibido- no puede ser empleado en operaciones generales en España, como intentó hacer la fuerza bajo el mando de Sir John Moore, sin un acuerdo previo consolidado a ese efecto entre los dos gobiernos. Ibid. pp. 49-50 ⁹ Ibidem

¹⁰ Esta era la opinión de Wellesley expresada en un despacho al Embajador Frere el 29 de abril. *Es sin embargo muy improbable que, en la presente situación de las fuerzas francesas en España, él (Víctor) haga ningún movimiento hasta que tenga alguna noticia de Soult.* Wellesley a Frere. 29 abril 1809. WELLESLEY, *Despatches*, vol. iv. p.282

¹¹ LONDONDERRY, vol. I, p. 301

¹² La legión lusitana estaba integrada por portugueses residentes en Gran Bretaña que se habían enrolado para la defensa de su país.

¹³ Wellesley a J.H. Frere. 24 abril 1809. WELLESLEY. *Despatches*, vol.. 4. p.267

¹⁴ Wellesley tenía una razonable seguridad en que Soult se replegaría hacia España en cuanto fuese atacado por una fuerza superior. *Creo probable, sin embargo, que Soult no permanecerá en Portugal en cuanto yo pase el (río) Montego)* Ibidém.

¹⁵ Castlereagh to Craddock, 30 de marzo 1809. CASTLEREAGH, pp. 45-46

¹⁶ Wellesley to the Duke of Richmond. 14 abril 1809. WELLESLEY. *Supplementary dispatches* vol. II, p. 227

¹⁷ Memorandum by sir Arthur Wellesley. 09 abril 1809 WELLESLEY, Ibidem. pp. 221-222

¹⁸ Viscount Castlereagh to Wellesley.11 abril 1809 WELLESLEY, Ibidem. p.223

¹⁹ Wellesley to Castlereagh.12 abril 1809. WELLESLEY, Ibidem. pp. 223-225

²⁰ Despacho de Wellesley a Beresford de 07 de mayo. WELLESLEY, *Despatches*, vol. iv, pp. 308-310

²¹ Despacho de Wellesley a Castlereagh de 27 de abril. Ibidem. pp. 271-273

²² Carta de Wellesley a Cuesta, 29 de abril. Ibidem, p. 282-283

²³ La mejor descripción de la conjura de Argenton es la de Oman (*A History of the Peninsular War*, vol. II, pp. 315-323). Oman defiende que Soult efectivamente aspiraba a proclamarse rey de Portugal. Napier también trata el tema, pero exculpa a Soult atribuyendo la información sobre sus aspiraciones al trono al entusiasmo portugués con su administración en Oporto. (NAPIER, vol. I, pp. 387-389). José Bonaparte también opina en sus memorias que Soult quería proclamarse rey, y a eso atribuye su prolongada estancia en Oporto, en lugar de replegarse de una mala posición, aunque reconoce también que, efectivamente, muchos portugueses no veían mal esa posibilidad. (BONAPARTE, Joseph, vol. vi, p. 129)

p. 129)

²⁴ Su respuesta a las proposiciones de Argenton fue que intentar convencer a los portugueses para que nombrasen rey a Soult podría significar perder su confianza para siempre, y en cuanto a atacar a Soult, lo haría en cuanto estuviese preparado. Wellesley a Castlereagh, 7 mayo 1809. WELLESLEY, *Despatches*, vol. iv. p. 311.

²⁵ En las memorias de José Bonaparte, el entonces rey de España comenta que la intención de Soult al retirarse era hacerse fuerte en la provincia de Tras os Montes, ocupar Braganza, restablecer las comunicaciones con España a través de Galicia y esperar el momento propicio para retomar la ofensiva. BONAPARTE, Joseph, vol. vi, p. 126

²⁶ Estoy convencido de que los franceses solo estarán en peligro en España cuando una gran fuerza sea reunida, que les obligue a concentrar sus tropas; y las operaciones combinadas de la fuerza en este país (Portugal), con la mandada por el General Cuesta, puede ser la base para posteriores medidas con el mismo e incluso más amplio propósito. Wellesley a Frere, 24 de abril 1809. WELLESLEY, Despatches, vol. iv, pp. 266-268

WELLESLEY, Despatches, vol. iv, p.296

²⁷ OMAN, vol. II, p. 318

²⁸ Las instrucciones de Wellesley a Beresford incluían esta frase: *Pero recuerde que usted es el comandante en jefe de un ejército, y no debe ser derrotado; así pues no emprenda nada con sus tropas a no ser que tenga una sólida esperanza de éxito*. Wellesley a Beresford, 11 de mayo 1809.

²⁹ OMAN, vol. II P.332

³⁰ D´ILLENS, p. 257

³¹ Wellesley a Castlereagh, 12 de mayo de 1809. WELLESLEY, *Despatches*, vol. iv, pp. 322-324

³² OMAN, vol. II, p. 335

³³ Wellesley a Castlereagh, 12 de mayo, WELLESLEY, *Despatches*, vol. iv, pp. 323-324

³⁴ La combinación del cruce del río en varios puntos, y la sublevación de los civiles en la ciudad debió causar una enorme confusión entre las fuerzas francesas. El capitán D Illens afirma que parte del caos se debió a que numerosos soldados ingleses disfrazados de paisanos se habían infiltrado la noche anterior en Oporto, extremo no demasiado creíble. Probablemente los franceses se encontraron hostigados a la vez por las tropas británicas de Sherbrooke, y por grupos de paisanos armados. D ILLENS, p. 263

³⁵ Murray sería después muy criticado por esta conducta por Napier (NAPIER, vol. I p, 422) y por Oman (OMAN, vol. II, pp-340-341). Pero lo cierto es que fue oficialmente felicitado por Wellesley tras la batalla (Despacho de Wellesley a Castlereagh, 12 de mayo, 1809, WELLESLEY, *Despatches*, vol. iv, p. 325). Esto nos confirma que Wellesley prefería normalmente que se cumpliesen estrictamente sus órdenes evitando riesgos antes que tomar iniciativas arriesgadas.

³⁶ OMAN, vol. II, p, 344

³⁷ Si Wellesley se hubiese lanzado en una persecución enérgica este cambio de dirección hubiera supuesto un retraso fatal para Soult. Pero el británico no quería emprender acciones de envergadura hasta que el grueso de su ejército hubiese cruzado el Duero. Y eso salvó al mariscal francés. La evidencia de que el retraso en la persecución evitó la destrucción del ejército enemigo no pasó inadvertida ni siquiera para Napier, habitualmente defensor a ultranza de las decisiones de Wellesley. (NAPIER, vol. I, p. 415)

³⁸ Según narra Oman, los trenes logísticos de Soult debían contener unas 50.000 libras en plata portuguesa. Soult autorizó a que sus hombres se llevasen lo que pudiesen, pero pocos aceptaron, ante el enorme peso de la plata. Los cofres fueron finalmente volados, esparciendo gran cantidad de monedas por los alrededores, para disfrute de los habitantes del lugar, que estuvieron recolectándolas durante años. OMAN, vol. II, p. 348

³⁹ El desastre en las comunicaciones francesas queda en evidencia por el despacho de José Bonaparte a Napoleón del 10 de junio, en el que informa a su hermano de que él no tiene noticias directas de Soult, y sin embargo el Ministro de la Guerra le ha informado de que el mariscal se retiró de Oporto el 12 de mayo. El rey José se lamenta "¿Cómo es pues, que el Duque de Dalmacia (Soult) encontró la forma de comunicar con el Ministro de la Guerra en París, y no pudo hacer lo mismo con el Rey José en Madrid?" BONAPARTE, Joseph, vol. vi, p. 188

⁴⁰ OMAN, vol. II, p. 364

⁴¹ Wellesley a Castlereagh, 18 de mayo 1809 WELLESLEY, *Despatches*, vol. iv, p. 344

⁴² Su decisión de no seguir al ejército de Soult más hacia el norte, y en cambio regresar hacia la frontera Este para vigilar y repeler el avance enemigo en el Tajo ha sido aprobada por Su Majestad. Castlereagh a Wellesley, 6 de junio. CASTLEREAGH, p. 75

⁴³ Aparte de la Brigada Ligera que Wellesley requería, Castlereagh le anunció el envío de siete regimientos de infantería, con un total de 4951 efectivos, y además 300 caballos de tiro para la artillería. Castlereagh a Wellesley, 29 de mayo 1809. CASTLEREAGH, p. 73

⁴⁴ ARTECHE, vol. V, pp. 241-242

⁴⁵ TORENO, vol. I, p. 383

⁴⁶ Venegas, jefe por aquel entonces del ejército de la Mancha, cifra en 6000 infantes y 1500 jinetes los refuerzos enviados al ejército de Extremadura después de Medellín. VENEGAS, p, 3

⁴⁷ BONAPARTE, Joseph, p. 143

⁴⁸ TORENO, vol. I, p. 386

⁴⁹ En el caso de Jovellanos, Sebastiani apelaba a su talante liberal: "Señor: la reputación de la que gozais en Europa, vuestras ideas liberales, vuestro amor por la patria, el deseo que manifestais de verla feliz y floreciente, deben haceros abandonar un partido que solo combate por la Inquisición, por mantener las preocupaciones, por el interés de algunos Grandes de España, y por los de Inglaterra. Prolongar esta lucha es querer aumentar las desgracias de la España". Carta de Sebastiani a Jovellanos. JOVELLANOS, Apéndices y Notas, p, 71

⁵⁰ Martin de Garay a Cuesta, 21 de abril de 1809. ARTECHE, vol. vi, p.459

⁵¹ Ibidem, pp.221-224

⁵² Carta de Wellesley a Frere, 29 abril 1809. WELLESLEY, *Despatches*, vol. iv, p. 281

⁵³ El día 22 de marzo José comunicaba a su hermano el Emperador que había dado orden a Lapisse de reunirse con Víctor. BONAPARTE, Joseph, p. 82

⁵⁴ Ibidem, p. 97

⁵⁵ Las instrucciones para lograr esos objetivos venían detalladas en un despacho del Ministro de la Guerra al mariscal Jourdan de 26 de marzo. Ibidem, p. 86

⁵⁶ Ibidem, p. 147

⁵⁷ Concretamente el 18 de abril. Despacho de José a Napoleón, 24 de abril de 1809. Ibidem., 158

⁵⁸ El 25 de abril Víctor informaba a Jourdan que el ejército de Extremadura contaba con 22.000 infantes, de 6 a 7000 jinetes y 22 piezas de artillería, cifras muy superiores a las reales, que Cuesta había proporcionado a Wellesley en su carta del 23 de abril (ver nota 52). Ibidem.

⁵⁹ Napoleón informaba a su hermano el 12 de abril que los ingleses no habían podido desembarcar en Cádiz, y que, en consecuencia, habían ocupado Lisboa con 10-12.000 hombres. Napoleón a Joseph, 12 de abril. BONAPARTE, Napoleón, Confidencial Correspondance, vol. II, p. 64

⁶⁰ OMAN, vol. II, p. 261

⁶¹ Víctor a Jourdan, 25 de abril de 1809. BONAPARTE, Joseph, p. 158

⁶² NAPIER, vol. I, p. 250

⁶³ SAÑUDO / STAMPA, p. 87

⁶⁴ "...desgraciadamente, manchó la fama de esas victorias con las licencias que permitió a sus tropas; en Uclés permitió que la ciudad fuese saqueada, y ejecutó 69 ciudadanos entre los más prominentes, incluyendo algunos monjes, mientras que ordenó matar de un disparo a todos los prisioneros que no pudiesen marchar. En Medellín los franceses pasaron a la bayoneta a los heridos españoles. DUNN-PATTISON, R. P. p. 301

⁶⁵ Carta de Wellesley a Cuesta, 29 abril 1809. WELLESLEY, *Despatches*, vol. iv, p. 282

⁶⁶ Arteche defiende que el puente se destruyó en esta incursión, aunque Cuesta y las fuentes británicas fechan la voladura el 10 de junio. Es posible que el puente se destruyese parcialmente el día 14 de mayo, pues el propio Arteche admite que la caballería francesa podía todavía atravesar el puente, y su destrucción total se realizase el día 10 de junio. ARTECHE, vol. vi, p. 228

⁶⁷ Víctor a Jourdan, 21 de mayo 1809. BONAPARTE, Joseph, vol. VI, p. 163

⁶⁸ He debido regresar rápidamente al Guadiana para recibir al ejército de Cuesta, por si se hubiera dejado llevar por la fantasía de seguirnos. Ibidem

⁶⁹ Cuesta narra como en una de ellas se consiguieron arrebatar 14.000 cabezas de ganado al ejército francés. CUESTA, p. 50

⁷⁰ Ibidém.

⁷¹ Ibidém.

⁷² TORENO, vol. II, p. 24

⁷³ TORENO, vol. II, p. 19

⁷⁴ En una carta del 14 de mayo, José informa a Napoleón de que Sebastiani parece amenazado por las fuerzas de Sierra Morena. BONAPARTE, Joseph, p.162

⁷⁵ VENEGAS, p. 5

⁷⁶ En realidad fue Napoleón quién puso en marcha esta operación a través del Ministro de la Guerra. En un despacho de éste al mariscal Jourdan de 28 de marzo le informa de que Kellerman será reforzado con dos batallones de regreso de Bayona, y le recuerda que "L'Empereur n'a pas donné aucune destination aux troupes qui ont pris Saragosse" (El Emperador no ha dado ningún destino a las tropas que han capturado Zaragoza). Se trata de una invitación a utilizar uno de los cuerpos de ejército en Aragón. Más adelante en el mismo despacho se advierte que el Quinto Cuerpo de Mortier no debe ser usado en el sur ni en el Centro, con lo cual se dejaba claro lo que debía hacer José. BONAPARTE, Joseph, p. 86-89

⁷⁷ TORENO, vol. I, pp. 411-412

⁷⁸ Napoleón a Joseph, 21 de marzo de 1809. BONAPARTE, Napoleón. Vol XVIII, p. 378

⁷⁹ OMAN, vol. II, p. 379

⁸⁰ Ibidem, pp. 372-373

⁸¹ El Conde de Toreno, liberal y además asturiano, condenó si paliativos el golpe de la Romana pese a que, paradójicamente el fuese uno de los nombrados para el Marqués para la nueva Junta, cargo que rechazó. Para Toreno la gestión de la Junta de Asturias había sido en términos generales buena, y el golpe de La Romana no estaba motivado por cuestiones estratégicas, sino por los intereses del Marqués y las quejas de algunos notables a los que la Junta había perjudicado con sus impuestos y requisas para el esfuerzo bélico TORENO, vol. I, pp. 406-407

⁸² Ney en su despacho a José informando de las operaciones en Asturias, reconocerá que "Éste último puente fue bastante bien defendido por el Regimiento de la Princesa, pero no obstante, fue tomado, así como una pieza del doce" Ney a José, 21 de mayo, BONAPARTE, Joseph, p. 166.

⁸³ El saqueo de Oviedo fue especialmente intenso, y afectó a edificios históricos como la Catedral, con su tesoro de la época visigoda. Ney justificó los actos atribuyéndolo a grupos de saqueadores ovetenses borrachos antes de la entrada de las tropas francesas. Ibidém. Oman se muestra bastante escéptico ante esta acusación, teniendo en cuenta la conducta habitual de las tropas francesas. OMAN, vol. II, p. 381 ⁸⁴ Ibid, p. 412

⁸⁵ De hecho, Ney ya preveía que su estancia en Asturias debería ser breve. En su despacho a José del 21 de mayo, sin noticias todavía del sitio de Lugo y la pérdida de Santiago, informa que regresará el día siguiente a Galicia para hacer frente al ejército insurgente, dejando a Kellerman al cuidado de Asturias. Ney a José, 21 de mayo. BONAPARTE, Joseph, vol. vi, p.168
⁸⁶ OMÁN, vol. II, p. 384

⁸⁷ Este incidente lo narra Oman citando las memorias del capitán británico Boothby, a quien se lo había narrado un oficial francés al parecer testigo de la reyerta. Así pues, puede que el incidente sea una exageración, agrandada al circular de boca en boca. Ibid, p. 393

⁸⁸ Soult justificó después su acción con una combinación de verdades y exageraciones en un despacho a José de 25 de junio, en el que por un lado detalla sus operaciones contra la Romana, con lo que él consideraba cumplida su parte del plan conjunto, y por otro lado estima inviable la ocupación de Galicia, a no ser que se proporcionen unos refuerzos que en aquel momento no existían en España. El despacho, que fue capturado por las guerrillas españolas, y terminó en los archivos británicos, es parcialmente reproducido por Oman. OMAN, Vol II, p. 642. La visión de Soult también está presente en la obra de Napier, siempre favorable al citado mariscal. En ella se afirma que fue Ney quien sintiéndose erróneamente traicionado, decidió iniciar la retirada de Galicia. Los movimientos de Soult hacia Zamora estaban orientados a cortar la comunicación de La Romana con la Meseta, y cuando el Duque de Dalmacia oyó del repliegue de Ney decidió imitarle. NAPIER, vol. I, pp. 430-432

⁸⁹ Voy a seguir al enemigo y limpiar el país de todos los huidos que este hecho ha dispersado. Bonnet a Jourdan, 12 de junio de 1809. BONAPARTE, Joseph, p. 194

⁹⁰ Orden de Napoleón, 12 de junio 1809. BONAPARTE, Joseph, p.189

91 José a Napoleón, 01 de julio de 1809. Ibidem. p.266

⁹² Orden de Napoleón, 12 de junio de 1809. Ibidem, p.189

⁹³ Wellesley a Villiers, 24 de mayo de 1809. WELLESLEY, *Despatches*, vol. iv, pp. 360-361

⁹⁴ Wellesley a Castlereagh, 31 de mayo de 1809. Ibidem, p. 378

⁹⁵ Wellesley emitió varias órdenes en esas fechas para prevenir el saqueo, proporcionar cuidados adecuados al ganado y no dejar abandonados a los rezagados. WELLESLEY, Sup, Despatches, vol. II, pp. 268-274

96 Wellesley a Castlereagh, 11 de junio 1809, WELLESLEY, *Despatches*, vol. iv p.414

⁹⁷ Wellesley a Castlereagh, 22 de junio de 1809. Ibidem pp. 455-456

98 Wellesely a Castlereagh, 11 de junio, Ibidem p.414

⁹⁹ Wellesley consiguió que los comerciantes de vino de Oporto le prestasen 10.000 libras, lo que era una cantidad ridícula para sus necesidades. Wellesley a Villiers, 1 de junio 1809, Ibidem, p. 382-383

Wellesley a Huskisson, 30 de mayo 1809. Ibidem, pp. 373-374

- ¹⁰¹ Wellesley a Castlereagh, 11 de junio, Ibidem, p. 414
- ¹⁰². Wellesely a Castlereagh, 31 de mayo, Ibidem, p.380

¹⁰³ Wellesley to Villiers, 22 de junio, Ibidem p.454

Wellesley to Bourke, 26 de junio 1809. Ibidem, p.465. Ese dinero eran en realidad las 100.000 libras procedentes del canje de oro por dólares españoles en Cádiz

Wellesley explicó los motivos del retraso al embajador en España Frere (Wellesley a Frere, 11 de junio 1809, Ibidem, pp. 411-412) y al general Cuesta (Wellesley a Cuesta, 14 de junio de 1809, Ibidem, p.424). Respecto a no penetrar en Galicia en persecución de Soult explicó su proceder al Marqués de la Romana (Wellesley to La Romana, 23 de mayo 1809, Ibidem, p.356), a Frére (Wellesely a Frere, 12 de junio 1809, Ibid, pp. 417-418) y de nuevo a Cuesta (22 de mayo), probablemente porque recibió noticias de que la Junta Central estaba decepcionada con esta decisión.

¹⁰⁶. Wellesley a Castlereagh, 22 de junio de 1809. Ibidem, p.455

¹⁰⁷ Wellesley a Craddock, 27 de mayo. Ibidem, p.365

- ¹⁰⁸ El 11 de junio Castlereagh informaba a Wellesley que la Brigada Ligera estaba todavía en puerto por el mal tiempo, pese a que estaba lista para partir desde el 24 de mayo. Castlereagh a Wellesley, 11 junio 1809. CASTLEREAGH, 82
- 109 El 22 de mayo Wellesley pedía a Villiers que solicitase 300 o 400 buenas mulas al gobernador de Lisboa, sin las cuales veía difícil la subsistencia de su ejército. WELLESLEY, Despatches, vol. iv. Ibid. 353
- 110 El 31 de mayo escribía al Almirante Berkeley: Pienso que no es improbable que yo esté en España antes de que lleguen los refuerzos, al menos los de infantería. Wellesley a Berkeley, 31 de mayo 1809. Ibidem 376
- ¹¹¹ Wellesley a Castlereagh, 17 de junio 1809. Ibidem, pp. 432-434
- 112. Wellesley a Castlereagh, 30 de junio. CASTLEREAGH, p.92
- ¹¹³ El 25 de julio de 1809, en vísperas de la Batalla de Talavera, OMAN cifra en 4395 los enfermos. 3246 en Portugal y 1149 en España. OMAN, vol. II, p. 646
- Wellesley a Cuesta, 30 de mayo 1809, WELLESLEY, Despatches, vol. iv, p. 371
- 115 Cuesta hará referencia a esa carta en su Manifiesto, CUESTA, p. 78
- ¹¹⁶ Wellesley a Frere 20 de mayo de 1809. Ibidem p.349
- 117. Memorandum of rank between the Spanish and British Officers in Spain, CASTLEREAGH, p.3
- ¹¹⁸ Castlereagh a Moore, 14 de enero 1809. Ibidemp. 28
- ¹¹⁹ Castlereagh a Wellesley, 2 de abril 1809, Ibidempp. 46-48
- ¹²⁰ Castlereagh a Wellesley, 25 de mayo 1809. Ibidem, p.71
- ¹²¹ En una larga carta a Canning escrita el 12 de marzo de 1809, Martín de Garay explica que se le ofreció a Moore a través de Frere, el mando sobre las tropas españolas a sus órdenes. En realidad, esto no significaba el mando del ejército español, sino solo de aquellas fuerzas próximas a Moore, y que

podían colaborar con él, como el ejército del Marqués de la Romana. Garay a Canning, 12 marzo 1809, CANGA ARGUELLES, Observaciones tomo II de Napier, pp.334-346

- ¹²² Frere a Wellesley 9 de junio, fragmento recogido en STAMPA-SAÑUDO, p. 118
- Welleslev a Frere, 12 de junio WELLESLEY, Despatches, vol. iv. pp. 417-418
- ¹²⁴ Ibidem
- ¹²⁵ Wellesley a Bourke, 8 junio 1809. Ibidem, pp. 399-400
- ¹²⁶ Wellesley a Bourke, 9 de junio 1809, Ibidem pp.401-405
- ¹²⁷ Ibidem, p. 403
- ¹²⁸ Ibidem, p. 404
- 129 Ibidem
- 130 Wellesley a Frere, 09 de junio 1809. Ibidem p.405
- ¹³¹ Wellesley a Cuesta, 10 de junio 1809. Ibidem, p. 407
- ¹³² Wellesley a Bourke, 13 de junio 1809. Ibidem, pp. 419-420
- ¹³³ Wellesley a Cuesta, 11 de junio 1809, Ibidem, p. 411
- 134 .Wellesley a Cuesta, 13 junio 1809 Ibidem pp. 421-422 135 Wellesley a Frere, 13 junio 1809, Ibidem, p.422
- ¹³⁶ Wellesley a Castlereagh, 17 junio 1809, Ibidem, p.430
- ¹³⁷ Ibid. p. 431
- ¹³⁸ Wellesley a Cuesta, 14 junio 1809, Ibidem, p.424
- Wellesley a Mackenzie, 17 junio 1809, Ibidem, p.430
- Wellesley a Castlereagh, 17 de junio 1809, Ibidem, p.432
 Víctor a José, 24 mayo 1809. BONAPARTE, Joseph, p.177
- 142 Solo en noviembre de 1809 el ejército británico estacionado en la zona del Guadiana sufrió 1186 muertes por enfermedad. BAMFORD, A.
- ¹⁴³ Víctor a Jourdan, 29 mayo 1809, BONAPARTE, Joseph, , p. 178
- 144 CUESTA, p. 50. Arteche afirma que en realidad la fortaleza de Mérida (en realidad el Conventual fortificado) cayó el 24 de mayo y dice no entender este parte de Cuesta. Quizás la fortaleza fue abandonada, pero continuó la resistencia francesa en la ciudad. ARTECHE, pp. 229-230
- ¹⁴⁵ Jourdan a Víctor, 1 junio 1809, NAPOLEON, Joseph, p. 183
- ¹⁴⁶ Víctor a Joseph, 8 de junio, Ibidem, p. 186
- ¹⁴⁷ Ibidem
- ¹⁴⁸ José a Napoleón, 10 de junio, Ibidem, p. 188
- ¹⁴⁹ VENEGAS, p. 3
- ¹⁵⁰ Ibidem, p.4
- 151 Jourdan al Ministro de la Guerra. 26 de junio 1809. BONAPARTE. Joseph203
- ¹⁵² Ibidem, p. 204
- ¹⁵³José a Napoleón, 23 mayo 1809, Ibid, p. 197 Lo cierto es que las ovejas merinas eran extraordinariamente apreciadas en la época por su lana, de la que se podían obtener importantes beneficios.. El propio Wellesley se vio envuelto en un asunto relacionado con las merinas que causó malestar en el gobierno británico, cuando envío parte de sus buques de transporte de ganado a Cádiz para cargar un rebaño de merinas con destino a Gran Bretaña en beneficio de un tal Mr. Johnstone. Wellesley a Castlereagh, 22 junio 1809, WELLESLEY, Despatches, vol. iv, p.451
- 154 Ibidem
- 155 Jourdan al Ministro de la Guerra, 26 de junio 1809. BONAPARTE, Joseph, vol. VI, p. 203.
- ¹⁵⁶ El 2 de julio, José informaba a Napoleón, desde Almagro, que el 4º cuerpo de Sebastiani estaba ya al pie de Sierra Morena. Ibidem p. 267
- 157 Ibidem, p.214
- ¹⁵⁸ CUESTA, p. 52. En realidad las conversaciones con Bourke debieron tener lugar con anterioridad, pues justamente el 20 de junio Wellesley envió una carta a Cuesta anunciando que Bourke sería sustituido Wellesley a Cuesta, 20 junio 1809, WELLESLEY, Despatches, vol. IV, p.441

- ¹⁵⁹ Es cierto que no me encuentro animado a recomendar nada a los oficiales españoles. Wellesley a Bourke, 21 de junio, Ibidem p.444
- ¹⁶⁰ Ibidem.
- ¹⁶¹ Jourdan se encontraba en una situación especialmente difícil, pues el ministro de la guerra le culpaba de todos los reveses, y era incapaz de poner orden entre sus levantiscos mariscales. Después de una carta especialmente dura del Ministro de la Guerra recibida el 12 de junio (BONAPARTE, Joseph, p.190) Jourdan solicitó permiso para regresar a Francia por motivos de salud, y en carta de respuesta escrita al Ministro dice: En la guerra es necesario que un jefe tenga a sus órdenes militares en un grado inferior que obedezcan, y no camaradas que se crean con más mérito que él. Ibid, p.199

Capítulo IV. El inicio de la ofensiva y la batalla de Talavera

- ¹ Oman afirma que la primera campaña en la que las fuerzas británicas fueron organizadas en divisiones fue la de Dinamarca en 1807. La razón para que se utilizase habitualmente la brigada como unidad fundamental era que los contingentes británicos eran normalmente muy pequeños. OMAN, *Wellington's Army*, pp. 163-164
- ² El ejército británico que penetró en España en julio de 1809 contaba con diez brigadas de infantería y tres de caballería, demasiadas para dirigirlas de forma coordinada desde un único cuartel general. Ibidem, p.165
- ³ Orden General de 18 de junio, Abrantes. WELLESLEY, Supplementary Dispatches, vol. II, p.100
- ⁴ OMAN, Wellington's Army, p. 166
- ⁵ El 12 de junio Wellesley tranquilizaba a este respecto a D. Miguel de Forjaz, secretario de la Regencia portuguesa, anunciando que el ejército portugués desplegaría en el norte del país para hacer frente a cualquier nuevo intento francés. Wellesley a Forjaz, 12 de junio 1809. WELLESLEY, *Despatches*. p.416
- ⁶ Wellesley a Beresford, 27 junio 1809, Ibidem, pp. 467-469
- ⁷ Wellesley a Beresford, 23 junio 1809, Ibidem, p.457
- ⁸ En una carta al Secretario del Tesoro Wellesley afirma que, del envío de 100.000 libras que llegó desde Cádiz, solo 30.000 quedan disponibles para las operaciones en España, después de pagar los atrasos de la tropa y sin haber podido saldar las deudas pendientes en Portugal. Wellesley a Huskisson, 28 junio 1809. WELLESLEY *Despatches*, vol. iv, p.473
- ⁹ Wellesley to Murray, 30 junio 1809. Ibidem. p.475
- ¹⁰ Ibidem
- ¹¹ Wellesley a Murray, 3 julio 1809. Ibidem, p.490.
- El peso del dinero en monedas de oro y plata era un problema logístico bastante formidable en la época. El transporte de 60.000 libras en dólares de plata españoles requería de unos 30 carros, según el propio Wellesley. Wellesley a Murray, 8 julio 1809, Ibidem, pp. 495-496
 ¹³ Ibidém.
- ¹⁴ La razón por la que estuve esperando tanto tiempo en Abrantes ha quedado anulada, y la promesa que tuve que hacer a las autoridades españolas en la frontera "que dinero en metálico será pagado por las mercancías entregadas a las tropas británicas", será violada. Ibidem.
- ¹⁵ Wellesley a Frere, 9 junio 1809. Ibidem. p.405
- ¹⁶ Wellesley a la Junta de Badajoz, 17 junio 1809. Ibidem. p. 429
- ¹⁷ Víctor a José, 25 junio 1809. WELLESLEY, Supplementary Dispatches, vol. II, p. 298
- ¹⁸ Wellesley a Mackenzie, 29 junio 1809. WELLESLEY, Despatches, vol. iv, p.474
- ¹⁹ Wellesley a Mackenzie, 28 junio 1809, Ibidem, p.471
- ²⁰ Wellesley a Craufurd, 1 julio 1809. Ibidem, pp. 479-480
- ²¹ Wellesley a Garay, 3 julio 1809. Ibidem, p.489
- ²² CUESTA, pp. 52-53
- ²³ Wellesley a Castlereagh, 1 julio 1809, WELLESLEY, *Despatches*, vol. iv, p. 485-486

²⁴ OMAN, vol. II, p. 402

²⁵ Wellesley to Villiers, 6 de junio 1809. WELLESLEY, *Despatches*, vol. iv, p.493

²⁶ Wellesley to Roche, 8 julio 1809, Ibidem, p. 499

- ²⁷ Welleslev a Frere, 8 de julio, Ibidem, p. 498
- ²⁸ Eso dice al menos Londonderry, aunque enseguida añade una información errónea: que se sospechaba que Soult y Ney se encontraban por entonces en Zamora. Wellesley a principios de julio estaba convencido de que Ney seguía en Galicia, y las cartas capturadas a Franceschi le confirmaron en esa suposición errónea. Aunque testigo de los hechos, Londonderry escribió su libro años después de que los estos hubiesen sucedido. LONDONDERRY, vol. I, pp. 374-375

²⁹ Wellesley a C. Flint, 17 de julio. WELLESLEY, *Despatches*, vol. iv, p.516

³⁰ Wellesley a Villiers, 8 de julio, Ibidem, p. 499-500

³¹Joseph a Napoleón, 9 julio 1809, BONAPARTE, Joseph, p.271

³² Wellesley to Berkeley, 6 julio 1809, WELLESLEY, *Despatches*, vol. iv, p.495

³³ Wellesley a Roche, 8 julio 1809, Ibidem, p. 499

³⁴ Wellesley a Roche, 4 julio 1809, Ibidem, p. 491

³⁵ OMAN, vol. II, p. 475

³⁶ Wellesley a Roche, 8 julio 1809, Ibidem, p. 499

³⁷ SAÑUDO-STAMPA, p.158

- ³⁸ Castlereagh a Wellesley, 11 junio 1809. CASTLEREAGH, p.82-84
- ³⁹ Wellesley a Castlereagh, 30 junio 1809, WELLESLEY, vol. iv. p. 477
- ⁴⁰ Jose a Napoleón, 23 julio 1809, BONAPARTE, Joseph, p. 280

⁴¹ TORENO, vol. II, p. 29

- ⁴² SAÑUDO-STAMPA, pp. 135-136
- ⁴³ Wellesley a Castlereagh, 15 julio 1809, WELLESLEY, *Despatches*, vol. iv, pp. 512-513
- 44. .Castlereagh a Wellesley, 11 junio 1809, CASTLEREAGH, p.84

⁴⁵ LONDONDERRY, vol. I, pp.382-383

- ⁴⁶ De hecho, en la despedida el día 12, Londonderry narra como Cuesta se mostraba alegre y hasta afectuoso, abrazando a los británicos "según la costumbre de su país" LONDONDERRY, vol. I, p.383
- ⁴⁷ Al menos eso comentaría el va Duque de Wellington a Lord Stanhope muchos años más tarde. Decía que la primera vez que entró en España tuvo que asistir a una arenga del cabildo de Plasencia y, para su sorpresa, pues tenía entonces pocos conocimientos de español, pudo entender cada palabra, STANHOPE, pp.290-291
- ⁴⁸ No tuve conversación con él ya que él decline hablar francés y yo no puedo hablar español. Wellesley a Frere, 13 julio 1809. WELLESLEY, Despatches vol. iv, p.506
- ⁴⁹ Incluso Napier reconoce que afortunadamente la propuesta de Wellesley no se aceptó, pues probablemente hubiera supuesto la destrucción de esa fuerza. NAPIER, vol. II, p. 362 ⁵⁰ Arteche considera también que dicho plan hubiera llevado a un desastre casi seguro. ARTECHE,
- vol. vi, pp. 254-255
- ⁵¹ La explicación de la maniobra para debilitar a Cuesta y reforzar la figura de Alburquerque queda muy clara en las dos cartas que Wellesley escribió a Frere el 13 de julio, después de la entrevista en Miravete. Curiosamente el general envió dos cartas porque una era para ser mostrada a la Junta "para permitirle alcanzar ventajas políticas escribo la carta adjunta". La otra era más confidencial mostrando a las claras el intento de Frere y el desacuerdo, o más bien el desinterés de Wellesley, WELLESLEY, Despatches, vol. iv, pp. 505-507
- ⁵² Wellesley to Frere, 13 julio 1809 Ibid, p. 506
- ⁵³ Oman identifica esos batallones como el de Mérida, y el 3º de Sevilla, entre ambos contaban con 1980 efectivos. La caballería enviada era un escuadrón. OMAN vol. II, p. 476

⁵⁴ CUESTA, pp. 58-59

```
<sup>55</sup> Pero es necesario reunirse y no marchar en pequeñas porciones, este es un principio general para
todos los países, pero sobretodo para un país donde no se pueden establecer comunicaciones.
Napoleón a Clarke, 12 junio 1809, BONAPARTE, Napoleon, vol. xix, p.100
<sup>56</sup> Wellesley a Frere, 13 julio 1809, WELLESLEY, Despatches, vol. iv, pp. 506-507
<sup>57</sup> Ibidem
<sup>58</sup> Ibidem
<sup>59</sup> Wellesley a Castlereagh, 15 julio 1809, Ibidem, pp. 512-513
<sup>60</sup> Concretamente los regimientos 48 y 61, que habían emprendido la marcha desde Lisboa y no desde
Abrantes, y que llegarían a Plasencia el 16 de julio. Ibidem
<sup>61</sup>. Orden general 20 julio, WELLESLEY, Sup. Despatches, vol.. II, p.319
62 Wellesley a la Junta de Plasencia, 18 de julio 1809, WELLESLEY, Despatches, vol. iv, pp.519-520
<sup>63</sup> Wellesley to Frere, 16 de julio 1809, Ibidem. pp.515-516
<sup>64</sup> TORENO, vol. II, p.23
<sup>65</sup> SAÑUDO-STAMPA, pp. 158-159
66. Wellesley a O'Donojú, 16 de julio 1809, WELLESLEY, Despatches, vol. iv. pp. 514-515.
<sup>67</sup> Ibidem
<sup>68</sup> CUESTA, p. 55
<sup>69</sup> José a Napoleón, 2 de julio 1809, BONAPARTE, Joseph, pp.268-269
<sup>71</sup> Ministro de la Guerra a Jourdan, 17 julio 1809, Ibidem, p.271
<sup>72</sup>. José a Napoleón, 3 de julio 1809, Ibidem, pp. 269-270
<sup>73</sup> Ibidem
<sup>74</sup> Soult a José 13 julio 1809, Ibidem, p.217
<sup>75</sup> José a Napoleón, 9 julio 1809. Ibidem, p. 270
<sup>76</sup> Soult a José, 13 julio 1809. Ibidem, pp. 217-219
<sup>77</sup> José a Napoleon, 18 julio 1809. Ibidem, p. 275
<sup>78</sup> Jourdan a Soult, 17 julio 1809, Ibidem, pp. 221-226
<sup>79</sup> Ibidem, p.231
<sup>80</sup> Ibidem, p. 230
81 Jourdan a Soult, 22 julio 1809. Ibidem, pp. 278-280
82VENEGAS, p. 6
<sup>83</sup> CUESTA, p. 59
<sup>84</sup> Wellesley a Castlereagh, 24 julio 1809, WELLESLEY, Despatches, vol. iv,p.527
<sup>85</sup> VENEGAS, documentos, p. 4
<sup>86</sup> Wellesley a O'Donojú, 13 julio 1809. WELLESLEY, Despatches, vol. iv, p.503
<sup>87</sup> VENEGAS, p. 5
<sup>88</sup> Ibidem, p. 7
89 Cornel a Venegas, 17 julio 1809. Ibidem, Apéndices, p.8
90 Ibidem, p.7
```

- ⁹¹ Los refuerzos de Mora consistían en unos 4.000 efectivos llegados de Toledo según varios testimonios de guerrillas de la zona. Venegas alegará que recibió informaciones acerca de que el número de efectivos de Sebastiani era de 22.000, aunque los documentos que aporta son del día 25 de julio. Ibidem, pp.9-10
- ⁹² Ibidem, p.11
- ⁹³ Wellesley to Castlereagh, WELLESLEY, *Despatches*, vol. iv, p.527
- ⁹⁴ Ibidem
- ⁹⁵ Orden general de 21 de julio de 1809, WELLESLEY, *Supplementary Dispatches*, vol. II, p.319
- ⁹⁶ CUESTA, p.56
- ⁹⁷ Orden general de 15 de julio de 1809, WELLESLEY, *Supplementary Dispatches*, pp.314-316
- 98 Orden general de 9 de agosto de 1809, Ibidem, p.327

- 99 Orden general del 27 de agosto de 1809, WELLESLEY, General Orders, p.256
- 100 José a Napoleón, 29 de julio 1809, BONAPARTE, Joseph, p.282-283
- ¹⁰¹ Cuesta a Cornel, 22 julio 1809, CUESTA, p. 104
- ¹⁰² LONDONDERRY, vol. I, p. 388
- ¹⁰³ OMAN, vol. II, p. 487
- 104 José a Napoleón, 23 julio 1809. BONAPARTE, Joseph, p.280
- 105 Jourdan a Soult, 22 de julio, Ibidem, p.278-280
- Wellesley a O'Donojú, 19 julio 1809, WELLESLEY, Despatches, vol. iv, p.520
- ¹⁰⁷ OMAN, vol. II, p. 489
- ¹⁰⁸ NAPIER, vol. II, p. 368
- 109 Ibidem,
- ¹¹⁰ TORENO, vol. II, p.23
- ¹¹¹ CUESTA, p.57
- Wellesley a Castlereagh, 24 julio 1809, WELLESLEY, *Despatches*, vol. iv, p.527
- ¹¹³ LONDONDERRY, vol. I, p. 390
- Napier afirma que las tropas se levantaron para iniciar la marcha a las tres de la mañana (NAPIER, vol. II, p.368) Peter Hawker, un oficial presente en la batalla, dice que las tropas tenían ordenado iniciar la marcha a las cinco, pero llegó una contraorden (HAWKER, p. 90)
- Su falta de comunicación con sus oficiales sobre el plan establecido conmigo para el 22, y su ausencia del terreno fueron la causa de que causáramos no más que pequeñas molestias a los franceses ese día. Wellesley a Frere, 24 julio 1809, WELLESLEY, Despatches, vol. iv, p. 526
- ¹¹⁶ LONDONDERRY, vol. I, p.389
- ¹¹⁷ Wellesley a Cuesta, 23 julio 1809. WELLESLEY, *Despatches*, vol. iv, p.522
- ¹¹⁸ Parece que esto era cierto, pues en el despacho antes mencionado de Cuesta a Cornel, el primero hace referencia a que el puente de barcas sobre el Tajo en Almaraz ha quedado inutilizado por una crecida. Cuesta a Cornel, 23 julio 1809, CUESTA, p. 105
- ¹¹⁹ Ibidem.
- ¹²⁰ Lo considero afortunado, ya que hemos desalojado al enemigo sin una batalla en la cual las oportunidades no estaban muy a nuestro favor. Wellesley a Frere, 24 julio 1809. WELLESLEY, Despatches, vol. iv, p.526
- Napier señala que el puente sobre el Alberche estaba batido por 14 piezas de artillería (NAPIER, p.368). La necesidad de neutralizarlas había llevado a Wellesley a recomendar el emplazamiento de piezas españolas en la margen sur del Tajo para batir las enemigas de flanco. (Wellesley a Cuesta, 23 julio 1809, WELLESLEY, *Despatches*, vol. iv, p.522). Según Londonderry, el emplazamiento de estas piezas fue finalmente realizado por los británicos (LONDONDERRY, vol. I, p.390)
- ¹²². Wellesley to Frere, 24 julio 1809, WELLESLEY, *Despatches*, vol. iv, p.524
- ¹²³ Napier se muestra como siempre especialmente crítico (NAPIER, vol. II, p.373)
- Oman apunta esta posibilidad (OMAN, vol. II, pp. 492-493). Toreno también la recoge (TORENO, pp. 23-24). Wellesley se limitó a señalar el "ansioso deseo de entrar en Madrid cuanto antes" de Cuesta (Wellesley to Frere, 24 julio 1809, WELLESLEY, *Despatches*, vol. iv, p.526)
- ¹²⁵ El mismo día 24 Wellesley anunciaba al general Sherbrooke el envío de 5000 raciones de pan para su división, la de Mackenzie y la Brigada Anson, unos 12.000 efectivos en total. Así pues las tropas estaban a menos de media ración de pan. Wellesley to Sherbrooke, 24 julio 1809. WELLESLEY, *Despatches*, vol. iv, p. 523
- Wellesley a Castlereagh, 24 julio 1809. Ibidem, p.527
- Wellesley a Frere, 24 de julio de 1809, Ibidem, pp. 524-525
- ¹²⁸ Wellesley a Frere, 24 julio, Ibidem, p.526
- ¹²⁹ Ibidem
- 130 Ibidem
- ¹³¹ Wellesley a Frere, 13 julio 1809, Ibidem, p.506

```
<sup>132</sup> Wellesley a Frere, 24 julio 1809, Ibidem, p.525
```

¹³³ Wellesley a Sherbrooke 24 julio 1809, Ibidem, p. 523

¹³⁴ Wellesley a O'Donojú, 25 julio 1809, Ibidem, p. 529

¹³⁵. Ibidem

¹³⁶ Wellesley a Sherbrooke, 24 julio 1809. Ibidem, p. 523

Wellesley a Frere, 24 julio 1809, Ibidem, p.525

¹³⁸ Wellesley a Castlereagh, 24 julio 1809, Ibidem, p.527

¹³⁹ CUESTA, p. 59

¹⁴⁰ Ibidem

¹⁴¹ ARTECHE, vol. vi, p. 283

¹⁴² CUESTA, p. 60

^{143.} Wellesley a O'Donojú, 25 julio 1809, WELLESLEY, Despatches, vol. iv, p.530

¹⁴⁴ CUESTA, p. 60

¹⁴⁵ Ibidem

¹⁴⁶ BONAPARTE, Joseph, p.233

¹⁴⁷ THIERS, p. 141

¹⁴⁸ Ibidem

¹⁴⁹ CUESTA, p.61

¹⁵⁰ La hipótesis de los muros de piedra procede del conde de Munster, presente en la campaña, que narra como un oficial británico logró escapar de la encerrona saltando los muros de piedra con su caballo inglés. Citado en OMAN, p.500. El propio Zayas habla de un "terreno que por su estrechez y vallados que lo limitaban imposibilitaba desplegar en batalla". Citado en ARTECHE, vol. vi, pp. 285-286

¹⁵¹ CUESTA, P. 61

En cualquier caso Napier afirma que Cuesta perdió 4000 efectivos en aquella batalla, algo que parece poco probable pues hubiera supuesto el práctico aniquilamiento de la vanguardia de Zayas, que sumaba precisamente unos 6000 hombres entre infantes y jinetes según el propio Napier.. NAPIER, vol. II, p. 381 La cifra de unos cientos de bajas que proporciona Arteche parece más razonable ARTECHE, vol. vi, p. 286

¹⁵³ OMAN, vol. II, pp. 501-502

Como ya se ha citado anteriormente, Wellesley había enviado los mil jinetes de la brigada de Anson a la zona de Cazalegas

¹⁵⁵ THIERS, p. 143

¹⁵⁶ NAPIER, vol. II, p. 382. Arteche también ve posible que Cuesta no cruzase el río por orgullo "por no repasar en desorden aquel río á la vista y en presencia de unos aliados tan egoístas como soberbios". ARTECHE, vol. vi, p. 287

¹⁵⁷ Wellesley a O´Donojú, 25 julio 1809. WELLESLEY, *Despatches*, vol. iv, p. 530

Wellesley a Sherbrooke, 27 julio 1809. Ibidem pp. 531-532

¹⁵⁹ VENEGAS, p.14

¹⁶⁰ Y se ha citado que los aliados cifraban el cuerpo de Sebastiani en unos 10-12.000 efectivos, cuando en realidad tenía más de 17.000. Ibidem.

¹⁶¹ Ibidem p. 15

¹⁶² Cuesta a Venegas 25 julio 1809, Ibidem Apéndices, p. 11

¹⁶³ Esa era la cifra que daba Jourdan a Soult en un despacho del día 30 que fue interceptado por las guerrillas. CUESTA, p. 107

¹⁶⁴ Ibidem

¹⁶⁵ OMAN, vol. II, p.499

¹⁶⁶ José a Napoleón, 23 julio 1809. BONAPARTE, Joseph, pp. 280-281

¹⁶⁸ VENEGAS, p.17

¹⁷⁰ NAPIER, vol. II, p. 382

¹⁷¹ OMAN, vol. II, p.508

- La descripción del campo de batalla y el despliegue de fuerzas está basada en la hecha por Oman, (OMAN, vol. II, pp. 508-510) y Gómez de Arteche (ARTECHE, vol. vi, pp. 290-292). Ambos visitaron el terreno hace más de 100 años. Pero muchos detalles han sido tomados de la página web http://www.eborense.es/ realizada por José Manuel Rodríguez Gómez que realiza un exhaustivo estudio de la batalla, aportando numerosas fotografías del campo de batalla en la actualidad
- ¹⁷³ Parte de Cuesta a Cornel del 7 de agosto de 1809. Reproducido en CANGA ARGÜELLES, vol. II, pp. 255-256

ARTECHE, vol. vi, p. 295

¹⁷⁵ OMAN, vol. II, p.504

¹⁷⁶ OMAN, vol. II, pp. 504-505

- Thiers afirma que el movimiento de las tropas francesas se inició a las 2 de la mañana ese día. THIERS, p. 142
- El mariscal buscó empeñarse inmediatamente sin ni siquiera recibir las órdenes del rey. BONAPARTE, Joseph, p. 235
- Londonderry afirma que el ataque se desarrolló bajo el fuego de apoyo de la artillería, aunque no parece probable, por el enorme riesgo de batir a las tropas propias en la semioscuridad. (LONDONDERRY, vol. II, p. 6) OMAN sin embargo, afirma que las piezas fueron retiradas antes del ataque. OMAN, p. 515

¹⁸⁰ OMAN, p. 516

- Algunos historiadores, entre ellos Arteche, Sañudo y Stampa, sostienen que no se trató solo de una acción de reconocimiento de la caballería, sino de un ataque limitado que implicó a parte del I cuerpo. ARTECHE, vol. vi, p. 302
- Arteche identifica tres regimientos: Voluntarios de Trujillo, Leales de Fernando VII y Badajoz, todos de la 3º división. ARTECHE, vol. vi, p. 302

¹⁸³ BONAPARTE, Joseph, p.235

La información sobre británicos también huyendo aparece en diversas fuentes, pero quizás la mejor prueba de su verosimilitud es que incluso Napier lo recoge. NAPIER, vol. II, pp.387-388

¹⁸⁵. Wellesley al marqués Wellesley, 24 agosto 1809. WELLESLEY, *Despatches*, vol. V, p.80

186 Prácticamente todos los historiadores coinciden sobre la hora de inicio del ataque, las 9 de la noche, aunque algunos como Sañudo y Stampa creen que pudo producirse más bien entre las 10 y las 11. SAÑUDO-STAMPA, p.255

¹⁸⁷ THIERS, p. 149

- OMAN cifra sus bajas en 188 hombres, 87 de ellos hechos prisioneros. OMAN, vol. II, p.519
- 189 Oman, que cita las declaraciones del propio Hill, narra como un fusilero francés llegó a sujetar al general por un brazo, conminándole a rendirse, pero Hill consiguió zafarse, y aunque su caballo fue herido, y su ayudante muerto, logró regresar a sus líneas. Ibidem, p. 517

¹⁹⁰ Ibidem, p.518

¹⁹¹ THIERS, p.149

192 José, en sus memorias, señala un momento sobre las dos de la mañana en el que se produjo una falsa alarma en las líneas enemigas, extendiéndose el fuego de fusilería por el frente. (BONAPARTE, José, p. 236). Napier habla también de una falsa alarma en las líneas españolas sobre las doce, que provocó un tiroteo que se prolongó veinte minutos. También señala frecuentes incidentes en las líneas

¹⁶⁷ Ibidem, p.261. Curiosamente José había solicitado a Napoleón la destitución de Belliard unos días antes acusándolo de liberar insurgentes, encarcelar magistrados fieles al rey y permitir el establecimiento de casinos ilegales. José a Napoleón, 18 julio 1809, Ibidem, p.276

¹⁶⁹ Venegas envió a la división Laci, con el refuerzo de un par de piezas de asedio de 12 libras a atacar Toledo. Allí había cuatro batallones polacos, 3000 efectivos en total, con algunas piezas de artillería.

aliadas, con descargas de fusilería que produjeron bajas en las propias filas, probablemente en los puestos avanzados. (NAPIER, vol. II, p.390)

- ¹⁹³ 50 hombres fueron fusilados según Napier y Toreno (NAPIER, p. 408, TORENO, vol. II, p. 28) aunque Southey rebaja la cifra a 6 oficiales y unos 30 soldados (SOUTHEY, p.30). Oman habla de 25 o 30 ejecutados basándose en el Rough Notes of Seven Campaigns de John Spencer Cooper, uno de los participantes en la batalla (OMAN,vol. II, p. 515) 194 OMAN, *Wellington's Army*, pp. 243-244
- 195. BONAPARTE, Joseph, p.236
- ¹⁹⁶ OMAN, vol. II. pp. 524-525
- 197 Ibidem
- ¹⁹⁸ Es en este momento cuando se produce la anécdota, relatada por Napier y recogida por Oman y también Arteche, de la confraternización entre soldados británicos y franceses que bajan a llenar las cantimploras al arroyo Portiña. Napier cuenta que hubo también algún tipo de tregua para recoger e intercambiar heridos (NAPIER, 307). Sañudo y Stampa piensan que esto puede ser una invención, pues hay poca constancia de ello en los relatos de los participantes. ¹⁹⁹ BONAPARTE, Joseph, pp. 237-238
- ²⁰⁰ Ibidem
- ²⁰¹ Ibidem, p.239
- ²⁰². Ibidem
- ²⁰³ Se trataba solamente de la division Lacy y los dos cañones de 12 libras como se citó anteriormente
- ²⁰⁵ OMAN, vol. II, p. 532
- ²⁰⁶ Wellesley a Castlereagh, 25 de agosto, WELLESLEY, *Despatches*, vol. V, p.85
- ²⁰⁷ El despliegue de Alburquerque no estuvo exento de polémica. De hecho, el Duque afirmó que desplegó a propia iniciativa con los británicos dada la nefasta posición asignada a su caballería por Cuesta, aunque reconoce que éste posteriormente aprobó su decisión. CUESTA, pp. 81-82
- Wellesley recoge en uno de sus despachos dos piezas de 8 libras (Wellesley a Frere, 29 julio 1809, WELLESLEY, Despatches, vol. iv, p.542) y Napier también menciona dos piezas (NAPIER, vol. II, p.393). Toreno habla de una batería de grueso calibre, al mando del capitán Uclés, que fue emplazada en el Pajar de Vergara, y de otras dos situadas en el Cerro de Medellín (TORENO, vol. II, pp. 27-28). Londonderry en cambio afirma que parte de la artillería española desplegó en el flanco izquierdo inglés (LONDONDERRY, vol. II, p. 14). Oman afirma que fue en realidad una batería de seis piezas de a doce la unidad cedida por Cuesta. De ellas cuatro se situaron en el Pajar de Vergara, y dos se llevaron hasta el Cerro de Medellín para tirar de flanco sobre el valle contiguo (OMAN, vol. II, p.532). Ello explicaría que Wellesley solo mencionase dos piezas (las que vio al estar su puesto de mando en el cerro) y también las diferencias entre Toreno y Londonderry
- ²⁰⁹ Según el orden de batalla que presenta Oman. OMAN, vol. II, p.530
- ²¹⁰ Ibidem
- ²¹¹ BONAPARTE, Joseph, p. 240
- Al menos eso afirman José y Jourdan, que afirman que las tropas alemanas no fueron rechazadas, sino que se replegaron por orden del rey, que temía que unas bajas excesivas dejasen al descubierto su flanco sur. BONAPARTE, Joseph, pp. 240-241
- ²¹³ ... dio sobre ellos asombrosa carga el regimiento español de caballería del Rev guiado por su coronel Don Jose María de Lastres, á quien herido sustituyó en el acto con no menor brio su teniente Don Rafael Valparda. Todo lo atropellaron nuestros ginetes, dando lugar á que se cogieran diez cañones, de los que cuatro trajo al campo español el mencionado Piñeiro. TORENO, vol. II, p.27
- ²¹⁴ Wellesley informaría más tarde que se habían capturado 20 piezas (Wellesley a Castlereagh, 29 julio 1809, (WELLESLEY, Despatches, vol. iv, p. 536) probablemente porque, como sostiene Oman (OMAN, vol. II, p. 536) se equivocó con el número de piezas capturadas por los españoles, que eran cuatro y no siete. En las fuentes españolas se hace referencia a diecisiete piezas capturadas entre

británicos y españoles (TORENO, vol. II, p.28), y en su parte del 7 de agosto a Cornel, Cuesta las rebaja incluso a dieciséis (Reproducido en CANGA ARGÜELLES, vol. II, pp. 255-256)

- ²¹⁵ Estas es, a grandes rasgos, la visión británica presentada por Oman (OMAN vol. II, pp. 539-543). Pero la versión de José Bonaparte es diferente, pues achaca el fallo del ataque a la prematura muerte de Lapisse (Oman sin embargo afirma que Lapissse murió en uno de los últimos asaltos) el escaso apoyo del resto de las divisiones de Víctor, y al repliegue de su división, que abrió una brecha en el flanco de la división francesa de Sebastiani, obligando a ésta a rechazar los ataques británicos. Hay que ser un tanto precavido conociendo la tendencia de José a alabar las acciones de Sebastiani y criticar las de Víctor (BONAPARTE, Joseph, p.242)
- ²¹⁶ Cuesta da un cierto carácter independiente a la acción de Bassecourt. y probablemente lo tuvo, pues al estar desplegado al otro lado del valle, quedó separado de la acción principal. De hecho la misión del 9º ligero debió ser fijar la división española, y evitar que pudiese atacar el flanco francés. Cuesta a Cornel, 7 de agosto. Reproducido en CANGA ARGÜELLES, vol. II, pp. 255-256
- ²¹⁷ THIERS, pp. 156-157
- ²¹⁸ Fortescue considera inconcebible que Wellesley lanzase la caballería sobre infantería formada en cuadro, y atribuye el error a las propias unidades de caballería, que se adelantaron a sus órdenes (FORTESCUE, p. 254). Sañudo y Stampa atribuyen a Wellesley la responsabilidad de ordenar una carga cuando la caballería estaba todavía demasiado lejos de sus objetivos (SAÑUDO-STAMPA, p.297) ²¹⁹ OMAN, vol. II p. 547, NAPIER, vol. II, p.399
- ²²⁰ SAÑUDO-STAMPA, p.295-296
- ²²¹ Oman se basa en las declaraciones de los oficiales de la King's German Legion en la historia oficial de la unidad (History of the King's German Legion) que afirman que llegaron al choque con los cuadros franceses. (OMAN, vol. II, p.549) Napier sin embargo se basa en las declaraciones del coronel Ponsoby que afirmaba que los alemanes no pudieron superar la zanja. La carta de Ponsoby a Napier se reproduce traducida en SAÑUDO-STAMPA, pp. 294-295
- . BONAPARTE, Joseph, p. 242
- La carga había implicado a la Brigada Anson, y a la brigada pesada de Fane, a la que Wellesley pudo dar contraorden de suspender el avance. Quedaban pues intactas la brigada pesada de Fane y la ligera de Cotton, unos 2000 jinetes en total. OMAN, vol. II, p.645
- BONAPARTE, Joseph, p.243
- ²²⁵ El parte oficial de bajas hablaba de 7268 bajas entre muertos, heridos y desaparecidos. Pero este total, que fue contabilizado el día 10 de agosto, no incluía los franceses heridos y capturados, que fueron recuperados el día 6 en Talavera. Así pues, la cifra de bajas inmediata a la finalización de la batalla debió estar cercana a los 8.000. OMAN, vol. II, p.653
- ²²⁶ Lapisse murió de sus heridas unos días después. Jourdan comunica su muerte al ministro de la Guerra el día 2 de agosto. Jourdan al ministro de la Guerra, 2 de agosto, BONAPARTE, Joseph, p.
- ²²⁷ BONAPARTE, Joseph, p.244
- ²²⁸ THIERS, p.162
- ²²⁹ Ibidem
- ²³⁰ Napier afirma que en las manos de un gran general, los guardias y la reserva hubieran recuperado la batalla (NAPIER, vol. II. p.401). Para Thiers, José abandonó la batalla justo cuando la estaba ganando (THIERS, p. 161)
- ²³¹ Wellesley reconocería en su parte 857 muertos, 3913 heridos y 653 desaparecidos. Wellesley a Castlereagh, 29 de julio 1809, WELLESLEY, Despatches, vol. iv, p. 538

Capítulo V. El avance de Soutl y el final de la campaña

- ¹ BONAPARTE, Joseph, p.246
- ² Ibidem pp. 246-247
- ³ José a Napoleón, 29 de julio 1809 Ibidem, p. 282
- ⁴. Ibidem
- ⁵ Napoleón al Ministro de la Guerra. BONAPARTE, Napoleón, vol. xix, p. 315
- ⁶ Oman atribuye el incendio al duelo artillero final entre las baterías francesas del Cerro Cascajal y las británicas del Cerro de Medellín. OMAN, vol. II, p.553
- ⁷ Cuesta escribirá que los muertos enemigos son tantos que ha enviado a su fuerza por batallones para quemarlos (CUESTA, p.64)
- ⁸ NAPIER, vol. II, p.407
- ⁹. LONDONDERRY, vol. II, p.14
- ¹⁰ Cuesta a Cornel 7 agosto de 1809. Reproducido en CANGA ARGÜELLES, vol. II, p. 258
- ¹¹ Wellesley a Frere,29 julio 1809. WELLESLEY, Despatches, vol. iv, p.542
- ¹² CUESTA, p. 57
- ¹³ Wellesley a O'Donojú, 31 de julio 1809. WELLESLEY, *Despatches*, vol. iv, pp. 551
- ¹⁴ NAPIER, vol. II, p. 407
- ¹⁵ CUESTA, p. 63
- ¹⁶ Wellesley a Castlereagh, 1 de agosto 1809, WELLESLEY, Despatches, vol. iv. p. 554
- ¹⁷ HAWKER, p. 100
- ¹⁸ Ibidem, pp. 97-98
- ¹⁹ LONDONDERRY, vol. II, p.16
- ²⁰Todos los edificios públicos de esta infortunada ciudad han sido totalmente destruidos por los franceses; las tumbas de las iglesias abiertas, los altares volcados; y la mitad de las casas no han tenido mejor destino. MACKINNON, p. 34
- ²¹ Este es el número proporcionado por el coronel Mackinnon, que se hizo cargo de la administración de Talavera a partir del 1 de agosto. MACKINNON, p.36
- ²² Así le ocurrió al capitán Peter Hawker, hasta que un compañero le cedió su cama en una casa particular. HAWKER, p. 103
- ²³ El 1 de agosto Wellesley solicitaría a Cuesta, a través de O Donojú, el envío de 40 ó 50 cirujanos españoles desde Sevilla, que serían pagados con fondos británicos. Wellesley a O Donojú, 1 de agosto 1809. WELLESLEY, *Despatches*, vol. iv, p.552
- ²⁴ MACKINNON, p. 36
- ²⁵ .Wellesley a O´Donojú, 1 de agosto 1809. WELLESLEY, *Despatches*, vol. iv, p.552
- ²⁶ OMAN, vol. II, p.561
- ²⁷. Wellesley a Beresford, 29 de julio de 1809. WELLESLEY, *Despatches*, vol. iv, p. 543
- ²⁸. Ibidem
- ²⁹. Ibidem
- ³⁰ Ibidem
- ³¹Ibidem
- ³² NAPIER, vol. II, p. 408
- ³³ Wellesley a O Donojú, 31 julio 1809. WELLESLEY, *Despatches*, vol. iv, p. 546
- ³⁴ La distancia entre ambos puntos es de entre 120 y 140 kilómetros según los itinerarios.
- ³⁵ CUESTA, p. 65
- ³⁶ Wellesley a O'Donojú, 31 julio 1809. WELLESLEY, Despatches, vol. iv, p.546
- ³⁷ Ibidem
- ³⁸ BONAPARTE, Joseph, p.249
- 39 Soult a Joseph, 6 de agosto 1809, Ibidem p.297
- ⁴⁰ Cornel a Venegas, 27 julio 1809, VENEGAS, pp. 16-17

```
<sup>41</sup> Ibidem
<sup>42</sup> Ibidem p. 18
<sup>43</sup> Ibidem
<sup>44</sup> José a Napoleón, 2 de agosto de 1809. BONAPARTE, Joseph, p.287
<sup>45</sup> Cuesta a Venegas, 31 de julio de 1809 VENEGAS, Apendices, p. 21
<sup>46</sup> VENEGAS, p. 26
<sup>47</sup> Wellesley a Frere, 31 de julio 1809. WELLESLEY, Despatches, vol. iv, p.548
<sup>48</sup> Ibidem
<sup>49</sup> CUESTA, p. 66
<sup>50</sup> Wellesley a Castlereagh, 1 de agosto 1809, WELLESLEY, Despatches, vol. iv, pp. 553-554
<sup>51</sup> CUESTA, p. 66
<sup>52</sup> Wellesley to Castlereagh, 1 agosto 1809, WELLESLEY, Despatches, vol. iv, p.552
<sup>53</sup> Ibidem
<sup>54</sup> Wellesley to Frere, 3 de agosto 1809. Ibidem, pp. 559-560
<sup>55</sup> Ibidem
<sup>56</sup> WELLESLEY, Sup. Despatches, vol. II, p.324
<sup>57</sup> Wellesley a O'Donojú, 3 de agosto 1809, WELLESLEY, Despatches, vol. iv, p.555
<sup>59</sup> Jourdan al Ministro de la Guerra, 2 de agosto 1809, BONAPARTE, Joseph, pp. 286-289
60. Jourdan a Belliard 3 de agosto de 1809, Ibidem, pp. 289-290
<sup>61</sup> Ibidem
<sup>62</sup> Wellesley a O'Donojú, 3 de agosto 1809. WELLESLEY, Despatches, vol. iv, p. 556
<sup>63</sup> Ibidem
<sup>64</sup> Wellesley a Bassecourt, 3 de agosto. Ibidem. pp. 556-557
<sup>65</sup>. Wellesley a O'Donojú, 3 de agosto de 1809. Ibidem, p.555
<sup>66</sup>. Wellesley a Beresford, 3 de agosto de 1809. Ibidem. p. 558
<sup>67</sup> CUESTA, p. 67
<sup>68</sup> Jourdan a Soult, 30 de julio, traducción española reproducida en CUESTA, p. 110
<sup>69</sup> CUESTA, p. 69
<sup>70</sup> Wellesley a O'Donojú, 3 de agosto 1809. WELLESLEY, Despatches, vol. iv, p. 557
<sup>71</sup> Ibidem
<sup>72</sup> CUESTA, p. 69
<sup>73</sup> Wellesley a Frere, 4 de agosto de 1809. WELLESLEY, Despatches, vol. iv, pp. 561-562
<sup>74</sup> Mackinnon, p. 37
<sup>75</sup> Ibidem.
<sup>76</sup> LONDONDERRY, vol. II, p.19
<sup>77</sup> Mackinnon habla concretamente de cuarenta carros de bueyes, de los que solo once llegaron a
Deleitosa dado el mal estado de los caminos. MACKINNON, pp. 37-38
<sup>78</sup> Fue el caso del capitán Peter Hawker que marchó hasta el Puente del Arzobispo montado en su
propio caballo, y allí se le dio acomodo en los carros de evacuación. HAWKER, p.112-114
Entre ellas la rotura de los carros por los malos caminos, y sobre todo la falta de suministros.
Mackinnon reconoce que, en ocasiones, tuvo que emplear la fuerza para conseguir comida para los dos
mil hombres que transportaba con él, y se que a de la escasa cooperación de los habitantes españoles.
MACKINNON, pp. 37-39
```

- ⁸⁰ OMAN, vol. II, p. 581
- ⁸¹ Ibidem, p. 580
- 82 Ver nota nº 70
- ⁸³ OMAN, vol. II, pp. 579-580
- ⁸⁴ En el parte de Soult del día 13 de agosto, el mariscal narra como la violencia de los encuentros de la vanguardia francesa con las tropas españolas llevaron a Mortier a pensar que podía ser atacado, lo que

obligó al 2º cuerpo de Soult a acelerar la marcha para unirse a él. BONAPARTE, Joseph, p. 326. Oman también recoge estas escaramuzas, a las que atribuye el hecho de que Cuesta pudiera replegarse al sur del Tajo sin percances. OMAN,

- 85 Wellesley a Kellermann, 9 de agosto de 1809. WELLESLEY, vol. V, p. 16
- ⁸⁶ OMAN, vol. II, p. 575
- ⁸⁷ OMAN, vol. II, p. 582
- 88 Wellesley a Cuesta, 10 de agosto de 1809. WELLESLEY, vol. V, p. 21
- ⁸⁹ Wellesley a Castlereagh, 8 de agosto de 1809, Ibidem, pp. 4-8
- 90 Ibidem
- ⁹¹ El general británico dio rápidamente órdenes para que se abriese la ruta de abastecimientos Lisboa-Badajoz, realizando una petición de artículos al embajador británico en Lisboa, Villiers, el 8 de agosto. Wellesley a Villiers, 8 de agosto 1809, Ibidem, pp.9-10
- ⁹² ARTECHE, vol. vi, p. 351
- ⁹³ CUESTA, p. 70
- ⁹⁴ Mortier a Soult, 9 de agosto de 1809. BONAPARTE, Joseph, p.314. Arteche señala que los franceses pudieron adivinar la presencia de un vado en Azután debido a que los jinetes de Alburquerque abrevaban imprudentemente sus monturas en mitad del río. ARTECHE, vol. vi, p. 350
- ⁹⁵ ARTECHE, vol. vi, p. 350
- ⁹⁶ Ibidem, pp. 350- 351
- ⁹⁷ Mortier a Soult, 9 de agosto 1809. BONAPARTE, Joseph, p. 315
- ⁹⁸ CUESTA, p. 71
- ⁹⁹ Este es el número que proporciona Cuesta, (CUESTA, p. 71) aunque Wellesley menciona en algunos de sus despachos cinco piezas, número que le había sido proporcionado por el propio Duque de Alburquerque.
- 100 Soult afirmó haber capturado 30 piezas, (BONAPARTE, Joseph, p.331) lo que incluiría las 12 del puente, las 4 de Alburquerque y otras 14, supuestamente las piezas francesas capturadas que habían sido abandonadas por Cuesta por falta de transporte. No obstante, Wellesley afirma el día 12 que los españoles habían perdido de 10 a 20 piezas en Arzobispo (WELLESLEY, *Despatches*, vol. V, p.30) y también que, el día 10, la artillería española permanecía abandonada en el camino a Mesa de Ibor, sin que los franceses hubieran reparado en su presencia(Ibidem, p.85). Asimismo afirma que el día 11 de agosto toda la artillería de Cuesta se encontraba en Mesa de Ibor (Ibidem, p. 23). De hecho el 16 de agosto Wellesley pidió a Eguía ocho piezas pesadas para cubrir el Puente de Almaraz (Ibidem, pp. 47-48). Si el ejército de Extremadura hubiese perdido dieciséis de sus piezas en Arzobispo, solo le quedarían entonces catorce, y es muy poco probable que Wellesley hubiese pedido ocho de ellas. Es posible pues que las doce piezas que cubrían el puente, y que fueron capturadas por el enemigo, fueran en realidad piezas francesas.
- 101 Soult al ministro de la Guerra, 13 agosto 1809, BONAPARTE, Joseph, p. 331
- ¹⁰² Venegas a Cornel, 4 de agosto de 1809, VENEGAS, Apéndices, p.28
- ¹⁰³ TORENO, p. 34
- ¹⁰⁴ Venegas reconocía unas 200 bajas propias y 1300 enemigas, contando muertos y heridos, pero esta cifra es con seguridad exagerada. Venegas a Cornel, 14 de agosto de 1809. VENEGAS, Apéndices, p.33. Toreno cifra las bajas enemigas en unos 500, lo cual puede estar más cerca de la cifra real. TORENO, p. 34
- Venegas a Cornel, 22 de agosto de 1809, VENEGAS, Apéndices, p.34
- 106 Ibidem
- 107 Sebastiani a José, 13 de agosto 1809, BONAPARTE, Joseph, p. 334
- 108 Ibidem
- ¹⁰⁹ VENEGAS, Apéndices, p. 34
- 110 Sebastiani a José, 13 de agosto 1809, BONAPARTE, Joseph, p. 334

```
<sup>111</sup> La descripción del campo de batalla se ha realizado contrastando los partes de Venegas
(VENEGAS, Apéndices, p.35) y Sebastiani (BONAPARTE, Joseph, p. 336-337)
<sup>112</sup> Ibidem, p.337
<sup>113</sup> Ibidem,
<sup>114</sup> Venegas a Cornel, 22 de agosto de 1809, VENEGAS, apéndices, p.36
<sup>115</sup> Ibidem, p. 37
116 Sebastiani a José, 13 de agosto 1809, BONAPARTE, Joseph, p. 341
<sup>117</sup> Venegas a Cornel, 22 de agosto de 1809, VENEGAS, apéndices, p.37
118 Ibidem
<sup>119</sup> Ibidem
<sup>120</sup> Sebastiani a José, 13 de agosto 1809, BONAPARTE, Joseph, p. 340
<sup>121</sup> Parte de la 5<sup>a</sup> división, VENEGAS, Apéndices, p. 51
Venegas a Cornel, 22 de agosto de 1809, VENEGAS, Apéndices, p. 38
<sup>123</sup> TORENO, vol. II, p. 35
<sup>124</sup> ARTECHE, vol. vi, p.391
Venegas a Cornel, 22 de agosto de 1809, VENEGAS, Apéndices, p. 38
<sup>126</sup> TORENO, vol. II, p. 35
<sup>127</sup> THIERS, p.175
<sup>128</sup> ARTECHE, vol. vi, 392
Wellesley a Castlereagh, 21 de agosto, WELLESLEY, Despatches, vol. V, p. 66
Wellesley a Wilson, 5 de agosto de 1809, WELLESLEY, Supplementary Dispatches, vol. II, p.325
<sup>131</sup> Jourdan al Ministro de la Guerra, 6 de agosto de 1809, BONAPARTE, Joseph, p.298
Wellesley a Wilson, 5 de agosto de 1809, WELLESLEY, Supplementary Dispatches, vol. II, p.325
<sup>133</sup> OMAN, vol., II, p.619
<sup>134</sup> José a Napoleón, 9 de agosto, BONAPARTE, p.310
<sup>135</sup> OMAN, vol., II, p. 620
136 Wellesley a Castlereagh, 21 de agosto 1809, WELLESLEY, Despatches, vol. V, p.66
137 OMAN, Wellington's Army, p.152
138. Wellesley a Castlereagh, 8 de agosto de 1809. WELLESLEY, Despatches, vol. V, p. 8
139. Wellesley a Castlereagh, 8 de agosto de 1809. WELLESLEY, Despatches, vol. V, p. 8
<sup>140</sup> Wellesley a Cuesta, 23 de julio de 1809. WELLESLEY, Despatches, vol. iv, p.522
<sup>141</sup> CUESTA, p. 71
<sup>142</sup> Wellesley al Marqués Wellesley10 de agosto de 1809. WELLESLEY, Despatches, vol. V, p.22
<sup>143</sup>. Memorandum para el Coronel Waters, 16 de agosto de 1809. Ibidem, vol. V, p. 38
<sup>144</sup> OMAN, vol. II, p. 586
<sup>145</sup> Wellesley a Castlereagh, 21 de agosto de 1809. WELLESLEY, Despatches, vol. V, p.71
<sup>146</sup> OMAN, vol. II, p. 586
WELLESLEY, Supplementary dispatches, vol. II, p. 330
<sup>148</sup> Orden general de 9 de agosto, Ibidem, p. 327
<sup>149</sup> LONDONDERRY, vol. II, p. 31.
150 Wellesley al Marqués Wellesley, 8 de agosto de 1809. WELLESLEY, Despatches, vol. V, p. 10 Wellesley a Cuesta, 11 de agosto, Ibidem, pp. 24-25
<sup>152</sup> Ibidem
<sup>153</sup> Carta de Don Martín de Garay al embajador Apodaca, 3 de octubre de 1809,CANGA
ARGUELLES, Observaciones libro segundo Napier, p.467
```

¹⁵⁴ Calvo de Rozas había organizado el abastecimiento de los defensores con provisiones llegadas del

¹⁵⁵ De hecho, Wellesley pidió el 8 de agosto a Villiers, el embajador británico en Portugal, que le enviase algunos artículos a través de esa vía, WELLESLEY, *Despatches*, vol. V. pp. 9-10

exterior a través de los barrios situados al norte del Ebro. TORENO, vol. I, pp-219-237

- 156 El depósito de Abrantes era tan enorme que Wellesley ordenó al comisario general reducir su tamaño hasta 300.000 raciones de harina enviando el sobrante a Santarem oValada. Probablemente Wellesley temía que una penetración francesa pudiese capturar el depósito con abundantes provisiones. Pero no hizo ningún intento por transportar parte del sobrante a Cáceres o Badajoz. Memorandum para el Comisario General Murray, 12 de agosto, ibidem, p. 29
- 157 Carta de Don Martín de Garay al embajador Apodaca, 3 de octubre de 1809, CANGA ARGUELLES, Observaciones libro segundo Napier, p.469
- ¹⁵⁸ Así se lo comunicó Wellesley a Castlereagh en su despacho del 8 de agosto. WELLESLEY. Despatches, vol. V, p.9
- Londonderry afirma que recibieron las noticias de los desastres austriacos nada más llegar a Deleitosa (el día 7 de agosto) por una carta enviada desde Sevilla por el embajador Wellesley. LONDONDERRY. Vol II, pp. 23-24
- Marquess of Wellesley to Arthur Wellesley, 13 de agosto de 1809. WELLESLEY, Richard, pp. 40-
- ¹⁶¹ Arthur Wellesley a Richard Wellesley, 8 de agosto de 1809. WELLESLEY, *Despatches*, vol. V. $\begin{array}{l} p.10\text{-}14 \\ ^{162}\ \text{TORENO, vol. II, pp. 36-37} \end{array}$
- ¹⁶³ Arthur Wellesley a Richard Wellesley, 8 de agosto de 1809. WELLESLEY, *Despatches*, vol. V,
- p.13 ¹⁶⁴ Canning a Richard Wellesley, 27 junio 1809, WELLESLEY, Richard, p.25
- ¹⁶⁵ Ibidem, p. 34
- ¹⁶⁶ Garay al Marqués Wellesley, 12 de agosto 1809. Ibidem, pp. 34-36
- ¹⁶⁷. Richard Wellesley a Canning, 15 de agosto de 1809. WELLESLEY, Richard, pp. 51-52
- ¹⁶⁸ Ibidem, p. 57
- 169 Ibidem
- ¹⁷⁰ Esa es al menos la información que recibió Sir Arthur Wellesley, proporcionada por carta por el propio Cuesta. Wellesley al Marqués Wellesley, 14 de agosto de 1809, WELLESLEY, vol. V, p. 38 ¹⁷¹ CUESTA, p. 74
- Wellesley a Cuesta 11 de agosto 1809. WELLESLEY, Despatches, vol. V, p. 25
- ¹⁷³ Wellesley a Cuesta, 11 de agosto de 1809. Ibidem, p.26
- Wellesley afirmará repetidamente que el ejército español estuvo siempre perfectamente abastecido (Wellesley a Frere, 24 de julio, Ibidem, vol. iv, p.524, Wellesley a Don Luis de Calvo, 20 de agosto de 1809, Ibidem, vol. V, p.58) lo cual no parece que fuera cierto. En sus cartas se quejará además de que el ejército español monopolizaba los abastecimientos en la zona de despliegue, dejando para los británicos exclusivamente lo adquirido por Lozano de Torres o Calvo de Rozas (Wellesley a Cuesta, 11 de agosto de 1809, Ibidem, vol. V, p.25).
- Wellesley se refería específicamente a un convoy de 350 mulas que atravesó el despliegue británico el día 7 de agosto, y a otro de 500 mulas el día 10 del mismo mes, ambos destinados al ejercito
- español. Ibidem ¹⁷⁶ Oman reconoce este hecho, citando a Lord Munster, quien narra como los británicos capturaron un centenar de bueyes y otro centenar de mulas cargadas con pan destinado al ejército español. OMAN, vol. II, p.603
- Así parece, al menos, que era considerado por los británicos. Ibidem, p. 605
- Wellesley a Eguía, 14 de agosto de 1809. WELLESLEY, Despatches, vol. V, p. 39
- ¹⁷⁹ Wellesley a Eguía, 18 de agosto 1809. Ibidem, p.49
- ¹⁸⁰ Wellesley al Marqués Wellesley, 16 de agosto de 1809. Ibidem, p.48
- ¹⁸¹ Wellesley a Eguía, 19 de agosto de 1809, Ibidem, p. 53
- ¹⁸² Wellesley a Luis de Calvo, 20 de agosto de 1809. Ibidem, p.57
- Marques Wellesley a Richard Wellesley, 22 de agosto de 1809, WELLESLEY, Richard, p. 70

- ¹⁸⁴ Ambos planes acompañaban a una carta dirigida a Martín de Garay el 21 de agosto. Ibidem, pp.65-
- ¹⁸⁵. Marqués Wellesley a Arthur Wellesley, 22 de agosto, Ibidem, p. 72
- ¹⁸⁶ Wellesley al Marqués Wellesley, WELLESLEY, Despatches, vol. V, p. 81
- ¹⁸⁷ Ibidem
- ¹⁸⁸. Wellesley a Castlereagh, 25 de agosto de 1809, Ibidem, pp. 84-85
- ¹⁸⁹ Ibidem, p. 85
- ¹⁹⁰ Ibidem
- ¹⁹¹ Ibidem
- ¹⁹². Ibidem, p.90
- ¹⁹³ Ibidem
- ¹⁹⁴ Como apunta Thiers, la misión de Ney en Castilla fue bien recibida por este mariscal, siempre ansioso por librarse de las órdenes de Soult. THIERS, p.172. Incluso es probable que parte de las razones para esta misión fuesen las presiones del propio Ney ante el rey José.
- ¹⁹⁵ Memorandum plan de operaciones para la defensa de Portugal, 12 de agosto de 1809.

WELLESLEY, Despatches, vol. V, p. 27

- ¹⁹⁶ Napoleón al Ministro de la Guerra, 27 de julio de 1809. BONAPARTE, Napoleón, vol. xix, p. 288
- 197 Soult a Jourdan, 18 de agosto de 1809. BONAPARTE, Joseph, p.347
- 198 Ibidem
- ¹⁹⁹. Soult al ministro de la guerra, 23 de agosto de 1809, BONAPARTE, Joseph, p.365
- ²⁰⁰ Ney a José, 24 de agosto de 1809. Ibidem, p.374
- ²⁰¹ Jourdan al ministro de la guerra, 23 de agosto de 1809, Ibidem, p.368
- ²⁰² Ney a José, 18 de agosto de 1809. Ibidem, p. 372
- ²⁰³ BONAPARTE, Napoleón, vol. xix, pp.378-380
- ²⁰⁴. Ibidem, p.379
- Napoleón al ministro de la guerra, 25 de agosto de 1809, Ibidem, pp. 395-396
- ²⁰⁶ Napoleón a Clarke (ministro de la guerra), 29 de agosto de 1809, BONAPARTE, Joseph, p.385
- ²⁰⁷ BONAPARTE, Napoleón, vol. xix, p.419
- ²⁰⁸ José a Víctor, 27 de agosto de 1809, BONAPARTE, José, pp. 382-385
- ²⁰⁹. Jourdan al ministro de la guerra, 29 de agosto de 1809, BONAPARTE, Joseph, p. 387
- FORTESCUE, A History of the British Arny, vol. VII, pp. 90-95
- ²¹¹ Canning al Marqués Wellesley, 12 de agosto de 1809.WELLESLEY, Sup. Despatches, vol. II, p.351-353
- p.351-353

 ²¹² En el debate parlamentario sobre una moción de agradecimiento a Wellesley por la victoria de Talavera, uno de los parlamentarios de la oposición dijo: *Teniendo la batalla de Talavera el carácter de una victoria, no ha tenido éxito ni en alcanzar el objetivo general de la campaña, ni siquiera su objetivo inmediato, es decir, dispersar el ejército enemigo*. Debate del 21 de enero de 1810. HANSARD, p. 141

Epílogo y conclusiones

- ¹ Entre octubre y diciembre de 1809 murieron 3148 miembros del ejército de Wellesley. No todos fueron víctimas de las fiebres, y muchos de ellos eran heridos graves evacuados tras la campaña, que terminaron por sucumbir a sus heridas. BAMFORD.
- ² 51.869 hombres, de ellos 5766 jinetes, con 55 piezas de artillería según Toreno. TORENO, vol. II, p. 80
- ³ Ihidem n 85
- ¹ Wellesley a Castlereagh, 17 de junio 1809. WELLESLEY, Despatches, vol. iv, p.432
- ² Ibidem

³ Hay una gran cantidad de cartas a Castlereagh sobre el tema, se pueden citar las del 31 de mayo (Ibidem, p. 379), 26 de junio (Ibidem, p. 466) o 25 de agosto (Ibidem, vol. V, p.82)